

Gaston Leroux

El misterio del cuarto amarillo

Rouletabille - 01

Capítulo 1

Donde se empieza a no entender nada

No sin cierta emoción empiezo a contar aquí las extraordinarias aventuras de Joseph Rouletabille. Hasta hoy se había opuesto terminantemente a ello, que yo había acabado por desesperar de publicar jamás la historia policíaca más extraña de estos últimos quince años. Hasta me imagino que el público nunca habría conocido «toda la verdad» sobre el prodigioso caso del «Cuarto Amarillo», que originó tantos misteriosos, crueles y sensacionales dramas, y en el que participó tan de cerca mi amigo, si, con motivo de la reciente designación del ilustre Stangerson para el grado de gran cruz de la Legión de Honor, un diario de la noche, en un artículo miserable por su ignorancia o por su audaz perfidia, no hubiera resucitado una terrible aventura que Joseph Rouletabille —según me dijo— hubiera querido saber olvidada para siempre.

¡El «Cuarto Amarillo»! ¿Quién se acordaba ya de este caso que hizo correr tanta tinta hace unos quince años? Olvidamos tan de prisa en París... ¿No hemos olvidado hasta el nombre del proceso de Nayves y la trágica historia de la muerte del pequeño Menaldo? Y, sin embargo, en aquella época el público se interesó tanto por los debates, que una crisis ministerial que estalló entonces pasó completamente desapercibida. Ahora bien, el proceso del «Cuarto Amarillo», que precedió unos cuantos años al de Nayves, tuvo más resonancia aún. Durante meses el mundo entero buscó la solución a aquel oscuro problema, el más oscuro, a mi parecer, que jamás se haya propuesto a la perspicacia de nuestra policía y planteado a la conciencia de nuestros jueces. Cada cual buscó la solución a aquel problema desesperante. Fue como un dramático rompecabezas sobre el que se encarnizaron la vieja Europa y la joven América. La verdad —me permito decirlo, «ya que no podría haber en todo esto amor propio de autor» y no hago más que transcribir hechos sobre los cuales una documentación excepcional me permite aportar nueva luz—, la verdad es que no creo que, en el campo de la realidad o de la imaginación, en el mismo autor de *Los crímenes de la Rue Morgue*, o hasta en las invenciones de los sub-Edgar Poe y de los truculentos Conan Doyle, se pueda encontrar algo comparable, EN CUANTO AL MISTERIO, «con el misterio natural del “Cuarto Amarillo”».

Lo que nadie había podido descubrir lo encontró el joven Joseph Rouletabille, de dieciocho años, entonces pequeño reportero de un gran periódico. Pero cuando en la sala de audiencias dio la clave de todo el caso, no dijo toda la verdad. Sólo dio a conocer lo imprescindible «para explicar lo inexplicable» y para absolver a un inocente. Hoy han desaparecido las razones que tenía para callar. Es más, mi amigo

«debe» hablar. Así pues, van ustedes a saberlo todo. Y sin más preámbulo, voy a plantear ante sus ojos el problema del «Cuarto Amarillo» tal como lo fue a los ojos del mundo entero al día siguiente del drama del castillo del Glandier.

El 25 de octubre de 1892 aparecía la nota siguiente de última hora en *Le Temps*:

Un horrible crimen se acaba de cometer en el Glandier, a orilla del bosque de Santa Genoveva, por encima de Epinay-sur-Orge, en casa del profesor Stangerson. Anoche, mientras el dueño trabajaba en su laboratorio, intentaron asesinar a la señorita Stangerson, que descansaba en una habitación contigua a dicho laboratorio. Los médicos no responden de la vida de la señorita Stangerson.

No podéis imaginar la emoción que se apoderó de París. Ya en aquella época el mundo de la cultura estaba extraordinariamente interesado por los trabajos del profesor Stangerson y su hija. Tales trabajos, los primeros que se intentaron sobre la radiografía, conducirían más tarde a los esposos Curie al descubrimiento del radio. Además, estábamos a la espera de una memoria sensacional que el profesor Stangerson iba a leer en la Academia de Ciencias sobre su nueva teoría: *La Disociación de la Materia*. Teoría destinada a derrumbar por su base toda la ciencia oficial, que descansa desde hace tanto tiempo sobre el principio: nada se crea, nada se destruye.

Al día siguiente, los periódicos de la mañana no hablaban más que de este drama. *Le Matin*, entre otros, publicaba el artículo siguiente, titulado «Un crimen sobrenatural»:

He aquí los únicos detalles —escribe el anónimo redactor de *Le Matin*— que hemos podido obtener sobre el crimen del castillo del Glandier. El estado de desesperación en que se encuentra el profesor Stangerson y la imposibilidad de recoger ninguna información de boca de la víctima han hecho nuestras investigaciones y las de la justicia tan difíciles, que por el momento no hay forma de hacerse la menor idea de lo que pasó en el «Cuarto Amarillo», donde fue encontrada la señorita Stangerson en ropa de dormir y agonizando en el suelo. Al menos hemos podido entrevistar al tío Jacques — como lo llaman en el lugar—, viejo criado de la familia Stangerson. El tío Jacques entró en el «Cuarto Amarillo» al mismo tiempo que el profesor. El cuarto está pegando al laboratorio. Laboratorio y «Cuarto Amarillo» se encuentran en un pabellón, al fondo del parque, a unos trescientos metros del castillo.

Serían las doce y media de la noche —nos ha contado este buen hombre (?)—, y yo me encontraba en el laboratorio, donde el señor Stangerson seguía

trabajando, cuando ocurrió el caso. Había estado colocando y limpiando instrumentos toda la noche y esperaba a que se fuera el señor Stangerson para ir a acostarme. La señorita Mathilde había trabajado con su padre hasta las doce; cuando sonaron las doce campanadas en el reloj de cuco del laboratorio, se levantó y dio un beso al señor Stangerson, deseándole buenas noches. Me dijo: «Buenas noches, tío Jacques» y empujó la puerta del «Cuarto Amarillo». Cuando la oímos cerrar la puerta con llave y echar el cerrojo, yo no pude dejar de reír y dije al señor: «Ya está la señorita encerrándose con doble vuelta de llave. ¡No cabe duda de que tiene miedo al “Animalito de Dios”!» El señor, de tan absorto como estaba, ni siquiera me oyó. Pero un maullido abominable me respondió fuera y reconocí precisamente el grito del «Animalito de Dios»..., como para entrarte un escalofrío... «¿Tampoco esta noche nos va a dejar dormir?», pensé, porque tengo que decirle, señor, que hasta finales de octubre vivo en el desván del pabellón, encima del «Cuarto Amarillo», para que la señorita no se quede sola toda la noche al fondo del parque. Ha sido idea de la señorita eso de pasar los meses de calor en el pabellón; le parece sin duda más alegre que el castillo y, en los cuatro años que lleva construido, nunca deja de instalarse allí en cuanto llega la primavera. Cuando se acerca el invierno, la señorita vuelve al castillo, «porque en el “Cuarto Amarillo” no hay chimenea».

Así pues, el señor Stangerson y yo nos habíamos quedado en el pabellón. No hacíamos ningún ruido. Él estaba trabajando en su mesa. Yo, sentado en una silla y habiendo terminado mi trabajo, lo miraba y me decía: «¡Qué hombre! ¡Qué inteligencia! ¡Qué saber!» Hago hincapié en el hecho de que no hacíamos ruido, pues «por eso el asesino debió de creer que nos habíamos ido». Y, de repente, cuando el cuco daba las doce y media, un clamor desesperado salió del «Cuarto Amarillo». Era la voz de la señorita que gritaba: «¡Al asesino! ¡Al asesino! ¡Socorro!» En seguida resonaron unos tiros de revólver y hubo un gran ruido de mesas, de muebles arrojados al suelo, como durante una pelea, y otra vez la voz de la señorita que gritaba: «¡Al asesino!... ¡Socorro!... ¡Papá!»

Como puede imaginar, el señor Stangerson y yo nos lanzamos de un salto hacia la puerta. Pero ¡ay!, estaba cerrada y bien cerrada «por dentro», pues la misma señorita la había cerrado con llave y echado el cerrojo, como ya le he dicho. Intentamos derribarla, pero era sólida. El señor Stangerson estaba como loco, y de verdad era para estarlo, pues oíamos a la señorita que gemía: «¡Socorro!... ¡Socorro!...» El señor Stangerson daba golpes terribles contra la puerta y lloraba de rabia y sollozaba de desesperación e impotencia.

Entonces tuve una inspiración. «El asesino se habrá introducido por la ventana —exclamé—. ¡Voy a la ventana!» Y salí del pabellón corriendo como un loco.

Lo malo es que la ventana del «Cuarto Amarillo» da al campo, de forma que la pared del parque que desemboca en el pabellón me impedía llegar en seguida a la ventana. Para llegar allí, primero había que salir del parque. Corrí por la parte de la reja y, en el camino, me encontré con Bernier y su mujer, los porteros, que acudían atraídos por las detonaciones y por nuestros gritos. En dos palabras los puse al corriente de la situación; dije al portero que fuera a reunirse en seguida con el señor Stangerson y ordené a su mujer que viniera conmigo para abrirme la reja del parque. Cinco minutos más tarde, la portera y yo estábamos delante de la ventana del «Cuarto Amarillo».

—Había una hermosa luna clara y vi en seguida que no habían tocado la ventana. Los barrotes seguían intactos y las contraventanas detrás de los barrotes también estaban cerradas tal como yo mismo las había cerrado la víspera, como todas las noches, aunque la señorita, que sabía que estaba muy cansado y sobrecargado de trabajo, me dijera que no me molestara, que ella misma las cerraría; y habían quedado tal como yo las dejé, sujetas «por dentro» con una aldabilla. Así pues, el asesino no había podido pasar por allí y no podía escapar por allí, ¡pero tampoco yo podía entrar por allí!

¡Ésa era nuestra desgracia! Por mucho menos habría uno perdido la cabeza: la puerta del cuarto cerrada con llave «por dentro»; las contraventanas de la única ventana, cerradas también «por dentro», y, por encima de las contraventanas, los barrotes intactos, unos barrotes por los que no podría usted pasar el brazo... ¡Y la señorita que seguía pidiendo socorro...! O, mejor dicho, no, ya no la oíamos... Quizá había muerto... Pero, al fondo del pabellón, yo seguía oyendo al señor que intentaba derribar la puerta...

La portera y yo echamos a correr de nuevo y volvimos al pabellón. La puerta seguía en pie a pesar de los golpes terribles del señor Stangerson y de Bernier. Por fin, cedió bajo nuestros furiosos esfuerzos, y ¿qué vimos entonces? Tengo que decirle, señor, que detrás de nosotros la portera llevaba la lámpara del laboratorio, una lámpara potente que iluminaba todo el cuarto.

También tengo que decirle que el «Cuarto Amarillo» es muy pequeñito. La señorita lo había amueblado con una cama de hierro bastante ancha, una mesa pequeña, una mesilla de noche, un tocador y dos sillas. Por eso, a la luz de la gran lámpara que llevaba la portera, lo vimos todo a la primera ojeada. La señorita, en camisón, estaba en el suelo en medio de un desorden increíble. Mesas y sillas caídas indicaban que allí había habido una fuerte «pelea». Con toda seguridad habían sacado a la señorita de su cama; estaba llena de sangre, con terribles señales de uñas en el cuello —tenía el cuello casi destrozado por las uñas—, y con un agujero en la sien derecha, de donde corría un hilo de sangre que había formado un charco en el suelo. Cuando el señor Stangerson vio a su hija en semejante estado, se arrojó sobre ella dando tales gritos de desesperación que daba lástima oírlo. Vio que la desgraciada seguía respirando y no se ocupó más que de ella. Nosotros buscamos al asesino, al miserable que había querido matar a nuestra ama, y le juro que, de haberlo encontrado, no hubiéramos respondido de su pellejo. Pero ¿cómo explicar que no estaba allí, que ya había escapado?... Esto sobrepasa todo lo imaginable. Nadie debajo de la cama, nadie detrás de los muebles, nadie. Sólo encontramos sus huellas; las huellas ensangrentadas de una ancha mano de

hombre en las paredes y en la puerta, un gran pañuelo rojo de sangre, sin ninguna inicial, una vieja boina y las marcas recientes en el suelo de muchos pasos de hombre. El hombre que había andado por allí tenía un pie grande y la suela de sus zapatos dejaba una especie de hollín negruzco. ¿Por dónde había pasado ese hombre? ¿Por dónde se había desvanecido? «No olvide, señor, que no había chimenea en el “Cuarto Amarillo”». No podía haber escapado por la puerta, que es muy estrecha y por cuyo umbral entró la portera con su lámpara mientras el portero y yo buscábamos al asesino en ese reducido cuarto cuadrado, donde es imposible esconderse y donde, por lo demás, no encontramos a nadie. La puerta, medio derribada y echada contra la pared, no podía disimular nada, como de hecho comprobamos. Nadie había podido escapar por la ventana, que permaneció cerrada con las contraventanas echadas y los barrotes intactos. ¿Entonces? Entonces... empezaba yo a creer en el diablo.

Y fue cuando descubrimos en el suelo «mi revólver». Sí, mi propio revólver... ¡Esto sí que me devolvió a la realidad! El diablo no habría necesitado robarme el revólver para matar a la señorita. El hombre que había estado allí había subido primero a mi desván, había cogido el revólver de mi cajón y lo había utilizado para sus perversos designios. Entonces, al examinar las balas, comprobamos que el asesino había disparado dos veces. Pues sí, señor, dentro de lo malo, fue una suerte para mí que el señor Stangerson se encontrara en el laboratorio cuando sucedió aquello y pudiera comprobar con sus propios ojos que yo también estaba allí, pues, de lo contrario, con esa historia del revólver no sé adonde hubieran ido a parar las cosas. Para mí que estaría ya en la cárcel. ¡La justicia no necesita más para llevar a un hombre al cadalso!

El redactor de *Le Matin* terminaba la entrevista con las líneas siguientes:

Hemos dejado sin interrumpirle al tío Jacques contarnos brevemente lo que sabía del crimen del «Cuarto Amarillo». Hemos reproducido las mismas palabras que él empleó; sólo le hemos ahorrado al lector las continuas lamentaciones con que salpicaba su relato. ¡Ya lo sabemos, tío Jacques! ¡Ya sabemos que quiere mucho a sus amos! Usted necesita que se sepa y no deja de repetirlo, sobre todo desde el descubrimiento del revólver. ¡Está usted en su derecho y no vemos ningún inconveniente en ello! Hubiéramos querido hacerle más preguntas al tío Jacques —Jacques Louis Moustier—, pero en ese mismo momento vinieron a buscarle de parte del juez de instrucción, que proseguía su investigación en el salón del castillo. Nos ha sido imposible penetrar en el Glandier y, por lo que se refiere al encinar, está vigilado en un ancho círculo por unos cuantos policías, que guardan celosamente las huellas

que pueden llevar al pabellón y quizá al descubrimiento del asesino.

También hubiéramos querido interrogar a los porteros, pero no están visibles. Finalmente, en una venta, no lejos de la reja del castillo, esperamos a que saliera el señor Marquet, el juez de instrucción de Corbeil. A las cinco y media lo vimos con su secretario. Antes de que subiera al coche, pudimos hacerle la siguiente pregunta:

—Señor Marquet, ¿puede darnos alguna información acerca de este caso, sin perjuicio de su instrucción?

—Nos es imposible decir nada —respondió el señor Marquet—. Además, es el caso más extraño que conozco. ¡Cuanto más creemos saber, menos sabemos!

Le pedimos al señor Marquet que se dignara explicarnos estas últimas palabras. Lo que nos dijo, cuya importancia no puede escapársele a nadie, es lo siguiente:

—Si nada se añade a las comprobaciones materiales hechas hoy por la Justicia, me temo que el misterio que rodea el abominable atentado que sufrió la señorita Stanger-son tarde bastante en aclararse; pero es de esperar, «por la razón humana», que las exploraciones del techo y del parquet del «Cuarto Amarillo», exploraciones que haré a partir de mañana con el contratista que construyó el pabellón hace cuatro años, nos darán la prueba de que no hay que desesperar nunca de la lógica de las cosas. Porque todo el problema es éste: sabemos por dónde se introdujo el asesino (entró por la puerta y se escondió bajo la cama en espera de la señorita Stangerson); pero ¿por dónde salió? ¿Cómo pudo huir? Si no se encuentra trampa, ni puerta secreta, ni reducto, ni abertura de ningún tipo, si el examen de las paredes y hasta su demolición (pues estoy decidido, y el señor Stangerson también lo está, a llegar hasta la demolición del pabellón) no vienen a revelar ningún pasadizo practicable, *no ya para un ser humano, pero ni siquiera para ningún otro ser*, si el techo no tiene agujeros, si el parquet no oculta subterráneo, ¡«habrá que creer en el diablo», como dice el tío Jacques!

Y el anónimo redactor hace notar en este artículo —artículo que escogí por ser el más interesante de todos cuantos se publicaron aquel día sobre el mismo caso— el hecho de que el juez de instrucción parecía poner cierta intención en esta última frase: «“Habrá que creer en el diablo”, como dice el tío Jacques».

El artículo acaba con estas líneas:

Hemos querido saber lo que el tío Jacques entendía por «el grito del Animalito de Dios». Así llaman al grito particularmente siniestro —nos explicó el propietario de la venta «La Torre del Homenaje»— que lanza a veces el gato de una anciana, la tía «Agenoux», como la llaman en el lugar. La

tía «Agenoux» es una especie de santa que vive en una cabaña, en el corazón del bosque, no lejos de la «gruta de Santa Genoveva».

«El Cuarto Amarillo, el Animalito de Dios, la tía Agenoux, el diablo, Santa Genoveva, el tío Jacques», he aquí un crimen muy embrollado, que la piqueta desembrollará mañana; esperémoslo al menos, «por la razón humana», como dice el juez de instrucción. Mientras tanto, se cree que la señorita Stangerson, que no ha dejado de delirar y que sólo pronuncia claramente la palabra «¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino!...», no pasará la noche...

Finalmente, a última hora, el mismo periódico anunciaba que el jefe de la Seguridad había teleografiado al célebre inspector Frédéric Larsan —el cual había sido enviado a Londres por un asunto de títulos robados— para que volviera inmediatamente a París.

Capítulo 2

Donde aparece por primera vez Joseph Rouletabille

Recuerdo como si fuera ayer la entrada del joven Rouletabille en mi habitación aquella mañana. Serían las ocho, y yo estaba todavía en la cama, leyendo el artículo de *Le Matin* referente al crimen del Glandier.

Pero, antes de nada, ha llegado el momento de presentaros a mi amigo.

Conocí a Joseph Rouletabille cuando él era un pequeño reportero. En aquella época yo era un principiante en el tribunal y en muchas ocasiones me lo encontraba en los pasillos de los jueces de instrucción, cuando yo iba a pedir un «pase» para la cárcel de Mazas o de Saint-Lazare. Tenía, como suele decirse, «unos buenos mofletes». Su cabeza era redonda como una bola y quizá por ello, pensé yo, sus compañeros de la prensa le habían puesto ese mote, con el que acabaría quedándose y que él haría famoso. «¡Rouletabille!» «¿Has visto a Rouletabille?» «Ya está ahí ese “divino” Rouletabille». Estaba a menudo rojo como un tomate, unas veces más contento que unas castañuelas y otras más serio que un papa. ¿Cómo tan joven — cuando lo vi por primera vez tenía dieciséis años y medio— se ganaba ya la vida en la prensa? Eso hubieran podido preguntarse todos cuantos se le acercaban si no hubieran estado al tanto de sus comienzos. Cuando el caso de la mujer hecha trozos de la calle Oberkampf —otra historia también olvidada— él llevó al redactor jefe de *L’Epoque*, periódico que rivalizaba entonces en informaciones con *Le Matin*, el pie izquierdo que faltaba en la cesta donde fueron descubiertos los lúgubres restos. La policía llevaba ocho días —buscando en vano ese pie izquierdo y el joven Rouletabille lo encontró en una alcantarilla donde a nadie se le había ocurrido ir a buscarlo. Para ello había tenido que entrar en un equipo de alcantarilleros ocasionales que la administración de la ciudad de París había requisado a consecuencia de los daños causados por una excepcional crecida del Sena.

Cuando el redactor jefe se vio en posesión del preciado pie y hubo comprendido por qué asociación de inteligentes deducciones un niño había conseguido descubrirlo, se vio dividido entre la admiración que le causaba tanta astucia policíaca en un cerebro de dieciséis años y la alegría de poder exhibir en el «escaparate del depósito de cadáveres» del periódico «el pie izquierdo de la calle Oberkampf».

—Con este pie —exclamó— haré un artículo de cabecera.

Luego, después de confiar el siniestro paquete al médico forense adscrito a la redacción de *L'Epoque*, preguntó al que pronto se convertiría en Rouletabille cuánto quería ganar por formar parte del servicio de «sucesos» en calidad de pequeño reportero.

—Doscientos francos al mes —dijo humildemente nuestro joven, sorprendido hasta el sofoco por semejante proposición.

—Le daremos doscientos cincuenta —replicó el redactor jefe—. Unicamente, usted tendrá que declarar a todo el mundo que forma parte de la redacción desde hace un mes. Quede bien claro entre nosotros que no fue usted quien descubrió «el pie izquierdo de la calle Oberkampf», sino el periódico *L'Epoque*. ¡Aquí, amigo mío, el individuo no es nada; el periódico lo es todo!

Dicho esto, rogó al nuevo redactor que se retirase. En el umbral de la puerta lo detuvo, sin embargo, para preguntarle su nombre. El otro respondió:

—Joseph Joséphin.

—Eso no es un nombre —exclamó el redactor jefe—, pero como tampoco tendrá que firmar, no tiene mayor importancia...

En seguida, el imberbe redactor se hizo muchos amigos, pues era servicial y dotado de un buen humor que encantaba a los más gruñones y desarmaba a los más envidiosos. En el café del Tribunal, donde entonces los reporteros de sucesos se reunían antes de dirigirse a la Fiscalía o a la Prefectura en busca de su crimen cotidiano, empezó a adquirir fama de espabilado, capaz de meterse hasta en el mismo gabinete del jefe de la Seguridad. Cuando un caso valía la pena y Rouletabille —ya poseía su mote— había sido lanzado al campo de guerra por su redactor jefe, con mucha frecuencia les «ganaba la partida» a los inspectores de más fama.

Aprendí a conocerlo mejor en el café del Tribunal. Abogados criminalistas y periodistas no son enemigos, pues los unos necesitan publicidad y los otros informaciones. Charlamos, y experimenté en seguida una gran simpatía por ese buen muchachito de Rouletabille. ¡Tenía una inteligencia tan despierta y original! Y poseía una calidad de pensamiento que nunca más he vuelto a encontrar.

Poco tiempo después me encargaron de la crónica judicial en *Le cri du Boulevard*. Mi entrada en el periodismo no podía por menos de apretar los lazos de amistad que ya se habían trabado entre Rouletabille y yo. Por fin, como mi nuevo amigo había tenido la idea de una pequeña correspondencia judicial que le hacían firmar «Business» en su periódico *L'Epoque*, me vi en condiciones de facilitarle a menudo las informaciones que necesitaba.

Así pasaron casi dos años, y cuanto más aprendía a conocerlo, más lo quería, pues, bajo su aspecto de alegre extravagancia, yo lo había descubierto extraordinariamente serio para su edad. En fin, yo, que estaba acostumbrado a verlo muy alegre y a menudo demasiado alegre, varias veces lo encontré sumido en una tristeza profunda. Quise preguntarle por la causa de tales cambios de humor, pero siempre se echaba a reír y no me respondía. Un día en que yo le preguntaba por sus padres, de los que nunca me hablaba, me dejó fingiendo no haberme oído.

En esto estalló el famoso caso del «Cuarto Amarillo», que, además de hacer de él el primero de los reporteros, iba a convertirlo en el primer policía del mundo, doble cualidad que no hay por qué extrañarse de encontrar en la misma persona, puesto que la prensa oficial empezaba ya a transformarse y a convertirse en lo que más o menos es hoy: la gaceta del crimen. La gente de espíritu taciturno se lamentará de ello; yo estimo que hay que felicitarse. Nunca tendremos bastantes armas, públicas o privadas, contra el criminal. A lo que replica esa gente de espíritu taciturno que, de tanto hablar de crímenes, la prensa acaba por inspirarlos. Pero hay personas con las que nunca se puede tener razón, ¿no es cierto?

Pues bien, Rouletabille estaba en mi habitación aquella mañana del 26 de octubre de 1892. Estaba todavía más rojo que de costumbre; los ojos se le salían de las órbitas, como suele decirse, y parecía presa de una seria exaltación. Agitaba *Le Matin* con una mano febril. Me gritó:

—Qué, mi querido Sainclair... ¿Ha leído?...

—¿El crimen del Glandier?

—Sí. ¡El «Cuarto Amarillo»! ¿Qué le parece?

—Toma, pues pienso que fue el «diablo» o el «Animalito de Dios» quien cometió el crimen.

—Seamos serios.

—Bueno, le diré que no creo mucho en los asesinos que escapan por las paredes. Para mí que el tío Jacques se equivocó al dejar detrás de él el arma del crimen y, como vive encima del cuarto de la señorita Stangerson, la operación arquitectónica a la que se va a dedicar hoy el juez de instrucción va a darnos la clave del enigma, y no tardaremos en saber por qué trampa natural o por qué puerta secreta pudo el buen señor deslizarse para volver inmediatamente al laboratorio, al lado del señor Stangerson, que no se percataría de nada. ¿Qué le voy a decir yo? ¡Es una hipótesis!

...

Rouletabille se sentó en un sillón, encendió su pipa, que nunca abandonaba, fumó unos instantes en silencio, tiempo sin duda de calmar la fiebre que visiblemente lo dominaba, y luego me despreció:

—Jovencito —exclamó en un tono cuya deplorable ironía no intentaré reproducir—, jovencito... Usted es abogado, y no dudo de su talento para hacer absolver a los culpables; pero si un día llega a ser magistrado instructor, ¡qué fácil le resultará hacer condenar a los inocentes!... Usted tiene realmente dotes, jovencito.

Dicho esto, fumó con energía y prosiguió:

—No encontrarán ninguna trampa, y el misterio del «Cuarto Amarillo» se volverá cada vez más misterioso. Por eso me interesa. El juez de instrucción tiene toda la razón: nunca se habrá visto nada más extraño que ese crimen...

—¿Tiene alguna idea del camino que pudo seguir el asesino para escapar? —pregunté.

—Ninguna —me respondió Rouletabille—, ninguna por el momento... Pero ya tengo mi propia idea sobre el revólver, por ejemplo... El asesino no utilizó el revólver...

—¡Válgame Dios! ¿Quién lo utilizó entonces?

—Pues quién va a ser... «La señorita Stangerson»...

—Ya no entiendo nada —exclamé—. O, mejor dicho, nunca he entendido...

—¿No hubo nada en particular que le chocara en el artículo de *Le Matin*?

—Pues no, la verdad... Todo lo que se decía en él me pareció igual de extraño...

—Pero, vamos a ver..., ¿y la puerta cerrada con llave?

—Es lo único natural del relato...

—¿Ah, sí?... ¿Y el cerrojo?

—¿El cerrojo?

—¡El cerrojo echado por dentro!... Sí que tomó precauciones la señorita Stangerson... «Para mí que la señorita Stangerson sabía que tenía que temer a alguien»; tomó sus precauciones; «hasta cogió el revólver del tío Jacques», sin decírselo. Sin duda, no quería asustar a nadie; sobre todo no quería asustar a su padre... «Ocurrió lo que la señorita Stangerson tanto temía»... y se defendió y hubo una pelea y se sirvió con bastante habilidad del revólver para herir al asesino en la mano (y así se explicaría la impresión de la larga mano de hombre ensangrentada en la pared y en la puerta, de ese hombre que buscaba casi a tientas una salida para huir), pero no disparó con la suficiente rapidez para escapar al golpe terrible que iba a recibir en la sien derecha.

—¿No fue, pues, el revólver el que hirió a la señorita Stangerson en la sien?

—El periódico no lo dice y yo, por mi parte, no lo pienso; pues me parece lógico que el revólver haya servido a la señorita Stangerson contra el asesino. Pero ¿cuál fue el arma del asesino? El golpe en la sien parece atestiguar que el asesino quiso matar a señorita Stangerson..., después de intentar en vano estrangularla... El asesino debía de saber que el tío Jacques vivía en el desván, y fue una de las razones por las que, pienso yo, quiso obrar con «un arma silenciosa», quizá una cachiporra o un martillo...

—¡Todo esto —exclamé— no nos explica cómo salió nuestro asesino del «Cuarto Amarillo»!

—Desde luego —respondió Rouletabille, levantándose—, y, como hay que explicarlo, voy al castillo del Glandier, y vengo a buscarle para que también venga conmigo...

—¿Yo?

—Sí, querido amigo, lo necesito. *L'Époque* me encargó definitivamente de este caso, y tengo que aclararlo lo antes posible.

—¿Pero en qué puedo ayudarlo yo?

—El señor Robert Darzac está en el castillo del Glandier.

—Es verdad... ¡Su desesperación no debe de tener límites!

—Tengo que hablar con él...

Rouletabille pronunció esa frase en un tono que me sorprendió:

—¿Es que..., es que ve algo interesante por ese lado? —pregunté.

—Sí.

Y no quiso decir más. Pasó al salón y me rogó que me aviara de prisa.

Yo conocía a Robert Darzac por haberle hecho un gran favor judicial en un proceso civil, cuando yo era secretario del letrado Barbet-Delattre. Robert Darzac, que tenía en aquella época unos cuarenta años, era profesor de Física en la Sorbona. Estaba íntimamente unido con los Stangerson, pues, después de siete años de una corte asidua, estaba a punto de contraer matrimonio con la señorita Stangerson, persona de cierta edad (tendría unos treinta y cinco años), pero de una notable belleza.

Mientras me vestía, grité a Rouletabille, que se estaba impacientando en el salón:

—¿Tiene alguna idea sobre la condición del asesino?

—Sí —respondió—. Lo creo, si no un hombre de mundo, por lo menos de una clase bastante alta... Todavía no es más que una impresión...

—¿De dónde saca esa impresión?

—Pues —replicó el joven— de la boina mugrienta, el pañuelo vulgar y las huellas del zapato tosco en el suelo...

—Entiendo —dije—. ¡Nadie deja tantas huellas detrás de sí, «cuando son la expresión de la verdad»!

—¡Haremos algo de usted, querido Sainclair! —concluyó Rouletabille.

Capítulo 3

Un hombre pasó como una sombra por las contraventanas

Media hora más tarde, Rouletabille y yo estábamos en el andén de la estación de Orléans esperando la salida del tren que nos dejaría en Epinay-sur-Orge. Vimos llegar a la Justicia de Corbeil, representada por el señor Marquet y su secretario. El señor Marquet había pasado la noche en París —con su secretario— para asistir en la Scala al ensayo general de una revistilla de la que él era el autor oculto y que había firmado simplemente: «Castigat Ridendo».

El señor Marquet comenzaba a ser ya un noble anciano. Era, por lo común, de mucha cortesía y «galantería», y no había tenido en toda su vida más que una pasión: la del arte dramático. En su carrera de magistrado realmente le habían interesado sólo los casos susceptibles de proporcionarle por lo menos el tema de un acto. Aunque, decentemente emparentado como estaba, habría podido aspirar a los más altos puestos judiciales, en realidad sólo había trabajado para «llegar» a la romántica Porte-Saint Martin o al pensativo Odeón. Tal ideal le había conducido, en una edad avanzada, a ser juez de instrucción en Corbeil, y a firmar «Castigat Ridendo» un pequeño acto indecente en la Scala.

El caso del «Cuarto Amarillo», por su lado inexplicable, tenía por fuerza que seducir a una mente tan... literaria. Le interesó prodigiosamente; y el señor Marquet se entregó menos como un magistrado ávido de conocer la verdad que como un aficionado de *imbroglios* dramáticos cuyas facultades tienden hacia el misterio de la intriga, y que sin embargo nada teme tanto como llegar al final del último acto, donde todo se explica.

Así pues, en el momento en que lo encontramos, oí al señor Marquet que decía a su secretario con un suspiro:

—¡Ojalá, mi querido señor Maleine, ojalá que ese contratista con su piqueta no nos eche abajo tan hermoso misterio!

—No tema usted —respondió el señor Maleine—. Puede ser que su piqueta eche abajo el pabellón, pero dejará intacto nuestro caso. Palpé las paredes y estudié el techo y el suelo, y de esto entiendo un poco. A mí no me engañan. Podemos estar tranquilos. No sabremos nada.

Después de serenar a su jefe, el señor Maleine, con un discreto movimiento de cabeza, llamó la atención al señor Marquet sobre nosotros. Éste último frunció el ceño y, cuando vio que se le acercaba Rouletabille, quien ya se descubría, se precipitó a una puerta y saltó al tren lanzando a media voz a su secretario: «Sobre todo, no

quiero periodistas».

El señor Maleine replicó: «Entendido», detuvo a Rouletabille en su carrera y tuvo la pretensión de impedir que subiera en el departamento del juez de instrucción.

—Perdonen, señores, pero este departamento está reservado...

—Soy periodista, redactor de *L'Epoque* —dijo mi joven amigo con una gran demostración de saludos y cortesías—, y sólo tengo que decirle una palabrita al señor Marquet.

—El señor Marquet anda muy ocupado con su investigación...

—¡Oh!, su investigación me es absolutamente indiferente, créame... Yo no soy redactor de perros aplastados —declaró el joven Rouletabille, cuyo labio inferior expresaba en aquel momento un desprecio infinito por la literatura de «sucesos»—; soy cronista de teatro... y como tengo que hacer para esta noche una crítica de la revistilla de la Scala...

—Suba usted, haga el favor —dijo el secretario apartándose.

Rouletabille estaba ya en el departamento. Le seguí. Me senté a su lado; el secretario subió y cerró la puerta.

El señor Marquet miraba a su secretario.

—¡Oh, señor! —empezó Rouletabille—. No culpe a «este buen hombre» si he forzado la consigna; yo no quiero tener el honor de hablar con el señor Marquet, sino con el señor «Castigat Ridendo»... Permítame felicitarle como cronista teatral de *L'Epoque*...

Y Rouletabille se presentó después de haberme presentado.

El señor Marquet acariciaba con un gesto inquieto su barba en punta. Expresó a Rouletabille con algunas palabras que él era un autor demasiado modesto para desear que se levantara públicamente el velo de su pseudónimo y esperaba que el entusiasmo del periodista por la obra del dramaturgo no llegara a descubrir al público que el señor «Castigat Ridendo» no era más que el juez de instrucción de Corbeil.

—La obra del autor dramático podría perjudicar —añadió con una ligera vacilación— la obra del magistrado... Sobre todo en provincias, donde se mantienen en la rutina...

—¡Oh, cuente con mi discreción! —exclamó Rouletabille, levantando unas manos que ponían al Cielo por testigo.

En aquel momento arrancaba el tren...

—Ya salimos —dijo el juez de instrucción, sorprendido de vernos hacer el viaje con él.

—Sí, señor, la verdad se pone en marcha —dijo el reportero, sonriendo amablemente—, en marcha hacia el castillo del Glan-dier... ¡Bonito caso, señor

—Ni mucho menos, señor...

—¡Cómo! El «Cuarto Amarillo» no tiene más que una ventana enrejada, «cuyos barrotes no han sido arrancados, y una puerta, que echan abajo»... ¡y no encuentran al asesino!

—¡Así es, señor, así es! Así es como se presenta el problema...

Rouletabille no dijo más y se sumió en desconocidos pensamientos... Así transcurrió un cuarto de hora.

Cuando volvió a nosotros, dijo dirigiéndose de nuevo al juez de instrucción:

—¿Qué peinado llevaba aquella noche la señorita Stangerson?

—No sé adónde quiere ir a parar —dijo el señor Marquet.

—No tiene mayor importancia —replicó Rouletabille—. *Llevaba el pelo en bandós^[1], ¿no es cierto? ¡Estoy seguro de que la noche del drama ella llevaba el pelo en bandós!*

—Pues está usted equivocado, señor Rouletabille —respondió el juez de instrucción—. Aquella noche la señorita Stangerson llevaba el pelo enteramente recogido en canelones en la cabeza... Debe de ser su peinado habitual... La frente completamente descubierta..., se lo puedo asegurar, pues examinamos durante mucho tiempo la herida. No había sangre en el pelo... y no habían tocado el peinado desde el atentado.

—¿Está usted seguro? ¿Está usted seguro de que la noche del atentado la señorita Stangerson no llevaba el «pelo en bandós»?...

—Completamente seguro —prosiguió el juez sonriendo—, pues todavía estoy oyendo al médico decirme mientras yo examinaba la herida: «Es una lástima que la señorita Stangerson haya tenido la costumbre de peinarse con el pelo recogido encima de la frente. Si hubiera llevado el pelo en bandos se hubiera amortiguado el golpe que recibió». Ahora le diré que me parece extraño que dé usted tanta importancia...

—¡Oh! Si no llevaba el pelo en bandós —se lamentó Rouletabille—, ¿adónde vamos a parar, adónde vamos a parar? Tendré que informarme.

E hizo un gesto de desolación.

—¿Y la herida en la sien es terrible? —siguió preguntando.

—Terrible.

—En fin, ¿qué arma pudo hacer tal herida?

—Eso pertenece al secreto de la instrucción.

—¿Encontró usted el arma?

El juez de instrucción no respondió.

—¿Y la herida en la garganta?

Sobre esto, el juez de instrucción tuvo a bien confiarnos que la herida en la garganta era tal que se podía afirmar, según la misma opinión de los médicos, que «si el asesino hubiera apretado la garganta unos segundos más, la señorita Stangerson habría muerto estrangulada».

—El caso, tal como lo relata *Le Matin* —prosiguió Rouletabille irritado—, me parece cada vez más inexplicable. ¿Puede decirme, señor juez de instrucción, qué aberturas, puertas y ventanas hay en el pabellón?

—Cinco —respondió el señor Marquet, después de toser dos o tres veces, pero no resistiéndose ya al deseo de dar muestra de todo el increíble misterio del caso que instruí— Hay cinco, contando la puerta del vestíbulo, que es la única puerta de entrada del pabellón, puerta que se cierra siempre automáticamente y que no puede abrirse, ni por fuera ni por dentro, más que con dos llaves especiales que nunca abandonan el tío Jacques y el señor Slangerson. La señorita Stangerson no la necesita, ya que el tío Jacques vive en el pabellón, y durante el día ella no deja a su madre. Cuando los cuatro se precipitaron en el «Cuarto Amarillo» después de derribar la puerta, la puerta de entrada del vestíbulo había permanecido cerrada como siempre y las dos llaves de esa puerta seguían la una en el bolsillo del señor Stangerson y la otra en el bolsillo del tío Jacques. En cuanto a las ventanas del pabellón, hay cuatro: la ventana única del «Cuarto Amarillo», las dos ventanas del laboratorio y la ventana del vestíbulo. La ventana del «Cuarto Amarillo» y las del laboratorio dan al campo; sólo la ventana del vestíbulo da al parque.

—¡Por esa ventana se escapó del pabellón! —exclamó Rouletabille.

—¿Cómo lo sabe usted? —dijo el señor Marquet mirando a mi amigo de una forma extraña.

—Más tarde veremos cómo pudo escapar el asesino del «Cuarto Amarillo» —replicó Rouletabille—, pero tuvo que abandonar el pabellón por la ventana del vestíbulo...

—Vuelvo a preguntarle que cómo lo sabe usted.

—¡Válgame Dios! ¡Pero si es muy sencillo! Toda vez que «él» no puede huir por la puerta del pabellón, tiene que pasar por una ventana y, para que pase, tiene que haber por lo menos una ventana que no tenga reja. La ventana del «Cuarto Amarillo» tiene reja porque da al campo. Las dos ventanas del laboratorio deben de tenerla seguramente por la misma razón. «Puesto que el asesino huyó», me imagino que encontraría una ventana sin barrotes y que ésa será la del vestíbulo que da al parque, es decir, al interior de la propiedad. ¡No es cosa del otro jueves!...

—Sí —dijo el señor Marquet—, pero lo que no podría adivinar es que la ventana del vestíbulo, la única, en efecto, que no tiene barrotes, está provista de sólidas contraventanas de hierro. *Ahora bien, esas contraventanas permanecieron cerradas por dentro con su aldabilla de hierro, ¡y, sin embargo, tenemos la prueba de que, en efecto, el asesino huyó del pabellón por esa misma ventana!* Las huellas de sangre que hay en el interior de la pared y en las contraventanas, y los pasos en la tierra, unos pasos completamente iguales a los que medí en el «Cuarto Amarillo», atestiguan que el asesino huyó por allí. Pero entonces ¿cómo se las apañó, *puesto que las contraventanas permanecieron cerradas por dentro?* Pasó como una sombra *por las contraventanas*. Y, finalmente, lo más desconcertante de todo son las huellas del

asesino que vuelven a encontrarse en el momento de huir del pabellón, ¡cuando es imposible hacerse la menor idea de cómo pudo el asesino salir del «Cuarto Amarillo», *ni cómo atravesó forzosamente el laboratorio para llegar hasta el vestíbulo!* Ah, sí, señor Rouletabille, este caso es alucinante... ¡Es un bonito caso, vaya que sí! Y su solución va para largo, ¡al menos eso espero!...

—¿Qué es lo que espera usted, señor juez de instrucción?...

El señor Marquet rectificó:

—... No lo espero... Lo creo...

—¿Así que volvieron a cerrar la ventana por dentro después de huir el asesino? —preguntó Rouletabille.

—Evidentemente, y eso es lo que, por el momento, me parece natural, aunque inexplicable..., porque en ese caso se necesitaría un cómplice o varios cómplices... y no los veo...

Después de un silencio, añadió:

—¡Ah! Si estuviera hoy mejor la señorita Stangerson para interrogarla...

Rouletabille, siguiendo el hilo de su pensamiento, preguntó:

—¿Y el desván? ¿No hay una abertura en el desván?

—Sí, en efecto, no la había contado; así que son seis aberturas; hay arriba una ventana pequeña, más bien un ventanuco, y, como da al exterior de la propiedad, el señor Stangerson mandó ponerle barrotes también. Los barrotes de este ventanuco, así como los de las ventanas de la planta baja, han quedado intactos, y las contraventanas, que se abren naturalmente por dentro, permanecieron cerradas por dentro. Además, no hemos descubierto nada que pueda hacernos sospechar el paso del asesino por el desván.

—¡Así que para usted, señor juez de instrucción, no cabe duda de que el asesino huyó, sin que se sepa cómo, por la ventana del vestíbulo!

—Todo lo prueba...

—También lo creo yo —asintió gravemente Rouletabille.

Después de un silencio, prosiguió:

—Si no encontró usted ninguna huella del asesino en el desván, como por ejemplo esos pasos que se advierten en el suelo del «Cuarto Amarillo», habrá llegado a la conclusión de que no fue él quien robó el revólver del tío Jacques...

—En el desván no hay más huellas que las del tío Jacques —dijo el juez con un significativo movimiento de cabeza...

Y se decidió a completar su pensamiento:

—El tío Jacques se encontraba con el señor Stangerson... Es una suerte para él...

—Entonces, ¿*quid* del papel del revólver del tío Jacques en el drama? Parece demostrado que el arma hirió no tanto a la señorita Stangerson cuanto al asesino...

Sin responder a esta pregunta, que, sin duda, le desconcertaba, el señor Marquet nos comunicó que habían encontrado las dos balas en el «Cuarto Amarillo», una en una pared, la pared en que quedó impresa la mano roja —una mano roja de hombre

—, y la otra en el techo.

—¡Oh! ¡Oh! ¡En el techo! —repitió a media voz Rouletabille—. ¡Verdaderamente... en el techo! Eso sí que es muy curioso... ¡En el techo!...

Se puso a fumar en silencio, envolviéndose en una nube de humo. Cuando llegamos a Epinay-sur-Orge tuve que darle un golpe en el hombro para hacerlo bajar de su sueño y al andén.

Allí, el magistrado y su secretario nos saludaron, haciéndonos comprender que ya nos habían visto bastante; luego subieron rápidamente a un cabriolé que los esperaba.

—¿Cuánto se tarda a pie de aquí al castillo del Glandier? —preguntó Rouletabille a un empleado del ferrocarril.

—Hora y media, hora y tres cuartos, sin darse prisa —respondió el hombre.

Rouletabille miró el cielo, lo encontró de su gusto y sin duda del mío, pues me cogió por el brazo y me dijo:

—¡Vamos!... Necesito andar.

—¿Y bien? —le pregunté—. ¿Se va desembrollando la cosa?

—¡Oh! —dijo—. ¡Oh! ¡No hay desembrollado nada en absoluto!... ¡Está todavía más embrollada que antes! También es verdad que tengo una idea.

—Dígala.

—¡Oh! No puedo decir nada por el momento... Mi idea es una cuestión de vida o muerte para dos personas por lo menos.

—¿Cree que hay cómplices?

—No creo...

Durante un momento nos quedamos en silencio, luego prosiguió:

—Ha sido una suerte encontrarnos con el juez de instrucción y su secretario... ¡Eh! ¿Qué le había dicho yo del revólver?...

Tenía la frente inclinada hacia la carretera, las manos en los bolsillos y silboteaba. Al cabo de un rato le oí que murmuraba:

—¡Pobre mujer!...

—¿Es la señorita Stangerson quien le da lástima?...

—Sí, es una mujer muy noble y muy digna de piedad... Tiene mucho, muchísimo carácter..., digo yo..., digo yo...

—¿Conoce, pues, a la señorita Stangerson?

—¿Yo? En absoluto... No la he visto más que una vez...

—Entonces ¿por qué dice que tiene mucho carácter?...

—Porque supo hacer frente al asesino; porque se defendió con valor y, *sobre todo, sobre todo, por la bala en el techo.*

Miré a Rouletabille, preguntándome *in petto* si no estaba burlándose completamente de mí o si no se había vuelto loco de repente. Pero me di cuenta de que el joven nunca se había visto con menos ganas de bromas y el destello inteligente de sus ojos redondos me tranquilizó acerca del estado de su razón. Además, me había acostumbrado a sus frases cortadas..., cortadas para mí, que no veía en ellas más que

incoherencia y misterio hasta el momento en que, con algunas frases rápidas y nítidas, me entregaba el hilo de su pensamiento. Entonces todo se aclaraba para mí: las palabras que él había dicho y que me habían parecido vacías de sentido se unían con una facilidad y una lógica tal «que yo no podía comprender cómo no había comprendido antes».

Capítulo 4

«*En el seno de una naturaleza salvaje*»

»

El castillo del Glandier es uno de los castillos más viejos de este país de Ile-de-France, donde todavía se levantan tantas ilustres piedras de la época feudal. Construido en medio de los bosques, bajo el reinado de Felipe el Hermoso, surge a unos cientos de metros de la carretera que va del pueblo de Sainte-Geneviève-des-Bois a Montlhéry. Amasijo de construcciones disparatadas, se halla dominado por la torre del homenaje. Cuando el visitante ha subido las escaleras inseguras de esta única torre del homenaje y desemboca en la pequeña plataforma donde, en el siglo XVII, Georges-Philibert de Séquigny, señor del Glandier, Maisons-Neuves y otros lugares, mandó edificar la linterna actual, de un abominable estilo rococó, se divisa a tres leguas de allí, por encima del valle y de la llanura, el orgulloso torreón de Montlhéry. Torreón y torre del homenaje siguen mirándose después de tantos siglos, y parecen contarse, por encima de los bosques verdeantes o de los bosques muertos, las más viejas leyendas de la historia de Francia. Dicen que la torre del homenaje del Glandier vela por una sombra heroica y santa, la de la buena patrona de París, ante quien retrocedió Atila. Santa Genoveva duerme su último sueño en los viejos fosos del castillo. En verano, los enamorados, meciendo con una mano distraída la cesta de las meriendas en el campo, vienen a soñar o intercambiar juramentos ante la tumba de la santa, piadosamente florecida de nomeolvides. No muy lejos de la tumba hay un pozo que contiene —según dicen— un agua milagrosa. El agradecimiento de las madres ha levantado en este lugar una estatua en honor de santa Genoveva y ha colgado a sus pies los patuquines o gorritos de los niños salvados por esta agua sagrada.

A aquel lugar, que parecía pertenecer por completo al pasado, vinieron a instalarse el profesor Stangerson y su hija para preparar la ciencia del porvenir. Desde el primer momento les gustó su soledad en el fondo de los bosques. Viejas piedras y grandes encinas serían los únicos testigos de sus trabajos y esperanzas. El Glandier, antiguamente «Glandierum», se llamaba así por el gran número de bellotas que, de siempre, se habían recogido en aquel lugar. Esta tierra, hoy tristemente célebre, había reconquistado gracias al descuido o al abandono de los propietarios el aspecto salvaje de una naturaleza primitiva; únicamente los edificios que allí se escondían habían conservado la huella de extrañas metamorfosis. Cada siglo había dejado su impronta: un trozo de arquitectura, al que se unía el recuerdo de algún terrible acontecimiento, de alguna roja aventura; y, tal cual, este castillo, donde iba a refugiarse la ciencia,

parecía el más indicado para servir de teatro a misterios de espanto y de muerte.

Dicho esto, no puedo evitar hacer una reflexión, que es la siguiente.

Si me he detenido un poco en hacer esta triste pintura del Glandier no es porque haya encontrado la ocasión dramática para «crear la atmósfera» necesaria para los dramas que van a desarrollarse ante los ojos del lector, ya que, en realidad, mi principal preocupación, en todo este caso, consistirá en ser lo más directo posible. No tengo la pretensión de ser un escritor. Quien dice escritor dice, casi siempre, novelista y, ¡por Dios!, el misterio del Cuarto Amarillo está lo suficientemente cargado de trágico horror real como para precisar de la literatura. No soy y no quiero ser más que un fiel «cronista». Como debo relatar el acontecimiento, sitúo este acontecimiento en su marco, eso es todo. Es perfectamente natural que sepan ustedes dónde suceden las cosas.

Vuelvo al señor Stangerson. Cuando compró la propiedad, aproximadamente unos quince años antes de la tragedia que nos ocupa, hacía mucho tiempo que nadie habitaba el Glandier. Otro viejo castillo de los alrededores, construido en el siglo XIV por Jean de Belmont, también estaba abandonado, de tal modo que la región se hallaba prácticamente deshabitada. Algunas casitas al costado del camino que conduce a Corbeil, una posada, la Posada del Torreón, que ofrecía una pasajera hospitalidad a los carreteros, eran prácticamente los únicos vestigios de la civilización en aquel lugar abandonado, difícil de encontrar a unas pocas leguas de la capital. Pero ese completo abandono había sido la razón determinante de la elección del señor Stangerson y de su hija. El señor Stangerson ya era famoso; acababa de volver de América, donde sus trabajos habían tenido una resonancia considerable. El libro que había publicado en Filadelfia sobre «La disociación de la materia por acciones eléctricas», había provocado la protesta de todo el mundo científico. El señor Stangerson era francés, pero de familia estadounidense. Unos asuntos de herencia muy importantes lo habían retenido durante varios años en los Estados Unidos. Allí había continuado una obra comenzada en Francia y había regresado a Francia para terminarla, después de haber amasado una enorme fortuna, una vez que los juicios sucesorios terminaran favorablemente, sea por sentencias que le dieron razón, sea mediante acuerdos. Esa fortuna fue bienvenida. Al señor Stangerson, que habría podido, si hubiera querido, ganar millones de dólares explotando o haciendo explotar dos o tres de sus descubrimientos químicos relacionados con nuevas técnicas de tintura, siempre le repugnó emplear en beneficio propio el don maravilloso de inventar que había recibido de la naturaleza; pero no pensaba que su genio le perteneciera. Se lo debía a los hombres, y todo lo que su genio traía al mundo iba a parar, por esa voluntad filantrópica, al dominio público. Si no intentó disimular la satisfacción que le causaba la posesión de aquella fortuna inesperada que le permitiría entregarse por entero a su pasión por la ciencia pura, el profesor debió alegrarse también, al parecer, por otro motivo. La señorita Stangerson tenía veinte años cuando su padre volvió de América y compró el Glandier. Era más bonita de lo que se podría

imaginar: poseía, a la vez, toda la gracia parisina de su madre, muerta al dar a luz, y todo el esplendor y la riqueza de la joven sangre americana de su abuelo paterno, William Stangerson. Éste, que había nacido en Filadelfia, debió naturalizarse francés, obedeciendo a las exigencias familiares, cuando contrajo matrimonio con una francesa, quien sería la madre del ilustre Stangerson. Así se explica la nacionalidad francesa del profesor Stangerson.

Veinte años, adorablemente rubia, ojos celestes, tez blanca como la leche, radiante y de una salud espléndida, Mathilde Stangerson era una de las más hermosas jóvenes casaderas en todo el antiguo y el nuevo continente. Era un deber para su padre, a pesar del previsible dolor de una separación inevitable, pensar en ese casamiento, y no debió disgustarse al ver llegar la dote. Aunque no dejó, por ese motivo, de «internarse» en el Glandier con su hija, aun cuando sus amigos esperaban que presentara a la señorita Mathilde en sociedad. Algunos fueron a verlo y le manifestaron su asombro. A las preguntas que le hicieron, el profesor respondió: «Es la voluntad de mi hija. Soy incapaz de negarle nada. Fue ella la que eligió el Glandier». Interrogada a su vez, la jovencita replicó con serenidad: «¿En dónde podríamos trabajar mejor que en esta soledad?». Porque la señorita Mathilde Stangerson ya colaboraba con la obra de su padre, pero todavía no era posible imaginar que su pasión por la ciencia llegaría a hacerle rechazar a todos los pretendientes que se le presentaron durante más de quince años. Pero por más retirados que vivieran padre e hija, tuvieron que hacerse presentes en algunas recepciones oficiales, y, en ciertas épocas del año en dos o tres salones de personas de su amistad, donde la gloria del profesor y la belleza de Mathilde causaron sensación. Al principio, la extrema frialdad de la joven no desanimó a los pretendientes; pero, al cabo de unos años, se cansaron. Uno solo persistió con una suave tenacidad y se hizo merecedor del nombre de novio eterno, que él aceptó con melancolía: era Robert Darzac. Ahora, la señorita Stangerson ya no era joven, y parecía que, si no había encontrado motivos para casarse hasta los treinta y cinco años de edad, no los descubriría jamás. Evidentemente, tal argumento carecía de valor para Robert Darzac, ya que él no dejaba de hacerle la corte, si todavía se puede llamar «cortejo» a las atenciones delicadas y tiernas que se prodigan a una mujer de treinta y cinco años, que se ha quedado soltera y ha declarado que no se casará.

Pero de pronto, unas semanas antes de los acontecimientos que nos ocupan, un rumor al que al principio no se le dio mayor importancia —tan increíble parecía— se propagó por París. ¡La señorita Stangerson consentía, por fin, en premiar la inextinguible llama de Robert Darzac! Sólo cuando se comprobó que el mismo Robert Darzac no desmentía tales comentarios nupciales, se consideró, finalmente, que podía haber algo de cierto en un rumor tan inverosímil. Por fin, el señor Stangerson tuvo a bien anunciar, un día en que salía de la Academia de Ciencias, que la boda de su hija y Robert Darzac se celebraría en la intimidad del castillo de Glandier, tan pronto como su hija y él hubieran dado el último toque al informe que

resumiría todos sus trabajos sobre La disociación de la materia, es decir, el retorno de la materia al éter. Los recién casados se instalarían en el Glandier, y el yerno colaboraría en la obra a la que padre e hija habían consagrado su vida.

El mundo científico todavía no había tenido tiempo de recuperarse de esta noticia cuando se enteró del intento de asesinato de la señorita Stangerson, que había ocurrido en las condiciones fantásticas que hemos enumerado y que nuestra visita al castillo va a permitirnos precisar aún más.

No he dudado en darle al lector todos estos detalles retrospectivos, que conocía a raíz de mis relaciones de negocios con Robert Darzac, para que, al cruzar el umbral del Cuarto Amarillo, supiera tanto como yo.

Capítulo 5

Donde Joseph Rouletabille dirige a Robert Darzac una frase que no deja de producir su efecto

Llevábamos Rouletabille y yo andando unos minutos a lo largo de la pared que bordeaba la vasta propiedad del señor Stangerson y veíamos ya la reja de entrada, cuando nos llamó la atención un personaje que, medio curvado hacia la tierra, parecía tan preocupado que no nos vio venir. Unas veces se inclinaba, se tumbaba casi en el suelo; otras se volvía a levantar y consideraba atentamente la pared; otras miraba en el hueco de su mano, luego daba largos pasos, echaba a correr y volvía a mirar en el hueco de su mano derecha. Rouletabille me detuvo con un gesto:

—¡Silencio! Frédéric Larsan está trabajando... No lo molestemos.

Joseph Rouletabille sentía una gran admiración por el célebre policía. Yo nunca había visto a Frédéric Larsan, pero lo conocía mucho por su fama.

El caso de los lingotes de oro de la Casa de la Moneda, que desenredó cuando todo el mundo se daba por vencido, y la detención de los atracadores de cajas fuertes del Crédito Universal, habían hecho su nombre casi popular. En aquella época, en que Rouletabille no había dado aún las pruebas admirables de un la lento único, él pasaba por la inteligencia más indicada para desenredar la enmarañada madeja de los más misteriosos y oscuros crímenes. Su fama se había extendido por el mundo entero y con frecuencia los policías de Londres o de Berlín, o hasta de América, le pedían ayuda cuando los inspectores y detectives nacionales se confesaban faltos de imaginación y recursos. Así pues, no es de extrañar que, desde el principio del misterio del «Cuarto Amarillo», el jefe de la Seguridad pensara en telegrafiar a su

precioso subordinado en Londres, donde Frédéric Larsan había sido enviado por un importante asunto de títulos robados: «Vuelva en seguida». Frédéric, a quien llamaban en la Seguridad el gran Fred, se había dado mucha prisa —pensábamos—, sabiendo sin duda por experiencia que, si se le molestaba, era porque necesitaban de sus servicios, y por eso aquella mañana Rouletabille y yo lo veíamos ya a la tarea. Comprendimos en seguida en qué consistía.

Lo que no dejaba de mirar en el hueco de su mano derecha no era más que su reloj y parecía muy ocupado en contar minutos. Luego deshizo el camino, reemprendió una vez más la carrera, no se paró hasta la reja del parque, volvió a consultar su reloj, se lo metió en el bolsillo, se encogió de hombros con un gesto desanimado, empujó la reja, entró en el parque, volvió a cerrar la reja con llave, levantó la cabeza y, a través de los barrotes, nos vio. Rouletabille echó a correr y lo seguí. Frédéric Larsan nos esperaba.

—Señor Fred —dijo Rouletabille, descubriéndose y dando muestras de un profundo respeto basado en la real admiración que el joven reportero sentía por el célebre policía—, ¿podría decirnos si el señor Robert Darzac está en el castillo ahora mismo? Está aquí uno de sus amigos, del tribunal de París, que desearía hablar con él.

—No lo sé, señor Rouletabille... —replicó Fred estrechando la mano de mi amigo, pues en varias ocasiones le había encontrado durante sus investigaciones más difíciles—. No lo he visto.

—Los caseros nos podrán informar, ¿verdad? —dijo Rouletabille, señalando una casita de ladrillos que tenía la puerta y las ventanas cerradas, y que, indudablemente, debía albergar a aquellos fieles guardianes de la propiedad.

—Los caseros no podrán informarle, señor Rouletabille.

—¿Por qué no?

—¡Porque están detenidos desde hace una hora!...

—¡Detenidos! —exclamó Rouletabille—. ¿Ellos son los asesinos?... —Frédéric Larsan se encogió de hombros.

—¡Cuando no se puede detener al asesino —dijo Larsan con un tono de suprema ironía—, uno siempre se puede dar el lujo de descubrir a los cómplices!

—¿Fue usted quien ordenó detenerlos, señor Fred?

—¡Ah! ¡No! ¡No faltaba más! Yo no mandé que los detuvieran; primero porque estoy casi seguro de que no tienen nada que ver en el asunto, y segundo porque...

—Porque ¿qué? —preguntó ansiosamente Rouletabille.

—Porque... Nada... —dijo Larsan, sacudiendo la cabeza.

—¡Porque no hay cómplices! —susurró Rouletabille.

Frédéric Larsan se detuvo en seco, mirando al reportero con interés.

—¡Ah! ¡Ah! Entonces tiene alguna idea sobre el caso... Sin embargo, no ha visto nada, jovencito... Todavía no ha entrado aquí...

—Ya lo haré.

—Lo dudo... La consigna es terminante.

—Entraré si me permite ver a Robert Darzac... Usted sabe que somos viejos amigos... Haga eso por mí, señor Fred, se lo ruego... Acuérdesse del bello artículo que le hice sobre los «Lingotes de oro». Por favor, sólo unas palabras con Robert Darzac.

En ese momento, la cara de Rouletabille era muy cómica. Reflejaba un deseo tan irresistible de franquear ese umbral, al otro lado del cual ocurría algún prodigioso misterio; suplicaba con tal elocuencia, no sólo con la boca y con los ojos, sino también con todos sus rasgos, que no pude evitar echarme a reír. Frédéric Larsan, al igual que yo, tampoco pudo mantenerse serio.

Sin embargo, del otro lado de la reja, Frédéric Larsan volvía a meter tranquilamente la llave en su bolsillo. Yo lo examinaba.

Era un hombre que podía tener unos cincuenta años. Tenía una hermosa cabeza, el pelo entrecano, la tez mate, el perfil duro; la frente era prominente; la barbilla y las mejillas estaban cuidadosamente afeitadas; los labios, sin bigote, delicadamente dibujados; los ojos, algo pequeños y redondos, se clavaban en las personas con una mirada inquisidora que extrañaba e inquietaba. Esbelto y de mediana estatura, su aspecto general era elegante y simpático. Nada tenía del vulgar policía. Era un gran artista en su género, y él lo sabía; se podía percibir que tenía una elevada idea de sí mismo. El tono de su conversación era el de una persona escéptica y desengañada. Su extraña profesión le había hecho frecuentar tantos crímenes y bajezas, que habría resultado inexplicable que no le endureciera un poco los sentimientos, según la curiosa expresión de Rouletabille.

Larsan volvió la cabeza al oír el ruido de un coche a sus espaldas. Reconocimos el cabriolé que, en la estación de Épinay, había llevado al juez de instrucción y a su secretario.

—¡Mire! —dijo Frédéric Larsan—. ¿Usted quería hablar con Robert Darzac? ¡Ahí está!

El cabriolé ya había llegado a la reja y Robert Darzac le pedía a Frédéric Larsan que le abriera la entrada del parque. Le decía que estaba muy apurado y que apenas tenía tiempo de llegar a Épinay para tomar el próximo tren a París, cuando me reconoció. Mientras Larsan abría la reja, el señor Darzac me preguntó qué podía traerme al Glandier en un momento tan trágico. Entonces noté que estaba atrozmente pálido y que su rostro reflejaba un infinito dolor.

—¿La señorita Stangerson se encuentra mejor? —le pregunté inmediatamente.

—Sí —dijo—. Quizás la salven. Tienen que salvarla.

No agregó: «o moriré», pero sentimos temblar el final de la frase al borde de sus labios exangües.

Entonces intervino Rouletabille:

—Señor, sé que está apurado. Sin embargo, necesito hablar con usted. Tengo algo muy importante que decirle.

Frédéric Larsan interrumpió:

—¿Me disculpan si los abandono? —preguntó a Robert Darzac—. ¿Tiene una llave o quiere que le dé ésta?

—Gracias, tengo una llave. Yo cerraré la reja.

Larsan se alejó rápidamente en dirección al castillo, cuya mole imponente se divisaba a un centenar de metros.

Robert Darzac, con el ceño fruncido, ya se mostraba impaciente. Presenté a Rouletabille como a un excelente amigo; pero, no bien supo que el joven era periodista, el señor Darzac me miró con reproche, se excusó por la urgencia que tenía de llegar a Épinay en veinte minutos, saludó y fustigó su caballo. Pero Rouletabille, ante mi profundo estupor, ya había sujetado las riendas y detenido el pequeño carruaje con mano vigorosa, mientras pronunciaba esta frase, desprovista para mí de todo sentido:

—*La rectoral no ha perdido nada de su encanto, ni el jardín de su esplendor.*

Apenas salieron estas palabras de la boca de Rouletabille vi que Robert Darzac se quedaba perplejo; aunque estaba pálido, palideció aún más, sus ojos se clavaron en el joven con espanto y descendió inmediatamente de su coche con una indescriptible alteración.

—¡Vamos! ¡Sígame! —balbuceó. Y, de repente, prosiguió con una especie de furor—: ¡Vamos, señor, vamos!

Y desanduvo el camino que conducía al castillo, sin decir una palabra más, mientras Rouletabille lo seguía sin soltar el caballo. Le dirigí unas palabras al señor Darzac..., pero no me respondió. Interrogué con la mirada a Rouletabille, pero no me vio.

Capítulo 6

Al fondo del encinar

Llegamos al castillo. La vieja torre del homenaje se unía a la parte del edificio completamente reconstruida bajo el reinado de Luis XIV mediante otro cuerpo de edificio moderno, estilo Viollet-le-Duc, donde se encontraba la entrada principal. Nunca había visto hasta entonces nada tan original, ni quizá tan feo, ni, sobre todo, tan extraño en arquitectura como aquel raro conjunto de estilos disparatados. Era monstruoso y cautivador. Al acercarnos, vimos dos gendarmes que se paseaban delante de una pequeña puerta que daba a la planta baja de la torre del homenaje. Pronto supimos que en la planta baja, antiguamente cárcel y ahora cuarto trastero, habían encerrado a los porteros, el señor y la señora Bernier.

Robert Darzac nos hizo entrar en la parte moderna del castillo a través de una ancha puerta protegida por una «marquesina». Rouletabille, que había confiado el caballo y el cabriolé a los cuidados de un criado, no quitaba los ojos de encima al señor Darzac; seguí su mirada, y me di cuenta de que iba dirigida únicamente hacia las manos enguantadas del profesor de la Sorbona. Cuando estuvimos en un pequeño salón lleno de muebles anticuados, el señor Darzac se volvió hacia Rouletabille y le preguntó de una forma bastante brusca:

—¡Hable! ¿Qué quiere usted?

El reportero contestó con la misma brusquedad:

—¡Estrechar su mano!

Darzac retrocedió:

—¿Qué significa esto?

Evidentemente, él había comprendido lo que yo comprendía entonces: que mi amigo lo consideraba sospechoso del abominable atentado. La huella de la mano ensangrentada en las paredes del «Cuarto Amarillo» se le apareció... Miré a aquel hombre de fisonomía tan altiva, de mirada habitualmente tan franca y que en aquel momento se turbaba de una forma tan extraña. Tendió su mano derecha y, señalándome, dijo:

—Usted es amigo del señor Sainclair, que me hizo un gran favor inesperado en una justa causa, y no veo razón para rechazar su mano...

Rouletabille no aceptó la mano. Mintiendo con una audacia sin igual, dijo:

—He vivido algunos años en Rusia, de donde traje la costumbre de no estrechar nunca la mano de quien no se quite los guantes.

Creí que el profesor de la Sorbona iba a dar rienda suelta al furor que comenzaba a agitarlo, mas, por el contrario, con un violento y visible esfuerzo, se tranquilizó, se

quitó los guantes y presentó sus manos. Estaban limpias de toda cicatriz.

—¿Está usted satisfecho?

—No —replicó Rouletabille—. Querido amigo —dijo volviéndose hacia mí—, me veo en la obligación de pedirle que nos deje a solas un instante.

Saludé y me fui, estupefacto ante lo que acababa de ver y oír, y no llegando a comprender cómo Robert Darzac no había puesto en la calle a mi impertinente, injurioso y estúpido amigo... Pues, en aquel minuto, no perdonaba a Rouletabille sus sospechas, que habían desembocado en la inaudita escena de los guantes...

Me paseé más o menos veinte minutos delante del castillo, intentando unir entre sí los diferentes acontecimientos de aquella mañana sin lograrlo. ¿Cuál era la idea de Rouletabille? ¿Era posible que Robert Darzac pudiera parecerle el asesino? ¿Cómo pensar que aquel hombre que iba a casarse dentro de unos días con la señorita Stangerson se hubiera introducido en el «Cuarto Amarillo» para asesinar a su novia? En fin, nada había venido a indicarme cómo pudo el asesino salir del «Cuarto Amarillo»; y, mientras no me explicaran ese misterio que me parecía inexplicable, yo estimaba que nadie tenía por qué sospechar de nadie. Finalmente, ¿qué significaba esa frase insensata que seguía sonando en mis oídos: *La rectoral no ha perdido nada de su encanto ni el jardín de su esplendor?* Estaba impaciente por encontrarme a solas con Rouletabille y preguntárselo.

En aquel momento, el joven salió del castillo con Robert Darzac y, cosa extraordinaria, vi al primer vistazo que eran los mejores amigos del mundo.

—Vamos al «Cuarto Amarillo» —me dijo Rouletabille—, vengase con nosotros. A propósito, querido amigo, usted se quedará conmigo todo el día. Comeremos juntos por aquí...

—Comerán aquí conmigo, señores...

—No, gracias —replicó el joven—. Comeremos en la venta «La Torre del Homenaje»...

—Allí estarán muy mal... No encontrarán nada.

—¿Cree usted?... Yo espero encontrar algo —replicó Rouletabille—. Después de comer seguiremos trabajando, haré mi artículo, y usted será tan amable de llevármelo a la redacción...

—¿Y usted? ¿No vuelve conmigo?

—No. Voy a dormir aquí...

Me volví hacia Rouletabille. Hablaba seriamente y Robert Darzac no parecía extrañarse en absoluto...

Pasábamos entonces delante de la torre y oímos gemidos. Rouletabille preguntó:

—¿Por qué detuvieron a esta gente?

—Yo tengo un poco de culpa —dijo el señor Darzac—. Le hice observar ayer al juez de instrucción que era inexplicable que a los porteros les diera tiempo a oír los tiros, «vestirse», recorrer el espacio bastante grande que separa su casa del pabellón, y todo eso en dos minutos; pues no transcurrieron más de dos minutos entre los tiros

y el momento en que los encontró el tío Jacques.

—Evidentemente, es sospechoso —asintió Rouletabille—. ¿Y dice que estaban vestidos...?

—Eso es lo increíble..., estaban vestidos..., «enteramente», y además bien abrigados... No les faltaba ninguna pieza de su indumentaria. La mujer llevaba zuecos, pero el hombre tenía «los zapatos atados». Ahora bien, declararon haberse acostado a las nueve como todas las noches. Cuando llegó esta mañana el juez de instrucción, que se había provisto en París de un revólver del mismo calibre que el del crimen (pues no quiere tocar al revólver-pieza de convicción), mandó a su secretario que disparara dos tiros en el «Cuarto Amarillo» con la ventana y la puerta cerradas. Estábamos con él en la casa de los porteros; no oímos nada... No se puede oír nada. Quiere decirse que los porteros han mentido, de eso no cabe la menor duda... Estaban preparados; estaban ya fuera, lejos del pabellón; esperaban algo. Por supuesto, no, se los acusa de ser los autores del atentado, pero su complicidad no es improbable... El señor Marquet mandó detenerlos en seguida.

—Si hubieran sido cómplices —dijo Rouletabille—, *habrían llegado desarreglados*, o, mejor dicho, no habrían llegado en absoluto. Cuando uno se precipita en brazos de la justicia llevando consigo tantas pruebas de complicidad, es que no es cómplice. En el caso que nos ocupa yo no creo en los cómplices.

—Entonces, ¿por qué estaban fuera a medianoche? ¡Que lo digan!...

—Con toda seguridad, tienen un motivo para callar. Se trata de saber cuál... Aunque no sean cómplices, eso puede tener alguna importancia. *Todo cuanto ocurre en una noche así es importante...*

Acabábamos de atravesar un viejo puente construido sobre el foso y estábamos entrando en la parte del parque llamado «El Encinar». Allí había encinas centenarias. El otoño había encogido sus hojas amarillentas, y sus altas ramas negras y serpeantes parecían horribles cabelleras, nudos de reptiles gigantescos entremezclados, como el escultor antiguo los retorció en su cabeza de Medusa. Aquel lugar, donde vivía la señorita Stangerson en verano porque le parecía alegre, en aquella estación nos pareció fúnebre y triste. El suelo estaba negro, enfangado por las recientes lluvias y por el cieno de las hojas secas; los troncos de los árboles estaban negros; el mismo cielo, por encima de nuestras cabezas, estaba de luto, arrastrando pesados nubarrones. Y en aquel retiro sombrío y desolado vimos las paredes blancas del pabellón. Extraño edificio, sin una ventana visible desde el lugar en que nos encontrábamos. Únicamente una puertecita delimitaba la entrada. Parecía una tumba, un vasto mausoleo al fondo del bosque abandonado. A medida que nos íbamos acercando, adivinábamos la disposición. Toda la luz que necesitaba le venía del mediodía, es decir, del otro lado de la propiedad, del lado del campo. Una vez cerrada la puertecita que daba al parque, el señor y la señorita Stangerson debían de encontrar allí una prisión ideal para vivir con sus trabajos y sus sueños.

Además, ahora mismo, voy a dar el plano del pabellón. No tenía más que una planta baja, a la que se accedía por unos escalones, y un desván bastante elevado «que no nos ocupará de ninguna manera». Así pues, ofrezco al lector el plano de la planta baja en toda su sencillez.

El mismo Rouletabille lo trazó y comprobé que no le faltaba ni una línea ni una indicación susceptible de ayudar a la resolución del problema que se planteaba entonces ante la justicia. Con las indicaciones y el plano, los lectores sabrán tanto para llegar a la verdad como sabía Rouletabille cuando penetró por primera vez en el pabellón y cuando todos nos preguntábamos: ¿Por dónde habrá podido huir el asesino del «Cuarto Amarillo»?

Antes de subir los tres escalones de la puerta del pabellón, Rouletabille se detuvo y preguntó a quemarropa al señor Darzac:

—Y bien, ¿cuál es el móvil del crimen?

—Para mí no hay duda alguna a este respecto —dijo el novio de la señorita Stangerson con una gran tristeza—. Las huellas de los dedos, los profundos arañazos en el pecho y en el cuello de la señorita Stangerson testifican que el miserable que estaba allí intentó un horrible atentado. Los médicos expertos que examinaron ayer

esas huellas afirman que fueron hechas por la misma mano cuya imagen ensangrentada quedó impresa en la pared; una mano enorme, que no cabría en mi guante —añadió con una indefinible y amarga sonrisa...

—Y esa mano roja —interrumpí— ¿no podría ser la huella de los dedos ensangrentados de la señorita Stangerson, que, en el momento en que ella caía, se encontraron con la pared y dejaron al deslizarse una imagen alargada de su mano llena de sangre?

—No había una gota de sangre en las manos de la señorita Stangerson cuando la levantaron —respondió el señor Darzac.

—Así que ya es casi seguro —dije— que fue la señorita Stangerson quien tenía el revólver del tío Jacques, pues hirió al asesino en la mano. *Así pues, temía algo o a alguien.*

—Es probable...

—¿No sospecha usted de nadie?

—No... —respondió el señor Darzac mirando a Rouletabille.

Rouletabille, entonces, me dijo:

—Ha de saber, querido amigo, que la instrucción va mucho más adelantada de lo que quiso confiarnos nuestro misterioso señor Marquet. La instrucción no sólo sabe ahora que el revólver fue el arma que utilizó para defenderse la señorita Stangerson, sino que conoce, conoció en seguida el arma que sirvió para atacar y golpear a la señorita Stangerson. Es, me dijo el señor Darzac, un «hueso de cordero». ¿Por qué el señor Marquet rodea a ese hueso de cordero de tanto misterio? Con el designio de facilitar la búsqueda de los agentes de la Seguridad, no cabe duda. Quizá imagine que encontrarán a su propietario en el hampa de París, entre los más conocidos por utilizar ese instrumento del crimen, el más terrible que haya inventado la naturaleza... Y, además, ¿sabe uno lo que pasa en los sesos del juez de instrucción? —añadió Rouletabille con una ironía despectiva.

Pregunté:

—¿Así que se encontró un «hueso de cordero» en el «Cuarto Amarillo»?

—Sí, señor —dijo Robert Darzac—, al pie de la cama; pero, se lo ruego: no hable de ello. El señor Marquet nos pidió que guardáramos el secreto —yo hice un gesto de protesta—. Es un enorme hueso de cordero cuya cabeza, o mejor dicho, cuya articulación seguía roja de la sangre de la horrible herida que hizo ala señorita Stangerson. Es un viejo hueso de cordero *que debió de servir para otros crímenes*, según las apariencias. Así piensa el señor Marquet, que lo mandó llevar al laboratorio municipal de París para que lo analizaran. En efecto, cree haber notado en el hueso, además de la sangre fresca de la última víctima, unas manchas rojizas que no serían más que manchas de sangre seca, testimonios de crímenes anteriores.

—Un hueso de cordero en manos de un «asesino habituado» es un arma espantosa —dijo Rouletabille—, un arma «más útil» y más segura que un pesado martillo.

—Y «el miserable» lo ha demostrado —dijo dolorosamente Robert Darzac—. El hueso de cordero golpeó terriblemente a la señorita Stangerson en la frente. La articulación del hueso de cordero se adapta perfectamente a la herida. Para mí que esta herida hubiera sido mortal si el asesino no hubiera sido medio detenido, al dar el golpe, por el revólver de la señorita Stangerson. Herido en la mano, tuvo que soltar el hueso de cordero y huyó. Por desgracia, el golpe del hueso de cordero *estaba en camino y ya había llegado...*, y la señorita Stangerson quedó medio muerta, después

de estar a punto de ser estrangulada. Si la señorita Stangerson hubiera logrado herir al hombre al primer tiro, sin duda se habría librado del hueso de cordero... Pero debió de coger demasiado tarde el revólver; luego en la lucha el primer tiro se desvió y la bala fue a alojarse en el techo; sólo dio resultado el segundo tiro.

Dicho esto, el señor Darzac llamó a la puerta del pabellón. ¿Les confesaré la impaciencia que sentía por penetrar en el lugar mismo del crimen? Temblaba y, a pesar del inmenso interés que encerraba la historia del hueso de cordero, me consumía al ver que se prolongaba nuestra conversación y que la puerta del pabellón no se abría.

Por fin, se abrió.

Un hombre, en quien reconocí al tío Jacques, estaba en el umbral.

Me pareció que tendría unos sesenta años largos. Una larga barba blanca, el pelo blanco cubierto por una boina vasca, un traje de pana marrón, muy usado, zuecos; el aire gruñón, una cara bastante repelente, que se iluminó en cuanto vio a Robert Darzac.

—Unos amigos —dijo simplemente nuestro guía—. ¿No hay nadie en el pabellón, tío Jacques?

—No puedo dejar entrar a nadie, señor Robert, pero la consigna no reza con usted, claro... ¿Y por qué? Esos señores de la justicia vieron todo lo que había que ver. ¡Bastantes dibujos e informes han hecho ya!

—Perdone, señor Jacques, antes de nada quiero hacerle una pregunta.

—Diga, joven, a ver si sé contestarle...

—¿Llevaba su ama *aquella noche* el pelo en bandós? ¿Entiende lo que quiero decir? El pelo en bandos sobre la frente.

—No, jovencito. Mi ama nunca llevó el pelo en bandos, como dice usted, ni aquella noche, ni ningún día. Como siempre, llevaba el pelo recogido de forma que se podía ver su hermosa frente, pura como la de un recién nacido...

Rouletabille gruñó y se puso en seguida a inspeccionar la puerta. Se fijó en el cierre automático. Comprobó que la puerta no podía permanecer nunca abierta y que se necesitaba una llave para abrirla. Luego, entramos en el vestíbulo, una salita bastante clara, con baldosas rojas.

—¡Ah! —dijo Rouletabille—. Ésa es la ventana por donde escapó el asesino.

—¡Eso dicen, señor, eso dicen! Pero si hubiera huido, ¡cómo el señor Stangerson, yo, los porteros, a quienes han metido en la cárcel, no íbamos a haberlo visto! ¡Tenemos ojos en la cara! ¿Por qué no me detienen a mí también por lo del revólver?

Rouletabille había abierto ya la ventana y examinado las contraventanas.

—¿Estaban cerradas en el momento del crimen?

—Con aldabilla de hierro, por dentro —dijo el tío Jacques—. Y yo estoy seguro de que el asesino pasó por ellas...

—¿Hay manchas de sangre?...

—Sí, mire, ahí en la piedra, por fuera... ¿Pero sangre de qué?...

—¡Ah! —dijo Rouletabille—. Se ven pasos... ahí, en el camino..., la tierra estaba muy empapada... Lo veremos dentro de un rato...

—Tonterías —interrumpió el tío Jacques—. ¡El asesino no pasó por ahí!...

—Entonces ¿por dónde?...

—¡Qué sé yo!...

Rouletabille lo veía todo, lo husmeaba todo. Se puso de rodillas y rápidamente pasó revista a las baldosas manchadas del vestíbulo.

El tío Jacques proseguía:

—¡Ah! No encontrará nada, jovencito... Ellos no encontraron nada... Además,

ahora todo está muy sucio... Ha entrado mucha gente. No quieren que friegue las baldosas..., pero el día del crimen, yo, el tío Jacques, me las fregué a fondo..., y si hubiera pasado por ahí el asesino con sus «patas», lo habríamos visto; dejó la marca de sus zapatos en el cuarto de la señorita...

Rouletabille se incorporó y preguntó:

—¿Cuándo fregó las baldosas por última vez?

Y clavaba en el tío Jacques unos ojos a los que no escapa nada.

—¡Pues el mismo día del crimen, ya se lo he dicho! Hacia las cinco y media..., mientras la señorita y su padre daban un paseo antes de cenar aquí mismo, pues cenaron en el laboratorio. Al día siguiente, cuando vino el juez, pudo ver todas las huellas de pasos en el suelo como tinta en papel blanco... Pues bien, ni en el laboratorio, ni en el vestíbulo, que estaban más limpios que una patena, se encontraron los pasos... ¡del hombre!... Y, como volvemos a encontrarlos al lado de la ventana, *fuera*, en ese caso tuvo que agujerear el techo del «Cuarto Amarillo», pasar por el desván y dejarse caer junto a la ventana del vestíbulo... Pues bien, no hay agujero en el techo del «Cuarto Amarillo»..., ¡ni en mi desván, por supuesto!... Así que ya ve usted que no se sabe nada..., pero lo que se dice nada... ¡Y a fe que nunca se sabrá nada!... ¡Es un misterio del diablo!

De repente, Rouletabille volvió a ponerse de rodillas, casi trente a la puerta de un servicio que se abría al fondo del vestíbulo. Se quedó en esa postura por lo menos un minuto.

—¿Y bien? —le pregunté cuando se incorporó.

—¡Oh!, nada importante; una gota de sangre.

El joven se volvió hacia el tío Jacques.

—Cuando se puso a fregar el laboratorio y el vestíbulo ¿estaba abierta la ventana del vestíbulo?

—Yo acababa de abrirla, porque había encendido carbón de leña para el señor en el horno del laboratorio; y, como lo encendí con periódicos, echó mucho humo; abrí las ventanas del laboratorio y dejé abierta la del vestíbulo para que corriera el aire; y luego salí un instante para ir a buscar una bayeta al castillo y, cuando volví, como le dije, hacia las cinco y media, me puse a fregar las baldosas; después de fregarlas, salí otra vez, dejando la ventana del vestíbulo abierta. Y, en fin, cuando volví por última vez al pabellón, *la ventana estaba cerrada*, y el señor y la señorita ya estaban trabajando en el laboratorio.

—Sin duda, el señor y la señorita Stangerson cerraron la puerta al entrar.

—Sin duda.

—¿No se lo preguntó?

—No...

Después de una ojeada atenta al servicio y a la caja de la escalera, Rouletabille, para quien nosotros ya no parecíamos existir, entró en el laboratorio. Confieso que lo seguí con mucha emoción. Robert Darzac no perdía un gesto de mi amigo... En

cuanto a mí, mis ojos se dirigieron en seguida a la puerta del «Cuarto Amarillo». La habían cerrado, o mejor dicho, la habían empujado sobre el laboratorio, pues comprobé inmediatamente que estaba medio derribada e inservible... Los esfuerzos de los que se abalanzaron sobre ella en el momento del drama la habían roto...

Mi joven amigo, que en su trabajo procedía metódicamente, consideraba sin decir una palabra la sala en que estábamos... Era ancha y bien iluminada. Dos grandes ventanas, casi ventanales, provistas de barrotes daban al inmenso campo. Un boquete en el bosque; una vista maravillosa sobre todo el valle, sobre la llanura, hasta la gran ciudad, que debía de surgir allá al fondo los días de sol. Pero hoy sólo hay barro en la tierra, hollín en el cielo... y sangre en este cuarto...

Un lado entero estaba ocupado por una ancha chimenea, crisoles, hornos utilizados para todo tipo de experimentos químicos. Retortas, instrumentos de física casi por todas partes; mesas sobrecargadas de frascos, papeles, informes, una máquina eléctrica..., un aparato —me dijo Robert Darzac— que empleaba el profesor Stangerson «para demostrar la disociación de la materia bajo la acción de la luz solar», etc.

Y a lo largo de la pared, armarios, armarios llenos o armarios-escaparates, que dejaban ver microscopios, aparatos fotográficos especiales, una cantidad increíble de cristales.

Rouletabille tenía la nariz metida en la chimenea. Con la punta de los dedos, hurgaba en los crisoles... De repente, se enderezó con un cachito de papel medio consumido en la mano. Se acercó a nosotros, que estábamos charlando junto a una ventana, y dijo:

—Guárdenos esto, señor Darzac.

Me incliné sobre el trozo de papel chamuscado que Robert Darzac acababa de tomar de las manos de Rouletabille. Y pude leer claramente las únicas palabras que seguían visibles:

*rectoral perdido nada encanto,
ni el jar de su esplendor.*

Y debajo: «23 de octubre».

Por segunda vez, desde aquella mañana, volvía a oír estupefacto las mismas palabras insensatas y, por segunda vez, vi que producían en el profesor de la Sorbona el mismo efecto aniquilador. Lo primero que hizo Robert Darzac fue mirar hacia el tío Jacques. Pero éste no nos había visto, ocupado como estaba en la otra ventana...

Entonces, el novio de la señorita Stangerson abrió su cartera temblando, guardó el papel y dijo suspirando: «¡Dios mío!»

Mientras tanto, Rouletabille se había subido a la chimenea; es decir que, de pie sobre los ladrillos de un horno, consideraba atentamente la chimenea, que iba estrechándose y que, a cincuenta centímetros por encima de su cabeza, estaba enteramente cerrada con placas de hierro fijadas en el ladrillo, dejando pasar tres tubos de unos quince centímetros de diámetro cada uno.

—Imposible pasar por ahí —afirmó el joven saltando al laboratorio—. Por lo demás, si «él» lo hubiera intentado, toda esa chatarra estaría en el suelo. ¡No! ¡No! No hay que buscar por este camino...

Después Rouletabille examinó los muebles y abrió las puertas de los armarios. Luego les tocó el turno a las ventanas, que declaró infranqueables e «infranqueadas». En la segunda ventana, encontró al tío Jacques en contemplación.

—¿Pero qué está mirando por ahí, tío Jacques?

—Miro al hombre de la policía que no deja de dar vueltas al estanque... Otro listo que no sacará en limpio más que los otros.

—¡Usted no conoce a Frédéric Larsan, tío Jacques! —dijo Rouletabille, moviendo la cabeza—. De lo contrario no hablaría así... ¡Si hay aquí alguien capaz de encontrar al asesino, es de creer que será él!

Y Rouletabille suspiró.

—Antes de encontrarlo hay que saber cómo lo hemos perdido... —replicó el tío Jacques, testarudo.

Por fin, llegamos a la puerta del «Cuarto Amarillo».

—¡He ahí la puerta detrás de la cual ocurrió algo! —dijo Rouletabille con una solemnidad que en otras circunstancias hubiera sido cómica.

Capítulo 7

Donde Rouletabille se va de expedición bajo la cama

Rouletabille, después de empujar la puerta del «Cuarto Amarillo», se detuvo en el umbral, diciendo con una emoción que yo no comprendería hasta más tarde: «¡Oh! ¡El perfume de la dama de negro!» El cuarto estaba a oscuras; el tío Jacques quiso abrir las contraventanas, pero Rouletabille lo detuvo.

—¿Sucedió el drama en plena oscuridad? —dijo.

—No, jovencito, no creo. La señorita siempre quiso tener una mariposa en su mesa y yo se la encendía todas las noches antes de que fuera a acostarse... ¡Yo era casi su doncella, como quien dice, cuando llegaba la noche! La verdadera doncella no venía más que por la mañana. La señorita trabaja hasta tan tarde por la noche...

—¿Dónde estaba la mesa con la mariposa? ¿Lejos de la cama?

—Lejos de la cama.

—¿Puede ahora encender la mariposa?

—La mariposa está rota, y el aceite se derramó cuando cayó la mesa. Por lo demás, todo está igual. No tengo más que abrir las contraventanas y lo verá...

—¡Espere!

Rouletabille volvió al laboratorio y fue a cerrar las contraventanas y la puerta del vestíbulo. Cuando estuvimos completamente a oscuras, encendió una vela, se la dio al tío Jacques y le dijo que se dirigiera con la vela hacia el centro del «Cuarto Amarillo», al mismo lugar donde lucía aquella noche la mariposa.

El tío Jacques, que estaba en zapatillas (solía dejar sus zuecos en el vestíbulo), entró al «Cuarto Amarillo» con el trozo de vela, y distinguimos vagamente, mal iluminados por la llamita moribunda, objetos tirados por el suelo, una cama en el rincón y, enfrente de nosotros, a la izquierda, el reflejo de un espejo colgado de la pared, cerca de la cama. Fue todo muy rápido.

Rouletabille dijo:

—Ya vale. Puede abrir las contraventanas.

—Pero no entre —rogó el tío Jacques—; podría dejar marcas con los zapatos... Y no se puede tocar nada. Se le ha ocurrido al juez así, de buenas a primeras, aunque para él esté el caso concluido...

Y empujó las contraventanas. Entró la luz lívida de fuera, iluminando un siniestro desorden entre paredes de azafrán. El parquet —pues si el vestíbulo y el laboratorio eran de baldosa, el «Cuarto Amarillo» era de parquet— estaba recubierto con una estera amarilla de una sola pieza, que ocupaba casi toda la habitación, yendo hasta

debajo de la cama y del tocador, únicos muebles que con la cama seguían aún en pie. La mesa redonda del centro, la mesilla de noche y dos sillas estaban caídas en el suelo. Pero no impedían ver en la estera una amplia mancha de sangre, que procedía —según nos dijo el tío Jacques— de la herida en la frente de la señorita Stangerson. Además, gotitas de sangre derramadas por doquier seguían, por decirlo así, la huella muy visible de unos pasos, los anchos pasos negros del asesino. Todo hacía presumir que aquellas gotas de sangre provenían de la herida del hombre, quien, en cierto momento, dejó impresa su mano en la pared. Había más huellas de aquella mano en la pared, pero mucho menos claras. Aquélla era efectivamente la huella de una ruda mano de hombre ensangrentada.

Yo no pude dejar de exclamar:

—¡Fíjense!... ¡Fíjense en la sangre de la pared!... El hombre que aplicó tan firmemente su mano aquí estaba entonces en la oscuridad y creyó con toda seguridad que estaba tocando una puerta. Creyó que estaba empujándola. Por eso se apoyó con fuerza dejando en el papel amarillo un dibujo terriblemente acusador, pues, que yo sepa, no se suelen encontrar en el mundo muchas manos de esta forma. Es ancha y fuerte y los dedos son casi tan largos los unos como los otros. En cuanto al pulgar, no aparece. Sólo tenemos la marca de la palma. Y si seguimos la «huella» de la mano —proseguí—, vemos que después de apoyarse en la pared, la palpa, busca la puerta, la encuentra, busca la cerradura...

—¡Desde luego! —interrumpió, burlón, Rouletabille—. *¡Sólo que no hay sangre en la cerradura ni en el cerrojo!...*

—¿Y qué prueba eso? —repliqué con un buen sentido del que me sentía orgulloso—. «Él» habrá abierto la cerradura y el cerrojo con la mano izquierda, lo que además me parece muy normal, dado que tenía la mano derecha herida...

—¡No abrió nada en absoluto! —exclamó de nuevo el tío Jacques—. ¡Vamos, que no estamos locos! ¡Éramos cuatro cuando derribamos la puerta!

Yo proseguí:

—¡Qué mano más extraña! ¡Pero fíjense en esta extraña mano!

—Es una mano muy normal —replicó Rouletabille—, cuyo contorno fue deformado al desligarse por la pared. ¡El hombre limpió su mano herida en la pared! Ese hombre debe de medir un metro ochenta.

—¿Qué le hace pensar eso?

—La altura de la mano en la pared...

Después mi amigo se ocupó de la marca dejada por la bala en la pared. La marca era un agujero redondo.

—La bala —dijo Rouletabille— vino de «frente»; por consiguiente, ni de arriba ni de abajo.

También nos hizo observar que estaba alojada en la pared unos centímetros más abajo del estigma dejado por la mano.

Rouletabille, volviendo a la puerta, tenía ahora la nariz pegada a la cerradura y al

cerrojo. Comprobó «que efectivamente se había derribado la puerta por fuera, pues la cerradura y el cerrojo seguían en la puerta derribada, la una cerrada y el otro echado, y en la pared los dos cerraderos habían sido casi arrancados» y estaban colgando, sujetos todavía por un tornillo.

El joven redactor de *L'Epoque* los miró con detenimiento, cogió la puerta, la inspeccionó por los dos lados, se cercioró de que era imposible cerrar y abrir el cerrojo «por fuera», y de que se había vuelto a encontrar la llave en la cerradura «por dentro». También se cercioró de que, una vez metida la llave en la cerradura, no se podía abrir por fuera con otra llave. Finalmente, después de comprobar que no había en aquella puerta «ningún cierre automático, en una palabra, que era una puerta vulgar y corriente, provista de una cerradura y de un cerrojo muy sólidos que habían permanecido cerrados», dejó caer estas palabras:

—¡Esto me parece mejor!

Luego se sentó en el suelo y se descalzó rápidamente.

Y, en calcetines, entró en el cuarto. Lo primero que hizo fue asomarse a los muebles caídos y examinarlos con sumo cuidado. Lo mirábamos en silencio. El tío Jacques, cada vez más irónico, le decía:

—¡Ay, jovencito, jovencito! Se lo está tomando muy en serio...

Pero Rouletabille levantó la cabeza:

—Dijo usted la pura verdad, tío Jacques; aquella noche su ama no llevaba el pelo en bandós. ¡He sido un animal al pensarlo!...

Y, ágil como una serpiente, se deslizó debajo de la cama.

El tío Jacques prosiguió:

—¡Y pensar que el asesino estaba escondido debajo! Estaba ya cuando entré a las diez para cerrar las contraventanas y encender la mariposa, porque ni el señor Stangerson ni la señorita Mathilde ni yo abandonamos el laboratorio hasta la hora del crimen.

Oíamos la voz de Rouletabille debajo de la cama.

—Tío Jacques, ¿a qué hora llegaron al laboratorio para no salir de él el señor y la señorita Stangerson?

—A las seis.

La voz de Rouletabille seguía:

—Sí, estuvo aquí debajo... Es cierto. Además es el único sitio donde podía esconderse... Cuando entraron los cuatro, ¿miraron debajo de la cama?

—En seguida... Hasta dimos la vuelta a la cama antes de volver a colocarla en su sitio.

—¿Y entre los colchones?

—La cama no tenía más que un colchón sobre el que pusimos a la señorita Mathilde. Y el portero y el señor Stangerson transportaron inmediatamente el colchón al laboratorio. Debajo del colchón no había más que el somier metálico, que no puede ocultar nada ni a nadie. En fin, piense que éramos cuatro y que no se nos podía

escapar nada, pues el cuarto es pequeño, desprovisto de muebles y detrás de nosotros todo estaba cerrado en el pabellón.

Me atreví a sugerir una hipótesis:

—¡Quizá salió con el colchón! Dentro del colchón, quizá... Ante semejante misterio, todo es posible. En su turbación, el señor Stangerson y el portero no se habrán dado cuenta de que llevaban el doble de peso... *Además, si el portero es cómplice...* Es una hipótesis más, pero podría explicar muchas cosas... y en particular el hecho de que el laboratorio y el vestíbulo quedaron vírgenes de las huellas de pasos que se encuentran en el cuarto. Cuando transportaron a la señorita del laboratorio al castillo, el colchón, que permaneció un instante al lado de la ventana, hubiera podido permitir al hombre escapar...

—¿Y qué más? ¿Y qué más? ¿Y qué más? —me soltó Rouletabille, riéndose deliberadamente debajo de la cama...

Me sentí un poco humillado:

—Realmente no se sabe... Todo parece posible...

El tío Jacques dijo:

—Esa idea la tuvo el juez de instrucción, señor, y mandó examinar con mucho cuidado el colchón. Tuvo que reírse de su idea, señor, como se ríe ahora su amigo, pues, como era de esperar, ¡el colchón no tenía doble fondo!... Y, además, si hubiera habido un hombre en el colchón, lo habríamos visto...

Yo mismo tuve que reírme y, en efecto, desde entonces, tuve la prueba de que había dicho algo absurdo. Pero en semejante caso ¿dónde empezaba y dónde acababa lo absurdo?

Únicamente mi amigo era capaz de decirlo.

—Dígame —exclamó el reportero, que seguía debajo de la cama—, ¿no ha movido nadie la estera?

—Nosotros, señor —explicó el tío Jacques—. Cuando no encontramos al asesino, nos estuvimos preguntando si no habría un agujero en el parquet...

—No lo hay —respondió Rouletabille—. ¿Tiene bodega?

—No, no hay bodega... Pero no por eso nos detuvimos en nuestra búsqueda, tampoco el juez de instrucción y sobre todo su secretario, que no dejaron de estudiar el parquet, tabla por tabla, como si hubiera habido una bodega debajo...

Entonces reapareció el reportero. Sus ojos brillaban, su nariz palpitaba; parecía un animal joven de vuelta de un acecho feliz... Se quedó a gatas. A decir verdad, en mi pensamiento no podía compararlo mejor que a un admirable animal de caza sobre la pista de alguna sorprendente presa... Y husmeó los pasos del hombre, del hombre que él se había jurado llevar a su amo, el señor director de *L'Epoque*, ¡pues no debemos olvidar que nuestro amigo Joseph Rouletabille era periodista!

Así pues, se fue a gatas a los cuatro rincones del cuarto, husmeándolo todo, echando un vistazo general a todo lo que veíamos y que era poco, y a todo lo que no veíamos y que era —al parecer— inmenso.

El tocador era una sencilla tablita con cuatro patas; era imposible transformarla en un escondite pasajero... Ni el menor armario... La señorita Stangerson tenía su guardarropa en el castillo.

La nariz y las manos de Rouletabille subían por las paredes, *que eran de ladrillo grueso por todas partes*. Una vez que hubo acabado con las paredes y pasado sus dedos ágiles por toda la superficie del papel amarillo, hasta alcanzar el techo, al que pudo llegar subiéndose a una silla que colocó encima del tocador y haciendo deslizar por toda la pieza aquel ingenioso taburete; una vez que hubo acabado con el techo, donde examinó con mucho cuidado la marca de la otra bala, se acercó a la ventana y siguió con los barrotes y las contraventanas, todos muy sólidos e intactos. Finalmente, lanzó un ¡uf! de «satisfacción» y declaró que «¡ahora se sentía tranquilo!»

—Bueno, ya ve usted lo bien encerrada que estaba nuestra pobre querida señorita cuando nos la asesinaban, cuando nos pedía socorro... —se lamentó el tío Jacques.

—Sí —dijo el joven reportero secándose la frente—. *Palabra que el «Cuarto Amarillo» estaba cerrado como una caja fuerte...*

—De hecho —observé yo—, por eso este misterio es el más sorprendente que conozco, *incluso en el campo de la imaginación*. En *Los crímenes de la Rué Morgue*, Edgar Poe no inventó nada semejante. El lugar del crimen estaba lo suficientemente cerrado como para no dejar escapar a un hombre, pero había al menos aquella ventana por la que podía deslizarse el autor de los asesinatos, que era un mono^[2]... Pero aquí no hay abertura de ningún tipo. Cerradas como estaban la puerta y las contraventanas, *¡no podía entrar ni salir una mosca!*

—¡Cierto, cierto! —asintió Rouletabille sin dejar de secarse la frente, aunque parecía sudar no tanto por su reciente esfuerzo corporal cuanto por la agitación de sus pensamientos—. ¡Cierto! ¡Es un hermoso, grande y curioso misterio!...

—Ni el «Animalito de Dios» —gruñó el tío Jacques—, ni el mismo «Animalito de Dios», si hubiera cometido el crimen, habría podido escapar... ¡Escuchen! ¿Lo oyen?... ¡Silencio!...

El tío Jacques nos pedía con una seña que nos calláramos y, con el brazo tendido hacia la pared, hacia el bosque cercano, escuchaba algo que nosotros no oíamos.

—Se fue —acabó por decir—. Tendré que matarlo... Es demasiado siniestro ese animal... Pero es el «Animalito de Dios»; todas las noches va a rezar ante la tumba de Santa Genoveva, y nadie se atreve a tocarlo por miedo a que la tía Agenoux le haga mal de ojo...

—¿Cómo es de grande el «Animalito de Dios»?

—Más o menos como un perro teckel... Es un monstruo, se lo digo yo. ¡Ah! Más de una vez me he preguntado si no había sido él quien cogió por la garganta a nuestra pobre señorita entre sus garras... Pero el «Animalito de Dios» no lleva zapatones, ni dispara con un revólver, ni tiene una mano como ésa —exclamó el tío Jacques, señalándonos de nuevo la mano roja en la pared—. Y, además, lo habríamos visto tan

bien como a un hombre, y habría quedado encerrado en el cuarto y en el pabellón tan bien como un hombre...

—Claro —dije—. Desde lejos y antes de haber visto el «Cuarto Amarillo», también yo llegué a preguntarme si el gato de la tía Agenoux...

—¡También usted! —exclamó Rouletabille.

—¿Y usted? —pregunté.

—Yo no, ni un instante... Desde que leí el artículo de *Le Matin*, ¡sé que no se trata de un animal! Ahora puedo jurar que aquí sucedió una espantosa tragedia... Pero no nos ha hablado usted de la boina encontrada, ni del pañuelo, ¿eh, tío Jacques?

—Se los llevó el magistrado, naturalmente —dijo el otro dudando.

El reportero le contestó muy grave:

—Yo no he visto el pañuelo ni la boina, pero puedo decirle cómo son.

—¡Ah! es usted muy listo...

Y el tío Jacques tosió, confuso.

—El pañuelo es grande, azul, con rayas rojas, y la boina es una vieja boina vasca, como ésa —añadió Rouletabille, señalando la boina del hombre.

—Y encima tiene usted razón... Usted es brujo...

Y el tío Jacques intentó reírse, pero no lo consiguió.

—¿Cómo sabe usted que el pañuelo es azul con rayas rojas?

—¡Porque si no hubiera sido azul con rayas rojas no se habría encontrado ningún pañuelo!

Sin hacer más caso del tío Jacques, mi amigo sacó de su bolsillo un trozo de papel blanco, cogió unas tijeras, se inclinó sobre una de las huellas y empezó a recortar. De esta forma tuvo una suela de papel con un contorno muy claro, y me la dio rogándome que no la perdiera.

Se volvió luego hacia la ventana y, señalando a Frédéric Larsan, que no había dejado la orilla del estanque, preguntó al tío Jacques si el policía no había venido a «trabajar en el “Cuarto Amarillo”».

—¡No! —respondió Robert Darzac, que no había pronunciado una palabra desde que Rouletabille le había dado el trocito de papel chamuscado—. Pretende que no necesita ver el «Cuarto Amarillo», que el asesino salió del «Cuarto Amarillo» de una forma muy natural, y que lo demostrará esta noche.

Al oír a Robert Darzac hablar así, Rouletabille —cosa extraordinaria— palideció.

—¿Sabrá Frédéric Larsan la verdad que yo no hago más que presentir? —murmuró—. Frédéric Larsan es muy hábil..., muy hábil..., y lo admiro... Pero hoy se trata de hacer algo mejor que una obra de policía..., *¡algo mejor de lo que enseña la experiencia!*... *¡Se trata de ser lógico*, pero lo que se dice lógico, compréndanme bien, como Dios fue lógico cuando dijo: $2+2=4!$... ¡HAY QUE COGER LA RAZÓN

POR SU LADO BUENO!

Y el reportero se precipitó fuera, como loco ante la idea de que el famoso gran Fred pudiera encontrar antes que él la solución al problema del «Cuarto Amarillo».

Logré alcanzarlo en el umbral del pabellón.

—¡Vamos! —le dije—. ¡Tranquilícese!... ¿Es que no está satisfecho?

—Sí —me confesó exhalando un profundo suspiro—. *Estoy muy satisfecho*. He descubierto muchas cosas...

—¿De orden moral o de orden material?

—Algunas de orden moral y una de orden material. Mire esto, por ejemplo.

Y, rápidamente, sacó del bolsillo de su chaleco una hoja de papel, que debió de guardar durante su expedición bajo la cama, y en la que había depositado *un pelo rubio de mujer*.

P. —¿Cómo empleó usted el tiempo aquel día? Quisiera que me lo dijera con la mayor precisión y meticulosidad posible. Si no es pedirle mucho, señorita, me gustaría seguir todos sus actos de aquel día.

R. —Me levanté tarde, a las diez, pues la noche anterior mi padre y yo volvimos muy tarde a casa. Asistimos a la cena y a la recepción que daba el presidente de la República en honor de unos delegados de la Academia de Ciencias de Filadelfia. Cuando salí de mi habitación a las diez y media, mi padre estaba ya trabajando en el laboratorio. Trabajamos juntos hasta las doce; dimos un paseo de media hora por el parque; comimos en el castillo. Media

hora de paseo hasta la una y media como todos los días. Luego mi padre y yo volvimos al laboratorio. Nos encontramos allí con la doncella, que acababa de arreglar mi cuarto. Yo entro en el «Cuarto Amarillo» para dar unas órdenes sin importancia a la criada, que abandona en seguida el pabellón, y me pongo a trabajar con mi padre. A las cinco, abandonamos el pabellón para dar otro paseo y para el té.

P. —¿Entró en su cuarto en el momento de salir, a las cinco?

R. —No, señor, fue mi padre quien entró en él, porque le pedí que me trajera el sombrero.

P. —¿Y no vio nada sospechoso?

SEÑOR STANGERSON. —Nada, por supuesto.

P. —Además, es casi seguro que en aquel momento el asesino no estaba todavía debajo de la cama. Cuando se fue, ¿no estaba la puerta del cuarto cerrada con llave?

SEÑOR STANGERSON. —No, no teníamos motivos para ello...

P. —A partir de ese momento, ¿cuánto tiempo estuvieron fuera el señor Stangerson y usted?

R. —Una hora más o menos.

P. —Fue, sin duda, durante esa hora cuando se introdujo el asesino en el pabellón, ¿pero cómo? No se sabe. En el parque se ven pasos *que salen* desde la ventana del vestíbulo, no se ven pasos *que entran*. ¿Se fijó usted si la ventana del vestíbulo estaba abierta cuando salió con su padre?

R. —No recuerdo.

SEÑOR STANGERSON. —Estaba cerrada.

P. —¿Y cuando volvieron?

SEÑORITA STANGERSON. —No me fijé.

SEÑOR STANGERSON. —Seguía cerrada... Lo recuerdo muy bien, pues al entrar dije alto: «¡Desde luego, el tío Jacques hubiera podido abrir mientras estábamos fuera!...»

P. —¿Qué extraño, qué extraño! Recuerde, señor Stangerson, que el tío Jacques, mientras estaban fuera y antes de irse, la había abierto. Así pues, volvieron a las seis al laboratorio y se pusieron a trabajar.

SEÑORITA STANGERSON. —Sí, señor.

P. —¿Y usted no volvió a abandonar el laboratorio desde esa hora hasta el momento en que entró en su cuarto?

SEÑOR STANGERSON. —Ni mi hija ni yo, señor. Teníamos un trabajo tan urgente, que no perdíamos un minuto. Hasta tal punto que lo descuidábamos todo.

P. —¿Cenaron en el laboratorio?

R. —Sí, por el mismo motivo.

P. —¿Suelen cenar en el laboratorio?

R. —Muy pocas veces.

P. —¿No podía saber el asesino que aquella noche cenarían en el laboratorio?

SEÑOR STANGERSON. —Por Dios, señor, no creo... Fue al volver al pabellón hacia las seis cuando decidí que mi hija y yo cenaríamos en el laboratorio. En ese momento, se nos acercó el guarda, que me retuvo un instante para pedirme que lo acompañara en una gira urgente por la parte de los bosques que yo había mandado talar. Me resultaba imposible en aquel momento y aplacé para el día siguiente esa tarea, y rogué entonces al guarda que, al pasar por el castillo, avisara al mayordomo que cenaríamos en el laboratorio. El guarda me dejó y fue a llevar mi recado. Yo me reuní con mi hija, a quien había dejado la llave del pabellón, y que ella dejó en la puerta por fuera. Mi hija estaba ya trabajando.

P. —Señorita, ¿a qué hora entró en su habitación mientras seguía su padre trabajando?

SEÑORITA STANGERSON. —A las doce de la noche.

P. —¿Entró el tío Jacques en el «Cuarto Amarillo» en el transcurso de la noche?

R. —Para cerrar las contraventanas y encender la mariposa, como todas las noches...

P. —¿No advirtió nada sospechoso?

R. —Lo habría dicho. El tío Jacques es un buen hombre que me quiere mucho.

P. —Señor Stangerson, ¿afirma usted que el tío Jacques no abandonó después el laboratorio y se quedó todo el rato con usted?

SEÑOR STANGERSON. —Estoy seguro. No tengo la menor sospecha a este respecto.

P. —Señorita, cuando entró en su cuarto, cerró inmediatamente la puerta con llave y cerrojo. Son muchas precauciones, sobre todo sabiendo que su padre y su criado estaban allí. ¿Es que temía usted algo?

R. —Mi padre no tardaría en volver al castillo y el tío Jacques en ir a acostarse. Y, además, temía efectivamente algo.

P. —¿Y tanto temía algo que cogió el revólver del tío Jacques, sin decírselo?

R. —Es verdad, no quería asustar a nadie, tanto más cuanto que mis temores podían resultar pueriles.

P. —¿Y qué temía usted?

R. —No sabría decirlo exactamente. En las últimas noches me pareció oír en el parque y fuera de él, alrededor del pabellón, ruidos insólitos y a veces pasos o chasquidos de ramas. La noche que precedió al atentado, noche en la que no me acosté hasta las tres de la madrugada, de vuelta del Elíseo, me

quedé un momento junto a la ventana y me pareció ver sombras...

P. —¿Cuántas sombras?

R. —Dos sombras que merodeaban por el estanque... Luego, se escondió la luna y no vi más. Todos los años, por esta época, ya me he reintegrado a mis aposentos del castillo, donde vuelvo a mis costumbres de invierno; pero este año había pensado no abandonar el pabellón hasta que mi padre no hubiese terminado el resumen de sus trabajos sobre «La disociación de la materia» para la Academia de Ciencias. No quería que esta obra considerable, que estaría terminada dentro de unos días, se viese trastornada por cualquier cambio de nuestras costumbres inmediatas. Comprenderá que no quise hablar a mi padre de mis temores infantiles y que los callé al tío Jacques, al que se le hubiera ido la lengua. Sea lo que fuere, como sabía que el tío Jacques tenía un revólver en el cajón de su mesilla de noche, aproveché un rato en que el viejo se fue, para subir rápidamente al desván y llevarme el arma, que metí en el cajón de mi propia mesilla.

P. —¿Tiene usted algún enemigo?

R. —Ninguno.

P. —Comprenderá, señorita, que precauciones tan excepcionales son para sorprender a cualquiera.

SEÑOR STANGERSON. —Desde luego, hija, son precauciones muy sorprendentes.

R. —No: ya les estoy diciendo que desde hacía dos noches no me sentía tranquila, absolutamente nada tranquila.

SEÑOR STANGERSON. —Tendrías que haberme hablado de ello. No tienes perdón. Habríamos evitado una desgracia.

P. —Una vez cerrada la puerta del «Cuarto Amarillo», ¿se acuesta usted, señorita?

R. —Sí, y como estoy muy cansada, me duermo en seguida.

P. —¿Seguía encendida la mariposa?

R. —Sí, pero derrama una luz muy débil...

P. —Entonces, señorita, díganos lo que ocurrió.

R. —No sé si llevaba mucho tiempo dormida, pero de repente me despierto... Doy un grito...

SEÑOR STANGERSON. —Sí, un grito horrible... ¡Al asesino!... Todavía lo tengo en mis oídos...

R. —Había un hombre en mi cuarto. Se arrojó sobre mí, me puso las manos en la garganta, intentó estrangularme: yo estaba ahogándome ya; de repente, mi mano logra sacar del cajón entreabierto de mi mesilla el revólver que había dejado y que estaba listo para disparar. En aquel momento, el hombre me volcó de la cama y blandió sobre mi cabeza una especie de maza. Pero disparé. En seguida noté un golpe grande, un golpe terrible en la cabeza.

Todo esto, señor juez, fue más rápido de lo que sabría decir, y ya no sé nada más.

P. —¡Nada más!... ¿No tiene usted idea de cómo pudo escapar el asesino de su cuarto?

R. —Ni idea... No sé nada más. No sabe uno lo que pasa a su alrededor cuando está muerto.

P. —¿Cómo era aquel hombre? ¿Alto o bajo?

R. —No vi más que una sombra que me pareció formidable...

P. —¿No puede darnos ninguna indicación?

R. —Señor, no sé nada más; un hombre se me echó encima, disparé sobre él... Y no sé nada más...

Aquí termina el interrogatorio de la señorita Stangerson. Joseph Rouletabille aguardó con paciencia a Robert Darzac. Éste no tardó en aparecer.

Había oído el interrogatorio en una habitación contigua al cuarto de la señorita Stangerson y venía a referírselo a nuestro amigo con gran exactitud, gran memoria y una docilidad que me sorprendieron de nuevo. Gracias a las notas apresuradas que sacó a lápiz, pudo reproducir casi textualmente las preguntas y las respuestas.

A decir verdad, el señor Darzac parecía ser el secretario de mi joven amigo y actuaba en todo como alguien que no le puede negar nada; o mejor, como alguien que «hubiera trabajado para él».

El hecho de «la ventana cerrada» impresionó mucho al reportero, del mismo modo que había impresionado al juez de instrucción. Además, Rouletabille pidió al señor Darzac que le repitiera de nuevo cómo habían empleado el tiempo el señor y la señorita Stangerson el día del crimen, tal como la señorita Stangerson lo había establecido delante del juez. La circunstancia de la cena en el laboratorio pareció interesarle en sumo grado y pidió que se lo contara por segunda vez, para estar seguro de que únicamente el guarda sabía que el profesor y su hija cenaban en el laboratorio y cómo lo había sabido el guarda.

Cuando calló el señor Darzac, dije:

—Este interrogatorio no hace avanzar gran cosa el problema.

—Lo hace retroceder —asintió el señor Darzac.

—Lo aclara —dijo, pensativo, Rouletabille.

Capítulo 9

Reportero y policía

Volvimos los tres hacia el pabellón. A unos cien metros del edificio, el reportero nos detuvo e, indicándonos un bosquecillo a nuestra derecha, nos dijo:

—De ahí salió el asesino para entrar en el pabellón.

Como había más bosques de este tipo entre las grandes encinas, pregunté por qué el asesino había escogido ése y no otros; Rouletabille me respondió indicándome el sendero que había al lado del bosquecillo y que llevaba a la puerta del pabellón.

—Este sendero está cubierto de grava, como pueden ver —dijo—. El hombre *tiene que* haber pasado por allí para ir al pabellón, pues no se encuentra la huella de sus pasos en la tierra blanda durante el *viaje de ida*. Ese hombre no tiene alas. Anduvo; pero anduvo por la grava, que saltó bajo su zapato sin conservar la huella: en efecto, la grava habrá saltado bajo los pies de muchos más, puesto que el sendero es el camino más directo para ir del pabellón al castillo. En cuanto al bosquecillo, formado por ese tipo de plantas que no mueren durante la mala estación (laureles y evónimos), proporcionó al asesino un refugio suficiente para esperar el momento oportuno de dirigirse hacia el pabellón. Escondido en este bosquecillo, el hombre vio salir al señor y a la señorita Stangerson y luego al tío Jacques. Hay grava extendida hasta la ventana —o casi— del vestíbulo. Una huella de los pasos del hombre paralela a la pared, huella que advertíamos hace un rato y que yo había visto ya, prueba que «él» no tuvo más que dar una zancada para encontrarse frente a la ventana del vestíbulo que el tío Jacques había dejado abierta. El hombre se subió entonces apoyándose en las manos y penetró en el vestíbulo.

—Después de todo, es muy posible —dije.

—Después de todo, ¿qué? Después de todo, ¿qué?... —exclamó Rouletabille, presa de una cólera que yo había desencadenado inocentemente—. ¿Por qué dice usted: después de todo es muy posible?...

Le supliqué que no se enfadara, pero ya lo estaba demasiado para escucharme, y declaró que admiraba la duda prudente con que algunas personas (yo) abordaban los problemas más sencillos, sin arriesgarse nunca a decir: «Esto es» o «Esto no es», de tal forma que su inteligencia obtenía exactamente el mismo resultado que se hubiera alcanzado si la naturaleza hubiera olvidado rellenar su cavidad craneana con un poco de materia gris. Como yo parecía un poco humillado, mi joven amigo me cogió del brazo y me concedió «que no lo había dicho por mí, dado que sentía por mí una particular estima».

—Pero, en fin —prosiguió—, ¡a veces es criminal no razonar a tiro hecho,

cuando se puede!... Si no razono como lo estoy haciendo con esta grava, ¡tendré que razonar con un globo! Querido amigo, la ciencia de la aerostática dirigible no está todavía lo suficientemente desarrollada como para que pueda hacer entrar en el juego de mis cogitaciones a un asesino caído del cielo. Así pues, no diga que es posible una cosa, cuando es imposible que sea de otra forma. Sabemos ahora cómo entró el hombre por la ventana y también sabemos en qué momento entró. Entró durante el paseo de las cinco. El hecho de que la doncella *que acaba de arreglar el «Cuarto Amarillo»* esté presente en el laboratorio en el momento en que vuelven del paseo el profesor y su hija a la una y media, nos permite afirmar que a la una y media el asesino no estaba en la habitación debajo de la cama, a no ser que la doncella sea cómplice. ¿Qué piensa usted de ello, señor Darzac?

El señor Darzac movió la cabeza y declaró que estaba seguro de la fidelidad de la doncella de la señorita Stangerson y que era una criada muy honrada y sacrificada.

—Además, a las cinco, el señor Stangerson entró en el cuarto para buscar el sombrero de su hija... —añadió.

—También tenemos eso —dijo Rouletabille.

—El hombre entró, pues, por la ventana en el momento que dice —declaré yo—, lo admito; pero ¿por qué volvió a cerrar la ventana, lo cual necesariamente debía llamar la atención de quienes la habían abierto?

—Puede ser que la ventana no fuera cerrada «en seguida» —me respondió el joven reportero—. *Pero si volvió a cerrar la ventana, la volvió a cerrar a causa del recodo que hace el sendero cubierto de grava a veinticinco metros del pabellón y a causa de las tres encinas que se yerguen en ese lugar.*

—¿Qué quiere decir? —preguntó Robert Darzac, que nos había seguido y que escuchaba a Rouletabille con una atención casi anhelante.

—Se lo explicaré más tarde, cuando me parezca llegado el momento; pero no creo haber pronunciado palabras más importantes acerca de este caso, *si se justifica mi hipótesis.*

—¿Cuál es su hipótesis?

—Nunca la sabrá si no se revela ser la verdad. Es una hipótesis demasiado grave, sabe usted, para presentarla, mientras no sea más que una hipótesis.

—¿Tiene, por lo menos, alguna idea del asesino?

—No, señor, no sé quién es el asesino, pero no se preocupe, señor Darzac, *lo sabré.*

Hube de constatar que Robert Darzac estaba muy emocionado y sospeché que la afirmación de Rouletabille no podía gustarle. Pero entonces, si temía tanto que se descubriera al asesino, ¿por qué (preguntaba yo a mi propio pensamiento), por qué ayudaba al reportero a encontrarlo? Mi joven amigo parecía haber recibido la misma impresión que yo y dijo brutalmente:

—¿No le disgustará, señor Robert Darzac, que encuentre al asesino?

—¡Ah! Me gustaría matarlo con mis propias manos —exclamó el novio de la

señorita Stangerson con un impulso que me dejó estupefacto.

—¡Le creo! —dijo gravemente Rouletabille—. Pero no ha contestado a mi pregunta.

Pasábamos al lado del bosquecillo del que nos había hablado hacía un momento el joven reportero; entré en él y le enseñé las huellas evidentes del paso de un hombre que se había escondido allí. Rouletabille tenía razón una vez más:

—¡Que sí, hombre, que sí!... —dijo—. Tenemos que vérnoslas con un individuo de carne y hueso, que no dispone de más medios que los nuestros, y por fuerza todo se arreglará.

Dicho esto, me pidió la suela de papel que me había confiado y la aplicó sobre una huella muy nítida que había detrás del bosque. Luego volvió a levantarse diciendo: «¡Pardiez!»

Yo creía que ahora iba a seguir la pista «de los pasos de la huida del asesino» desde la ventana al vestíbulo, pero nos llevó bastante lejos hacia la izquierda, declarándonos que era inútil meter las narices en aquel fango y que ahora estaba seguro del camino que el asesino había seguido en su huida.

—Fue hasta el final de la pared a cincuenta metros de aquí, luego saltó la cerca y la cuneta; mire, precisamente en frente de este senderito que lleva al estanque. Es el camino más directo para salir de la propiedad e ir al estanque.

—¿Cómo sabe usted que fue al estanque?

—Porque Frédéric Larsan no ha dejado la orilla en toda la mañana. Debe de haber indicios muy curiosos.

Unos minutos más tarde, estábamos al lado del estanque.

Era una pequeña capa de agua pantanosa rodeada de cañas, en la que seguían flotando algunas pobres hojas secas de nenúfar. El gran Fred quizá nos vio llegar, pero es probable que le interesáramos poco, pues no nos hizo el menor caso y siguió moviendo con la punta de su bastón algo que no veíamos.

—Miren —exclamó Rouletabille—, de nuevo aparecen *los pasos de la huida del hombre*; aquí rodean el estanque, vuelven y desaparecen por fin cerca del estanque, justo delante de ese sendero que lleva a la carretera general de Epinay. El hombre prosiguió su huida hacia París...

—¿Qué le hace creer esto —le interrumpí yo—, si ya no siguen los pasos del hombre por el sendero?...

—¿Qué me lo hace creer? ¡Pues estos pasos, los pasos que yo aguardaba! —exclamó señalando la huella muy nítida de un «paso elegante»—. ¡Miren!...

E interpeló a Frédéric Larsan.

—Señor Fred —gritó—, los pasos elegantes de la carretera están allí desde el descubrimiento del crimen, ¿no es verdad?

—Sí, jovencito, sí; han sido cuidadosamente recogidos —respondió Fred sin levantar la cabeza—. Como ve, hay pasos que vienen y pasos que van.

—¡Y ese hombre tenía una bicicleta! —exclamó el reportero.

En esto, después de examinar las huellas de la bicicleta, que, a la ida y a la vuelta seguían a los pasos elegantes, creí poder intervenir.

—La bicicleta explica la desaparición de los pasos toscos del asesino —dije—. El asesino de los pasos toscos subió en la bicicleta... Su cómplice, «el hombre de los pasos elegantes», había venido a esperarle a orillas del estanque con la bicicleta. Se puede suponer que el asesino actuaba por cuenta del hombre de los pasos elegantes.

—¡No! ¡No! —replicó Rouletabille con una extraña sonrisa—. Yo esperaba estos pasos desde el principio del caso. Los tengo y no se los dejo. Son los pasos del asesino.

—Y los otros pasos, los pasos toscos, ¿qué hace con ellos?

—También son los pasos del asesino.

—¿Entonces hay dos asesinos?

—¡No! No hay más que uno y no tuvo cómplice...

—¡Muy bueno! ¡Muy bueno! —gritó desde donde estaba Frédéric Larsan.

—Miren —prosiguió el joven reportero, indicándonos la tierra removida por unos tacones toscos—, el hombre se sentó ahí y se quitó los zapatones que se había puesto para despistar a la justicia, y luego, llevándolos sin duda consigo, *se levantó con sus propios pies* y volvió andando tranquilamente a la carretera llevando aún su bicicleta de la mano. No podía arriesgarse a ir en bicicleta por ese sendero tan malo. Además esto lo prueba la marca ligera y vacilante de la bici por el sendero, a pesar de la blandura del suelo. De haber ido un hombre en la bicicleta, las ruedas hubieran penetrado profundamente en el suelo... No, no, solamente había un hombre: el asesino y a pie.

—¡Bravo! ¡Bravo! —dijo otra vez el gran Fred.

Y de repente se acercó a nosotros, se plantó ante el señor Darzac y le dijo:

—Si tuviéramos aquí una bicicleta..., podríamos demostrar la exactitud del razonamiento de este joven, señor Robert Darzac... ¿*No sabe usted* si hay una en el castillo?

—No —respondió Darzac—, no la hay; la última vez que vine al castillo antes del crimen, hace cuatro días, me llevé la mía a París.

—¡Es una lástima! —replicó Fred con un tono de suma frialdad.

Y, volviéndose hacia Rouletabille:

—Si esto sigue así —dijo—, ya verá cómo los dos llegamos a las mismas conclusiones. ¿Tiene idea de cómo salió el asesino del «Cuarto Amarillo»?

—Sí —dijo mi amigo—, tengo una idea...

—Yo también —prosiguió Fred—, y debe de ser la misma. No hay dos formas de razonar en este caso. Espero la llegada de mi jefe para explicarme ante el juez.

—¡Ah! ¿Va a venir el jefe de la Seguridad?

—Sí, esta tarde, para la confrontación en el laboratorio, ante el juez de instrucción, de todos los que han tenido o han podido tener un papel en el drama. Va a ser muy interesante. Es una lástima que no pueda usted asistir.

—Asistiré —afirmó Rouletabille.

—¡Verdaderamente, es usted extraordinario para su edad! —replicó el policía, no sin cierta ironía—. Sería un policía maravilloso..., si tuviera más método..., si obedeciera menos a su instinto y a los bollos de su frente. Es algo que he podido observar varias veces, señor Rouletabille: razona demasiado... No se deja llevar lo suficiente por su observación... ¿Qué me dice del pañuelo lleno de sangre y de la mano roja en la pared? Usted ha visto la mano roja en la pared, yo no he visto más que el pañuelo... Dígamelo...

—¡Bah! —dijo Rouletabille, algo cortado—. *El asesino fue herido en la mano* por el revólver de la señorita Stangerson.

—¡Ah! Observación brutal, instintiva... Cuidado, es usted demasiado «directamente» lógico, señor Rouletabille; la lógica le jugará una mala pasada si la maltrata de esa forma. Son muchas las circunstancias en las que hay que tratarla con suavidad, «tomarla de lejos»... Señor Rouletabille, tiene usted razón cuando habla del revólver de la señorita Stangerson. Es cierto que «la víctima» disparó, pero se equivoca cuando dice que hirió al asesino en la mano...

—¡Estoy seguro! —exclamó Rouletabille.

Fred, imperturbable, le interrumpió:

—¡Defecto de observación..., defecto de observación!... El examen del pañuelo, las innumerables manchitas redondas, escarlatas, impresiones de gotas que vuelvo a encontrar en la huella de los pasos, *en el mismo momento en que el pie toca el suelo*, me prueban que el asesino no fue herido. «¡*El asesino, señor Rouletabille, sangró de la nariz!...*»

El gran Fred estaba serio. No pude, sin embargo, contener una exclamación.

El reportero miraba a Fred, que miraba seriamente al reportero. Y Fred sacó en seguida una conclusión:

—El hombre, que sangraba en su mano y en su pañuelo, se limpió la mano en la pared. Es un elemento de suma importancia —añadió—, ¡pues el asesino no necesita ser herido en la mano para ser el asesino!

Rouletabille pareció reflexionar profundamente y dijo:

—Hay algo, señor Frédéric Larsan, que es mucho más grave que el hecho de maltratar la lógica, y es esa disposición de espíritu propia de ciertos policías que les hace, con toda buena fe, «doblegar con dulzura esa lógica a las necesidades de sus concepciones». Usted tiene ya su propia idea acerca del asesino, no diga que no..., y su asesino no puede haber sido herido en la mano, sin lo cual su idea se cae por sí misma... Y usted ha buscado y encontrado otra cosa. Ese sistema que consiste en partir de la idea que se tiene del asesino para llegar a las pruebas que se necesitan es muy peligroso, señor Fred, pero que muy peligroso... ¡Esto podría llevarlo lejos!... Cuidado con el error judicial, señor Fred; ¡lo está acechando!...

Y, riéndose un poco, con las manos en los bolsillos, ligeramente socarrón, Rouletabille clavó sus ojillos traviosos en el gran Fred.

Frédéric Larsan consideró en silencio a aquel muchacho que pretendía ser más hábil que él; se encogió de hombros, nos saludó, y se fue a grandes zancadas, golpeando las piedras del camino *con su gran bastón*.

Rouletabille lo miraba alejarse; luego, el joven reportero se volvió hacia nosotros con el rostro alegre y ya triunfante:

—¡Lo ganaré! —nos lanzó—. Ganaré al gran Fred, por más hábil que sea; los ganaré a todos... ¡Rouletabille es más hábil que todos ellos!... ¡Y el gran Fred, el ilustre, el famoso, el inmenso Fred..., el único Fred razona como una zapatilla!... ¡Como una zapatilla!... ¡Como una zapatilla!

Y esbozó una cabriola; pero súbitamente se detuvo en su coreografía... Mis ojos fueron donde iban sus ojos; estaban clavados en Robert Darzac, quien, con la cara descompuesta, miraba en el sendero la huella de sus pasos al lado de la huella «del paso elegante». ¡NO HABÍA DIFERENCIA!

Creímos que iba a desfallecer; sus ojos, agrandados por el espanto, huyeron de nosotros un instante mientras su mano derecha tiraba con un movimiento espasmódico de la sotabarba que encuadraba su honrada, dulce y desesperada cara. Por fin, se dominó, nos saludó, nos dijo con una voz cambiada que se veía en la obligación de volver al castillo y se fue.

—¡Demonio! —dijo Rouletabille.

El reportero también parecía consternado. Sacó de su cartera un trozo de papel blanco, como le había visto hacer anteriormente, y recortó con sus tijeras el contorno de los «pies elegantes» del asesino, cuyo modelo estaba allí en el suelo. Luego transportó esa nueva suela de papel a las huellas de la bota del señor Darzac. La adaptación era perfecta y Rouletabille se levantó repitiendo:

—¡Demonio!

No me atrevía a pronunciar una palabra, de tanto imaginar que lo que pasaba en aquel momento en los bollos de Rouletabille era grave.

—A pesar de todo —dijo—, creo que Robert Darzac es un hombre honrado...

Y me llevó hacia la venta «La Torre del Homenaje», que veíamos a un kilómetro de allí, en la carretera, al lado de un bosquecillo de árboles.

Capítulo 10

«Ahora habrá que comer matanza

»

La venta «La Torre del Homenaje» no tenía buen aspecto, pero me gustan esas casuchas de vigas ennegrecidas por el tiempo y el humo del hogar, esas ventas de la época de las diligencias, construcciones bamboleantes que pronto no serán más que un recuerdo. Ellas se apegan al pasado, están unidas a la historia, continúan algo y recuerdan los viejos cuentos de la Carretera, cuando había aventuras en la carretera.

Vi en seguida que la venta «La Torre del Homenaje» tenía dos siglos bien contados y quizá más. Chinarrros y cascotes se habían desprendido aquí y allá de la fuerte armadura de madera, cuyas X y V seguían soportando gallardamente el vetusto tejado. Éste se había deslizado ligeramente sobre sus puntos de apoyo como se desliza la gorra por la frente de un borracho. Encima de la puerta de entrada, un rótulo de hierro gemía con el viento de otoño. Un artista del lugar había pintado una especie de torre coronada por un tejado puntiagudo y una linterna como se veían en el castillo del Glandier. Bajo ese letrero, en el umbral, un hombre de cara bastante hosca parecía sumido en sombríos pensamientos, a juzgar por las arrugas de su frente y el arisco acercamiento de sus cejas espesas.

Cuando estuvimos cerca de él, se dignó vernos y nos preguntó de una forma poco halagüeña si necesitábamos algo. No cabía duda de que era el poco amable hospedero de aquella encantadora mansión. Cuando le manifestamos la esperanza de que se dignara servirnos de comer, nos confesó que no tenía provisiones y que se veía apurado para satisfacerlos; y, mientras decía esto, nos miraba con unos ojos cuya desconfianza no lograba explicarme.

—Puede recibimos —le dijo Rouletabille—; no somos de la policía.

—No temo a la policía —respondió el hombre—; no temo a nadie.

Yo hacía señas a mi amigo para darle a entender que sería mejor no insistir, pero mi amigo, que tenía un evidente interés por entrar en la venta, pasó por debajo del hombro del hombre y entró en la sala.

—Entre —dijo—, se está muy bien aquí.

De hecho, una gran lumbre de leña ardía en la chimenea. Nos acercamos a ella y tendimos las manos al calor del hogar, pues aquella mañana ya se dejaba sentir el invierno. La pieza era bastante grande; todo su mobiliario consistía en dos gruesas mesas de madera, algunos taburetes y un mostrador donde se alineaban botellas de jarabe y de alcohol. Tres ventanas daban a la carretera. Un anuncio en la pared alababa, mediante los rasgos de una joven parisina que alzaba descaradamente su

vaso, las virtudes aperitivas de un nuevo vermut. En la repisa de la alta chimenea, el ventero había dispuesto un gran número de cacharros y jarrones de barro y de cerámica.

—He aquí una hermosa chimenea para asar un pollo —dijo Rouletabille.

—No tenemos pollo —dijo el huésped—; ni siquiera un mal conejo.

—Ya sé —replicó mi amigo, con una voz burlona que me sorprendió—, *ya sé que ahora habrá que comer matanza*.

Confieso que yo no entendía nada de la frase de Rouletabille. ¿Por qué decía a aquel hombre: «Ahora habrá que comer matanza»? ¿Y por qué apenas oyó esta frase soltó el ventero un taco que ahogó en seguida y se puso a nuestra disposición tan dócilmente como el mismo Robert Darzac cuando oyó las fatídicas palabras: «La rectoral no ha perdido nada de su encanto ni el jardín de su esplendor...»? Decididamente, mi amigo tenía el don de que la gente lo comprendiera con frases completamente incomprensibles. Se lo hice observar, y se sonrió. Yo habría preferido que me diera alguna explicación, pero puso un dedo en la boca, lo que significaba que no sólo me prohibía hablar, sino que me recomendaba el silencio. Mientras tanto, el hombre, empujando una puertecita, pidió a gritos que le trajeran media docena de huevos y «el trozo de solomillo bajo». El encargo fue realizado en seguida por una mujer joven, muy vivaracha, de admirable pelo rubio y cuyos grandes ojos dulces nos miraron con curiosidad.

El ventero le dijo con voz dura:

—Vete. ¡Y que no te vea yo si viene por aquí el hombre verde!

Y ella desapareció. Rouletabille se apoderó de los huevos que le trajeron en un tazón y de la carne que le sirvieron en una fuente, lo colocó todo con mucha precaución a su lado en la chimenea, descolgó una sartén y una parrilla que estaban colgadas en el hogar y empezó a batir los huevos para la tortilla mientras esperaba a poner el bistec en la parrilla. Encargó también al hombre dos buenas botellas de sidra y parecía ocuparse tan poco del hospedero como el hospedero se ocupaba de él. Unas veces el hombre no le quitaba los ojos de encima y otras me miraba con un aire de ansiedad que en vano intentaba disimular. Dejó que nos hiciéramos la comida y puso nuestro cubierto al lado de una ventana.

De repente, le oí susurrar:

—¡Ah! ¡Ahí está!

Y, con el rostro demudado, expresando únicamente un odio atroz, fue a pegarse a la ventana y miró la carretera. No tuve que avisar a Rouletabille. El joven había ya soltado la tortilla y se reunió con el hospedero en la ventana. También fui yo.

Un hombre, vestido completamente de terciopelo verde, con la cabeza cubierta con una gorra redonda del mismo color, avanzaba con pasos tranquilos por la carretera, fumando su pipa. Llevaba una escopeta en bandolera y en sus movimientos demostraba una soltura casi aristocrática. Aquel hombre podía tener cuarenta y cinco años. El pelo y el bigote eran de color gris. Era de una belleza notable. Llevaba

quevedos. Cuando pasó al lado de la venta, pareció dudar, preguntándose si entraría, echó una mirada hacia donde estábamos, dejó escapar una bocanada de humo de su pipa y prosiguió su paseo con el mismo paso indolente.

Rouletabille y yo mirábamos al hospedero. Sus ojos fulgurantes, sus puños cerrados, su boca temblorosa nos mostraban los sentimientos tumultuosos que lo agitaban.

—¡Hizo bien en no entrar hoy! —silbó.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Rouletabille, removiendo la tortilla.

—¡El «hombre verde»! —gruñó el ventero—. ¿No lo conoce? Mejor para usted. No es una relación recomendable... Es el guarda del señor Stangerson.

—No parece quererlo mucho, ¿eh? —preguntó el reportero, echando los huevos batidos en la sartén.

—Nadie lo quiere en el lugar; además, es orgulloso; antiguamente debió de tener una fortuna, y no ha perdonado a nadie verse forzado a hacer de criado para vivir. Pues un guarda es un criado como los demás, ¿no le parece? ¡Palabra! Parece que él es el dueño del Glandier, que todas las tierras y bosques le pertenecen. ¡No dejaría a un pobre comer un trozo de pan en la hierba, «en su hierba»!

—¿Viene por aquí alguna vez?

—Viene demasiado. Pero le voy a hacer comprender que su cara no me gusta. Hace sólo un mes no me molestaba. La venta «La Torre del Homenaje» nunca había existido para él... ¡No le daba tiempo! Tenía que hacerle la corte a la hospedera de los «Tres lirios» en Saint-Michel. Ahora que ha habido una ruptura en los amores, está buscando cómo pasar el tiempo en otra parte... ¡Un mujeriego, un perdido, un canalla, eso es lo que es! No hay hombre honrado que pueda aguantar a semejante hombre... Mire, los porteros del castillo no podían ver ni en pintura al «hombre verde».

—Así pues, ¿los porteros son gente honrada, señor ventero?

—Ande, llámeme tío Mathieu, es mi nombre... Pues bien, como me llamo Mathieu, señor, que los creo honrados.

—Sin embargo, los han detenido.

—¿Y qué prueba eso? Pero no quiero meterme en los asuntos del prójimo...

—¿Y qué piensa usted del asesino?

—¿Del asesino de esa pobre señorita? Una buena chica, vaya, y la querían mucho en el lugar. ¿Que qué me parece?

—Sí, ¿qué le parece?

—Nada... y muchas cosas..., pero a nadie le importa...

—¿Ni siquiera a mí? —insistió Rouletabille.

El ventero lo miró de reojo, gruñó y dijo:

—Ni siquiera a usted...

La tortilla estaba lista; nos pusimos a la mesa y comíamos en silencio, cuando empujaron la puerta de entrada y una mujer vieja, vestida de harapos, apoyada en un

palo, la cabeza vacilante y el pelo cano colgando en mechones locos sobre su frente mugrienta, apareció en el umbral.

—¡Ah! ¡Es usted, tía Agenoux! Hace mucho que no se la veía —dijo nuestro hospedero.

—He estado muy mala, casi a punto de morirme —dijo la vieja—. ¿No tendría por casualidad restos para el «Animalito de Dios»?...

Y entró en la venta seguida de un gato tan enorme que yo no sospechaba que pudiera haberlos de ese tamaño. El animal nos miró y dejó escapar un maullido tan desesperado que me entró un escalofrío. Nunca había oído un grito tan lúgubre.

Como si hubiera sido atraído por ese grito, un hombre entró detrás de la vieja. Era el «hombre verde». Nos saludó llevándose la mano a la gorra y se sentó a la mesa contigua a la nuestra.

—Déme un vaso de sidra, tío Mathieu.

Cuando entró el «hombre verde», el tío Mathieu tuvo un violento movimiento en todo su ser hacia el recién llegado; pero se dominó visiblemente y respondió:

—Ya no hay sidra, he dado las últimas botellas a esos señores.

—Entonces, deme un vaso de vino blanco —dijo el «hombre verde» sin mostrar el menor asombro.

—¡Ya no hay vino blanco, ya no hay nada!

El tío Mathieu repitió con voz sorda:

—¡Ya no hay nada! ¿Cómo está la señora Mathieu?

A esta pregunta del «hombre verde», el ventero apretó los puños, se volvió hacia él con tan mala cara que creía que iba a golpearlo, y luego dijo:

—Está bien, gracias.

Así pues, la mujer joven de grandes ojos dulces que habíamos visto hacía un rato era la esposa de ese patán, repugnante y brutal, cuyos defectos físicos parecían dominados por ese defecto moral: los celos.

El ventero abandonó la pieza dando un portazo. La tía Agenoux seguía allí de pie apoyada en su palo con el gato bajo sus faldas.

El «hombre verde» le preguntó:

—¿Ha estado usted enferma, tía Agenoux, que no la hemos visto desde hace ocho días?

—Sí, señor guarda. No me levanté más que tres veces para ir a rezar a Santa Genoveva, nuestra buena patrona, y el resto del tiempo estuve tendida en mi camastro. No he tenido más que al «Animalito de Dios» para cuidarme.

—¿No la dejó a usted?

—Ni de día ni de noche.

—¿Está usted segura?

—Como del paraíso.

—Entonces, tía Agenoux, ¿cómo puede ser que la noche del crimen no dejara de oírse el grito del «Animalito de Dios»?

La tía Agenoux fue a plantarse frente al guarda y golpeó el suelo con su palo:

—No lo sé. Pero ¿quiere que le diga una cosa? No hay dos animales en el mundo que tengan ese grito... Pues bien, también yo, la noche del crimen, oí fuera el grito del «Animalito de Dios», y, sin embargo, estaba en mis rodillas, señor guarda, y no maulló una sola vez, se lo juro. ¡Me santigüé cuando lo oí como si oyera al diablo!

Yo miraba al guarda mientras hacía esta última pregunta y mucho me equivoco si no sorprendí en sus labios una malvada sonrisa socarrona.

En aquel momento, el ruido de una riña aguda llegó hasta nosotros. Hasta creímos percibir golpes sordos, como si pegaran o contusionaran a alguien. El «hombre verde» se levantó y corrió decidido a la puerta que había al lado del hogar, pero ésta se abrió, apareció el ventero y dijo al guarda:

—No se asuste, señor guarda. ¡Es mi mujer, que le duelen los dientes!

Y se rió.

—Tenga, tía Agenoux, bofes para su gato.

Tendió a la vieja un paquete. La vieja se apoderó de él lívidamente y salió, siempre seguida de su gato.

El «hombre verde» preguntó:

—¿No quiere servirme nada?

El tío Mathieu no contuvo más la expresión de su odio:

—¡No hay nada para usted! ¡No hay nada para usted! ¡Váyase!...

El «hombre verde» cargó tranquilamente su pipa, la encendió, nos saludó y salió. No estaba aún en el umbral, cuando Mathieu le dio con la puerta en la espalda y, volviéndose hacia nosotros con los ojos inyectados en sangre, la boca espumante, nos silbó con el puño tendido hacia la puerta que acababa de cerrarse sobre el hombre a quien detestaba:

—No sé quiénes son ustedes que vienen a decirme: «Ahora habrá que comer matanza». Pero si les interesa saberlo: ¡Ahí tienen al asesino!

Después de hablar así, el tío Mathieu nos dejó. Rouletabille volvió al hogar y dijo:

—Ahora vamos a asar el bistec en la parrilla. ¿Qué le parece la sidra? Un poco áspera como a mí me gusta.

Aquel día no volvimos a ver a Mathieu, y en la venta reinaba un gran silencio cuando nos fuimos, después de dejar cinco francos en la mesa, en pago de nuestro festín.

Al instante, Rouletabille me hizo andar cerca de una legua alrededor de la propiedad del profesor Stangerson. Se paró diez minutos en el ángulo de un caminito negro de hollín, cerca de las cabañas de los carboneros que se encontraban en la parte del bosque de Santa Genoveva que limita con la carretera que va de Epinay a Corbeil, y me confió que el asesino ciertamente había pasado por allí, «visto el estado de los zapatos toscos», antes de entrar en la propiedad e ir a esconderse en el bosquecillo.

—¿No cree, pues, que el guarda está metido en el asunto? —le interrumpí.

—Eso se verá más tarde —me respondió—. Por ahora lo que dijo el ventero de ese hombre no me preocupa. Su odio ha hablado por él. No ha sido por el «hombre verde» por lo que le he llevado a comer a «La Torre del Homenaje».

Dicho esto, con grandes precauciones Rouletabille se deslizó —y yo me deslicé tras él— hasta el edificio cercano a la reja, que servía de alojamiento a los porteros detenidos la misma mañana. Con una acrobacia que me admiró, se introdujo en la casita por un ventanuco de la puerta trasera que había quedado abierto, y volvió a salir diez minutos más tarde diciendo aquella palabra que en su boca significaba tantas cosas: «¡Pardiez!»

En el momento en que íbamos a reemprender el camino hacia el castillo, hubo un gran movimiento a la reja. Un coche llegaba y del castillo venían a su encuentro. Rouletabille me indicó un hombre que bajaba de él.

—Es el jefe de la Seguridad; vamos a ver lo que tiene Frédéric Larsan en el cuerpo y si es más listo que los demás...

Detrás del coche del jefe de la Seguridad seguían otros tres coches, llenos de reporteros que también hubieran querido entrar en el parque. Pero pusieron a la reja otros dos gendarmes con orden de no dejar pasar. El jefe de la Seguridad calmó su impaciencia, comprometiéndose a facilitar a la prensa aquella misma noche todas las informaciones que le fuera posible, sin perjuicio del curso de la instrucción.

Capítulo 11

Donde Frédéric Larsan explica cómo el asesino pudo salir del «Cuarto Amarillo»

Entre el montón de papeles, documentos, memorias, extractos de periódicos y pruebas judiciales de que dispongo referentes al «Misterio del Cuarto Amarillo», se encuentra un trozo de lo más interesante. Es la narración del famoso interrogatorio de los interesados, que tuvo lugar ante el jefe de la Seguridad aquella tarde en el laboratorio del profesor Stangerson. La narración se la debemos a la pluma del señor Maleine, el secretario, quien al igual que el juez de instrucción hacía literatura a ratos perdidos. Este trozo formaría parte de un libro que nunca se publicó y que se titularía *Mis interrogatorios*. Me lo dio el mismo secretario, poco después del «inesperado desenlace» de aquel juicio único en los fastos jurídicos.

Aquí está y ya no se trata de una seca transcripción de preguntas y respuestas. El secretario cuenta a menudo sus impresiones personales.

La narración del secretario

Hacia una hora —cuenta el secretario— que el juez de instrucción y yo nos encontrábamos en el «Cuarto Amarillo», con el contratista que había construido el pabellón siguiendo los planos del profesor Stangerson. El contratista vino con un obrero. El señor Marquet mandó limpiar del todo las paredes, es decir, mandó al obrero quitar todo el papel que las decoraba. Picos y piquetas aquí y allí demostraron la inexistencia de cualquier tipo de abertura.

El parquet y el techo habían sido sondeados largamente. No habíamos descubierto nada. No había nada que descubrir. El señor Marquet parecía encantado y no dejaba de repetir:

—¡Qué caso! ¡Qué caso, señor contratista! Verá cómo no sabremos nunca por dónde pudo el asesino salir de este cuarto.

De repente, el señor Marquet, con el rostro radiante, porque no entendía, tuvo a bien recordar que era su deber comprender, y llamó al sargento de la gendarmería.

—Sargento —dijo—, vaya al castillo y diga al señor Stangerson y al señor Robert Darzac, así como al tío Jacques, que vengan a reunirse conmigo al laboratorio, y mande a sus hombres que me traigan también a los dos porteros.

Cinco minutos más tarde toda aquella gente estaba reunida en el laboratorio. El

jefe de la Seguridad, que acababa de llegar al Glandier, se reunió con nosotros en ese mismo momento. Yo estaba sentado a la mesa del señor Stangerson, listo para empezar, cuando el señor Marquet nos dirigió este pequeño discurso, tan original como inesperado:

—Si les parece, señores —decía—, ya que los interrogatorios no aportan nada, vamos a abandonar por una vez el viejo sistema de los interrogatorios. No los haré venir ante mí uno por uno, no. Nos quedaremos todos aquí: el señor Stangerson, el señor Robert Darzac, el tío Jacques, los dos porteros, el señor jefe de la Seguridad, el señor secretario y yo. Y todos estaremos aquí «al mismo nivel»; los porteros tendrán que olvidar un instante que están detenidos. «¡Vamos a charlar!» Los he hecho venir «para charlar». Estamos en el lugar del crimen; bueno, ¿de qué vamos a charlar si no es del crimen? ¡Así pues, hablemos de él! ¡Hablemos de él! Con abundancia, con inteligencia o con estupidez. Digamos todo lo que se nos pase por la cabeza. Hablemos sin método, ya que el método no resulta. Dirijo una ferviente plegaria al dios Azar, el azar de nuestras concepciones. ¡Empecemos!...

Dicho lo cual, y como pasaba delante de mí, me dijo en voz baja:

—¡Qué escena, eh!, ¿no le parece? ¿Se lo hubiera imaginado? Haré con ello un pequeño acto para el vodevil.

Y se frotaba las manos con júbilo.

Dirigí la mirada hacia el señor Stangerson: la esperanza que había nacido en él desde el último parte de los médicos, quienes habían comunicado que la señorita Stangerson podría sobrevivir a sus heridas, no había borrado de aquel noble rostro las huellas del más profundo dolor.

Aquel hombre había imaginado a su hija muerta y aún seguía deshecho. Sus ojos tan dulces y claros expresaban entonces una infinita tristeza. Varias veces había tenido yo la ocasión de ver al señor Stangerson en ceremonias públicas. Desde el primer momento me había impresionado su mirada tan pura como la de un niño: la mirada soñadora, la mirada sublime e inmaterial del inventor o del loco.

En aquellas ceremonias, delante de él o a su lado, siempre veíamos a su hija, pues nunca se separaban, compartiendo —se decía— los mismos trabajos desde hacía largos años. Aquella virgen, que tenía entonces treinta y cinco años y apenas aparentaba treinta, que se había dedicado por completo a la ciencia, suscitaba aún la admiración por su imperial belleza, que había permanecido intacta, sin una arruga, victoriosa del tiempo y del amor... ¿Quién me iba a decir entonces que un día no lejano me encontraría a su cabecera con mis papeles y que la vería casi moribunda contarnos con esfuerzo el más monstruoso y misterioso atentado que jamás hubiera oído en toda mi carrera? ¿Quién me habría dicho que me encontraría, como aquella tarde, frente a un padre desesperado que intentaba en vano explicarse cómo había podido escapársele el asesino de su hija? ¿De qué sirve, pues, el trabajo silencioso, al fondo del oscuro retiro de los bosques, si no le preserva a uno de las grandes catástrofes de la vida y de la muerte, reservadas ordinariamente para los hombres que

frecuentan las pasiones de la ciudad^[3]?

—Vamos a ver, señor Stangerson —dijo el señor Marquet dándose un poco de importancia—, colóquese exactamente en el sitio donde estaba cuando le dejó la señorita Stangerson para entrar en su cuarto.

El señor Stangerson se levantó y, colocándose a cincuenta centímetros de la puerta del «Cuarto Amarillo», dijo con una voz sin acento, sin color, con una voz que yo calificaría de muerta:

—Estaba aquí. Hacia las once, después de proceder a un corto experimento de química en los hornos del laboratorio, corrí mi mesa hasta aquí, pues el tío Jacques, que se pasó la noche limpiando algunos de mis aparatos, necesitaba todo el espacio que había detrás de mí. Mi hija trabajaba en la misma mesa que yo. Cuando se levantó, después de besarme y dar las buenas noches al tío Jacques, tuvo que deslizarse con bastante dificultad entre mi mesa y la puerta para poder entrar en su cuarto. Eso para que vea que me encontraba cerca del lugar donde se iba a cometer el crimen.

—¿Y la mesa?... —interrumpí yo, que, al tomar parte en aquella «conversación», obedecía a los deseos expresados por mi jefe—. La mesa, señor Stangerson, en cuanto usted oyó gritar: «¡Al asesino!», y sonaron los tiros..., ¿qué fue de la mesa?

El tío Jacques contestó:

—La arrojamos contra la pared, ahí, más o menos donde está ahora, para poder precipitarnos a gusto sobre la puerta, señor secretario...

Seguí mi razonamiento, al que por lo demás sólo daba una importancia de débil hipótesis:

—¿Estaba la mesa tan cerca del cuarto que un hombre saliendo agachado del cuarto y deslizándose por debajo de la mesa pudiera pasar desapercibido?

—Siguen olvidando —interrumpió el señor Stangerson con cansancio— que mi hija había cerrado su puerta con llave y cerrojo, *que la puerta permaneció cerrada*, que estuvimos luchando contra la puerta desde el mismo instante en que comenzó el asesinato, *que estábamos ya a la puerta mientras la lucha entre el asesino y mi hija proseguía*, *que los ruidos de la lucha nos llegaban aún y que oíamos agonizar a mi desgraciada hija bajo la presión de los dedos cuya sangrienta marca conservó su cuello*. Por más rápido que fuera el ataque, nosotros fuimos tan rápidos como él y estuvimos en seguida detrás de la puerta que nos separaba del drama.

Me levanté y me dirigí a la puerta, que examiné de nuevo con el mayor cuidado. Luego volví a levantarme e hice un gesto de desaliento.

—Imagínense —dije— que el panel inferior de esta puerta hubiera podido ser abierto, *sin necesidad de que se abriera la puerta*, ¡y el problema estaría resuelto! Pero, por desgracia, esta última hipótesis es inadmisibile después del examen de la puerta. Es una sólida y gruesa puerta de roble de tal constitución que forma un bloque inseparable... Se ve muy bien, a pesar de los daños causados por los que la derribaron...

—¡Oh!... —exclamó el tío Jacques—. Es una vieja y sólida puerta del castillo, que fue transportada aquí..., una puerta como no las hay hoy. Necesitamos esa barra de hierro para hacernos con ella, entre los cuatro..., pues la mujer del portero ayudó también, como buena mujer que es, señor juez. ¡Sí que es lamentable verlos en la cárcel a estas horas!

Apenas pronunció el tío Jacques esta frase de lástima y protesta cuando se reanudaron los lloros y las jeremiadas de los dos porteros. Nunca he visto acusados tan lacrimógenos. Yo estaba profundamente asqueado^[4]. Incluso admitiendo su inocencia, no comprendía que dos seres pudieran hasta ese punto carecer de carácter ante la desgracia. Una actitud clara en tales momentos vale más que todas las lágrimas y las desesperaciones, que a menudo son fingidas e hipócritas.

—¡Bueno! —exclamó el señor Marquet—. ¡Dejen de chillar otra vez así, y dígnanos, por su bien, lo que estaban haciendo debajo de las ventanas del pabellón en el momento en que atentaban contra su ama! Porque estaban muy cerca del pabellón cuando los encontró el tío Jacques...

—Veníamos en su ayuda —gimieron.

Y la mujer entre hipo e hipo chilló:

—¡Ah! ¡Si estuviera entre nuestras manos el asesino, le haríamos hincar el pico...!

Y no pudimos, una vez más, sacarles dos frases seguidas con sentido. Siguieron negando con terquedad, jurando por Dios y por todos los santos que estaban en la cama cuando oyeron un tiro.

—No dispararon uno, sino dos tiros. Ya ven cómo están mintiendo. ¡Si oyeron el uno, debieron oír el otro!

—¡Dios mío!, señor juez, sólo oímos el segundo. A ver, estábamos dormidos todavía cuando tiraron el primero.

—¡Ah, eso sí, tiraron dos! —dijo el tío Jacques—. Yo estoy seguro de que todos los cartuchos de mi revólver estaban intactos; encontramos dos cartuchos vaciados, dos balas, y oímos dos tiros detrás de la puerta. ¿No es así, señor Stangerson?

—Sí —dijo el profesor—, dos tiros, primero un tiro sordo y luego un disparo estrepitoso.

—¿Por qué siguen mintiendo? —exclamó el señor Marquet, volviéndose hacia los porteros—. ¿Creen que la policía es tan tonta como ustedes? Todo demuestra que estaban fuera, cerca del pabellón, en el momento del drama. ¿Qué hacían allí? ¿No quieren decirlo? Su silencio testifica su complicidad. Y, por lo que a mí respecta... —dijo, volviéndose hacia el señor Stangerson—, por lo que a mí respecta, no puedo explicarme la huida del asesino más que por la ayuda proporcionada por estos dos cómplices. En cuanto estuvo la puerta derribada, mientras usted, señor Stangerson, se ocupaba de su desgraciada hija, el portero y su mujer facilitaban la salida al miserable, que se deslizó detrás de ellos, alcanzó la ventana del vestíbulo y saltó al parque. El portero volvió a cerrar la ventana y las contraventanas detrás de él. ¡Pues,

en fin, esas contraventanas no se cerraron solas! Eso es lo que he sacado... Si alguien ha imaginado otra cosa, ¡que lo diga!...

El señor Stangerson intervino:

—Es imposible. No creo en la complicidad de mis porteros, aunque no entiendo qué podían hacer en el parque a esa hora tardía de la noche. Digo que es imposible porque la mujer del portero llevaba la lámpara y no se movió del umbral del cuarto; porque yo, una vez derribada la puerta, me arrodillé cerca del cuerpo de mi hija, ¡y porque *era imposible que alguien entrara o saliera de este cuarto por la puerta sin pasar sobre el cuerpo de mi hija y sin derribarme a mí!* Es imposible, porque el tío Jacques y el portero no tuvieron más que echar una ojeada al cuarto y debajo de la cama, como yo lo hice al entrar, para ver que ya no había nadie en el cuarto, a excepción de mi hija agonizando.

—¿Qué piensa usted, señor Darzac, usted que no ha dicho nada todavía?

El señor Darzac respondió que no pensaba nada.

—¿Y usted, señor jefe de la Seguridad?

Hasta entonces el señor Dax, el jefe de la Seguridad, únicamente había escuchado y examinado los lugares. Por fin, se dignó despegar los labios:

—Mientras se encuentra al criminal habría que descubrir el móvil del crimen. Ello nos haría avanzar un poco más —dijo.

—Señor jefe de la Seguridad, el crimen parece ser vilmente pasional —replicó el señor Marquet—. Las huellas dejadas por el asesino, el pañuelo vulgar y la boina innoble nos llevan a creer que el asesino no pertenecía a una clase muy alta de la sociedad. Quizá los porteros puedan informarnos a este respecto...

El jefe de la Seguridad, volviéndose hacia el señor Stangerson y adoptando un tono frío que, a mi parecer, es la marca de las inteligencias sólidas y de los caracteres enérgicos, prosiguió:

—¿No iba a casarse próximamente la señorita Stangerson?

El profesor miró dolorosamente a Robert Darzac.

—Con mi amigo, a quien me hubiese sentido feliz de llamar hijo..., con el señor Robert Darzac...

—La señorita Stangerson está mucho mejor y se repondrá rápidamente de sus heridas. Es una boda simplemente aplazada, ¿no es así, señor? —insistió el jefe de la Seguridad.

—Eso espero.

—¡Cómo! ¿No está usted seguro de ello?

El señor Stangerson calló. Robert Darzac pareció agitado, cosa que noté en un temblor de su mano sobre la cadena de su reloj, pues no se me escapa nada. El señor Dax tosiqueó como hacía el señor Marquet cuando se sentía confuso.

—Usted comprenderá, señor Stangerson —dijo—, que en un caso tan embrollado no podemos descuidar nada; que debemos saberlo todo, incluso el más pequeño detalle, la cosa más trivial referente a la víctima..., la información aparentemente

más insignificante. Así pues, ¿qué le hace creer, ahora que estamos seguros de que la señorita Stangerson vivirá, que esta boda podrá no tener lugar? Ha dicho usted: «Eso espero». Esta esperanza parece como una duda. ¿Por qué duda usted?

El señor Stangerson se violentó visiblemente:

—Sí, señor —acabó por decir—. Tiene razón. Es mejor que sepa algo que parecería tener importancia si se lo ocultara. El señor Robert Darzac, por lo demás, será de mi parecer.

El señor Darzac, cuya palidez en aquel momento me pareció completamente anormal, indicó con una seña que era del parecer del profesor. Para mí que si el señor Darzac sólo contestó con una seña, es porque era incapaz de pronunciar una palabra.

—Sepa usted, señor jefe de la Seguridad —prosiguió el señor Stangerson—, que mi hija había jurado no dejarme nunca y cumplía su promesa a pesar de todos mis ruegos, pues varias veces intenté inducirla a casarse, como era mi deber. Llevamos conociendo al señor Robert Darzac muchos años. El señor Robert Darzac quiere a mi hija. Por un momento pude creer que ella también lo quería, pues recientemente tuve la alegría de saber de propia boca de mi hija que accedía, por fin, a una boda que yo deseaba con todo mi corazón. Tengo una edad avanzada, señor, y fue una hora bendita aquella en que supe, por fin, que después de mí la señorita Stangerson tendría a su lado para quererla y proseguir nuestros trabajos comunes a un ser que quiero y que estimo por su gran corazón y por su ciencia. Ahora bien, señor jefe de la Seguridad, dos días antes del crimen, por no sé qué cambio de voluntad, mi hija me declaró que no se casaría con el señor Robert Darzac.

Hubo un silencio agobiante. El minuto era grave. El señor Dax prosiguió:

—¿Y no le dio la señorita Stangerson ninguna explicación ni le dijo por qué motivos?...

—Me dijo que ya era muy vieja para casarse..., que había esperado demasiado..., que lo había pensado bien, que estimaba e incluso quería al señor Robert Darzac..., pero que más valía que las cosas no pasaran de ahí..., que continuaríamos como en el pasado..., que hasta sería feliz de ver que los lazos de pura amistad que nos unían con el señor Robert Darzac se estrechaban aún más, pero que quedara bien entendido que no se hablaría más de boda.

—¡Qué cosa más extraña! —susurró el señor Dax.

—Extraña —repitió el señor Marquet.

El señor Stangerson con una pálida y helada sonrisa dijo:

—Así que por ese camino no encontrará el móvil del crimen.

El señor Dax prosiguió con una voz impaciente:

—De todas formas, el móvil no es el robo.

—¡Oh! Estamos seguros de ello —exclamó el juez de instrucción.

En aquel momento, la puerta del laboratorio se abrió y el sargento de la gendarmería trajo una carta al juez de instrucción. El señor Marquet la leyó y lanzó una sorda exclamación; luego:

—¡Ah! ¡Esto es demasiado!

—¿Qué es?

—La carta de un pequeño reportero de *L'Epoque*, el señor Joseph Rouletabille, con estas palabras: «¡Uno de los móviles del crimen ha sido el robo!»

El jefe de la Seguridad sonrió:

—¡Ah! ¡Ah!, el joven Rouletabille... Ya he oído hablar de él... Pasa por ingenioso... Dígale, pues, que pase, señor juez de instrucción.

E hicieron entrar al señor Joseph Rouletabille. Lo conocí en el tren que nos llevó aquella mañana a Epinay-sur-Orge. Se introdujo, casi a pesar mío, en nuestro compartimiento, y prefiero decir ahora mismo que sus modales, su desenvoltura y la pretensión que parecía tener de comprender algo en un caso donde la justicia no comprendía nada, me hicieron cogerle ojeriza. No me gustan los periodistas. Son mentes embrollonas y emprendedoras, de las que hay que huir como de la peste. Esta clase de gente se cree que todo está permitido y no respeta nada. Cuando tiene uno la desgracia de concederles cualquier cosa y dejarles que se acerquen, se siente en seguida desbordado y no hay disgusto que no se deba temer. Éste apenas aparentaba unos veinte años y la desfachatez con que se había atrevido a interrogarnos y a charlar con nosotros me lo habían hecho odioso. Además, tenía una forma de expresarse que testificaba que se burlaba escandalosamente de nosotros. Sé muy bien que el periódico *L'Epoque* es un órgano influyente con el cual hay que saber «contemporizar», pero también ese periódico haría bien no cogiendo redactores de teta.

Así pues, el señor Joseph Rouletabille entró en el laboratorio, nos saludó y aguardó a que el señor Marquet le pidiera que se explicase.

—Usted pretende, señor —dijo éste—, que conoce el móvil del crimen y que ese móvil, contra toda evidencia, sería el robo.

—No, señor juez de instrucción, no he pretendido eso. No digo que el móvil del crimen haya sido el robo, y *no lo creo*.

—Entonces, ¿qué significa esta carta?

—Significa que *uno de los móviles* del crimen ha sido el robo.

—¿Cómo se ha informado?

—Ahora lo verán. Si quieren acompañarme...

Y el joven nos rogó que lo siguiéramos al vestíbulo, y así lo hicimos. Allí se dirigió hacia el servicio y rogó al señor juez de instrucción que se arrodillara a su lado. El servicio recibía luz por su puerta vidriera y, cuando la puerta estaba abierta, la luz que penetraba bastaba para iluminarlo perfectamente. El señor Marquet y Joseph Rouletabille se arrodillaron en el umbral. El joven señalaba una parte de la baldosa.

—Las baldosas del servicio —dijo— no han sido fregadas por el tío Jacques desde hace algún tiempo. Puede verse por la capa de polvo que las cubre. Ahora bien, miren en este lugar la huella de dos suelas anchas y de la ceniza negra que acompaña

por todas partes los pasos del asesino. Esta ceniza no es otra cosa que el polvo de carbón que recubre el sendero que hay que cruzar para venir directamente al Glandier desde Epinay, atravesando el bosque... Ya saben que en ese lugar hay una pequeña aldea de carboneros en la que se fabrica carbón de leña en grandes cantidades. He aquí lo que debió de hacer el asesino: penetró aquí por la tarde cuando no había nadie en el pabellón y perpetró el robo.

—Pero ¿qué robo? ¿Dónde ve usted el robo? ¿Qué es lo que le indica el robo? —exclamamos todos a la vez.

—Lo que me puso sobre la pista del robo —continuó el periodista...

—¡Es esto! —interrumpió el señor Marquet, que seguía de rodillas.

—Exactamente —dijo el señor Rouletabille.

Y el señor Marquet explicó que efectivamente había sobre el polvo de las baldosas, al lado de la huella de las dos suelas, la impresión fresca de un pesado paquete rectangular y que era fácil distinguir la señal de las cuerdas que lo ataban...

—Así que usted entró aquí, señor Rouletabille; sin embargo, había dado la orden al tío Jacques de no dejar entrar a nadie; él estaba al cuidado del pabellón.

—No riña al tío Jacques; vine aquí con el señor Robert Darzac.

—¡Ah!, desde luego... —exclamó el señor Marquet descontento, y echando una mirada hacia donde estaba el señor Darzac, que seguía en silencio.

—En cuanto he visto la señal del paquete al lado de la huella de las suelas, no he dudado del robo —prosiguió el señor Rouletabille—. El ladrón no vino con un paquete... Hizo aquí el paquete con los objetos robados, sin duda, y los depositó en este rincón, con el designio de recogerlo en el momento de huir; *dejó también sus pesados zapatos, al lado del paquete*, pues, fíjense, ninguna huella de pasos conduce a estos zapatos y las suelas están una al lado de otra, *como suelas en reposo y vacías de los pies*. De esta forma se podría comprender que el asesino, cuando huyó del «Cuarto Amarillo», no dejara ninguna huella de pasos en el laboratorio ni en el vestíbulo. Después de entrar *con los zapatos puestos* en el «Cuarto Amarillo», se los quitó, sin duda porque le estorbaban o porque quería hacer el menor ruido posible. La señal de su *ida* por el vestíbulo y por el laboratorio fue borrada por el fregado subsiguiente del tío Jacques, lo que nos lleva a hacer entrar al asesino en el pabellón por la ventana abierta del vestíbulo cuando se ausentó por primera vez el tío Jacques, ¡antes del fregado, que tuvo lugar a las cinco y media!

»El asesino, después de quitarse los zapatos, que con toda seguridad le estorbaban, los llevó en la mano al servicio y los depositó allí desde el umbral, pues en el polvo del servicio no hay huella de pies descalzos o con calcetines, *ni tampoco de otros zapatos*. Así pues, dejó los zapatos al lado del paquete. En aquel momento, el robo había sido ya cometido. Luego el hombre vuelve al «Cuarto Amarillo» y entonces se desliza bajo la cama, donde la huella de su cuerpo se ve perfectamente en el parquet y hasta en la estera que fue en ese sitio ligeramente enrollada y muy arrugada. Las mismas briznas de paja, recién arrancadas, atestiguan igualmente el

paso del asesino por debajo de la cama.

—Sí, sí, eso ya lo sabemos —dijo el señor Marquet.

—El hecho de que volviera debajo de la cama —prosiguió ese asombroso crío de periodista— demuestra que el robo *no fue el único móvil de la venida del hombre*. No me digan que se había refugiado allí en seguida al divisar por la ventana del vestíbulo, o bien al tío Jacques, o bien al señor y a la señorita Stangerson, que se disponían a regresar al pabellón. Era mucho más fácil para él subir al desván y esperar escondido una ocasión para escaparse, *si su intención no hubiera sido más que la de huir*. ¡No! ¡No! *El asesino tenía que estar en el «Cuarto Amarillo»...*

Aquí intervino el jefe de la Seguridad:

—¡No está nada mal eso, jovencito! Enhorabuena..., y si bien no sabemos aún cómo se marchó el asesino, podemos seguir ya su entrada paso a paso y ver lo que hizo aquí: robó, ¿pero qué robó?

—Cosas sumamente preciosas —respondió el reportero.

En ese momento oímos un ruido procedente del laboratorio. Nos precipitamos allí y encontramos al señor Stangerson, quien, con los ojos desorbitados y los miembros agitados, nos enseñaba una especie de mueble-biblioteca que acababa de abrir y que apareció vacío ante nosotros.

En el mismo instante se dejó caer en el gran sillón que estaba corrido delante de la mesa y gimió:

—Me han robado otra vez...

Luego una lágrima, una pesada lágrima, corrió por su mejilla:

—Ante todo —dijo—, que no digan una palabra de esto a mi hija... Se sentiría aún más afectada que yo...

Dio un profundo suspiro y en un tono de dolor que nunca olvidaré añadió:

—¡Después de todo, qué más da... *con tal que viva!*

—Vivirá —dijo con una voz extrañamente conmovedora Robert Darzac.

—Encontraremos los objetos robados —dijo el señor Dax—. Pero ¿qué había en este mueble?

—Veinte años de mi vida —respondió sordamente el ilustre profesor—, o, por mejor decir, de nuestra vida, de mi hija y mía. Sí, nuestros más preciosos documentos, las relaciones más secretas sobre nuestros experimentos y trabajos de veinte años estaban encerrados ahí. Era una verdadera selección de entre tantos documentos como llenan esta habitación. Es una pérdida irreparable para nosotros y, me atrevo a decir, para la ciencia. Todas las etapas por las que tuve que pasar para llegar a la prueba decisiva de la aniquilación de la materia habían sido cuidadosamente enunciadas, etiquetadas, anotadas e ilustradas con fotografías y dibujos por nosotros. Lo teníamos todo guardado ahí. El plano de tres nuevos aparatos: uno para estudiar la pérdida bajo la influencia de los rayos ultra-violetas de los cuerpos previamente electrizados; otro, que iba a hacer visible la pérdida eléctrica bajo la acción de las partículas de materia disociada contenida en el gas de las llamas;

el tercero, muy ingenioso, un nuevo electroscopio condensador diferencial; toda la compilación de nuestras curvas traduciendo las propiedades fundamentales de la sustancia intermediaria entre la materia ponderable y el éter imponderable; veinte años de experimentos sobre la química intra-atómica y sobre los equilibrios ignorados de la materia; un manuscrito que yo quería publicar con el título de *Los Metales que sufren*. ¡Qué sé yo, qué sé yo!... El hombre que vino aquí me lo robó todo..., mi hija y mi obra..., mi corazón y mi alma...

Y el gran Stangerson se echó a llorar como un niño.

Lo rodeábamos en silencio, conmovidos ante aquel inmenso desamparo. Robert Darzac, acodado en el sillón donde se había derrumbado el profesor, intentaba en vano disimular sus lágrimas, lo que por un instante me lo hizo simpático, a pesar de la instintiva repulsión que su extraña actitud y su emoción a menudo inexplicable me habían inspirado hacia el enigmático personaje.

Joseph Rouletabille, solo, como si su precioso tiempo y su misión en la tierra no le permitieran hacer hincapié en la miseria humana, se acercó muy tranquilo al mueble vacío y, enseñándoselo al jefe de la Seguridad, pronto rompió el religioso silencio con el que honrábamos la desesperación del gran Stangerson. Nos dio algunas explicaciones, que nos importaban poco, sobre el modo como llegó a creer en un robo, por el descubrimiento simultáneo de las huellas, de las que ya he hablado más arriba, en el servicio y por el hecho de que un mueble precioso como aquél estuviera vacío en el laboratorio. No hizo más que pasar por el laboratorio —nos decía—, pero lo que primero le sorprendió fue la forma extraña del mueble, su solidez, su construcción de hierro, que le resguardaba de un accidente por llamas, y el hecho de que un mueble así destinado a conservar objetos, cuyo valor se debía estimar por encima de todo, tuviera en la puerta de hierro «la llave». No suele tenerse una caja fuerte para dejarla abierta... En fin, esa llavecita con cabeza de cobre, de las más complicadas, al parecer, había atraído la atención de Joseph Rouletabille, cuando había dormido la nuestra. Para nosotros, que no somos niños, la presencia de una llave en un mueble despierta más bien una idea de seguridad, pero para Joseph Rouletabille, que es evidentemente un genio —como dice José Dupuy en *Los quinientos millones de Gladiator*, «¡qué genio, qué dentista!»—, la presencia de una llave en una cerradura despierta la idea del robo. Pronto supimos la razón.

Pero, antes de dársela a conocer a ustedes, debo decir que el señor Marquet me pareció muy perplejo sin saber si debía alegrarse por el nuevo paso que el pequeño reportero había hecho dar a la instrucción o si debía lamentarse por no haber dado él ese paso. Nuestra profesión comporta esos sinsabores, pero no tenemos derecho a ser pusilánimes y debemos pisotear nuestro amor propio cuando se trata del bien general. Por eso, el señor Marquet triunfó sobre sí mismo y le pareció bien unir al fin sus cumplidos a los del señor Dax, quien no se los escatimaba al señor Rouletabille. El chiquillo se encogió de hombros diciendo: «¡No hay de qué!» Le habría dado una bofetada con satisfacción, sobre todo cuando añadió:

—¡Más valdría, señor, que preguntara al señor Stangerson quién se encargaba normalmente de la llave!

—Mi hija —respondió el señor Stangerson—, y esta llave no la abandonaba nunca.

—¡Ah!, pero esto cambia el cariz de las cosas y no corresponde ya a la concepción del señor Rouletabille —exclamó el señor Marquet—. Si la llave no abandonaba nunca a la señorita Stangerson, entonces el asesino habría esperado a la señorita Stangerson aquella noche en su cuarto para robarle la llave, y el robo habría tenido lugar *después del asesinato*. Pero, después del asesinato, había cuatro personas en el laboratorio... ¡Decididamente, ya no entiendo nada de nada!...

Y el señor Marquet repitió con una rabia desesperada que para él debía de ser el colmo de la embriaguez, pues no sé si ya dije que nunca era tan feliz como cuando no entendía nada:

—... ¡Nada de nada!

—El robo —replicó el reportero— sólo puede haber tenido lugar *antes del asesinato*. Es indudable, por la razón que usted cree y *por otras razones que creo yo*. Y, cuando el asesino entró en el pabellón, tenía ya la llave con cabeza de cobre.

—No es posible —dijo dulcemente el señor Stangerson.

—Es tan posible, señor, que aquí tiene la prueba.

El diablo del hombrecillo sacó entonces de su bolsillo un número de *L'Epoque* con fecha del 21 de octubre (recuerdo que el crimen tuvo lugar en la noche del 24 al 25), y, enseñándonos un anuncio, leyó:

Ayer se extravió un bolso de terciopelo negro en los grandes almacenes de la Louve. El bolso contenía diversos objetos y entre ellos una llavecita con cabeza de cobre. Se concederá una fuerte recompensa a la persona que lo haya encontrado. Escribir a lista de correos, oficina 40, a la siguiente dirección: M.A.T.H.S.N.

—¿No designan estas letras —prosiguió el reportero— a la señorita Stangerson? ¿No es esta misma la llave con cabeza de cobre?... Siempre leo los anuncios. En mi oficio, como en el suyo, señor juez de instrucción, siempre hay que leer los anuncios personales... ¡Cuántas intrigas se descubren!... ¡Y cuántas llaves de intrigas..., que no siempre tienen cabeza de cobre y no por ello dejan de ser interesantes! Este anuncio me sorprendió particularmente por la especie de misterio con que se rodeaba la mujer que había perdido una llave, objeto poco comprometedor. ¡Cuánto le interesaba esta llave! ¡Cómo prometía una fuerte recompensa! Y pensaba en estas seis letras. M.A.T.H.S.N. Las cuatro primeras me indicaban en seguida un nombre. «Claro —pensé yo—, Math, Mathilde...» La persona que perdió la llave con cabeza de cobre en un bolso se llamaba Mathilde... Pero no pude sacar nada en limpio de las dos últimas letras. Por eso, arrojando el periódico, me ocupé de otra cosa... Cuando,

cuatro días más tarde, salieron los periódicos de la noche con enormes titulares anunciando el asesinato de la señorita MATHILDE STANGERSON, el nombre de Mathilde me recordó sin ningún esfuerzo, maquinalmente, las letras del anuncio. Un poco intrigado, pedí el número de aquel día a la administración. Yo había olvidado las dos últimas letras: S. N. Cuando las volví a ver no pude contener un grito: «¡Stangerson!»... Salté a un simón y me precipité en la oficina 40. Pregunté: ¿Tienen alguna carta a nombre de M.A.T.H.S.N.? El empleado me respondió: «¡No!», y como yo insistía rogándole, suplicándole que siguiera buscando, me dijo: «¡Ah!, pero vamos a ver, señor, ¿me están tomando el pelo?... Sí, tuve una carta dirigida a las iniciales M.A.T.H.S.N.; pero se la entregué, hace tres días, a una señora que me la reclamó. Hoy viene usted también a reclamar la carta. Ahora bien, anteayer un señor, con la misma insistencia descortés, también me la pidió... ¡Ya estoy harto de tanto pitorreo!...» Quise hacer preguntas al empleado acerca de los dos personajes que habían reclamado ya la carta, pero, o porque quería escudarse detrás del secreto profesional (sin duda, estimaba que ya había hablado demasiado), o porque estaba realmente harto de una posible broma, no me respondió más...

Rouletabille calló. Todos callábamos. Cada uno sacaba las conclusiones que podía sobre esa extraña historia de la lista de correos. De hecho, ahora parecía que había un hilo sólido por el cual podríamos seguir este caso «incomprensible».

El señor Stangerson dijo:

—Es, pues, casi seguro que mi hija perdió la llave, que no quiso hablarme de ello para evitarme toda inquietud y que rogó a la persona que pudiera haberla encontrado escribir a lista de correos. Con toda seguridad, temía que, al dar nuestra dirección, el hecho ocasionara diligencias que me habrían dado a conocer la pérdida de la llave. Es muy lógico y muy natural. *¡Pues ya me robaron en otra ocasión!*

—¿Dónde fue eso? ¿Y cuándo? —preguntó el jefe de la Seguridad.

—¡Oh! Hace de ello muchos años, en América, en Filadelfia. Me robaron en mi laboratorio el secreto de dos inventos que habrían podido ser la fortuna de un pueblo... No sólo no supe nunca quién fue el ladrón, sino que nunca oí hablar de la finalidad del «robo», sin duda, porque para frustrar los cálculos de la persona que me había robado, yo mismo lancé al dominio público los dos inventos, haciendo inútil el hurto. Desde entonces me he vuelto muy suspicaz y me encierro herméticamente para trabajar. Todos los barrotes de estas ventanas, el aislamiento del pabellón, este mueble que yo mismo mandé construir, esta cerradura especial, esta única llave, todo ello es el resultado de mis temores inspirados por una triste experiencia.

El señor Dax declaró: «¡Muy interesante!», y Joseph Rouletabille pidió noticias del bolso.

Ni el señor Stangerson ni el tío Jacques habían visto, desde hacía unos días, el bolso de la señorita Stangerson. Nos enteraríamos algunas horas más tarde, por propia boca de la señorita Stangerson, de que le robaron el bolso, o ella lo perdió, y que las cosas sucedieron como lo había explicado su padre: que ella fue el 23 de

octubre a la oficina de correos número 40, y que le entregaron una carta que sólo era —afirmó ella— la de un chistoso. La quemó inmediatamente.

Volviendo a nuestro interrogatorio, o más bien a nuestra «conversación», debo señalar que el jefe de la Seguridad, al preguntar al señor Stangerson en qué condiciones se fue su hija a París el 20 de octubre, día de la pérdida del bolso, supimos así que fue a la capital acompañada de Robert Darzac, quien no volvió a aparecer en el castillo desde ese instante hasta el día siguiente al crimen. El hecho de que Robert Darzac estuviera con la señorita Stangerson en los grandes almacenes de la Louve cuando desapareció el bolso no podía pasar desapercibido y nos llamó la atención.

Iba a concluir esta conversación entre magistrados, acusados, testigos y periodista cuando se produjo un verdadero golpe teatral: cosa que nunca puede disgustar al señor Marquet. El sargento de la gendarmería vino a anunciarnos que Frédéric Larsan solicitaba ser introducido, lo que se le concedió inmediatamente. Llevaba en la mano un vulgar par de zapatos cenagosos que tiró en el laboratorio.

—¡Éstos son —dijo— los zapatos que llevaba el asesino! ¿Los reconoce, tío Jacques?

El tío Jacques se inclinó sobre aquel cuero infecto y, estupefacto, reconoció unos viejos zapatos suyos que había arrinconado en el desván hacía ya bastante tiempo; estaba tan aturdido, que tuvo que sonarse para disimular su emoción.

Entonces, señalando el pañuelo que usaba el tío Jacques, dijo Frédéric Larsan:

—Aquí tienen un pañuelo que se parece asombrosamente al que se encontró en el «Cuarto Amarillo».

—¡Ah! ¿Cree que no lo sé? —dijo el tío Jacques temblando—. Son casi iguales.

—Finalmente —prosiguió Frédéric Larsan—, la vieja boina vasca que se encontró igualmente en el «Cuarto Amarillo» hubiera podido ir en otra época en la cabeza del tío Jacques. Todo esto, señor jefe de la Seguridad y señor juez de instrucción, demuestra, a mi parecer..., ¡tranquilo, buen hombre! —dijo al tío Jacques, que estaba desfalleciendo—, todo esto demuestra, a mi parecer, que el asesino quiso disfrazar su verdadera personalidad. Lo hizo de una forma bastante vulgar o por lo menos así nos parece, *porque estamos seguros de que el asesino no es el tío Jacques, que no dejó al señor Stangerson*. Pero imaginen que aquella noche el señor Stangerson no hubiera prolongado su velada; que, después de dejar a su hija, regresara al castillo; que la señorita Stangerson fuera asesinada cuando ya no quedaba nadie en el laboratorio y que el tío Jacques durmiera en el desván: ¡A nadie le hubiera cabido duda de que el tío Jacques fuera el asesino! Sólo debe su salvación al hecho de que el drama estalló demasiado pronto, sin duda al creer el asesino, por el silencio que reinaba al lado, que el laboratorio estaba vacío y que había llegado el momento de actuar. El hombre que pudo introducirse aquí tan misteriosamente y tomar tales precauciones contra el tío Jacques era, no cabe la menor duda, un familiar de la casa. ¿A qué hora exactamente se introdujo aquí? ¿Por la tarde? ¿Por la noche? No sabría

decirlo... *Un ser tan familiar para las cosas y las gentes de este pabellón debió de entrar en el «Cuarto Amarillo» a su hora.*

—¡Sin embargo, no pudo entrar allí cuando había gente en el laboratorio! — exclamó el señor Marquet.

—¿Qué sabemos nosotros de eso, eh?... —replicó Larsan—. Hubo una cena en el laboratorio, el vaivén del servicio... Hubo un experimento de química que pudo mantener, entre las 10 y las 11 al señor Stangerson, a su hija y al tío Jacques al lado de los hornillos... en ese rincón de la chimenea... ¿Quién me dice que el asesino..., ¡un familiar!, ¡un familiar!..., no aprovechó ese momento para deslizarse en el «Cuarto Amarillo» después de quitarse los zapatos?

—Es muy improbable —dijo el señor Stangerson.

—Sin duda, pero no imposible... Por eso no afirmo nada. En cuanto a su salida, es diferente. ¿Cómo pudo huir? ¡*De la forma más natural del mundo!*

Durante un instante, Frédéric Larsan calló. Aquel instante se nos hizo muy largo. Esperábamos que hablara con una fiebre muy comprensible.

—No he entrado en el «Cuarto Amarillo» —prosiguió Frédéric Larsan—, pero me imagino que tienen la prueba de que no se podía salir de él *más que por la puerta*. El asesino salió por la puerta. Ahora bien, pues es imposible que sea de otra forma, así tiene que ser. Cometió el crimen y salió por la puerta. ¿En qué momento? En el momento en que le resultaba más fácil, *en el momento más explicable*, tan explicable que no puede haber otra explicación. Examinemos, pues, los «momentos» que siguieron al crimen. Tenemos el primer momento, durante el cual el señor Stangerson y el tío Jacques se encuentran ante la puerta para prohibirle el paso. Tenemos el segundo momento, durante el cual el tío Jacques se ausenta un instante y el señor Stangerson se encuentra sólo ante la puerta. Tenemos el tercer momento, durante el cual el portero se reúne con el señor Stangerson. Tenemos el cuarto momento, durante el cual el señor Stangerson, el portero, su mujer y el tío Jacques se encuentran ante la puerta, leñemos el quinto momento, durante el cual la puerta es derribada y el «Cuarto Amarillo» invadido. *El momento en que la huida es más explicable es el mismo momento en que hay menos personas ante la puerta. Tenemos un momento en que no hay más que una: aquél en que el señor Stangerson se queda solo ante la puerta*. A no ser que admitamos la complicidad del silencio del tío Jacques, cosa que no creo, pues el tío Jacques no habría salido del pabellón para ir a examinar la ventana del «Cuarto Amarillo» si hubiera visto abrirse la puerta y salir al asesino. *La puerta no se abrió, pues, más que ante el señor Stangerson solo, y el hombre salió*. Aquí debemos admitir que el señor Stangerson tenía poderosas razones para no detener o para no mandar detener al asesino, puesto que lo dejó llegar a la ventana del vestíbulo ¡y volvió a cerrar la ventana tras él!... Hecho esto, como iba a volver el tío Jacques y *era necesario que encontrara las cosas como antes*, la señorita Stangerson, horriblemente herida, encontró aún fuerzas, sin duda bajo las amonestaciones de su padre, para cerrar de nuevo la puerta del «Cuarto Amarillo» con llave y cerrojo antes de derrumbarse, moribunda, sobre el parquet... No sabemos quién cometió el crimen. No sabemos de qué miserable son víctimas el señor y la señorita Stangerson; pero no

cabe duda de que ellos sí lo saben. Debe de ser un secreto terrible para que el padre no haya vacilado en dejar a su hija agonizante detrás de la puerta que ella misma volvía a cerrar, terrible para que haya dejado escapar al asesino... *¡Pero no hay otra forma humana de explicarse la huida del asesino del «Cuarto Amarillo»!*

El silencio que siguió a esta dramática y luminosa explicación tenía algo de espantoso. Todos sufrimos por el ilustre profesor, abocado por la despiadada lógica de Frédéric Larsan a confesarnos la verdad de su martirio o a callarse, confesión aún más terrible. Vimos levantarse a aquel hombre, verdadera estatua del dolor, y extender la mano con un gesto tan solemne, que inclinamos la cabeza como a la vista de una cosa sagrada. Pronunció entonces estas palabras con una voz retumbante que pareció agotar todas sus fuerzas:

—¡Juro por la cabeza de mi hija agonizante que no dejé esta puerta desde el instante en que oí la llamada desesperada de mi hija, que la puerta no se abrió mientras estaba solo en el laboratorio y, finalmente, que cuando mis tres criados y yo entramos en el «Cuarto Amarillo» el asesino ya no estaba! ¡Juro que no conozco al asesino!

Tengo que decir que, a pesar de la solemnidad de semejante juramento, no creímos en la palabra del señor Stangerson: Frédéric Larsan acababa de hacernos vislumbrar la verdad: no era para perderla tan pronto.

Cuando el señor Marquet nos anunciaba que la «conversación» se había acabado y nos disponíamos a abandonar el laboratorio, el joven reportero, ese chiquillo de Joseph Rouletabille, se acercó al señor Stangerson, le cogió la mano con el mayor respeto y le oí que le decía:

—¡Yo le creo, señor!

Aquí interrumpo la cita que creí deber hacer de la narración del señor Maleine, secretario en el tribunal de Corbeil. No necesito decir al lector que todo lo que acababa de suceder en el laboratorio me fue fiel y rápidamente referido por el mismo Rouletabille.

Capítulo 12

El bastón de Frédéric Larsan

Hacia las seis de la tarde me dispuse a abandonar el castillo, llevando el artículo que mi amigo había escrito a toda prisa en el pequeño salón que Robert Darzac había puesto a nuestra disposición. El reportero dormiría en el castillo, haciendo uso de la inexplicable hospitalidad que le había ofrecido Robert Darzac, en quien el señor Stangerson, en tan tristes momentos, descansaba de toda preocupación doméstica. Sin embargo, quiso acompañarme hasta la estación de Epinay. Al atravesar el parque, me dijo:

—Frédéric Larsan es realmente muy hábil y merece su reputación. ¿Sabe cómo consiguió encontrar los zapatos del tío Jacques? Cerca del lugar donde notamos las huellas de los «pasos elegantes» y la desaparición de las huellas de los zapatos grandes, un hoyo rectangular en la tierra fresca testificaba que allí había habido recientemente una piedra. Larsan buscó la piedra en vano e imaginó en seguida que le había servido al asesino para mantener en el fondo del estanque los zapatos de que el hombre se quería deshacer. El cálculo de Fred era excelente y el éxito de su búsqueda lo ha demostrado. Esto se me había escapado; pero justo es decir que mi mente estaba en otras cosas, pues *por el exceso de falsos testimonios que dejó el asesino de su paso y por la medida de los pasos negros*, que corresponde a la medida de los pasos del tío Jacques, cosa que di por sentada sin que él se diera cuenta en el parquet del «Cuarto Amarillo», tenía ante mis ojos la prueba de que el asesino había querido desviar las sospechas hacia el viejo criado. Fue lo que me permitió decirle, si lo recuerda usted, que, puesto que se encontró una boina en el cuarto fatal, tenía que parecerse a la suya, y hacerle una descripción del pañuelo de todo punto semejante al que usó delante de mí. Hasta aquí, Larsan y yo estamos de acuerdo, pero, a partir de aquí, ya no lo estamos, Y ESTO VA A SER TERRIBLE, ¡pues él se ha encaminado de buena fe hacia un error que voy a tener que combatir «con nada»!

Me sorprendió el acento profundamente grave con que mi joven amigo pronunció estas últimas palabras.

Repitió de nuevo:

—¡Sí, TERRIBLE, TERRIBLE!... ¡Pero combatir «con la idea» es realmente combatir con nada!

En aquel momento, pasábamos por detrás del castillo. Había anochecido. En el primer piso había abierta una ventana. Una luz tenue salía de ella y también algunos ruidos que llamaron nuestra atención. Avanzamos hasta alcanzar el ángulo de una puerta que había debajo de la ventana. Rouletabille me dio a entender con una palabra

pronunciada en voz baja que esa ventana daba a la habitación de la señorita Stangerson. Los ruidos que nos habían detenido se callaron, y luego se reanudaron un instante. Eran gemidos ahogados... No lográbamos captar más que tres palabras que nos llegaban distintamente: «¡Mi pobre Robert!» Rouletabille me puso la mano en el hombro, se inclinó hacia mi oído y me dijo:

—Si pudiéramos saber lo que dicen en ese cuarto, mi investigación se acabaría en seguida...

Miró a su alrededor; la sombra de la noche nos envolvía; no veíamos más allá del estrecho césped bordeado de árboles que se extendía por detrás del castillo. Los gemidos habían callado de nuevo.

—Puesto que no podemos oír —prosiguió Rouletabille—, vamos a intentar ver...

Y me arrastró, advirtiéndome que amortiguara el ruido de mis pasos, más allá del césped hasta el pálido tronco de un grueso abedul cuya línea blanca se divisaba en las tinieblas. El abedul se levantaba justo frente a la ventana que nos interesaba y sus primeras ramas llegaban más o menos a la altura del primer piso del castillo. Desde lo alto de las ramas se podía ver con toda seguridad lo que pasaba en la habitación de la señorita Stangerson; y ése era también el pensamiento de Rouletabille, pues, habiéndome ordenado que me estuviera quieto, se abrazó al tronco con sus jóvenes brazos vigorosos y trepó. Pronto se perdió en las ramas y luego hubo un gran silencio.

Allá, enfrente de mí, la ventana entreabierta seguía iluminada. No vi pasar ante la luz ninguna sombra. El árbol, encima de mí, seguía silencioso; yo esperaba; de repente, mis oídos percibieron en el árbol estas palabras:

—¡Usted primero!...

—¡Usted primero, por favor!

Arriba, encima de mi cabeza, dialogaban... Se hacían muchas cortesías, y cuál no fue mi sorpresa cuando vi aparecer, en la columna lisa del árbol, dos formas humanas que tocaron pronto el suelo. Rouletabille había subido solo, ¡y bajaba «dos»!

—¡Buenas tardes, señor Sainclair!

Era Frédéric Larsan... El policía ocupaba ya el puesto de observación cuando mi amigo creía haber llegado solo... Por lo demás, ni el uno ni el otro se preocuparon de mi asombro. Creí entender que desde lo alto de su observatorio habían asistido a una escena llena de ternura y desesperación entre la señorita Stangerson, tendida en la cama, y el señor Darzac de rodillas a su cabecera. Y ya cada uno parecía sacar con mucha prudencia conclusiones diferentes. Era fácil de adivinar que esta escena había producido un gran efecto en la mente de Rouletabille «a favor de Robert Darzac», mientras que en la de Larsan sólo atestiguaba una perfecta hipocresía favorecida por un arte superior en el novio de la señorita Stangerson...

Al llegar a la reja del parque, Larsan nos detuvo:

—¡Mi bastón! —exclamó.

—¿Ha olvidado su bastón? —preguntó Rouletabille.

—Sí —respondió el policía—, se me quedó allí, al lado del árbol...

Y nos dejó, diciendo que en seguida se reunía con nosotros...

—¿Se ha fijado en el bastón de Frédéric Larsan? —me preguntó el reportero cuando estuvimos solos—. Es un bastón completamente nuevo... No se lo había visto nunca... Parece tenerlo en gran aprecio... No lo deja nunca... Se diría que tiene miedo de que caiga en manos extrañas... Hasta hoy, *nunca he visto a Frédéric Larsan con bastón*... ¿Dónde habrá encontrado ese bastón? *No es natural que un hombre que nunca lleva bastón no dé un paso sin bastón, al día siguiente del crimen del Glandier*... El día de nuestra llegada al castillo, cuando nos vio, guardó su reloj en el bolsillo y cogió del suelo el bastón, gesto al que no di importancia y quizá me equivoqué.

Estábamos ahora fuera del parque; Rouletabille no decía nada... Su pensamiento seguramente no había dejado el bastón de Frédéric Larsan. Tuve la prueba de ello cuando, al bajar por la cuesta de Epinay, me dijo:

“—Frédéric Larsan llegó al Glandier antes que yo; empezó su investigación antes que yo; le dio tiempo de enterarse de cosas que yo no sé, y pudo encontrar cosas que yo no sé... ¿Dónde habrá encontrado ese bastón?...

Y añadió:

—Es probable que su sospecha (más que su sospecha, su razonamiento), que se dirige también directamente a Robert Darzac, se vea favorecida por algo palpable que «él» palpa y que yo no palpo... ¿Será ese bastón?... ¿Dónde diablos ha podido encontrar ese bastón?...

En Epinay hubo que esperar el tren veinte minutos. Entramos en un bar. Al momento, la puerta volvía a abrirse detrás de nosotros y Frédéric Larsan hizo su aparición, esgrimiendo el famoso bastón...

—¡Lo encontré! —nos dijo riendo.

Los tres nos sentamos a una mesa. Rouletabille no apartaba los ojos del bastón; estaba tan absorto que no vio una señal de complicidad que Larsan dirigió a un empleado del ferrocarril, un hombre joven, con la barbilla cubierta por una perilla rubia mal peinada. El empleado se levantó, pagó su consumición, saludó y salió. Tampoco yo habría dado la menor importancia a esa señal si no hubiera vuelto a mi memoria unos días más tarde, cuando reapareció la perilla rubia en uno de los minutos más trágicos de este relato. Supe entonces que la perilla rubia era un agente de Larsan, encargado por él mismo de vigilar las idas y venidas de los viajeros en la estación de Epinay-sur-Orge, pues Larsan no descuidaba nada de lo que creía poder serle útil.

Dirigí mis ojos hacia Rouletabille.

—¡Ah! ¡Caramba, señor Fred! —decía éste—. ¿Desde cuándo tiene usted bastón? ¡Siempre lo he visto pasearse con las manos en los bolsillos!...

—Es un regalo que me hicieron —respondió el policía...

—No hace mucho tiempo —insistió Rouletabille...

—No, me lo regalaron en Londres...

—Es verdad, acaba usted de volver de Londres, señor Fred... ¿Puedo ver ese bastón?...

—¡Cómo no!...

Fred pasó el bastón a Rouletabille. Era un bastón de bambú amarillo y curvo, adornado con un anillo de oro.

Rouletabille lo examinaba minuciosamente.

—Pues sí —dijo con expresión guasona—, le han regalado en Londres un bastón de Francia.

—Es posible —dijo Fred imperturbable...

—Lea la marca, aquí en letras minúsculas: «Cassette, 6 bis, Opera...»

—Nosotros mandamos lavar la ropa a Londres —dijo Fred—. Bien pueden los ingleses comprar sus bastones en París...

Rouletabille devolvió el bastón. Cuando me hubo dejado en mi compartimiento, me dijo:

—¿Se ha quedado con la dirección?

—Sí, «Cassette, 6 bis, Opera...». Cuente conmigo mañana por la mañana; recibirá una nota.

En efecto, la misma noche yo veía al señor Cassette, vendedor de bastones y de paraguas y escribí a mi amigo:

Un hombre, que responde de modo increíble a las señas del señor Robert Darzac, la misma estatura, ligeramente encorvado, la misma sotabarba, con abrigo color gris beige y sombrero hongo, vino a comprar un bastón igual al que nos interesa la misma tarde del crimen hacia las ocho.

El señor Cassette lleva dos años sin vender un bastón de este tipo. El bastón de Fred es nuevo. Se trata, pues, del que lleva en las manos. Él no lo compró, pues se encontraba entonces en Londres. Como usted, pienso «que lo encontró en algún sitio en torno al señor Robert Darzac...». Pero entonces, si como pretende usted, el asesino estaba en el «Cuarto Amarillo» desde las cinco o incluso desde las seis, como el drama no tuvo lugar hasta las doce de la noche más o menos, la compra de ese bastón proporciona una coartada irrefutable al señor Robert Darzac.

Capítulo 13

«*La rectoral no ha perdido nada de su encanto ni el jardín de su esplendor*»

Ocho días después de los acontecimientos que acabo de referir, exactamente el 2 de noviembre, recibí en mi domicilio en París un telegrama redactado en estos términos:

Véngase al Glandier en el primer tren. Traiga revólveres. Saludos.
Rouletabille.

Creo haberles dicho ya que en aquella época yo, joven pasante de abogado y casi desprovisto de causas, frecuentaba el Palacio de Justicia, más para familiarizarme con mis deberes profesionales que para defender al huérfano y a la viuda. Así pues, no tenía por qué extrañarme de que Rouletabille dispusiera así de mi tiempo; y, por lo demás, él sabía cuánto me interesaban en general sus aventuras periodísticas y sobre todo el caso del Glandier. Desde hacía ocho días no había tenido noticias de él más que por los innumerables chismorreos de los periódicos y por algunas notas muy breves de Rouletabille en *L'Epoque*. Esas notas divulgaron el golpe del «hueso de cordero» y por ellas supimos que el análisis había confirmado que las marcas dejadas en el hueso de cordero eran de «sangre humana». Se veían en él las huellas recientes «de la sangre de la señorita Stangerson»; las huellas antiguas provenían de otros crímenes, que podían remontarse a varios años...

Imagínense si el caso era la comidilla de la prensa del mundo entero. Jamás crimen ilustre había intrigado las mentes de ese modo. Sin embargo, me parecía que la instrucción no avanzaba gran cosa; por eso me hubiera alegrado mucho de la invitación de mi amigo para que me reuniera con él en el Glandier, si el telegrama no hubiera contenido estas palabras: «Traiga revólveres».

Aquello me intrigaba enormemente. Si Rouletabille me telegrafiaba que llevara revólveres, era porque preveía que tendríamos que utilizarlos. Ahora bien, lo confieso sin vergüenza: yo no soy un héroe. Pero ¡qué hacer! Aquel día mi amigo, que estaba seguramente en un aprieto, me pedía ayuda; no lo pensé; y, después de comprobar que el único revólver que yo tenía estaba bien armado, me dirigí hacia la estación de Orléans. En el camino recordé que un revólver no era más que un arma y que el telegrama de Rouletabille reclamaba revólveres en plural; entré en la tienda de un armero y compré una pequeña arma excelente, que me alegraba poder regalar a mi amigo.

Esperaba encontrar a Rouletabille en la estación de Epinay, pero no estaba. Sin embargo, me esperaba un cabriolé y llegué en seguida al Glandier. Nadie en la reja. No vi a nuestro joven hasta llegar al mismo umbral del castillo. Me saludó con un gesto amistoso y me abrazó a continuación pidiéndome efusivamente noticias de mi salud.

Cuando estuvimos en el viejo salón de que ya he hablado, Rouletabille me hizo sentar y me dijo a continuación:

—¡La cosa está mal!

—¿Qué es lo que está mal?

—¡Todo!

Se acercó a mí y me confió al oído:

—Frédéric Larsan se ha lanzado a fondo contra el señor Robert Darzac.

Desde el día en que vi al novio de la señorita Stangerson palidecer ante la huella de sus pasos, aquello no podía extrañarme mucho.

Sin embargo, hice notar al instante:

—¡Bueno! ¿Y el bastón?

—¡El bastón! Sigue en manos de Frédéric Larsan y *no lo suelta...*

—Pero... ¿no proporciona una coartada a Robert Darzac?

—En absoluto. Robert Darzac, a quien interrogué con dulzura, niega haber comprado aquella noche, ni ninguna otra noche, un bastón en la tienda de Cassette... Sea lo que fuere —dijo Rouletabille—, «yo no juraría nada», pues Robert Darzac tiene *tan extraños silencios*, que no sabe uno con exactitud qué pensar de lo que dice...

—Para Frédéric Larsan, el bastón tiene que ser un bastón precioso, un bastón de convicción..., pero ¿de qué forma? Porque si nos atenemos a la hora de la compra, no podía estar en manos del asesino...

—A Larsan la hora le trae sin cuidado... No tiene por qué adoptar mi sistema, que comienza por introducir al asesino en el «Cuarto Amarillo» entre las cinco y las seis. ¿Qué le impide a él hacerle entrar entre las diez y las once de la noche? Precisamente en aquel momento el señor y la señorita Stangerson, ayudados por el tío Jacques, acaban de proceder a un interesante experimento de química en la parte del laboratorio ocupada por los hornos. Larsan dirá que el asesino se coló detrás de ellos, por más inverosímil que parezca... Ya se lo dio a entender al juez de instrucción... Si lo consideramos de cerca, este razonamiento es absurdo, dado que el familiar, *si es que hay un familiar*, debía saber que el profesor pronto abandonaría el pabellón; y a él como familiar le iba su seguridad en aplazar sus operaciones para después de esa salida... ¿Por qué iba a arriesgarse a atravesar el laboratorio mientras el profesor seguía allí? Además, ¿cuándo se habría introducido el familiar en el pabellón?... Hay que elucidar tantos puntos antes de admitir *la imaginación de Larsan...* Yo, por mi parte, no perderé mi tiempo en ello, pues *tengo un sistema irrefutable* que no me permite preocuparme de esa imaginación. Únicamente que, como me veo

momentáneamente en la obligación de callar y Larsan algunas veces habla..., podría ser que todo acabara por explicarse en contra del señor Darzac..., ¡si yo no estuviera aquí! —añadió el joven con orgullo—. En efecto, hay en contra del señor Darzac otros «signos exteriores» mucho más terribles que la historia del bastón, que para mí sigue siendo incomprensible, tanto más incomprensible cuanto que Larsan no se priva de aparecer ante el señor Darzac con ese bastón que habría pertenecido al mismo señor Darzac. Entiendo muchas cosas en el sistema de Larsan, pero todavía no entiendo el bastón.

—¿Sigue Frédéric Larsan en el castillo?

—Sí; apenas se ha alejado de él. Duerme en él como yo, a petición del señor Stangerson. El señor Stangerson ha hecho por él lo que Robert Darzac hizo por mí. Acusado por Frédéric Larsan de conocer al asesino, el señor Stangerson ha querido proporcionar a su acusador todos los medios para llegar al descubrimiento de la verdad. Robert Darzac obra conmigo del mismo modo.

—¿Pero usted está persuadido de la inocencia de Robert Darzac?

—Por un instante creí en la posibilidad de su culpabilidad. Fue cuando llegamos aquí por primera vez. Ha llegado el momento de contarle lo que pasó aquí entre el señor Darzac y yo.

Aquí Rouletabille se interrumpió y me preguntó si había traído las armas. Le enseñé los dos revólveres. Los examinó, dijo: «¡Perfecto!», y me los devolvió.

—¿Vamos a necesitarlos? —le pregunté.

—Esta noche, sin duda; pasamos la noche aquí; ¿no le importa?

—Al contrario —dije con una mueca que desencadenó la risa de Rouletabille.

—¡Vamos! ¡Vamos! —prosiguió—. No es hora de reír. Hablemos seriamente. ¿Se acuerda de aquella frase que fue el «Ábrete, Sésamo» de este castillo lleno de misterio?

—Sí —dije—, perfectamente: *la rectoral no ha perdido nada de su encanto ni el jardín de su esplendor*. Fue la misma frase que medio chamuscada volvió a encontrar en un papel entre los carbones del laboratorio.

—Sí, y en la parte baja del papel, la llama había respetado una fecha: «23 de octubre». Acuérdesse de esta fecha, que es muy importante. Voy a decirle ahora lo que hay detrás de esta frase incongruente. No sé si sabrá que la antevíspera del crimen, es decir, el 23, el señor y la señorita Stangerson fueron a una recepción en el Elíseo. Hasta asistieron a la cena, según creo. El caso es que se quedaron a la recepción, «puesto que yo los vi». Yo también estaba por deber profesional. Tenía que hacer una entrevista a uno de esos sabios de la Academia de Filadelfia, a quien homenajeaban aquella noche. Hasta aquel día yo nunca había visto al señor ni a la señorita Stangerson. Me senté en el salón que precede al salón de los Embajadores y, cansado de haber sido empujado por tantos y tan nobles personajes, estaba dejándome llevar por un vago ensueño, *cuando sentí pasar el perfume de la dama de negro*. Me preguntará usted: «¿Qué es eso del “perfume de la dama de negro”?» Basta con que

sepa que es un perfume que he amado mucho, porque era el perfume de una dama, siempre vestida de negro, que me dispensó alguna bondad maternal en mi primera juventud. La dama que aquel día estaba discretamente impregnada del «perfume de la dama de negro» iba vestida de blanco. Era maravillosamente hermosa. No pude dejar de levantarme y seguirla a ella y a su perfume. Un hombre, un anciano, daba el brazo a aquella belleza. Todos se volvían a su paso y oí que susurraban: «Es el profesor Stangerson y su hija». Así supe a quién seguía. Encontraron al señor Robert Darzac, a quien yo conocía de vista. El profesor Stangerson, abordado por uno de los sabios americanos, Arthur William Ranee, se sentó en un sillón de la galería central y Robert Darzac arrastró a la señorita Stangerson hacia el invernadero. Yo no dejaba de seguirlos. Aquella noche hacía un tiempo muy dulce; las puertas que daban al jardín estaban abiertas. La señorita Stangerson se echó sobre los hombros un ligero chal y me di cuenta de que fue ella quien rogó al señor Darzac que entrara con ella en la casi soledad del jardín. Y yo los seguía aún, interesado por la agitación que se notaba entonces en el señor Robert Darzac. Ahora se deslizaban con pasos lentos a lo largo de la pared que bordea la avenida Marigny. Cogí por el paseo central. Andaba paralelamente a mis dos personajes. Luego «atajé» por el césped para cruzarlos. La noche estaba oscura, la hierba ahogaba mis pasos. Se detuvieron a la claridad vacilante de un farol e inclinados ambos sobre un papel que llevaba la señorita Stangerson parecían leer algo que les interesaba mucho. También yo me detuve. La sombra y el silencio me rodeaban. No me vieron y oí distintamente a la señorita Stangerson que repetía doblando el papel: «*La rectoral no ha perdido nada de su encanto ni el jardín de su esplendor*», y esas palabras fueron dichas con un tono a la vez tan burlón y desesperado, y fueron seguidas por una carcajada tan nerviosa, que creo que aquella frase se me quedará grabada para siempre. Pero aún fue pronunciada otra frase, esta vez por Robert Darzac: «*¿Tendré que cometer un crimen para que usted sea mía?*» El señor Robert Darzac, presa de una agitación extraordinaria, cogió la mano de la señorita Stangerson, la llevó durante largo tiempo a sus labios y por el movimiento de sus hombros pensé que lloraba. Luego se alejaron.

«Cuando llegué a la galería central —prosiguió Rouletabi-llé—, ya no vi al señor Robert Darzac, al que sólo volvería a ver en el Glandier, después del crimen, pero vi a la señorita Stangerson, al señor Stangerson y a los delegados de Filadelfia. La señorita Stangerson estaba al lado de Arthur Ranee. Éste le hablaba con animación y los ojos del americano despedían durante la conversación un extraño brillo. Creo que la señorita Stangerson no prestaba siquiera atención a lo que le decía Arthur Ranee, y su rostro expresaba una total indiferencia. Arthur Ranee es un hombre sanguíneo, con la cara barrosa; debe de gustarle la ginebra; cuando se fueron el señor y la señorita Stangerson, se dirigió hacia el *buffet* y no lo dejó más. Me reuní con él y le hice algunos favores entre tanto barullo de gente. Me lo agradeció y me comunicó que se iba otra vez a América dentro de tres días, es decir el 26 (al día siguiente del crimen). Le hablé de Filadelfia; me dijo que llevaba veinticinco años viviendo en aquella

ciudad y que allí conoció al ilustre profesor Stangerson y a su hija. En esto, se sirvió de nuevo champán y creí que no dejaría nunca de beber. Lo dejé cuando estuvo casi borracho.

»De esta forma pasé la velada, querido amigo. No sé por qué especie de previsión, la doble imagen del señor Robert Darzac y de la señorita Stangerson no me abandonó en toda la noche, y dejo a su consideración el efecto que me produjo la noticia del atentado contra la señorita Stangerson. Cómo no recordar aquellas palabras: «¿Tendré que cometer un crimen para que usted sea mía?» Sin embargo, no fue esta frase la que dije a Robert Darzac cuando lo encontramos en el Glandier. Para que se nos abrieran de par en par las puertas del castillo bastó la frase que aludía a la rectoral y al jardín esplendoroso, y que la señorita Stangerson parecía haber leído del papel que llevaba en la mano. ¿Creía yo en aquel momento que Robert Darzac era el asesino? ¡No! No creo haberlo creído del todo. En aquel momento, yo no pensaba seriamente en «nada». Tenía tan poca información... «Pero necesitaba» que él me diera en seguida la prueba de que no estaba herido en la mano. Cuando estuvimos los dos solos, le conté lo que la casualidad me había hecho sorprender de su conversación con la señorita Stangerson en los jardines del Elíseo; y cuando le dije que había oído esas palabras: «¿Tendré que cometer un crimen para que usted sea mía?», se turbó bastante, pero mucho menos que con la frase de la «rectoral». Lo que lo sumió en una verdadera consternación fue saber por mi boca que, el mismo día en que se encontró con la señorita Stangerson en el Elíseo, ésta había ido por la tarde a la oficina de correos 40 a buscar una carta que podía ser la que leyeron juntos en los jardines del Elíseo y que acababa con estas palabras: «La rectoral no ha perdido nada de su encanto ni el jardín de su esplendor». Por lo demás, esta hipótesis se vio confirmada después por el trozo de la carta con fecha del 23 de octubre que descubrí, como usted recuerda, entre los carbones del laboratorio. La carta había sido escrita y retirada de la oficina el mismo día. Sin duda, aquella misma noche, a la vuelta del Elíseo, la señorita Stangerson quiso quemar ese papel comprometedor. El señor Robert Darzac negó en vano que esa carta tuviera una relación con el crimen. Le dije que en un caso tan misterioso él no tenía derecho a ocultar a la justicia el incidente de la carta y que yo estaba convencido de que la carta tenía una importancia considerable, que el tono desesperado de la señorita Stangerson al pronunciar la fatídica frase, las lágrimas de él, Robert Darzac, y la amenaza que profirió a consecuencia de la carta no me permitían dudarle. Robert Darzac estaba cada vez más agitado. Decidí aprovechar mi ventaja.

»—Usted iba a casarse con ella —dije descuidadamente, sin mirar más a mi interlocutor—, y, de repente, *esta boda se hace imposible a causa del autor de esta carta*, pues, nada más leer la carta, usted habla de la necesidad de un crimen para que la señorita Stangerson sea suya. ¡ASÍ PUES, HAY ALGUIEN ENTRE USTED Y LA SEÑORITA STANGERSON, ALGUIEN QUE LA PROHÍBE CASARSE, ALGUIEN QUE LA MATA ANTES QUE SE CASE!

»Y terminé este pequeño discurso con estas palabras:

»—¡Ahora, señor, no tiene más que confiarme el nombre del asesino!

»Sin darme cuenta, debí de decir cosas formidables. Cuando volví a levantar los ojos hacia Robert Darzac, vi un rostro descompuesto, una frente bañada en sudor, unos ojos llenos de espanto.

»—Señor —me dijo—, le voy a pedir una cosa que quizá le parezca insensata, pero a cambio de la cual *yo daría mi vida*: no debe hablar delante de los magistrados de lo que vio y oyó en los jardines del Elíseo... Ni delante de los magistrados, ni delante de nadie en el mundo. Le juro que soy inocente, y sé, y siento que usted me cree, pero preferiría pasar por culpable a ver las sospechas de la justicia desviarse hacia esa frase: «La rectoral no ha perdido nada de su encanto ni el jardín de su esplendor». Es preciso que la justicia ignore esa frase. Todo este caso le pertenece, señor, yo se lo cedo, *pero olvide la noche del Elíseo*. ¡Usted encontrará otros cien caminos diferentes que lo llevarán al descubrimiento del criminal! Se los abriré, lo ayudaré. ¿Quiere instalarse aquí? ¿Ser amo y señor? ¿Comer y dormir aquí? ¿Vigilar mis actos y los actos de todos? Estará usted en el Glandier como si fuera el dueño, *pero olvide la noche del Elíseo*.

Rouletabille dejó de hablar para tomar aliento. Ahora comprendía yo la actitud inexplicable de Robert Darzac para con mi amigo y cómo éste pudo instalarse en los lugares del crimen con tanta facilidad. Todo lo que acababa de saber no podía menos de excitar mi curiosidad. Le pedí a Rouletabille que me lo satisficiera aún más. ¿Qué había sucedido en el Glandier durante estos ocho últimos días? ¿No acababa de decirme mi amigo que el señor Darzac tenía en contra suya signos exteriores mucho más terribles que el del bastón encontrado por Larsan?

—Todo parece volverse contra él —me respondió mi amigo— y la situación se está poniendo extremadamente grave. Robert Darzac no parece concederle la menor importancia; está equivocado: pero no le interesa nada que no sea la salud de la señorita Stangerson, que iba mejorando cada día, *¡cuando sobrevino un acontecimiento más misterioso aún que el misterio del «Cuarto Amarillo»!*

—¡No puede ser! —exclamé—. ¿Y qué acontecimiento puede ser más misterioso que el misterio del «Cuarto Amarillo»?

—Volvamos primero a Robert Darzac —dijo Rouletabille, tranquilizándome—; estaba diciéndole que todo se vuelve contra él. «Los pasos elegantes» puestos de relieve por Frédéric Larsan parecen efectivamente «los pasos del novio de la señorita Stangerson». Las rodadas de la bicicleta pueden ser las rodadas de «su» bicicleta; la cosa ha sido controlada. Desde que tenía esa bicicleta siempre la dejaba en el castillo. ¿Por qué llevársela a París precisamente en este momento? ¿No iba a volver más al castillo? ¿Iba la ruptura de su boda a acarrear la ruptura de sus relaciones con los Stangerson? Todos los interesados afirman que las relaciones hubieran seguido. ¿Entonces? Frédéric Larsan cree que «habían roto definitivamente». Desde el día en que Robert Darzac acompañó a la señorita Stangerson a los grandes almacenes de la

Louve, hasta el día siguiente del crimen, no volvió el ex novio al Glandier. Hay que recordar que la señorita Stangerson perdió su bolso y la llave con cabeza de cobre cuando estaba en compañía de Robert Darzac. Desde aquel día hasta la fiesta del Elíseo el profesor de la Sorbona y la señorita Stangerson no se vieron. Pero pudieron haberse escrito. La señorita Stangerson fue a buscar una carta a la lista de correos de la oficina 40, carta que Frédéric Larsan cree de Robert Darzac, pues Frédéric Larsan, que, por supuesto, no sabe nada de lo que pasó en el Elíseo, ha llegado a pensar que el mismo Robert Darzac robó el bolso y la llave, con el designio de forzar la voluntad de la señorita Stangerson, apropiándose de los papeles más preciosos de su padre y que hubiera restituido bajo condición de boda. Todo esto sería un? hipótesis dudosa y casi absurda, como el mismo gran Fred me decía, si no hubiera algo más, algo mucho más grave. Primero, cosa extraña y que no logro explicarme: sería el mismo señor Darzac en persona quien, el 24, habría ido a pedir la carta en la oficina de correos, carta que había sido retirada la víspera por la señorita Stangerson; *la descripción del hombre que se presentó a la taquilla responde punto por punto a las señas del señor Darzac*. Éste, a las preguntas que el juez de instrucción le hizo, a título de simple información, niega haber ido a la oficina de correos: y yo creo a Robert Darzac; pues, aun admitiendo que la carta fuera escrita por él (cosa que no pienso), sabía que la señorita Stangerson la había cogido, ya que se la vio en las manos en los jardines del Elíseo. Así pues, no fue él quien se presentó al día siguiente 24 en la oficina 40 para pedir una carta que sabía que no estaba allí. Para mí, es alguien que se le parecía extrañamente, y es también el ladrón del bolso, el cual debió de pedir en la carta algo a la propietaria del bolso, a la señorita Stangerson, «algo que no vio llegar». Debí de quedar estupefacto y llegó a preguntarse si la carta que había echado con la inscripción M.A.T.H.S.N. en el sobre había sido recogida. De ahí su gestión en la oficina de correos y su insistencia en reclamar la carta. Luego se va furioso. ¡La carta ha sido retirada y, sin embargo, lo que pedía no le ha sido concedido! ¿Qué pide en ella? Nadie lo sabe, a excepción de la señorita Stangerson. El caso es que al día siguiente nos enterábamos de que la señorita Stangerson había estado a punto de ser asesinada durante la noche, y yo descubría dos días después que, al mismo tiempo, habían robado al profesor gracias a la llave, objeto de la carta de la lista de correos. Por eso me parece que el hombre que fue a la oficina de correos es el asesino; y este razonamiento, de los más lógicos en suma, sobre los motivos de la gestión del hombre en la oficina de correos Frédéric Larsan se lo ha hecho, pero aplicándolo a Robert Darzac. Puede suponer que el juez de instrucción, Larsan y yo mismo hemos hecho todo lo posible por obtener en la oficina de correos detalles parecidos acerca del extraño personaje del 24 de octubre. Pero no pudimos saber de dónde venía y adónde se fue. Fuera de esa descripción que le hace parecerse al señor Robert Darzac, ¡nada! He puesto en los más grandes periódicos este anuncio: «Se ofrece una fuerte recompensa al cochero que llevó a un cliente a la oficina de correos 40, en la mañana del 24 de octubre, hacia las 10. Dirigirse a la redacción de *L'Epoque* y preguntar por

M. R.» No dio resultado. En suma, a lo mejor el hombre fue andando; pero, puesto que tenía prisa, había que probar a ver si había ido en coche. En la nota que puse en los periódicos no di la descripción del hombre, para que todos los cocheros que pudieran haber llevado hacia esa hora a un cliente a la oficina 40 vinieran hacia mí. No vino ni uno. Y día y noche me he preguntado: «¿Quién es, pues, ese hombre que se parece tan extrañamente a Robert Darzac y que vuelvo a encontrar comprando el bastón que fue a parar a manos de Frédéric Larsan?» Lo más grave de todo es que el señor Darzac, *que tenía que dar una clase en la Sorbona a esa misma hora, a la hora en que su sosias se presentaba en la oficina de correos, no la dio*. Un amigo suyo lo sustituyó. Y cuando se le interroga por el empleo de su tiempo responde que fue a pasearse al bosque de Boulogne. ¿Qué piensa usted de un profesor que es sustituido en su clase para ir a pasearse al bosque de Boulogne? Finalmente, tiene que saber que, si Robert Darzac confiesa haber ido a pasearse al bosque de Boulogne la mañana del 24, *¡no puede en absoluto decir cómo empleó su tiempo la noche del 24 al 25!...* Cuando Frédéric Larsan le pidió esa información, le respondió, con mucha calma, que lo que hacía con su tiempo en París sólo le importaba a él... A esto, Frédéric Larsan juró abiertamente que él sabría descubrir sin ayuda de nadie el empleo de ese tiempo. Todo ello parece dar cierto peso a las hipótesis del gran Fred; tanto más cuanto que el hecho de hallar a Robert Darzac en el «Cuarto Amarillo» vendría a corroborar la explicación del policía sobre cómo pudo huir el asesino: ¡El señor Stangerson lo habría dejado pasar para evitar un escándalo espantoso! Por lo demás, esta hipótesis, que yo creo falsa, extraviará a Frédéric Larsan, lo cual no me disgustaría de no haber un inocente por medio. *¿Ahora esa hipótesis extravía realmente a Frédéric Larsan? ¡Ésa es la cosa! ¡Ésa es la cosa! ¡Ésa es la cosa!*

—¡Eh! Quizá Frédéric Larsan tenga razón —exclamé interrumpiendo a Rouletabille—. ¿Está usted seguro de que el señor Darzac es inocente? Me parece que hay ahí demasiadas coincidencias enojosas.

—Las coincidencias —me respondió mi amigo— son las peores enemigas de la verdad.

—¿Qué piensa hoy de esto el juez de instrucción?

—El señor Marquet, el juez de instrucción, duda en descubrir a Robert Darzac sin ninguna prueba segura. No sólo tendría en contra suya a toda la opinión pública, sin contar a la Sorbona, sino también al señor Stangerson y a la señorita Stangerson. Ella adora a Robert Darzac. Por poco que haya visto al asesino, muy difícilmente harían creer al público que no reconoció a Robert Darzac, si Robert Darzac hubiera sido el agresor. Sin duda, el «Cuarto Amarillo» estaba a oscuras, pero aun así lo iluminaba una mariposa, no lo olvide. Así estaban las cosas cuando, hace tres días o, mejor dicho, tres noches, sobrevino ese acontecimiento inaudito del que le hablaba hace un rato.

Capítulo 14

«Esta noche espero al asesino»

»

—Tengo que llevarle a los lugares —me dijo Rouletabille— para que pueda comprender, o más bien para que se convenza de que es imposible comprender. En cuanto a mí, creo haber encontrado lo que todos siguen buscando: la forma como salió el asesino del «Cuarto Amarillo»... sin complicidad de ningún tipo y sin que el señor Stangerson tenga algo que ver con ello. Mientras 110 esté totalmente seguro de la personalidad del asesino, no sabría decir cuál es mi hipótesis, pero creo que esta hipótesis es justa, y en todo caso es completamente natural, quiero decir completamente sencilla. En cuanto a lo que sucedió hace tres noches aquí, en el mismo castillo, durante veinticuatro horas me pareció rebasar toda facultad de imaginación. Y aún la hipótesis que ahora surge del fondo de mi yo es tan absurda que casi prefiero las tinieblas de lo inexplicable.

Dicho lo cual, el joven reportero me invitó a salir; me hizo dar la vuelta al castillo. Bajo nuestros pies crujían las hojas secas; era el único ruido que yo oía. El castillo parecía abandonado. Las viejas piedras, el agua estancada en los fosos que rodeaban la torre del Homenaje, la tierra desolada recubierta de los despojos del último verano, el esqueleto negro de los árboles, todo contribuía a dar a aquel triste lugar, encantado por un misterio feroz, el aspecto más fúnebre. Al doblar la torre del homenaje nos encontramos con el «hombre verde», el guarda, quien no nos saludó y pasó a nuestro lado como si no existiéramos. Era tal como lo vi por primera vez a través de los cristales de la venta del tío Mathieu. Seguía llevando la escopeta en bandolera, la pipa en la boca y sus quevedos sobre la nariz.

—¡Menudo pájaro! —me dijo en voz baja Rouletabille.

—¿Ha hablado usted con él? —le pregunté.

—Sí, pero no se le puede sacar nada... Responde con gruñidos, se encoge de hombros y se va. Vive normalmente en el primer piso de la torre del homenaje, una vasta pieza que servía antaño de oratorio. Vive como un oso, no sale más que con su escopeta. Sólo con las chicas es amable. So pretexto de correr tras los cazadores furtivos, por la noche se levanta de la cama a menudo; pero sospecho que tiene citas galantes. La doncella de la señorita Stangerson, Sylvie, es su amante. Actualmente, está muy enamorado de la mujer del tío Mathieu, el ventero; pero el tío Mathieu vigila de cerca a su esposa, y creo que la casi imposibilidad en que se encuentra el «hombre verde» para acercarse a la señora Mathieu lo hace aún más sombrío y taciturno. Es un buen mozo, cuidadoso de su persona, casi elegante... Las mujeres

están locas por él en cuatro leguas a la redonda.

Después de pasar la torre del homenaje, que se encuentra en el extremo del ala izquierda, pasamos a la parte de atrás del castillo. Rouletabille, indicándome una ventana, que reconocí por ser unas de las que dan a los aposentos de la señorita, me dijo:

—Si llega a pasar por aquí hace dos noches, a la una de la madrugada, habría visto a un servidor subido en una escalera dispuesto a entrar en el castillo por esa ventana.

Como yo manifestara cierta estupefacción sobre aquella gimnasia nocturna, me pidió que prestara mucha atención a la disposición exterior del castillo, tras lo cual volvimos al edificio.

—Ahora —dijo mi amigo— tengo que enseñarle el ala derecha del primer piso. Aquí duermo yo.

Para que el lector comprenda bien la disposición de los lugares, pongo ante sus ojos un plano del ala derecha del primer piso, plano dibujado por Rouletabille al día siguiente del extraordinario fenómeno que va a conocer con todo detalle.

Rouletabille me hizo una seña para que subiera detrás de él la monumental

escalera doble que, a la altura del primer piso, formaba un rellano. Desde el rellano se iba directamente al ala derecha o al ala izquierda del castillo por una galería que venía a desembocar allí. La galería, alta y ancha, se extendía a todo lo largo del edificio y recibía luz de la fachada del castillo orientada al norte. Las puertas de las habitaciones cuyas ventanas daban al mediodía se abrían sobre la galería. El profesor Stangerson vivía en el ala izquierda del castillo. La señorita Stangerson tenía sus aposentos en el ala derecha. Una alfombra estrecha sobre el parquet encerado, que brillaba como un espejo, ahogaba el ruido de nuestros pasos. Rouletabille me decía en voz baja que anduviera con precaución, pues pasábamos ante la habitación de la señorita Stangerson. Me explicó que los aposentos de la señorita Stangerson constaban de su habitación, una antecámara, un pequeño cuarto de baño, un gabinete y un salón. Naturalmente se podía pasar de una habitación a otra sin necesidad de pasar por la galería. El salón y la antecámara eran las únicas piezas de los aposentos con una puerta a la galería. La galería continuaba recta hasta el extremo este del edificio, de donde recibía luz del exterior a través de una alta ventana (ventana 2 del plano). Hacia los dos tercios de su longitud, la galería se encontraba en ángulo recto con otra galería que torcía con el ala derecha del castillo.

Para mayor claridad de este relato, llamaremos «galería recta» a la galería que va de la escalera hasta la ventana este, y «recodo de la galería» al trozo de galería que tuerce con el ala derecha y que viene a desembocar en ángulo recto a la galería recta. En el cruce de estas dos galerías estaba la habitación de Rouletabille, contigua a la de Frédéric Larsan. Las puertas de las dos habitaciones daban al recodo de la galería, mientras que las puertas de los aposentos de la señorita Stangerson daban a la galería recta (véase el plano).

Rouletabille empujó la puerta de su habitación, me dejó pasar y volvió a cerrar la puerta detrás de nosotros echando el cerrojo. No me había dado tiempo todavía a echar una ojeada a su instalación, cuando dio un grito de sorpresa a la vez que me mostraba encima del velador unos *quevedos*.

—¿Qué es esto? —se preguntaba—. ¿Qué hacen estos quevedos encima del velador?

Me hubiera costado trabajo responderle.

—A no ser que —dijo—, a no ser que..., a no ser que..., a no ser que sean estos quevedos «lo que busco»... y que... y que... ¡y *que sean unos quevedos de présbita!*

...

Se arrojó literalmente sobre los quevedos; sus dedos acariciaban la convexidad de los cristales... y entonces me miró de un modo espantoso.

—¡Oh!... ¡Oh!

Y repetía: ¡Oh!... ¡Oh!, como si de repente su pensamiento le hubiera vuelto loco...

Se levantó, me puso la mano en el hombro, se rió como un insensato y me dijo:

—¡Estos quevedos me volverán loco! Porque, ¿ve usted?, la cosa es posible,

aporte una nueva acusación contra el señor Darzac... El juez de instrucción está abrumado y cegado... Por lo demás, comprendo que estén cegados... Es para estarlo, a menos que...

—Sin embargo, Frédéric Larsan no es un novato.

—Creí —dijo Rouletabille con una mueca ligeramente despectiva— que Fred era mucho mejor que todo esto... Evidentemente no es un cualquiera... Yo mismo le profesé mucha admiración cuando no conocía su método de trabajo. Es deplorable... Debe su reputación únicamente a su habilidad; pero le falta filosofía; la matemática de sus concepciones es muy pobre...

Miré a Rouletabille y no pude dejar de sonreírme al oír a aquel chico de dieciocho años tratar de niño a un hombre de unos cincuenta, que había dado pruebas de ser el más fino sabueso de Europa...

—Se sonríe usted... —me dijo Rouletabille—. ¡Hace mal!... Le juro que se la voy a jugar... y de una forma resonante..., pero tengo que darme prisa, porque me lleva una ventaja colosal, ventaja que le ha proporcionado Robert Darzac y que Robert Darzac va a aumentar más esta noche... Piense un poco: *¡Cada vez que el asesino viene al castillo, Robert Darzac, por una extraña fatalidad, se ausenta y se niega a decir cómo empleó su tiempo!*

—¡Cada vez que el asesino viene al castillo! —exclamé—. ¿Entonces ha vuelto?

—Sí, durante la famosa noche en que se produjo el fenómeno...

Iba, pues, a conocer el famoso fenómeno al que aludía Rouletabille desde hacía media hora sin explicármelo. Pero yo había aprendido a no meter prisas a Rouletabille en sus narraciones... Hablaba cuando se le antojaba o cuando lo juzgaba útil, y se preocupaba mucho menos de mi curiosidad que de hacer un resumen completo para él mismo de un acontecimiento capital que le interesaba.

Finalmente, con frases cortas y rápidas, me comunicó cosas que me sumieron en un estado parecido al entontecimiento, pues, a decir verdad, los fenómenos de esa ciencia aún desconocida que es el hipnotismo, por ejemplo, no son más inexplicables que *la desaparición de la materia del asesino en el momento en que eran cuatro a tocarla*. Hablo del hipnotismo como hablaría de la electricidad, cuya naturaleza ignoramos y cuyas leyes conocemos tan poco, porque, en aquel momento, el caso me pareció que no podía explicarse más que por lo inexplicable, es decir, por un acontecimiento fuera de las leyes naturales conocidas. Y, sin embargo, si hubiera tenido el cerebro de Rouletabille, habría tenido como él el «presentimiento de la explicación natural»: porque lo más curioso en todos los misterios del Glandier fue «la forma natural de explicarlo que tuvo Rouletabille». ¿Pero quién hubiera podido entonces y podría aún vanagloriarse de tener el cerebro de Rouletabille? Nunca he encontrado en ninguna otra frente los originales e inarmónicos bollos de su frente, si no es —pero mucho menos aparentes— en la frente de Frédéric Larsan, y aun así habría que fijarse en la frente del famoso policía para adivinar el dibujo, mientras que los bollos de Rouletabille saltaban —si se me permite usar una expresión un poco

fuerte—, saltaban a la vista.

Entre los papeles que me dio nuestro joven, después del caso, hay una libreta donde encontré una versión completa del «fenómeno de la desaparición de la materia del asesino» y de las reflexiones que inspiró a mi amigo. Creo que es preferible que les someta esa versión a seguir reproduciendo mi conversación con Rouletabille, pues, en una historia semejante, temo añadir una palabra que no sea la expresión de la más estricta verdad.

Capítulo 15

Trampa

Fragmento de las notas de Joseph Rouletabille

La noche pasada, noche del 29 al 30 de octubre —escribe Joseph Rouletabille—, me despierto hacia la una de la mañana. ¿Insomnio o ruido fuera? El grito del «Animalito de Dios» se oye con una resonancia siniestra al fondo del parque. Me levanto; abro la ventana. Viento frío y lluvia; tinieblas opacas, silencio. Vuelvo a cerrar la ventana. El extraño clamor desgarrar la noche. Me pongo rápidamente un pantalón y una chaqueta. Hace un tiempo de perros; pero ¿quién puede imitar esta noche, tan cerca del castillo, el maullido del gato de la tía Agenoux? Cojo un garrote, única arma de que dispongo, y sin hacer ningún ruido, abro la puerta.

Ahora estoy en la galería; una lámpara con reflector la ilumina perfectamente; la llama de la lámpara vacila como bajo la acción de una corriente de aire. Me vuelvo. Detrás de mí hay una ventana abierta, la que está al extremo del trozo de galería donde dan las habitaciones de Frédéric Larsan y la mía, galería que llamaré «recodo de la galería» para distinguirla de la «galería recta», donde dan los aposentos de la señorita Stangerson. Las dos galerías se cruzan en ángulo recto, ¿pero quién ha dejado la ventana abierta o quién acaba de abrirla? Voy a la ventana: me asomo fuera. A un metro aproximadamente debajo de la ventana hay una terraza que sirve de tejado a un cuartito en voladizo que hay en la planta baja. En caso de necesidad se puede saltar desde la ventana a la terraza y de allí dejarse caer al patio del castillo. El que hubiera seguido este camino no tendría con toda seguridad la llave de la puerta del vestíbulo. Pero ¿por qué imaginarme esta escena de gimnasia nocturna? ¿Por una ventana abierta? Quizá en ello no hay más que el descuido de un criado. Vuelvo a cerrar la ventana, sonriéndome de mi facilidad para construir dramas con una ventana abierta. Nuevo grito del «Animalito de Dios» en la noche. Y luego el silencio; la lluvia ha dejado de golpear en los cristales. Todo duerme en el castillo. Ando por la alfombra de la galería con infinitas precauciones. Llegado a la esquina de la galería recta asomo la cabeza y echo una prudente mirada. También en esta galería una lámpara con reflector da una luz que ilumina perfectamente los pocos objetos que ahí se encuentran: tres sillones y algunos cuadros colgados de las paredes. ¿Qué hago yo aquí? Nunca ha estado el castillo tan tranquilo. Todo descansa en él. ¿Qué instinto me empuja hacia la habitación de la señorita Stangerson? ¿Qué es lo que me lleva hacia la habitación de la señorita Stangerson? ¿Por qué esta voz que grita en el fondo de mi

ser: «¡Ve hasta la habitación de la señorita Stangerson!»? Bajo los ojos a la alfombra que piso y «veo que mis pasos hacia la habitación de la señorita Stangerson van siendo conducidos por otros pasos que ya han ido allí». Sí, en la alfombra, unas huellas de pasos han traído el barro de fuera y yo sigo esos pasos que me conducen a la habitación de la señorita Stangerson. ¡Horror! ¡Horror! ¡Reconozco los «pasos elegantes», «los pasos del asesino»! Ha venido de fuera en esta noche abominable. Si, gracias a la terraza, se puede bajar desde la galería por la ventana, también se puede subir a ella.

El asesino está aquí en el castillo, «pues los pasos no han vuelto». Se ha introducido en el castillo por la ventana abierta del extremo del recodo de la galería; ha pasado ante la habitación de Frédéric Larsan y ante la mía, ha torcido a la derecha, a la galería recta, *y ha entrado en la habitación de la señorita Stangerson*. Estoy delante de la puerta de los aposentos de la señorita Stangerson, delante de la puerta de la antecámara: está abierta, la empujo sin hacer el menor ruido. Me encuentro en la antecámara y ahí, bajo la puerta de la habitación misma, veo una franja de luz. Escucho. ¡Nada! Ningún ruido, ni siquiera el de una respiración. ¡Ah! ¡Saber lo que pasa en el silencio que hay detrás de la puerta! Mis ojos se dirigen a la cerradura y me indican que la cerradura está cerrada con llave, y la llave está dentro. ¡Y pensar que el asesino acaso esté ahí! ¡Que tiene que estar ahí! ¿Se escapará una vez más? ¡Todo depende de mí! ¡Sangre fría y sobre todo no dar un paso en falso! «Hay que mirar en esta habitación». ¿Entraré por el salón de la señorita Stangerson? Tendría que atravesar después el gabinete y el asesino se escaparía entonces por la puerta de la galería, la puerta ante la cual estoy en este momento.

«Para mí, esta noche aún no ha habido crimen», pues nada explicaría el silencio del gabinete: dos enfermeras se han instalado en el gabinete para pasar la noche hasta la completa curación de la señorita Stangerson.

Puesto que estoy casi seguro de que el asesino está allí, ¿por qué no dar la alarma ahora mismo? Puede ser que se escape el asesino, pero quizá salve a la señorita Stangerson. «¿Y, si por casualidad, esta noche el asesino no fuera un asesino?» Han abierto la puerta para dejarle pasar: ¿Quién? Y la han vuelto a cerrar. ¿Quién? Ha entrado esta noche en esa habitación cuya puerta estaba ciertamente cerrada con llave por dentro, «pues todas las noches la señorita Stangerson se encierra con sus enfermeras en sus aposentos». ¿Quién ha dado la vuelta a la llave de la habitación para dejar entrar al asesino? ¿Las enfermeras? ¿Dos fieles criadas: la vieja sirvienta y su hija Sylvie? Es muy improbable. Además, duermen en el gabinete, y la señorita Stangerson, muy inquieta, muy prudente —según me dijo Robert Darzac—, cuida ella misma de su seguridad desde que su mejoría le permite dar algunos pasos por sus aposentos, de donde todavía no la he visto salir. Esta inquietud y esta prudencia repentinas en la señorita Stangerson y que sorprendieron al señor Darzac, también a mí me hicieron reflexionar. Cuando el crimen del «Cuarto Amarillo», no cabe duda de que la desgraciada *esperaba al asesino*. ¿Lo esperaba también esta noche? ¿Pero

quién ha dado la vuelta a la llave para abrir «al asesino que está ahí»? ¿Si será la misma señorita Stangerson? ¡Porque, en fin, puede temer, debe temer, la llegada del asesino y tener razones para abrirle la puerta, para «verse obligada a abrirle la puerta»! ¿Qué terrible cita es ésta? ¿Cita de crimen? Con seguridad, nada de cita de amor, pues la señorita Stangerson adora al señor Darzac; lo sé. Todas estas reflexiones pasan por mi cerebro como un relámpago que sólo iluminara tinieblas. ¡Ah! Saber...

Si hay tanto silencio detrás de la puerta, ¡es, sin duda, porque necesitan silencio! ¿Puede ser mi intervención más causa de mal que de bien? ¿Qué sé yo? ¿Quién me dice que mi intervención no determinará al minuto un crimen? ¡Ah! ¡Ver y saber sin turbar el silencio!

Salgo de la antecámara. Me dirijo a la escalera central, la bajo; ya estoy en el vestíbulo; corro lo más silenciosamente posible hacia el cuartito de la planta baja, donde duerme el tío Jacques desde el atentado del pabellón.

«Me lo encuentro vestido», con los ojos muy abiertos, casi espantados. No parece extrañado de verme; me dice que se ha levantado porque ha oído el grito del «Animalito de Dios» y ha oído pasos en el parque, pasos que se deslizaban delante de su ventana. Entonces ha mirado por la ventana y «ha visto pasar hace un rato un fantasma negro». Le pregunto si tiene un arma. No, ya no tiene armas desde que el juez de instrucción le quitó el revólver. Me lo llevo conmigo. Salimos del parque por una puertecita de atrás. Nos deslizamos a lo largo del castillo hasta el punto que está justo debajo de la habitación de la señorita Stangerson. Allí pego al tío Jacques a la pared, le prohíbo moverse, y yo, aprovechando una nube que tapa en ese momento la luna, avanzo frente a la ventana, pero fuera del cuadro de luz que sale de ella, «pues la ventana está abierta». ¿Por precaución? ¿Para poder salir más rápido por la ventana si alguien fuera a entrar por una puerta? ¡Oh! ¡Oh! El que salte por esta ventana tendrá muchas posibilidades de romperse la cabeza. ¿Quién me dice que el asesino no lleva una cuerda? Lo habrá previsto todo... ¡Ah! ¡Saber lo que pasa en esa habitación!... ¡Conocer el silencio de esa habitación!... Vuelvo hacia el tío Jacques y pronuncio una palabra a su oído: «Escalera». Al principio, he pensado en el árbol que me sirvió hace ocho días de observatorio, pero he comprobado en seguida que la ventana está entreabierta de tal forma que esta vez, subiéndome al árbol, no puedo ver nada de lo que pasa en la habitación... Además, no sólo quiero ver, sino poder oír y... actuar...

El tío Jacques, muy agitado, casi temblando, desaparece un instante y vuelve, sin escalera, haciendo desde lejos grandes señas con sus brazos para que me reúna con él cuanto antes. Cuando estoy a su lado me susurra: «¡Venga!»

Me hace dar la vuelta al castillo por la torre del homenaje. Una vez allí, me dice:

—Fui a buscar la escalera a la sala baja de la torre del homenaje que nos sirvió de cuarto trastero al jardinero y a mí; la puerta de la torre estaba abierta y la escalera ya no estaba. Al salir, con el claro de luna, ¡mire dónde la he visto!

Y me indicaba, al otro extremo del castillo, una escalera apoyada contra los modillones que sujetaban la terraza, debajo de la ventana que encontré abierta. La terraza me había impedido ver la escalera... Gracias a la escalera resulta extremadamente fácil entrar en el recodo de la galería del primer piso. Yo no dudé que fuera el camino seguido por el desconocido.

Corremos hacia la escalera; pero en el momento de llevárnosla el tío Jacques indica la puerta entreabierta del cuartito en voladizo de la planta baja que se halla al extremo del ala derecha del castillo y que tiene por techo la terraza de que he

hablado. El tío Jacques empuja un poco la puerta, mira dentro, y me dice en un susurro:

—¡No está aquí!

—¿Quién?

—¡El guarda!

De nuevo, su boca a mi oído:

—¿No sabe que el guarda duerme en este cuarto desde que la torre del homenaje está en obras?...

Y con el mismo gesto significativo, me indica la puerta entreabierta, la escalera, la terraza y la ventana del recodo de la galería que hace un rato he vuelto a cerrar.

¿Cuáles fueron mis pensamientos entonces? ¿Me daba tiempo a tener pensamientos? Yo, más que... pensar, «sentía»...

Evidentemente, sentía yo, «si el guarda está allá arriba en la habitación», (digo «si», pues, en este momento, fuera de la escalera y de la habitación desierta del guarda, no tengo ningún indicio que me permitan ni sospechar del guarda), si está ahí, ha tenido que subir por la escalera de mano y por la ventana, pues las habitaciones que hay detrás de su nuevo cuarto, ocupados por la pareja del mayordomo y la cocinera y por las cocinas, le cierran el camino del vestíbulo y de la escalera al interior del castillo... «Si es el guarda el que ha pasado por allí», le habría sido fácil ayer por la noche, bajo cualquier pretexto, ir a la galería y cuidar de que la ventana quedara simplemente empujada por dentro, juntos los cuarterones de tal forma que no tenga más que empujar un poco desde el exterior para que se abra la ventana y pueda saltar a la galería. La necesidad de la ventana no cerrada por dentro restringe singularmente el campo de búsquedas sobre la personalidad del asesino. El asesino «tiene que ser de casa», a no ser que tenga un cómplice, en el que no creo..., a no ser..., a no ser que «la misma» señorita Stangerson se haya preocupado de que la ventana no quedara cerrada por dentro... «Pero ¿cuál es ese espantoso secreto que haría que la señorita Stangerson se viera en la necesidad de suprimir los obstáculos que la separan de su asesino?»

Agarro la escalera y henos otra vez en marcha hacia la parte trasera del castillo. La ventana del cuarto sigue entreabierta; las cortinas están corridas, pero no se unen; dejan pasar un rayo de luz que viene a extenderse sobre el césped a mis pies. Pongo la escalera debajo de la ventana. Estoy casi seguro de no haber hecho ningún ruido. «Y mientras el tío Jacques se queda al pie de la escalera», yo trepo por la escalera, despacio, muy despacio, con el garrote en la mano. Contengo la respiración; levanto y poso los pies con infinitas precauciones. De repente, un nubarrón y otro chubasco. Suerte. Pero, de pronto, el grito siniestro del «Animalito de Dios» me detiene en medio de mi ascensión. Tengo la sensación de que acaban de dar ese grito a unos metros detrás de mí. ¡Si ese grito fuera una señal! ¡Si algún cómplice del hombre me hubiera visto en la escalera! ¡Quizá ese grito llame al hombre a la ventana! ¡Quizá...! ¡Maldición! «¡El hombre está a la ventana! Siento su cabeza encima de mí; oigo su

aliento». Y yo no puedo mirarlo. ¡El menor movimiento de mi cabeza y estoy perdido! ¿Me verá? ¿Bajará la cabeza en medio de la noche? ¡No!... Se va... No ha visto nada... Más que oírlo, lo siento andar con tiento por la habitación, y sigo trepando unos pasos. Mi cabeza está a la altura de la piedra del antepecho de la ventana; mi frente rebasa la piedra; mis ojos entre las cortinas ven.

El hombre está ahí, sentado a la mesita de la señorita Stangerson, y *escribe*. Me da la espalda. Delante de él tiene una vela; pero, como está inclinado sobre la llama de la vela, la luz proyecta sombras que me lo deforman. Sólo veo una monstruosa espalda encorvada.

Cosa extraordinaria: ¡La señorita Stangerson no está ahí! La cama no está deshecha. Entonces ¿dónde duerme esta noche? Sin duda, en la habitación de al lado con sus mujeres. Hipótesis. Alegría de encontrar al hombre solo. Tranquilidad de ánimo para preparar la trampa.

Pero ¿quién es el hombre que escribe ahí, ante mis ojos, instalado a esta mesa como si estuviera en su casa? Si no fuera por «los pasos del asesino» en la alfombra de la galería, si no fuera por la ventana, podría llegar a pensar que ese hombre tiene derecho a estar ahí, y que se encuentra ahí normalmente a consecuencia de causas normales que no conozco todavía. ¡Pero no cabe duda de que ese hombre misterioso es el hombre del «Cuarto Amarillo», el hombre que obliga a la señorita Stangerson a sufrir sin denunciarlo sus golpes asesinos! ¡Ah! ¡Ver su cara! ¡Sorprenderlo! ¡Cogerlo!

Si salto ahora mismo a la habitación, él huirá o por la antecámara o por la puerta de la derecha que da al gabinete. Por ahí, atravesando el salón, llega a la galería y lo pierdo. Ahora bien, es mío; cinco minutos más y será más mío que si estuviera en una jaula... ¿Qué hace aquí, solitario, en la habitación de la señorita Stangerson? ¿Qué escribe? ¿A quién escribe?... Bajada. La escalera en el suelo. El tío Jacques me sigue. Volvemos al castillo. Mando al tío Jacques que despierte al señor Stangerson y que no le diga nada en concreto antes de mi llegada. Yo voy a ir a despertar a Frédéric Larsan. Gran disgusto para mí. Me hubiera gustado trabajar solo y llevarme todo el provecho del caso, en las narices de Larsan dormido. Pero el tío Jacques y el señor Stangerson son viejos y quizá yo no sea bastante desenvuelto. Quizá me faltaría fuerza... Larsan, sí, él está acostumbrado a derribar a un hombre, arrojarlo al suelo y levantarlo con las esposas en las muñecas. Larsan me abre, atontado, con los ojos hinchados de sueño, dispuesto a mandarme a paseo, no creyendo en absoluto en mis imaginaciones de pequeño reportero. Tengo que afirmarle que «el hombre está aquí».

—¡Qué raro! —dice—. ¡Yo creía haberlo dejado esta tarde en París!

Se viste rápidamente, se arma de un revólver. Nos deslizamos por la galería.

Larsan me pregunta:

—¿Dónde está?

—En la habitación de la señorita Stangerson.

—¿Y la señorita Stangerson?

—No está en la habitación.

—¡Vamos!

—¡No vaya! El hombre a la primera alarma se escapará... Para ello tiene tres caminos: la puerta, la ventana y el gabinete donde están las mujeres...

—Le dispararé...

—¿Y si no le da usted? ¿Y si no hace más que herirlo? Se escapará otra vez... Sin contar con que seguramente también él está armado... No, déjeme dirigir el experimento y respondo de todo...

—Como quiera —me dice con bastante amabilidad.

Entonces, después de asegurarme de que todas las ventanas de las dos galerías están herméticamente cerradas, coloco a Frédéric Larsan al extremo del recodo de la galería, delante de la ventana que encontré abierta y que volví a cerrar. Digo a Fred:

—No abandone este puesto por nada del mundo hasta que yo lo llame... Hay un cien por cien de posibilidades de que el hombre vuelva a la ventana e intente escapar por ahí cuando lo persigamos, porque vino por ahí y por ahí tiene prevista su huida. Tiene usted un puesto peligroso...

—¿Cuál es el suyo? —preguntó Fred.

—Yo saltaré a la habitación, y espantaré al hombre.

—Tenga mi revólver —dijo Fred—. Yo cogeré su garrote.

—Gracias —dije—, es usted todo un hombre.

Y cogí el revólver de Fred. Yo iba a estar solo con el hombre que escribía en la habitación y realmente no me disgustaba el revólver.

Así pues, dejé a Fred después de situarlo en la ventana 5 del plano y me dirigí siempre con la mayor precaución hacia los aposentos del señor Stangerson en el ala izquierda del castillo. Encontré al señor Stangerson con el tío Jacques, que había seguido la consigna, limitándose a decir a su amo que tenía que vestirse lo antes posible. En cuatro palabras puse al señor Stangerson al tanto de lo que sucedía. También él se armó de un revólver, me siguió y pronto estuvimos en la galería. Todo lo que acababa de suceder, desde que vi al asesino sentado a la mesa, había durado apenas diez minutos. El señor Stangerson quiso precipitarse inmediatamente sobre el asesino y matarlo: era muy sencillo. Le hice entender que, ante todo, no había que arriesgarse «a dejarlo escapar vivo por querer matarlo».

Cuando le juré que su hija no estaba en la habitación y que no corría ningún peligro, accedió a calmar su impaciencia y dejarme la dirección de los acontecimientos. Dije también al tío Jacques y al señor Stangerson que no debían venir hacia mí hasta que no los llamara o disparase un tiro, «y mandé al tío Jacques que se colocara» ante la ventana situada al extremo de la galería recta (la ventana lleva el número 2 en mi plano). Escogí este puesto para el tío Jacques porque imaginaba que el asesino, acosado a su salida de la habitación, escaparía por la galería para alcanzar la ventana que dejó abierta, y al llegar al cruce de las galerías y ver de repente ante esta última ventana a Larsan guardando el recodo de la galería,

proseguiría su camino por la galería recta. Allí se encontraría con el tío Jacques, que le impediría saltar al parque por la ventana que se abría al extremo de la galería recta. Ciertamente, así debería actuar el asesino en semejante circunstancia, si conocía los lugares (y esta hipótesis no ofrecía ninguna duda para mí). En efecto, debajo de esta ventana había una especie de contrafuerte. Todas las otras ventanas de las galerías daban a fosos a tal altura que casi era imposible saltar por ellas sin romperse la cabeza. Puertas y ventanas estaban sólidamente y bien cerradas, incluso la puerta del cuarto trastero al extremo de la galería recta: me había cerciorado de ello rápidamente.

Así pues, después de indicarle, como ya he dicho, su puesto al tío Jacques y «verlo allí», coloqué al señor Stangerson delante del descansillo de la escalera, no lejos de la puerta de la antecámara de su hija. Todo hacía prever que, en cuanto yo acosara al asesino en la habitación, éste escaparía por la antecámara antes que por el gabinete, donde estaban las mujeres y cuya puerta había sido cerrada por la misma señorita Stangerson, si, como yo pensaba, se había refugiado en el gabinete «¡para no ver al asesino que iba a venir a sus aposentos!» Sea lo que fuere, siempre volvería a caer en la galería, «donde mi gente lo aguardaba en todas las salidas posibles».

Al llegar ahí, ve a su izquierda, casi encima de él, al señor Stangerson; entonces escapa por la derecha, hacia el recodo de la galería, «que es, además, el camino preparado para su huida». En la intersección de las dos galerías ve a la vez, como explico más arriba, a Frédéric Larsan al extremo del recodo de la galería y en frente al tío Jacques, al extremo de la galería recta. El señor Stangerson y yo llegamos por detrás. ¡Es nuestro! ¡No se nos puede escapar!... Este plan me parecía el más prudente, el más seguro «y el más sencillo». Si hubiéramos podido colocar directamente a alguien detrás de la puerta del gabinete de la señorita Stangerson, que daba a la habitación, quizá «a esos que no piensan» les hubiera parecido más sencillo sitiar directamente las dos puertas de la habitación en donde estaba el hombre, la del gabinete y la de la antecámara; pero sólo podíamos entrar en el gabinete por el salón, cuya puerta había cerrado por dentro el inquieto cuidado de la señorita Stangerson. Así pues, este plan que se le hubiera ocurrido a cualquier guardia de tráfico, se hacía impracticable. Pero yo, que tengo la obligación de pensar, diré que, hasta si hubiera dispuesto libremente del gabinete, habría mantenido mi plan tal como acabo de exponerlo, pues otro plan de ataque directo «nos separaba a los unos de los otros en el momento de la lucha con el hombre», mientras que mi plan «reunía a todos para el ataque» en un lugar que había determinado con una precisión casi matemática. Este sitio era la intersección de las dos galerías.

Después de colocar de esta forma a mi gente, volví a salir del castillo, corrí hasta la escalera, la volví a poner contra la pared y, revólver en mano, trepé.

Si alguien se sonríe de tantas precauciones previas, lo remitiré al misterio del «Cuarto Amarillo» y a todas las pruebas que teníamos de la fantástica astucia del asesino; por otra parte, si mis observaciones le parecen a alguien excesivamente

meticulosas en un momento en que hay que estar enteramente poseído por la rapidez del movimiento, de la decisión y de la acción, le replicaré que he querido relatar aquí largo y tendido todas las disposiciones de un plan de ataque concebido y ejecutado tan rápidamente como lento resulta su desarrollo bajo mi pluma. He querido esta lentitud y esta precisión para estar seguro de no omitir nada de las condiciones en las que se produjo el extraño fenómeno que, hasta nueva orden y natural explicación, me parece que muestra mejor que todas las teorías del profesor Stangerson «la disociación de la materia», incluso, diría yo, la disociación «instantánea» de la materia.

Capítulo 16

Extraño fenómeno de disociación de la materia

Fragmento de las notas de Joseph Rouletabille

(continuación)

Heme aquí otra vez en la piedra del antepecho de la ventana —prosigue Rouletabille— y otra vez mi cabeza rebasa la piedra; ansioso por saber en qué actitud voy a encontrar al asesino, me dispongo a mirar por las cortinas, cuya disposición no ha cambiado. ¡Si me diera la espalda! Si siguiera a la mesa escribiendo... Pero quizá..., ¡quizá ya no esté allí!... ¿Y cómo habría escapado?... ¿No tengo yo «su escalera»?... Recorro a toda mi sangre fría. Sigo asomando la cabeza. Miro: está ahí; vuelvo a ver su espalda monstruosa, deformada por las sombras proyectadas por la vela; únicamente, «él» ya no escribe y la vela ya no está en la mesa. La vela está en el parquet delante del hombre inclinado encima de ella. Extraña postura, pero que me viene bien. Recobro el aliento. Sigo subiendo. Estoy en los últimos pasos; mi mano izquierda agarra el antepecho de la ventana; en el momento de conseguirlo, siento latir mi corazón con golpes precipitados. Me pongo el revólver entre los dientes. Ahora mi mano derecha se sujeta al antepecho de la ventana. Un movimiento necesariamente un poco brusco, un esfuerzo para restablecer el equilibrio sobre las muñecas y estaré encima de la ventana... ¡Con tal que la escalera!... Eso es lo que sucede... Me veo en la necesidad de tomar un punto de apoyo un poco fuerte sobre la escalera y apenas mi pie la abandona cuando siento que bascula. Rasca la pared y cae... Pero ya mis rodillas tocan la piedra... Con una rapidez que creo sin igual, me pongo de pie en el antepecho... Pero más rápido que yo ha sido el asesino... Ha oído la rascadura de la escalera en la pared y de golpe he visto la espalda monstruosa levantarse, al hombre incorporarse, darse la vuelta... He visto su cabeza... ¿He visto bien su cabeza?... La vela estaba en el parquet y sólo alumbraba bien sus piernas. A partir de la altura de la mesa no había más que sombras y noche en la habitación... He visto una cabeza cabelluda, barbuda... Ojos de loco; una cara pálida enmarcada por dos anchas patillas; el color, en la medida en que yo podía distinguirlo en ese oscuro segundo..., era pelirrojo... o así me pareció..., así lo pensé... Yo no conocía aquella cara. En suma, ésa fue la sensación principal que recibí de aquella imagen

entrevista en tinieblas vacilantes... Yo no conocía aquella cara, «¡o por lo menos no la reconocía!»

¡Ah! Ahora había que actuar con rapidez... ¡Había que ser el viento, la tormenta..., el rayo! Pero ¡ay!..., ¡ay! «Había movimientos necesarios...» Mientras yo hacía los movimientos necesarios de restablecimiento sobre las muñecas, de la rodilla sobre la piedra, y de mis pies sobre la piedra..., el hombre que me había visto a la ventana se abalanzó, se precipitó sobre la puerta de la antecámara, tuvo tiempo de abrirla y huyó. Pero ya estaba yo detrás de él con el revólver en la mano. Grité: «¡A

mí!»

Atravesé la habitación como una flecha y, sin embargo, pude ver que «había una carta en la mesa». Casi alcancé al hombre en la antecámara, pues tardó por lo menos un segundo en abrir la puerta. ¡Casi lo toqué! Me dio en las narices con la puerta que da de la antecámara a la galería..., pero yo tenía alas, estuve en la galería a tres metros de él... El señor Stangerson y yo lo seguimos a la misma altura. El hombre, como yo había previsto, cogió la galería a su derecha, es decir, el camino preparado para su huida... «¡A mí, tío Jacques! ¡A mí, Larsan!» —exclamé—. ¡Ya no podía escapársenos! Di un grito de alegría, de salvaje victoria... El hombre llegó a la intersección de las dos galerías apenas dos segundos antes que nosotros ¡y el encuentro que yo había decidido, el choque fatal que inevitablemente tenía que producirse, tuvo lugar! Todos chocamos en el cruce: el señor Stangerson y yo, que veníamos de un extremo de la galería recta; el tío Jacques, que venía del otro extremo de la misma galería, y Frédéric Larsan, que venía del recodo de la galería. Chocamos hasta caer...

«¡Pero el hombre no estaba allí!»

Nos miramos con ojos estúpidos, ojos de espanto ante esta «irrealidad»: «¡El hombre no estaba allí!»

¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde está? Todo nuestro ser preguntaba: «¿Dónde está?»

—¡Es imposible que se haya escapado! —exclamé con una cólera más grande que mi espanto.

—Yo lo toqué —exclamó Frédéric Larsan.

—¡Estaba aquí, he sentido su aliento en la cara! —decía el tío Jacques.

—¡Estábamos tocándolo! —repetimos el señor Stangerson y yo.

¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde está?...

Corrimos como locos por las dos galerías; examinamos puertas y ventanas; estaban cerradas, herméticamente cerradas... Nadie había podido abrirlas, pues las encontramos cerradas... Y, además, la abertura de una puerta o de una ventana por un hombre acosado de ese modo, sin que pudiéramos darnos cuenta de su acto, ¿no hubiera sido más inexplicable aún que la desaparición del mismo hombre?

¿Dónde está? ¿Dónde está?... No ha podido pasar por una puerta ni por una ventana ni por nada^[5]. ¡No ha podido pasar a través de nuestros cuerpos!...

Confieso que en aquel momento me sentí aniquilado. Pues, todo bien considerado, había claridad en la galería y en la galería no había trampa, ni puerta secreta en las paredes ni nada donde pudiera uno esconderse. Movimos los sillones y alzamos los cuadros. ¡Nada! ¡Nada! ¡Hubiéramos mirado hasta en los jarrones, si hubiera habido jarrones!

Capítulo 17

La galería inexplicable

Mathilde Stangerson apareció en el umbral de la antecámara —prosiguen las notas de Rouletabille—. Casi estábamos a su puerta, en la galería donde acababa de pasar el increíble fenómeno. Hay momentos en que uno siente que sus sesos se le van por todas partes. Una bala en la cabeza, un cráneo que estalla, la sede de la lógica asesinada, la razón en pedazos... Todo ello era, sin duda, comparable a la sensación, que me agotaba, «que me vaciaba», del desequilibrio de todo, del fin de mi yo pensante, ¡pensante con mi pensamiento de hombre! La ruina moral de un edificio racional, sumada a la ruina real de la visión fisiológica cuando los ojos siguen viendo claro, ¡qué golpe tan horrible en el cráneo!

Por suerte, Mathilde Stangerson apareció en el umbral de la antecámara. La vi; fue una diversión para mi caótico pensamiento... La respiré... «Respiré su perfume de la dama de negro... Querida dama de negro, querida dama de negro», ¡que nunca más volveré a ver! ¡Dios mío! ¡Diez años de mi vida, la mitad de mi vida por volver a ver a la dama de negro! ¡Pero, ay! Sólo de vez en cuando vuelvo a encontrar, ¡y ni siquiera... y ni siquiera!..., el perfume, casi casi el perfume cuya huella, sensible sólo para mí, iba yo a respirar en el locutorio de mi juventud^[6]... ¡Esta aguda reminiscencia de tu querido perfume, dama de negro, me hizo ir hacia la otra, que está ahí toda de blanco, y tan pálida, tan pálida y tan hermosa en el umbral de la «galería inexplicable»! Su hermoso pelo dorado recogido en la nuca deja ver la estrella roja de su sien, la herida por la que estuvo a punto de morir... Sólo cuando comencé a tomar mi razón por el lado bueno en este asunto imaginé que la noche del misterio del «Cuarto Amarillo» la señorita Stangerson llevaba el pelo en bandos... «Pero hasta que no entré en el “Cuarto Amarillo”, ¿cómo habría razonado sin el pelo en bandos?»

Y ahora, desde el hecho de la «galería inexplicable», he dejado de razonar; estoy ahí, estúpido ante la aparición de la señorita Stangerson, pálida y tan hermosa. Viste una bata de una blancura de sueño. Se diría una aparición, un dulce fantasma. Su padre la coge entre sus brazos, la besa con pasión, parece recobrarla una vez más, ¡puesto que una vez más pudo haberla perdido! No se atreve a hacerle preguntas... La lleva a su habitación, donde los seguimos..., pues, al fin y al cabo, tenemos que saber... La puerta del gabinete está abierta... Las caras espantadas de las dos enfermeras se inclinan hacia nosotros... «La señorita Stangerson pregunta qué significa todo este ruido». «Bueno —dice—, es muy sencillo...» ¡Qué sencillo es! ¡Qué sencillo es!... Ha tenido la idea de dormir esta noche en la habitación, acostarse

en el mismo cuarto que las enfermeras, en el gabinete... Y, una vez las tres dentro, ha cerrado la puerta del gabinete... Desde la noche criminal tiene miedo, temores repentinos muy comprensibles, ¿no es cierto?... ¿Quién comprenderá por qué precisamente aquella noche «en que él iba a volver», se encerró por una feliz «casualidad» con sus mujeres? ¿Quién comprenderá por qué rechaza la voluntad del señor Stangerson de dormir en el salón de su hija, ya que su hija tiene miedo! ¿Quién comprenderá por qué la carta que estaba hace un rato en la mesa de la habitación «ya no está»!... El que lo comprenda dirá: la señorita Stangerson sabía que el asesino iba a volver..., no podía impedirle que volviera..., no avisó a nadie porque el asesino tiene que permanecer desconocido..., desconocido de su padre, desconocido de todos..., excepto de Robert Darzac. Pues el señor Darzac ahora debe de conocerlo... ¿Quizá lo conocía antes? Recordar la frase del jardín del Elíseo: «¿Tendré que cometer un crimen para que usted sea mía?» ¿Contra quién el crimen sino «contra el obstáculo», contra el asesino? Recordar también esta otra frase del señor Darzac como respuesta a mi pregunta: «¿No le disgustará que descubra al asesino?» «¡Ah! ¿Quisiera matarlo con mis propias manos!» Y yo le repliqué: «¡No ha contestado usted a mi pregunta!» Lo cual era cierto. A decir verdad, a decir verdad, el señor Darzac conoce tan bien al asesino que, «aun queriendo matarlo», tiene miedo de que yo lo descubra. Sólo por dos razones me facilitó la investigación: primero, porque yo loforcé a ello; después, para mejor velar por ella...

La sigo a su habitación..., a su habitación... La miro..., la miro a ella... y miro también el sitio donde estaba la carta hace un momento... La señorita Stangerson se ha apoderado de la carta; esa carta era para ella, evidentemente..., evidentemente... ¡Ah! ¡Cómo tiembla la infeliz!... Tiembla al oír el relato fantástico que le hace su padre de la presencia del asesino en su habitación y de la persecución de que ha sido objeto... Pero es visible..., es visible que no está completamente tranquila hasta que no le afirmamos que el asesino, por un sortilegio inaudito, ha podido escapársenos.

Y luego hay un silencio... ¡Qué silencio!... Estamos todos ahí y «la» miramos... Su padre, Larsan, el tío Jacques y yo... ¿Qué pensamientos giran en torno a ella en medio del silencio?... Después del acontecimiento de esta noche, después del misterio de la «galería inexplicable», después de la prodigiosa realidad de la instalación del asesino en su habitación, me parece que todos los pensamientos, todos, desde los que se arrastran bajo el cráneo del tío Jacques hasta los que «nacen» en el cráneo del señor Stangerson, todos podrían traducirse por estas palabras que habría que dirigirle a ella: «¡Oh, tú que conoces el misterio, explicáenoslo y quizá podamos salvarte!» ¡Ah! ¡Cuánto me gustaría salvarla... de sí misma y del otro...! Lloro... Sí, siento que mis ojos se llenan de lágrimas ante tanta miseria tan horriblemente oculta.

Ahí está ella, la que tiene el perfume de «la dama de negro»... Por fin la veo en su casa, en su habitación, en esa habitación donde no quiso recibirme..., en esa habitación «donde se calla», donde sigue callándose. Desde la hora fatal del «Cuarto

Amarillo» giramos en torno a esta mujer invisible y muda para saber lo que ella sabe. Nuestro deseo, nuestra voluntad de saber, deben ser para ella un suplicio más. ¿Quién nos dice que, si nos «enteramos», el conocimiento de «su» misterio no será la señal de un drama más espantoso que los que ya se han desarrollado aquí? ¿Quién nos dice que no morirá por ello? Sin embargo, ha estado a punto de morir y no sabemos nada..., o más bien hay quien no sabe nada..., pero yo..., si supiera «quién», lo sabría todo... ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién?... Y como no sé quién es, debo callarme por piedad hacia ella, pues no cabe duda de que ella sí que sabe cómo escapó «él» del «Cuarto Amarillo» y, sin embargo, calla. ¿Por qué iba a hablar yo? Cuando sepa quién es, «¡yo hablaré con él!»

Ahora nos mira..., pero de lejos..., como si no estuviéramos en su habitación... El señor Stangerson rompe el silencio. El señor Stangerson declara que, de ahora en adelante, no dejará los aposentos de su hija. Ella intenta oponerse en vano a esa voluntad formal y el señor Stangerson se mantiene firme. Desde esta misma noche se instalará ahí, dice. Tras esto, únicamente preocupado por la salud de su hija, le reprocha haberse levantado... Luego, de pronto, le dirige pequeños razonamientos infantiles..., le sonrío..., ya no sabe muy bien lo que dice ni lo que hace... El ilustre profesor pierde la cabeza... Repite palabras incoherentes que testifican la confusión de su mente... La de la nuestra no es menor. La señorita Stangerson dice entonces con una voz tan dolorosa estas simples palabras: «¡Padre! ¡Padre!», que éste rompe en sollozos. El tío Jacques se suena y hasta Frédéric Larsan se ve obligado a darse la vuelta para esconder su emoción. Yo no puedo más... Ya no pienso, ya no siento y estoy por debajo del vegetal. Me doy asco.

Es la primera vez que Frédéric Larsan está, como yo, frente a la señorita Stangerson desde el atentado del «Cuarto Amarillo». Como yo, insistió para poder interrogar a la infeliz; pero no fue recibido más que yo. Siempre nos dieron a él como a mí la misma respuesta: la señorita Stangerson estaba muy débil para recibirnos, pues ya la cansaban más que suficiente los interrogatorios del juez de instrucción, etc. Había en ello una evidente mala voluntad de ayudarnos en nuestras búsquedas, que «a mí» no me sorprendía, pero que siempre extrañaba a Frédéric Larsan. También es verdad que Frédéric Larsan y yo teníamos una concepción del crimen muy diferente...

... Están llorando... y me sorprende repitiendo de nuevo en el fondo de mí: ¡Salvarla!... ¡Salvarla, a pesar suyo! ¡Salvarla sin comprometerla! ¡Salvarla sin que «él» hable! ¿Quién es «él»? «Él», el asesino... ¡Cogerlo y cerrarle la boca!... Pero el señor Darzac lo ha dado a entender: «¡Para cerrarle la boca hay que matarlo!» Conclusión lógica de las frases que se le escaparon al señor Darzac. ¿Tengo derecho a matar al asesino de la señorita Stangerson? ¡No!... Pero que me dé sólo la oportunidad. ¡Para ver si es realmente de carne y hueso! ¡Para ver su cadáver, ya que no se puede coger su cuerpo vivo!

¡Ah! Cómo darle a entender a esta mujer que ni siquiera nos mira, que está

ensimismada en su espanto y en el dolor de su padre, que soy capaz de todo para salvarla... Sí..., sí..., volveré a coger mi razón por el lado bueno y haré prodigios...

Me acerco a ella..., quiero hablar, quiero suplicarle que tenga confianza en mí... Quisiera darle a entender con algunas palabras que sólo ella y yo comprenderíamos qué sé cómo salió su asesino del «Cuarto Amarillo», que he adivinado la mitad de su secreto... y que la compadezco de todo corazón... Pero ya con un gesto nos ruega que la dejemos sola, expresa la lasitud, la necesidad de un inmediato descanso... El señor Stangerson nos pide que volvamos a nuestras habitaciones, nos da las gracias, nos despide... Frédéric Larsan y yo, seguidos del tío Jacques, volvemos a la galería. Oigo a Frédéric Larsan susurrar: «¡Qué raro! ¡Qué raro!...» Con una seña me invita a entrar en su habitación. En el umbral, se vuelve hacia el tío Jacques. Le pregunta:

—¿Lo ha visto usted bien?

—¿A quién?

—Al hombre.

—¡Que si lo he visto!... Era pelirrojo y llevaba una larga barba roja...

—También a mí me pareció así —apunté.

—Y a mí también —dijo Frédéric Larsan.

Ahora el gran Fred y yo estamos solos en su habitación para hablar del asunto. Durante una hora hablamos de ello, dando vueltas y más vueltas al caso. Es evidente que Fred, por las preguntas que me hace, por las explicaciones que me da, está convencido —a pesar de sus ojos, a pesar de mis ojos, a pesar de todos los ojos— que el hombre ha desaparecido por algún pasadizo secreto del castillo que conocía.

—Porque conoce el castillo —me dice—; lo conoce muy bien...

—Es un hombre de estatura más bien alta, bien plantado...

—Tiene la estatura que hace falta —murmura Fred.

—Le comprendo... —digo—, pero ¿cómo explica la barba roja, el pelo rojo?

—Demasiada barba, demasiado pelo... Postizos —indica Frédéric Larsan.

—Eso se dice pronto... Usted está siempre ocupado con el pensamiento de Robert Darzac... ¿No podrá deshacerse nunca de él?... Yo estoy seguro de que es inocente...

—¡Mejor! Lo deseo..., pero realmente todo lo condena... ¿Se ha fijado en los pasos sobre la alfombra?... Venga a verlos...

—Los he visto... Son los «pasos elegantes» de la orilla del estanque.

—Son los pasos de Robert Darzac, ¿va a negarlo?

—Evidentemente, podrían confundirse...

—¿Se ha fijado en que la huella de los pasos «no vuelve»? Cuando el hombre ha salido de la habitación, perseguido por todos nosotros, sus pasos no han dejado huellas...

—A lo mejor «hacía horas» que llevaba el hombre en la habitación. Se ha secado el barro de sus botas y se deslizaba con tal rapidez sobre la punta de sus botas... Veíamos huir al hombre, no lo oíamos...

De pronto, interrumpo estos propósitos incoherentes, sin lógica, indignos de nosotros. Hago a Larsan una seña de que escuche:

—Ahí abajo... están cerrando una puerta...

Me levanto; Larsan me sigue; bajamos a la planta baja del castillo; salimos del castillo. Llevo a Larsan al cuartito en voladizo, cuya terraza da bajo la ventana del recodo de la galería. Mi dedo indica la puerta cerrada ahora, abierta hace un rato, debajo de la cual se filtra luz.

—¡El guarda! —dice Fred.

—Vamos —le susurro...

Y, decidido, pero ¿decidido a qué?, ¿lo sabía?, ¿decidido a creer que el guarda es el culpable?, ¿lo afirmaré?, me acerco a la puerta y doy un golpe fuerte.

Algunos pensarán que esta vuelta a la puerta del guarda es tardía... y que el primer deber de todos nosotros, después de haber comprobado que el asesino se nos escapó en la galería, era buscarlo por todas partes, alrededor del castillo, en el parque..., por todas partes.

Si se nos hace tal objeción, no podemos contestar más que esto: ¡Es que el asesino desapareció de tal forma de la galería, «que pensamos realmente que ya no estaba en ninguna parte»! Se nos escapó cuando todos teníamos la mano puesta en él, cuando casi lo tocábamos... No nos quedaba resorte para imaginar que podríamos descubrirlo ahora en el misterio de la noche y del parque. ¡En fin, ya les he dicho con qué fuerza me golpeó el cráneo tal desaparición!

... En cuanto llamé, la puerta se abrió; el guarda nos preguntó con voz tranquila qué queríamos. Estaba en traje de dormir: «Iba a meterse a la cama»; aún no había deshecho la cama...

Entramos; me sorprendí:

—¡Cómo! ¿No está aún en la cama?...

—¡No! —respondió con voz áspera—. He estado dando una vuelta por el parque y por los bosques... Acabo de volver... Ahora tengo sueño... ¡Buenas noches!

—Escuche... —dije—. Hace un momento, al lado de su ventana, había una escalera...

—¿Qué escalera? Yo no he visto ninguna escalera... ¡Buenas noches!

Y sencillamente nos echó a la calle.

Afuera miré a Larsan. Era impenetrable.

—¿Y bien? —dije...

—¿Y bien? —repitió Larsan.

—¿No le abre esto nuevos horizontes?

Su mal humor era cierto. Al volver al castillo, le oí que gruñía:

—¡Sería extraño, pero que muy extraño que me hubiera equivocado hasta este punto!...

Y me pareció que aquella frase iba más dirigida a mí que dicha para sí mismo.

Añadió:

—En todo caso, pronto lo sabremos... Mañana será otro día.

Capítulo 18

Rouletabille dibuja un círculo entre los dos bollos de su frente

Fragmento de las notas de Joseph Rouletabille

(continuación)

Nos despedimos en el umbral de nuestras habitaciones después de un melancólico apretón de manos. Me sentía feliz de haber hecho nacer la sospecha de su error en aquel cerebro original, extraordinariamente inteligente, pero antimetódico. No me acosté. Esperé el amanecer y bajé delante del castillo. Le di la vuelta examinando todas las huellas que podrían venir de él o desembocar a él. Pero estaban mezcladas y tan borrosas que no pude sacar nada en limpio. Además, quiero subrayar que no suelo dar una importancia exagerada a los signos exteriores que deja el paso de un crimen. Ese método que consiste en llegar hasta el criminal siguiendo las huellas de pasos es completamente primitivo. Hay muchas huellas de pasos que son idénticas y no es poco pedirles una primera indicación, que en ningún caso podría considerarse como una prueba.

Sea como fuere, en medio de la gran confusión de mi mente fui, pues, al patio y me incliné sobre las huellas, sobre todas las huellas que había por allí, pidiéndoles la primera indicación que tanta falta me hacía para agarrarme a algo «razonable», algo que me permitiera «razonar» sobre los acontecimientos de la «galería inexplicable». ¿Cómo razonar?... ¿Cómo razonar?

¡Ah! ¡Razonar siguiendo el lado bueno de la razón! Desesperado, me siento en una piedra del patio desierto... ¿Qué estoy haciendo desde hace más de una hora sino la más vil tarea del más ordinario policía...? ¡Voy en busca del error como el primer inspector que llega, siguiendo la huella de unos pasos «que me harán decir lo que quieran»!

Me veo más abyecto, más vil en la escala de las inteligencias que esos agentes de la Seguridad imaginados por los novelistas modernos, agentes que han adquirido su método leyendo novelas de Edgar Poe o de Conan Doyle. ¡Ah, agentes literarios..., que construís montañas de estupidez con un paso en la arena, con el dibujo de una mano en la pared! «¡A ti, Frédéric Larsan, a ti, agente literario!... ¡Has leído demasiado a Conan Doyle, amigo mío!... Sherlock Holmes te hará cometer tonterías,

tonterías de razonamientos más enormes que las que se leen en los libros... Te harán detener a un inocente... Con tu método a lo Conan Doyle, has sabido convencer al juez de instrucción, al jefe de la Seguridad..., a todo el mundo... ¡Esperas una última prueba..., una última!... ¡Di mejor la primera, desgraciado! “No todo lo que os ofrece los sentidos puede ser una prueba...” También yo me he inclinado sobre las “huellas sensibles”, pero para pedirles únicamente que *entren en el círculo que había dibujado mi razón*. ¡Ah! Muchas veces el círculo fue tan estrecho, tan estrecho... Pero por estrecho que fuera, era inmenso, “¡porque no contenía más que la verdad!”... Sí, sí, lo juro, las huellas sensibles nunca han sido más que mis criadas..., no han sido mis dueñas... No han hecho de mí esa cosa monstruosa, más terrible que un hombre sin ojos: ¡un hombre que ve mal! ¡Por eso triunfaré de tu error y de tu cogitación animal, oh Frédéric Larsan!»

¡Cómo! ¡Cómo! Porque esta noche, por primera vez, se ha producido en la galería inexplicable un acontecimiento que «parece» no entrar en el círculo trazado por mi razón, me veo divagando, me veo inclinándome con la nariz sobre el suelo, como un cerdo que busca, al azar, en el fango, la basura que lo alimenta... ¡Vamos, levanta la cabeza, Rouletabille, amigo mío!... Es imposible que el acontecimiento de la galería inexplicable haya salido del círculo trazado por tu razón... ¡Tú lo sabes! ¡Lo sabes! Entonces levanta la cabeza... Aprieta entre tus manos los bollos de tu frente y recuerda que, cuando has trazado el círculo, has cogido, para dibujarlo en tu cerebro como se traza en el papel una figura geométrica, *¡has cogido tu razón por el lado bueno!*

Pues bien, ahora anda... y vuelve a subir a la «galería inexplicable apoyándote en el lado bueno de tu razón», como Frédéric Larsan se apoya en su bastón, y pronto habrás probado que el gran Fred no es más que un tonto.

Joseph ROULETABILLE

30 de octubre, mediodía

Así he pensado..., así he actuado... Con la cabeza ardiendo, he vuelto a subir a la galería y he aquí que, sin haber encontrado nada más de lo que he visto esta noche, el lado bueno de mi razón me ha mostrado una cosa tan formidable, que he tenido que «agarrarme a él» para no caer.

¡Ah! ¡Voy a necesitar fuerzas, sin embargo, para descubrir ahora las huellas sensibles que van a entrar, que tienen que entrar en el círculo más ancho que he dibujado ahí, entre los dos bollos de mi frente!

Joseph ROULETABILLE

30 de octubre, medianoche

Capítulo 19

Rouletabille me invita a comer en la venta «La Torre del Homenaje»

Sólo mucho tiempo después me entregó Rouletabille estos apuntes en los que, la misma mañana que siguió a aquella noche enigmática, refirió con amplitud la historia del fenómeno de la «galería inexplicable». El día en que me reuní con él en el Glandier, me contó con muchísimos detalles todo lo que ahora saben ustedes, incluso el empleo de su tiempo durante las pocas horas que aquella semana fue a pasar a París, donde, por lo demás, no se enteraría de nada que le sirviera.

El acontecimiento de la «galería inexplicable» sobrevino en la noche del 29 al 30 de octubre, es decir, tres días antes de mi vuelta al castillo, pues estábamos a 2 de noviembre. Así pues, «el 2 de noviembre» vuelvo al Glandier, llamado por el telegrama de mi amigo y llevando los revólveres.

Estoy en la habitación de Rouletabille; acaba de terminar su relato.

Mientras hablaba, no dejaba de acariciar la convexidad de los cristales de los quevedos que había encontrado encima del velador, y comprendí, por la alegría con que manipulaba aquellos cristales de présbita, que debían de constituir una de esas «marcas sensibles destinadas a entrar en el círculo trazado por el lado bueno de su razón». Esa forma rara, única, de expresarse que tenía, utilizando términos maravillosamente adecuados a su pensamiento, ya no me sorprendía; pero a menudo había que conocer su pensamiento para comprender los términos, y no siempre era fácil penetrar en el pensamiento de Joseph Rouletabille. El pensamiento de este niño era una de las cosas más curiosas que jamás tuve ocasión de observar. Rouletabille se paseaba por la vida con ese pensamiento sin sospechar el asombro —digamos la palabra—, la estupefacción que encontraba en su camino. La gente volvía la cabeza hacia aquel pensamiento, lo miraba pasar, alejarse, del mismo modo que nos paramos a mirar con más detenimiento una silueta original que se cruzó en nuestro camino. Y así como nos decimos: «¿De dónde viene ése? ¿Adónde va?», nos decíamos: «¿De dónde viene el pensamiento de Joseph Rouletabille y adónde va?» He confesado que él no sospechaba el color original de su pensamiento; por eso no lo molestaba para pasearse por la vida como todo el mundo. Del mismo modo, un individuo que no sospecha de su presentación excéntrica se encuentra a gusto, sea cual fuere el medio en que se mueve. Así pues, este niño, irresponsable de su cerebro super-natural, expresaba con natural sencillez cosas formidables «por medio de su lógica resumida», tan resumida que los demás no podíamos comprender su forma sino en la medida en que se dignaba desplegarla ante nuestros ojos maravillados y presentarla

de frente en su posición normal.

Joseph Rouletabille me preguntó qué me parecía el relato que acababa de hacerme. Le respondí que su pregunta era harto embarazosa, a lo que me replicó que intentara a mi vez tomar mi razón por el lado bueno.

—Bueno —dije—, pues me parece que el punto de partida de mi razonamiento debe ser éste: no cabe duda de que el asesino perseguido por ustedes estuvo en la galería en un momento dado de la persecución...

Y me paré...

—Empezando tan bien —exclamó— no tendría por qué detenerse tan pronto. Vamos, un pequeño esfuerzo.

—Voy a intentarlo. Puesto que estaba en la galería y desapareció de ella, si no pudo pasar por una puerta ni por una ventana, tuvo que escapar por otra abertura.

Joseph Rouletabille me consideró con lástima, se sonrió negligentemente y no dudó más en confiarme que yo razonaba siempre «como una zapatilla».

—¡Qué digo, como una zapatilla! ¡Razona usted como Frédéric Larsan!

Y es que Joseph Rouletabille pasaba por períodos alternativos de admiración y de desdén hacia Frédéric Larsan; tan pronto exclamaba: «¡Es realmente hábil!», como se lamentaba: «¡Qué animal!», según que —y eso lo había notado yo muy bien— los descubrimientos de Frédéric Larsan vinieran a corroborar o a contradecir su razonamiento. Era una de las caras del noble carácter de aquel extraño niño.

Nos levantamos y me arrastró hacia el parque. Cuando estábamos en el patio y nos dirigíamos hacia la salida, un ruido de contraventanas echadas contra la pared nos hizo volver la cabeza, y en una ventana del primer piso del ala izquierda del castillo vimos un rostro colorado y completamente afeitado que yo no conocía.

—¡Vaya! —murmuró Rouletabille—. ¡Arthur Ranee!

Bajó la cabeza, aceleró el paso y le oí que decía entre dientes:

—¿Entonces estaba esta noche en el castillo?... ¿A qué habrá venido aquí?

Cuando estuvimos bastante lejos del castillo, le pregunté quién era ese Arthur Ranee y cómo lo había conocido. Entonces aludió a su relato de aquella mañana, y me recordó que Arthur W. Ranee era aquel americano de Filadelfia con el cual había brindado tan copiosamente en la recepción del Elíseo.

—¿Pero no iba a abandonar Francia casi inmediatamente? —pregunté.

—Sin duda; por eso me ve usted tan extrañado de encontrármelo no sólo en Francia, sino, y sobre todo, en el Glandier. No ha llegado esta mañana; no ha llegado esta noche; llegaría, pues, antes de la cena y no lo vi. ¿Cómo puede ser que los porteros no me hayan avisado?

Hice observar a mi amigo que, a propósito de los porteros, todavía no me había dicho cómo se las había apañado para ponerlos de nuevo en libertad.

Nos acercábamos precisamente a la casita; el tío y la tía Bernier nos miraban llegar. Una amplia sonrisa iluminaba su cara próspera. Parecían no haber guardado ningún mal recuerdo de su detención preventiva. Mi joven amigo les preguntó a qué

hora había llegado Arthur Ranee. Le contestaron que ignoraban que Arthur Ranee estuviera en el castillo. Debió de presentarse la víspera por la noche, pero no tuvieron que abrirle la reja, pues Arthur Ranee, que, al parecer, era un buen andarín y no quería que fueran a buscarlo en coche, solía bajar en la estación del pueblecito de Saint-Michel; de allí se dirigía al castillo a través del bosque. Llegaba al parque por la gruta de Santa Genoveva, bajaba a la gruta, saltaba de una zancada la alambrada y estaba en el parque.

A medida que hablaban los porteros, yo veía ensombrecerse el rostro de Rouletabille, manifestar cierto descontento y, a no dudarlo, cierto descontento de sí mismo. Evidentemente, se sentía un poco humillado de que, después de trabajar en el lugar, estudiar los seres y las cosas del Glandier con un cuidado meticuloso, tuviera que enterarse todavía de que «Arthur Ranee solía venir al castillo».

Malhumorado, pidió explicaciones.

—Dicen que Arthur Ranee suele venir al castillo..., pero ¿cuándo vino por última vez?

—No sabríamos decirle exactamente —respondió el señor Bernier, que éste era el nombre del portero—, puesto que no podíamos saber nada mientras nos tenían presos, y también porque ese señor, si cuando viene al castillo no pasa por la reja, tampoco pasa por ella cuando lo abandona...

—En fin, ¿sabe cuándo vino por *primera vez*?

—¡Oh, sí señor, hace nueve años!...

—Así pues, vino a Francia hace nueve años —respondió Rouletabille—. Y esta vez, que usted sepa, ¿cuántas veces vino al Glandier?

—Tres veces.

—¿Cuándo vino al Glandier por última vez, «que usted sepa», antes de hoy?

—Unos ocho días antes del atentado del «Cuarto Amarillo».

Rouletabille preguntó aún, esta vez dirigiéndose a la mujer:

—¿*En la ranura del parquet*?

—En la ranura del parquet —respondió.

—Gracias —dijo Rouletabille—, y prepárense para esta noche.

Pronunció esta última frase con un dedo en la boca, para recomendar silencio y discreción.

Salimos del parque y nos dirigimos a la venta «La Torre del Homenaje».

—¿Va alguna vez a comer a la venta?

—Alguna vez.

—¿Pero come también en el castillo?

—Sí; a Larsan y a mí nos sirven en nuestras habitaciones: unas veces en la una y otras en la otra.

—¿Nunca los invitó a su mesa el señor Stangerson?

—Nunca.

—¿No le cansará su presencia en la casa?

—No lo sé, pero, en todo caso, hace como si no lo molestáramos.

—¿Nunca les pregunta nada?

—¡Nunca! Sigue teniendo el estado de ánimo del señor que estaba detrás de la puerta del «Cuarto Amarillo» mientras asesinaban a su hija, que derribó la puerta y no encontró al asesino. Está convencido de que, si no pudo descubrir nada «en el acto», con menos motivos podremos descubrir nada nosotros... Pero «desde la hipótesis de Larsan» se ha impuesto el deber de no contrariar nuestras ilusiones.

Rouletabille se sumió de nuevo en sus reflexiones. Surgió, por fin, para explicarme cómo liberó a los dos porteros.

—Hace poco fui a ver al señor Stangerson con una hoja de papel. Le dije que escribiera en la hoja estas palabras: «Me comprometo, digan lo que digan, a conservar a mi servicio a mis dos fieles servidores, Bernier y su mujer», y que firmara. Le expliqué que con esta frase yo estaría en condiciones de hacer hablar al portero y a su mujer y le afirmé que estaba seguro de que no tenían nada que ver con el crimen. Por otra parte, siempre he sido de ese parecer. El juez de instrucción presentó la hoja firmada a los Bernier, que entonces hablaron. Dijeron lo que yo sabía que dirían en cuanto perdieran el temor de no ser despedidos de su trabajo. Contaron que cazaban furtivamente en las propiedades del señor Stangerson, que aquella noche salieron de caza, y por eso se encontraban no muy lejos del pabellón en el momento del drama. Los pocos conejos que cogían de esa forma, en detrimento del señor Stangerson, se los vendían al patrón de la venta «La Torre del Homenaje», que los utilizaba para su clientela o los despachaba a París. Ésa era la verdad y la adiviné desde el primer día. ¿Recuerda la frase con la que entré en la venta «La Torre del Homenaje»: «¡Ahora habrá que comer matanza!»? Esta frase la oí aquella misma mañana, cuando llegamos ante la reja del parque, y también usted la oyó, pero no le dio importancia. Recuerde que en el momento de alcanzar la reja nos detuvimos para mirar un instante a un hombre que iba y venía ante la pared del parque y consultaba a cada momento su reloj. Ese hombre era Frédéric Larsan, que ya estaba trabajando. Ahora bien, detrás de nosotros, el patrón de la venta, en el umbral, decía a alguien que estaba dentro de la venta: «¡Ahora habrá que comer matanza!»

»¿Por qué ese «ahora»? Cuando uno está como yo, buscando la verdad más misteriosa, no deja escapar nada de lo que ve ni de lo que oye. Hay que encontrar un sentido a la menor cosa. Acabábamos de llegar a una tierra que estaba todavía conmocionada por un crimen. La lógica me llevaba a sospechar de toda frase pronunciada como posible referencia al acontecimiento del día. «Ahora» significaba para mí: «Después del atentado». Así que desde el principio de mi investigación intenté encontrar una correlación entre esta frase y el drama. Fuimos a comer a «La Torre del Homenaje». Repetí de sopetón la frase y vi, ante la sorpresa y el fastidio del tío Mathieu, que en lo que a él respectaba, no había exagerado la importancia de la frase. En aquel momento ya me había enterado de la detención de los porteros. El tío Mathieu nos habló de esa gente como se habla de verdaderos amigos..., a quienes se

echa de menos... Fatal ilación de ideas... Me digo: «Ahora» que los porteros están detenidos, «habrá que comer matanza». ¡No hay porteros, no hay caza! ¿Cómo llegué a esta idea precisa de la «caza»? El odio que el tío Mathieu expresó hacia el guarda del señor Stangerson, odio que, según pretendía, compartían los porteros, me llevó poco a poco a la idea de la caza furtiva... Ahora bien, como era totalmente evidente que los porteros no podían estar en su cama en el momento del drama, ¿por qué estaban fuera aquella noche? ¿Por el drama? No estaba dispuesto a creerlo, pues ya pensaba yo, por las razones que le diré más tarde, que el asesino no tenía cómplice y que todo este drama ocultaba un misterio entre la señorita Stangerson y el asesino, y en el que los porteros no tenían nada que ver. La historia de la caza furtiva lo explicaba todo *respecto a los porteros*. Lo admití en principio y busqué una prueba donde vivían, en su casa. Entré en su casita, como sabe, y descubrí debajo de su cama lazos y alambre. «¡Pardiez!, pensé, ¡pardiez! Por eso estaban aquella noche en el parque». No me extrañó que callaran ante el juez y que, bajo una acusación tan grave como la complicidad en el crimen, no respondieran en seguida confesando la caza furtiva. La caza furtiva los libraba del tribunal, pero los ponía de patitas en la calle, y como estaban perfectamente seguros de su inocencia respecto al crimen, esperaban que ésta se demostraría y que se seguiría ignorando el asunto de la caza furtiva. ¡Siempre sería posible hablar a tiempo! Apresuré su confesión con la promesa firmada por el señor Stangerson que les llevé. Dieron todas las pruebas necesarias, fueron puestos en libertad y me quedaron muy agradecidos. ¿Por qué no hice que los pusieran en libertad antes? Porque no estaba seguro de que, en su caso, no hubiera más que caza furtiva. Quería verlos venir y estudiar el terreno. A medida que pasaban los días, mi convicción se hizo más cierta. Al día siguiente de la «galería inexplicable», y como necesitaba gente fiel, decidí atraérmelos inmediatamente haciendo que cesara su cautividad. ¡Y eso es todo!

Así se expresó Joseph Rouletabille y una vez más no pude dejar de asombrarme de la simplicidad de razonamiento que lo condujo a la verdad en el asunto de la complicidad de los porteros. Es verdad que el asunto era mínimo, pero pensaba para mí que el joven no dejaría de explicarnos cualquier día, con la misma sencillez, la formidable noche del «Cuarto Amarillo» y la de la «galería inexplicable».

Habíamos llegado a la venta «La Torre del Homenaje». Entramos.

Esta vez no vimos al hospedero, sino a su mujer, que nos acogió con una sonrisa feliz. Ya he descrito la sala donde estábamos, y di una ligera idea de la encantadora mujer, rubia, de ojos dulces, que se puso inmediatamente a nuestra disposición para preparar la comida.

—¿Cómo está el tío Mathieu? —preguntó Rouletabille.

—No mejora, señor, no mejora: sigue en la cama.

—¿Así que sus reúmas no lo dejan en paz?

—¡Pues no! La noche pasada tuve que volverle a poner una inyección de morfina. Es la única droga que le calma los dolores.

Hablaba con voz dulce; todo en ella expresaba dulzura. Era realmente una hermosa mujer, un poco indolente, con ojos grandes y ojerosos, ojos de enamorada. Cuando no tenía reumas, el tío Mathieu debía de ser un feliz mocetón. Pero ¿era ella feliz con aquel reumático agrio? La escena que presenciábamos en otra ocasión no nos permitía creerlo y, sin embargo, había algo en toda la actitud de la mujer que no denotaba desesperación. Desapareció en la cocina para preparar nuestra comida, dejando encima de la mesa una botella de excelente sidra. Rouletabille echó un poco en los vasos, cargó su pipa, la encendió y, al fin, me explicó tranquilamente el motivo que lo había impulsado a hacerme volver al Glandier con revólveres.

—Sí —dijo, siguiendo con ojos contemplativos las volutas de humo que sacaba de su cachimba—, sí, amigo mío, *esta noche espero al asesino*.

Hubo un breve silencio, que me cuidé muy mucho de no interrumpir, y prosiguió:

—Ayer por la noche, en el momento de meterme en la cama, el señor Darzac llamó a la puerta de mi habitación. Le abrí y me confió que se veía obligado a ir a París al día siguiente, es decir esta misma mañana. La razón que lo determinó a hacer el viaje era a la vez perentoria y misteriosa; perentoria, porque le era imposible dejar de hacer el viaje, y misteriosa, porque le era imposible descubrirme la finalidad.

»—Me voy —añadió— y, sin embargo, daría media vida por no abandonar en este momento a la señorita Stangerson.

»No me ocultó que la creía otra vez en peligro.

»—No me extrañaría nada que sucediera algo la próxima noche —confesó— y, sin embargo, tengo que ausentarme. Hasta pasado mañana por la mañana no podré estar de vuelta al Glandier.

»Le pedí explicaciones y verá lo que me explicó. La idea de un peligro acuciante le venía únicamente de la coincidencia que existía entre sus ausencias y los atentados de que era objeto la señorita Stangerson. La noche de la «galería inexplicable» tuvo que abandonar el Glandier; la noche del «Cuarto Amarillo», le habría sido imposible estar en el Glandier y, de hecho, sabemos que no estaba. Por lo menos lo sabemos oficialmente, según sus declaraciones. Para que, acometido de semejante idea, se ausentara de nuevo hoy, *tenía que obedecer a una voluntad más fuerte que la suya*. Fue lo que se me ocurrió y se lo dije. Me respondió:

»—¡Puede ser!

»Le pregunté si esa voluntad más fuerte que la suya era la de la señorita Stangerson; me juró que no y que él había tomado la decisión de irse al margen de toda instrucción de la señorita Stangerson. En una palabra, me repitió que no veía la posibilidad de un nuevo atentado más que por la extraordinaria coincidencia que había notado «y que, por lo demás, le había hecho notar el juez de instrucción».

»—Si le sucede algo a la señorita Stangerson —dijo—, será terrible para ella y para mí; para ella, que una vez más estará entre la vida y la muerte; para mí, que no podré defenderla en caso de ataque y que, después, me veré en la necesidad de no decir *dónde pasé la noche*. Ahora bien, me doy perfecta cuenta de las sospechas que

pesan sobre mí. El juez de instrucción y Frédéric Larsan (este último me siguió la pista la última vez que fui a París, y me costó todo el trabajo del mundo librarme de él) están a dos dedos de creerme culpable.

»—¿Por qué no me dice el nombre del asesino —exclamé de repente—, puesto que lo conoce?

»El señor Darzac pareció extremadamente confuso por mi vacilación. Me replicó con voz vacilante:

»—¿Yo? ¿Que yo conozco el nombre del asesino? ¿Quién me lo habría dicho?

»Repliqué en seguida:

»—La señorita Stangerson.

«Entonces se puso tan pálido que creí que le iba a dar algo, y vi que había dado en el blanco: ¡*la señorita Stangerson y él saben el nombre del asesino!* Cuando se hubo repuesto un poco me dijo:

»—Voy a dejarlo. Desde que está usted aquí, he podido apreciar su excepcional inteligencia y su ingenio sin igual. Voy a pedirle un favor. Puede que esté equivocado al temer un atentado la noche que viene; pero como hay que preverlo todo, cuento con usted para hacer imposible ese atentado... Tome todas las disposiciones que haga falta para aislar y cuidar de la señorita Stangerson. Vigile la habitación como un buen perro guardián. No duerma. No se conceda un segundo de descanso. El hombre que tememos es de una astucia prodigiosa, como quizá nunca ha sido igualada en el mundo. Esa misma astucia *la salvará si usted vigila*; pues, debido a su misma astucia, es imposible que no sepa que está usted vigilando, y, si él sabe que usted vigila, no intentará nada.

»—¿Ha hablado usted de estas cosas con el señor Stangerson?

»—¡No!

»—¿Por qué?

»—Porque no quiero que el señor Stangerson me diga lo que ha dicho usted hace un momento: «¡Usted conoce el nombre del asesino!» Si usted mismo se ha extrañado de lo que acabo de decirle: «¡Quizá venga mañana el asesino!», ¡cuál no sería el asombro del señor Stangerson si le repitiera lo mismo! Quizá no admita que mi siniestro pronóstico se base únicamente en coincidencias que a él mismo también acabarían por parecerle extrañas... Le digo esto, señor Rouletabille, porque tengo confianza..., una gran confianza en usted... ¡Sé que *usted* no sospecha de mí!...

»El pobre hombre —prosiguió Rouletabille— me respondía como podía, con rodeos y vacilaciones. Sufría. Me dio lástima, tanto más cuanto que me daba perfectamente cuenta de que se dejaría matar antes que decirme quién era el asesino, del mismo modo que la señorita Stangerson se dejaría asesinar antes que denunciar al hombre del «Cuarto Amarillo» y de la «galería inexplicable». El hombre la tiene en su poder, o debe de tenerlos a los dos, de una forma terrible, «y no deben de temer nada tanto como ver al señor Stangerson enterarse de que su hija está “en poder” del asesino». Di a entender al señor Darzac que se había explicado suficientemente y que

podía callar puesto que no podía decirme nada más. Le prometí vigilar y no acostarme en toda la noche. Insistió para que organizara una verdadera barrera infranqueable en torno a la habitación de la señorita Stangerson, en torno al gabinete donde dormían las dos enfermeras y en torno al salón donde dormía, desde el suceso de la «galería inexplicable», el señor Stangerson; en una palabra, en torno a los aposentos. No sólo comprendí, ante la insistencia del señor Darzac, que me pedía hacer imposible la entrada a la habitación de la señorita Stangerson, sino hacerla tan «visiblemente» imposible que el hombre fuera repelido en seguida y desapareciera sin dejar huella. Así me expliqué para mis adentros la frase final con que se despidió de mí:

»—Cuando yo me haya marchado, podrá usted hablar de «sus» sospechas para esta noche al señor Stangerson, al tío Jacques, a Frédéric Larsan, a toda la gente del castillo, y de esta forma organizar, hasta que yo vuelva, una vigilancia, cuya idea a los ojos de todos «habrá sido sólo suya».

»El hombre, el pobre hombre, se fue sin saber muy bien lo que decía, ante mi silencio y mis ojos que le «gritaban» que había adivinado las tres cuartas partes de su secreto. Sí, sí, verdaderamente, tenía que estar desamparado del todo para haber venido a mí en tal momento y abandonar a la señorita Stangerson, cuando le ocupaba la mente la terrible idea de la «coincidencia»...

»Cuando se fue, me puse a pensar. Pensé que había que ser más astuto que el mismo asesino, de tal forma que el hombre, si debía venir esta noche al cuarto de la señorita Stangerson, no presintiera un segundo que sospechábamos su venida. ¡Desde luego, impedirle que entrara, incluso matándolo, pero dejarlo avanzar lo suficiente para que, *muerto o vivo, pudiéramos ver claramente su cara!* Pues había que acabar con esto, ¡*había que liberar a la señorita Stangerson de ese asesinato latente!*

»Sí, amigo mío —declaró Rouletabille, después de colocar su pipa en la mesa y vaciar su vaso—, tengo que ver de una forma clara y distinta su cara *para estar seguro de que entra en el círculo que he trabado con el lado bueno de mi razón.*

En aquel momento volvió a aparecer la hospedera, llevando la tradicional tortilla con tocino. Rouletabille bromeó un poco con la señora Mathieu y ésta se mostró del humor más encantador.

—¡Es mucho más alegre —me dijo— cuando el tío Mathieu está clavado en la cama por sus reúmas que cuando está ágil!

Pero yo no estaba pendiente ni de los juegos de Rouletabille, ni de las sonrisas de la hospedera; yo sólo estaba pendiente de las últimas palabras de mi buen amigo y de la extraña actitud de Robert Darzac.

Cuando acabó la tortilla y estuvimos de nuevo solos, Rouletabille prosiguió el curso de sus confidencias:

—Cuando le mandé el telegrama a primera hora de esta mañana —me dijo—, aún estaba con las palabras del señor Darzac: «El asesino vendrá “quizá” la próxima noche». Ahora puedo decirle que vendrá «con seguridad». Sí, lo espero.

—¿Qué le ha dado esa certeza? ¿No será por casualidad...?

—Calle —me interrumpió, sonriendo Rouletabille—, calle, que va a decir una tontería. Estoy seguro de que el asesino vendrá *desde esta mañana, a las diez y media*, es decir, antes de su llegada, y, por consiguiente, *antes de que viéramos a Arthur Ranee a la ventana del patio*.

—¡Ah! ¡Ah!... —dije—. Verdaderamente... Pero ¿por qué estaba seguro de ello desde las diez y media?

—Porque a las diez y media tuve la prueba de que la señorita Stangerson hacía tantos esfuerzos para permitir al asesino entrar en su habitación esta noche, como precauciones para que no entrara había tomado el señor Darzac al dirigirse a mí...

—¡Oh! ¡Oh! —exclamé—. ¿Es posible?

Y más bajo:

—¿No me ha dicho que la señorita Stangerson adoraba a Robert Darzac?

—¡Sí, lo he dicho porque es verdad!

—Entonces, ¿no le parece extraño...?

—¡Todo es extraño en este caso, amigo mío, pero créame si le digo que lo extraño que usted conoce no es nada al lado de lo extraño que le espera!...

—Habría que admitir —seguí diciendo— que la señorita Stangerson «y su asesino» tuvieran relaciones por lo menos epistolares.

—¡Admítalo, amigo mío, admítalo!... ¡No arriesga usted nada!... Ya le he contado la historia de la carta que había encima de la mesa de la señorita Stangerson, la carta que dejó el asesino la noche de la «galería inexplicable», carta desaparecida... en el bolsillo de la señorita Stangerson... ¿Quién podría asegurar que «en esa carta el asesino no obliga a la señorita Stangerson a darle una próxima cita efectiva» y, en fin, que no ha hecho saber a la señorita Stangerson, «tan pronto como ha estado seguro de la marcha del señor Darzac», que la cita debía ser para la noche que viene?

Y mi amigo se rió silenciosamente; había momentos en que me preguntaba si no me tomaba el pelo.

La puerta de la venta se abrió. Rouletabille se puso de pie tan súbitamente, que se hubiera podido creer que acababa de sufrir bajo su silla una descarga eléctrica.

—¡Señor Arthur Rane! —exclamó.
Arthur Rane estaba ante nosotros y flemáticamente saludaba.

Capítulo 20

Una maniobra de la señorita Stangerson

—¿Se acuerda de mí, señor? —preguntó Rouletabille al *gentlemán*.

—Perfectamente —respondió Arthur Ranee—. He reconocido en usted al chico del *buffet*. (Rostro encendido de cólera de Rouletabille ante el tratamiento de chico). Y he bajado de mi habitación para venir a estrecharle la mano. Es usted un chico simpático.

Mano tendida del americano; Rouletabille desfrunce el ceño, le estrecha la mano riendo, me presenta, presenta a Arthur William Ranee, lo invita a compartir nuestra comida.

—No, gracias. Como con el señor Stangerson.

Arthur Ranee habla perfectamente nuestra lengua, casi sin acento.

—Creía que no tendría el gusto de volver a verlo. ¿No iba a abandonar nuestro país al día siguiente o a los dos días de la recepción en el Elíseo?

Rouletabille y yo, aparentemente indiferentes a esta conversación fortuita, prestamos un oído muy atento a «cada palabra del americano».

La faz afeitada y violácea, sus pesados párpados, algunos tics nerviosos, todo indica, todo denuncia al alcohólico. ¿Cómo este triste individuo es el comensal del señor Stangerson? ¿Cómo puede intimar con el ilustre profesor?

Días más tarde me enteraría por Frédéric Larsan —quien, como nosotros, estaba sorprendido e intrigado por la presencia del americano en el castillo, y se había documentado— de que el señor Ranee no se había dado al alcohol hasta hacía quince años, es decir, desde que se fueron de Filadelfia el profesor y su hija. En la época en que los Stangerson vivieron en América conocieron y se relacionaron mucho con Arthur Ranee, quien era uno de los frenólogos más distinguidos del Nuevo Mundo. Gracias a nuevas e ingeniosas experiencias había hecho avanzar un paso inmenso a la ciencia de Gall y de Lavater. Finalmente, hay que recordar en el haber de Arthur Ranee, y como explicación de la intimidad con que se le recibía en el Glandier, que el sabio americano había prestado un día un gran servicio a la señorita Stangerson, deteniendo, con peligro de su vida, los caballos desbocados de su coche. Hasta era probable que, a consecuencia de este acontecimiento, cierta amistad uniera momentáneamente a Arthur Ranee y a la hija del profesor; pero en todo esto nada hacía suponer la menor historia de amor.

¿De dónde había sacado Frédéric Larsan estas informaciones? No me lo dijo; pero parecía casi seguro de lo que exponía.

Si en el momento en que Arthur Ranee vino a reunirse con nosotros en la venta

«La Torre del Homenaje» hubiéramos sabido estos detalles, es probable que su presencia en el castillo no nos hubiera intrigado tanto, pero, en todo caso, no hubieran hecho más que «aumentar el interés» que nos inspiraba el nuevo personaje. El americano tendría unos cuarenta y cinco años. Respondió de la forma más natural a la pregunta de Rouletabille.

—Cuando me enteré del atentado, aplacé mi vuelta a América; quería asegurarme antes de marcharme de que la señorita Stangerson no estaba mortalmente herida, y no me iré hasta que no esté recuperada del todo.

Arthur Ranee llevó entonces la voz cantante en la conversación, evitando responder a algunas preguntas de Rouletabille, comunicándonos, sin que lo invitáramos a ello, sus ideas personales sobre el drama, ideas que no eran diferentes, por lo que pude entender, de las ideas del mismo Frédéric Larsan, es decir, que también el americano pensaba que Robert Darzac «tenía algo que ver en el caso». No lo nombró, pero no era preciso ser un lince para captar lo que había en el fondo de su argumentación. Nos dijo que conocía todos los esfuerzos que había hecho Rouletabille por llegar a desenmarañar la embrollada madeja del drama del «Cuarto Amarillo». Nos contó que el señor Stangerson lo había puesto al corriente de los acontecimientos que tuvieron lugar en la «galería inexplicable». Oyendo a Arthur Ranee adivinábamos que todo lo explicaba por Robert Darzac. Varias veces seguidas lamentó que el señor Darzac estuviera «ausente del castillo precisamente» cuando sucedían en él tan misteriosos dramas, y supimos lo que quiere decir hablar. Por fin, opinó que el señor Darzac se había mostrado «muy bien inspirado, muy hábil», instalando en los lugares a Joseph Rouletabille, que no dejaría de descubrir al asesino un día u otro. Pronunció esta última frase con una visible ironía, se levantó, nos saludamos y salió.

Desde la ventana, Rouletabille vio cómo se alejaba y dijo:

—¡Extraño cuerpo!

Le pregunté:

—¿Cree que pasará la noche en el Glandier?

Ante mi estupefacción, el joven reportero respondió «que le daba completamente igual».

Pasaré por alto cómo empleamos el tiempo por la tarde. Baste con saber que fuimos a pasearnos por los bosques, que Rouletabille me llevó a la gruta de Santa Genoveva y que durante todo este tiempo mi amigo fingió hablarme de cualquier cosa menos de lo que le preocupaba. Así llegó la noche. Me extrañó ver que el reportero no tomara ninguna de las disposiciones que yo esperaba. Le hice tal observación cuando, caída la noche, estuvimos en su habitación. Me respondió que había tomado ya todas sus disposiciones y que esta vez el asesino no podía escapársele. Como expresase yo alguna duda, recordándole la desaparición del hombre en la galería y diciendo que podría renovarse el mismo hecho, replicó «que eso esperaba, y que era lo único que deseaba aquella noche». No insistí, sabiendo por

experiencia lo vano que hubiera sido mi insistencia. Me confi6 que desde el alba, gracias a su cuidado y al de los porteros, el castillo estaba vigilado de tal forma que nadie pudiera acercarse sin que 6l lo supiera, y que en el caso de que nadie viniera de fuera, estaba muy tranquilo acerca de lo que pod6a concernir «a los de dentro».

Eran entonces las seis y media en el reloj que sac6 del bolsillo de su chaleco; se levant6, me indic6 con una se6a que lo siguiera, y, sin tomar precauci6n alguna, sin intentar siquiera atenuar el ruido de sus pasos, sin recomendarme silencio, me condujo a trav6s de la galer6a; alcanzamos la galer6a recta, y la seguimos hasta el descansillo de la escalera, que atravesamos. Entonces proseguimos la marcha por la galer6a del «ala izquierda», pasando por delante de los aposentos del se6or Stangerson. Al extremo de esta galer6a, antes de llegar a la torre, hab6a un cuarto que era la habitaci6n ocupada por Arthur Ranee. Lo sab6amos por haber visto a mediod6a al americano en la ventana que daba al patio. La puerta de la habitaci6n daba transversalmente a la galer6a, pues la habitaci6n cortaba y terminaba la galer6a por ese lado. En una palabra, la puerta de esa habitaci6n estaba justo frente a la ventana este, que se encontraba al extremo de la otra galer6a recta del ala derecha, en el sitio donde anteriormente Rouletabille hab6a colocado al t6o Jacques. Cuando se daba la espalda a esa puerta, es decir, cuando se sal6a de la habitaci6n, «se ve6a toda la galer6a» seguida: ala izquierda, descansillo y ala derecha. Unicamente no se ve6a el recodo de la galer6a del ala derecha.

—Yo me reservo el recodo de la galer6a —dijo Rouletabille—. Cuando se lo pida, usted vendr6 a instalarse aqu6.

Y me invit6 a entrar en un cuartito oscuro triangular, ganado a la galer6a y situado oblicuamente a la izquierda de la puerta de la habitaci6n de Arthur Ranee. Desde ese escondrijo yo pod6a ver todo lo que pasaba en la galer6a tan f6cilmente como si hubiera estado ante la puerta de Arthur Ranee y a la vez pod6a vigilar hasta la puerta del americano. La puerta del cuartito que ser6a mi lugar de observaci6n estaba provista de cristales no esmerilados. En la galer6a, donde todas las l6mparas estaban encendidas, hab6a luz; el cuartito estaba a oscuras. Era aqu6l un sitio ideal para un esp6a.

Porque ¿qu6 hac6a yo all6 sino un trabajo de esp6a? ¿De vil polic6a? Ciertamente me repugnaba y, aparte de mis instintos naturales, ¿no se opon6a a semejante metamorfosis la dignidad de mi profesi6n? ¿Desde luego, si me viera mi decano...! Si se supiera mi conducta en el palacio, ¿qu6 dir6a el Consejo del Orden? Rouletabille no pod6a ni aun sospechar que me hubiera podido pasar por la mente negarle el favor que me ped6a y, de hecho, no se lo negu6: en primer lugar, porque hubiera temido pasar a sus ojos por un cobarde; despu6s, porque pens6 que siempre pod6a pretender que me era l6cito buscar por todas partes la verdad como *amateur*, y, en fin, porque ya era demasiado tarde para zafarme de all6. ¿Por qu6 no tuve esos escr6pulos antes? ¿Por qu6 no los tuve? Porque mi curiosidad era m6s fuerte que todo. Tamb6en yo pod6a decir que iba a contribuir a salvar la vida de una mujer, y no existen

reglamentos profesionales que puedan prohibir tan generoso propósito.

Recorrimos en sentido inverso la galería. Al llegar frente a los aposentos de la señorita Stangerson, la puerta del salón se abrió, empujada por el mayordomo que servía la cena (el señor Stangerson llevaba tres días cenando con su hija en el salón del primer piso), y, como la puerta había quedado entreabierta, vimos perfectamente que la señorita Stangerson, aprovechando la ausencia del criado y que su padre se agachaba a recoger un objeto que ella acababa de dejar caer, «vertía rápidamente el contenido de un frasquito en el vaso del señor Stangerson».

Capítulo 21

Al acecho

Esta maniobra me consternó, pero no pareció emocionarme lo más mínimo a Rouletabille. De nuevo estuvimos en su habitación, y sin hablarme siquiera de la escena que acabábamos de sorprender, me dio sus últimas instrucciones para la noche. En primer lugar, cenaríamos. Después de cenar yo debía entrar en el cuartito oscuro y allí esperaré todo el tiempo necesario «para ver algo».

—Si «ve algo» antes que yo —me explicó mi amigo—, tendrá que avisarme. Verá antes que yo si el hombre llega a la galería recta por otro camino que no sea el recodo de la galería, pues usted descubre toda la galería recta y yo no puedo ver más que el recodo de la galería. Para avisarme, no tendrá más que desatar el alzapuño de la cortina de la ventana que hay en la galería recta en frente del cuartito oscuro. La cortina caerá por sí sola, velando la ventana y dejando inmediatamente un cuadrado de sombra donde había un cuadrado de luz, pues la galería está iluminada. Para hacerlo, no tiene más que alargar la mano fuera del cuartito oscuro. Desde el recodo de la galería, que forma un ángulo recto con la galería recta, yo veo por las ventanas del recodo de la galería todos los cuadrados de luz que hacen las ventanas de la galería recta. Cuando el cuadrado luminoso que nos ocupa se oscurezca, sabré lo que quiere decir.

—¿Y entonces?

—Entonces me verá aparecer en la esquina del recodo de la galería.

—¿Y qué haré yo?

—Vendrá en seguida hacia mí, detrás del hombre, pero ya habré alcanzado *al hombre y habré visto si su cara entra en mi círculo...*

—¿El que ha sido «trazado por el lado bueno de la razón»? —concluí, esbozando una sonrisa.

—¿Por qué sonrío usted? Es perfectamente inútil... En fin, aproveche para divertirse los pocos instantes que le quedan, pues le juro que dentro de un rato ya no tendrá ocasión de hacerlo.

—¿Y si se escapa el hombre?

—¡*Tanto mejor!* —dijo flemáticamente Rouletabille—. No tengo interés en cogerlo; puede escaparse, bajando corriendo la escalera y por el vestíbulo de la planta baja... antes de que usted haya alcanzado el descansillo, puesto que usted estará al fondo de la galería. Yo lo dejaré irse *después de haber visto su cara*. Es lo único que necesito: ver su cara. Después sabré apañármelas para que esté muerto para la señorita Stangerson, *aunque siga vivo*. Si lo cojo vivo, ¡la señorita Stangerson y

Robert Darzac quizá no me lo perdonen nunca! Y me importa su estima; son buenas gentes. Cuando veo a la señorita Stangerson echar un narcótico en el vaso de su padre para que esta noche su padre no se despierte con la conversación que tendrá *con su asesino*, comprenderá usted que su agradecimiento para conmigo tendría unos límites si trajera ante su padre, *con las manos atadas y la boca abierta*, al hombre del «Cuarto Amarillo» y de la «galería inexplicable». ¡Quizá haya sido una suerte que la noche de la «galería inexplicable» se esfumara el hombre como por encanto! Lo comprendí aquella noche en la fisonomía de la señorita Stangerson, de pronto radiante, cuando supo *que él se había escapado*. Y comprendí que para salvar a la desgraciada no era tan necesario coger al hombre cuanto hacerlo enmudecer del modo que fuera. ¡Pero matar a un hombre, matar a un hombre! ¡No es cosa de poca monta! Además, yo no tengo nada que ver en todo esto... ¡A no ser que me diera motivos para ello!... Por otra parte, hacerlo enmudecer sin que la dama me haga confidencias... ¡es una tarea que consiste primero en adivinarlo todo con nada!... Menos mal, amigo mío, que adiviné, o, por mejor decir, razoné..., y al hombre de esta noche sólo le pido que me aporte la cara sensible que debe entrar...

—En el círculo...

—¡Exactamente, y su cara no me sorprenderá!...

—Pero yo creía que ya le había visto la cara la noche en que saltó a la habitación...

—Mal... La vela estaba en el suelo... y luego, con toda esa barba...

—¿Es que esta noche no la llevará?

—Creo poder afirmar que la llevará..., pero la galería está iluminada y, además, ahora sé..., o por lo menos mi cerebro sabe..., y así mis ojos verán...

—Si sólo se trata de verlo y dejarlo escapar..., ¿por qué ir armados?

—Porque, querido amigo, *¡si el hombre del «Cuarto Amarillo» y de la «galería inexplicable» sabe que yo sé, es capaz de todo!* Así que habrá que defenderse.

—¿Y está usted seguro de que vendrá esta noche?...

—¡Tan seguro como de que usted está aquí!... Esta mañana la señorita Stangerson, a las diez y media, se las arregló para estar sin enfermeras esta noche; les dio permiso durante veinticuatro horas bajo pretextos plausibles y, para cuidar de ella mientras estuvieran fuera, no quiso más que a su querido padre, que dormiría en el gabinete de su hija y que acepta esta nueva función con una alegría agradecida. La coincidencia de la salida del señor Darzac (después de las palabras que me dijo) y de las excepcionales precauciones de la señorita Stangerson para rodearse de soledad no permite ninguna duda. La venida del asesino que Darzac teme *¡la señorita Stangerson la prepara!*

—¡Es espantoso!

—Sí.

—¿Entonces lo que la hemos visto hacer es una maniobra para dormir a su padre?

—Sí.

—En una palabra, para el asunto de esta noche, ¿no somos más que dos?

—Cuatro; el portero y su mujer vigilan por si acaso... Creo su vigilancia inútil «antes»..., pero el portero podrá serme útil «después, ¡si hay que matar!».

—¿Cree que tendremos que matar?

—¡*Mataremos, si él lo quiere!*

—¿Por qué no haber avisado al tío Jacques? ¿No va a servirse hoy de él?

—No —me respondió Rouletabille con un tono brusco.

Me quedé un rato en silencio; luego, deseoso de conocer el fondo del pensamiento de Rouletabille, le pregunté bruscamente:

—¿Por qué no avisar a Arthur Ranee? Podría sernos de mucha ayuda...

—¡Pero bueno! —dijo Rouletabille de mal humor—. ¿Es que quiere usted mezclar a todo el mundo en los secretos de la señorita Stangerson?... Vamos a cenar... Ya es hora... Esta noche cenamos con Frédéric Larsan..., a no ser que esté aún pisándole los talones a Robert Darzac. No lo deja a sol ni a sombra. Pero ¡bah!, si ahora no está aquí, estoy completamente seguro de que estará aquí esta noche... ¡Qué buena voy a jugársela!

En aquel momento oímos ruido en la habitación de al lado.

—Debe de ser él —dijo Rouletabille.

—Me olvidaba preguntarle —exclamé—; cuando estemos ante el policía, ni una alusión a la expedición de esta noche, ¿no?

—Evidentemente; actuamos solos, *por nuestra propia cuenta*.

—¿Y toda la gloria será para nosotros?

Rouletabille, riéndose, añadió:

—¡Tú lo has dicho, mofletudo!

Cenamos con Frédéric Larsan en su habitación. Nos encontramos allí con él... Nos dijo que acababa de llegar y nos invitó a sentarnos a la mesa. La cena transcurrió en medio del mejor humor del mundo, y no me costó trabajo comprender que había que atribuirlo a la casi certeza en que estaban Rouletabille y Frédéric Larsan, uno y otro y cada uno por su lado, de poseer, al fin, la verdad. Rouletabille confió al gran Fred que yo había venido a verlo por mi propia iniciativa y que me había retenido para que lo ayudara en un gran trabajo que debía entregar esa misma noche a *L'Epoque*. Yo tenía que regresar a París —dijo— en el tren de las once, llevando su «original», que era una especie de folletín en el que el reportero exponía los principales episodios de los misterios del Glandier. Larsan sonrió ante aquella explicación como hombre que no se deja engañar, pero que se guarda, por cortesía, de emitir el menor comentario sobre cosas que no le conciernen. Con mil precauciones en el lenguaje y hasta en las entonaciones, Larsan y Rouletabille hablaron mucho tiempo de la presencia en el castillo de Arthur W. Ranee, de su pasado en América, que les hubiera gustado conocer mejor, al menos en lo que se refería a las relaciones que mantuvo con los Stangerson. En cierto momento Larsan, que de pronto me pareció indispuerto, dijo con esfuerzo:

—Creo, señor Rouletabille, que ya no tenemos gran cosa que hacer en el Glandier, y me parece que ya no dormiremos aquí muchas noches más.

—Eso mismo me parece a mí, señor Fred.

—Así pues, ¿cree que *el caso está terminado*, amigo mío?

—En efecto, creo que está terminado y que ya no tiene nada nuevo que enseñarnos —replicó Rouletabille.

—¿Tiene un culpable? —preguntó Larsan.

—¿Y usted?

—Sí.

—También yo —dijo Rouletabille.

—¿Será el mismo?

—No creo, *si es que usted no ha cambiado de idea* —dijo el joven reportero.

Y añadió con fuerza:

—¡El señor Darzac es un hombre honrado!

—¿Está usted seguro? —preguntó Larsan—. Pues bien, yo estoy seguro de lo contrario... ¿Es, pues, una batalla?

—Sí, una batalla. Y lo venceré, señor Frédéric Larsan.

—La juventud no vacila ante nada —terminó el gran Fred, riendo y dándome la mano.

Rouletabille respondió como un eco:

—¡Ante nada!

Pero de repente Larsan, que se había levantado para darnos las buenas noches, se llevó las dos manos al pecho y se tambaleó. Tuvo que apoyarse en Rouletabille para no caerse. Se había puesto enormemente pálido.

—¡Oh! ¡Oh! —dijo—. ¿Qué me pasa? ¿Me habrán envenenado?

Y nos miraba con ojos extraviados... Lo interrogábamos en vano, ya no nos respondía... Se desplomó en un sillón y no pudimos sacarle una palabra. Estábamos enormemente inquietos por él y por nosotros, pues habíamos comido de todos los platos que Frédéric Larsan había tocado. Nos deshicimos en atenciones con él. Ahora no parecía sufrir, pero su cabeza, pesada, descansaba sobre su hombro y sus párpados caídos nos escondían su mirada. Rouletabille se inclinó sobre su pecho y le auscultó el corazón...

Cuando se incorporó, mi amigo tenía una cara tan tranquila como trastornada se la había visto hacía un momento. Me dijo:

—Duerme.

Y me arrastró a su habitación, después de cerrar la puerta de la habitación de Larsan.

—¿El narcótico? —pregunté—. ¿Pero es que la señorita Stangerson quiere dormir a todo el mundo esta noche?...

—Quizá... —respondió Rouletabille, pensando en otra cosa.

—¡Pero nosotros..., nosotros! ¿Quién me dice que no hemos tragado nosotros el

mismo narcótico?

—¿Se siente indispuesto? —me preguntó Rouletabille con sangre fría.

—¡No, en absoluto!

—¿Tiene ganas de dormir?

—De ningún modo...

—Pues bien, amigo mío, fúmesse este excelente puro.

Y me dio un habano de primera calidad que le había regalado el señor Darzac; en cuanto a él, encendió su cachimba, su eterna cachimba.

Nos quedamos así en la habitación hasta las diez, sin pronunciar una palabra. Hundido en un sillón, Rouletabille fumaba sin cesar, con la frente preocupada y la mirada lejana. A las diez se descalzó, me hizo una seña y comprendí que yo tenía que quitarme los zapatos como él. Cuando estuvimos en calcetines, Rouletabille, tan bajito que más que oír adiviné la palabra, dijo:

—Revólver.

Saqué el revólver del bolsillo de mi chaqueta.

—Móntelo —siguió diciendo.

Lo monté.

Entonces se dirigió hacia la puerta de su habitación, la abrió con infinitas precauciones; la puerta no chirrió. Estábamos en el recodo de la galería. Rouletabille me hizo una nueva seña. Comprendí que debía ocupar mi puesto en el cuartito oscuro. Estaba ya alejándome de él, cuando Rouletabille me alcanzó «y me abrazó», y luego vi que con las mismas precauciones volvía a su habitación. Extrañado por aquel abrazo y algo inquieto, llegué a la galería recta, que recorrí sin tropiezo alguno; crucé el descansillo y proseguí mi camino por la galería del ala izquierda hasta el cuartito oscuro. Antes de entrar en el cuartito oscuro, miré de cerca el alzapaño de la cortina de la ventana... En efecto, no tenía más que tocarlo con un dedo para que la pesada cortina cayera de golpe, «escondiendo a Rouletabille el cuadrado de luz»: la señal convenida. El ruido de unos pasos me detuvo ante la puerta de Arthur Rane. «¡Así que todavía no estaba acostado!» ¡Pero cómo seguía aún en el castillo, si no había cenado con el señor Stangerson y su hija! Al menos, yo no lo había visto a la mesa, en el momento en que captamos la maniobra de la señorita Stangerson.

Me retiré al cuartito oscuro. Me encontraba allí perfectamente. Veía toda la galería seguida, una galería iluminada como de día. Evidentemente, no podía escapárseme nada de lo que en ella iba a ocurrir. ¿Pero qué iba a ocurrir? Quizá algo muy grave. Nuevo recuerdo inquietante del abrazo de Rouletabille. ¡No se abraza así a los amigos más que en las grandes ocasiones, cuando van a correr algún peligro! ¿Entonces yo corría peligro?

Mi puño se crispó sobre la culata del revólver y esperé. No soy un héroe, pero tampoco soy un cobarde.

Esperé una hora más o menos; durante aquella hora no noté nada anormal. Fuera, la lluvia, que había empezado a caer violentamente hacia las nueve de la noche, había

cesado.

Mi amigo me había dicho que probablemente hasta las doce o la una de la madrugada no ocurriría nada. Sin embargo, no eran más de las once y media cuando la puerta de la habitación de Arthur Ranee se abrió. Oí el débil rechinar de los goznes. Parecía que la empujaban por dentro con la mayor precaución. La puerta permaneció abierta un instante que me pareció muy largo. Como la puerta quedaba abierta sobre la galería, es decir, empujada fuera de la habitación, no podía ver ni lo que pasaba en la habitación ni lo que pasaba detrás de la puerta. En aquel momento, procedente del parque, noté un ruido extraño que ya se repetía por tercera vez y al que no había dado más importancia de la que se suele dar al maullido de los gatos que andan de noche por los tejados. Pero aquella tercera vez fue el maullido tan puro y tan «especial» que me acordé de lo que había oído contar acerca del grito del «Animalito de Dios». Como el grito había acompañado hasta aquel día a todos los dramas que se habían desarrollado en el Glandier, ante tal reflexión no pude por menos de sentir un escalofrío. En seguida vi aparecer, al otro lado de la puerta, a un hombre que volvió a cerrarla. Al principio, no pude reconocerlo, pues me daba la espalda y estaba inclinado sobre un bulto bastante voluminoso. El hombre, tras cerrar la puerta y coger el bulto, se volvió hacia el cuartito oscuro y entonces vi quién era. El que salía en aquel momento de la habitación de Arthur Ranee «era el guarda». Era el «hombre verde». Llevaba el mismo traje que le había visto en la carretera, frente a la venta «La Torre del Homenaje», el primer día que llegué al Glandier, y que también llevaba esa misma mañana cuando al salir del castillo nos lo encontramos Rouletabille y yo. No cabía duda, era el guarda. Lo vi muy distintamente. Me pareció que su cara expresaba cierta ansiedad. Como el grito del «Animalito de Dios» resonaba fuera por cuarta vez, depositó el bulto en la galería y se acercó a la segunda ventana, contando desde el cuartito negro. No hice ningún movimiento, pues temía traicionar mi presencia.

Cuando estuvo a la ventana, pegó la frente contra los cristales esmerilados y observó la noche del parque. Se quedó allí medio minuto. La noche era clara a intervalos, iluminada por una luna resplandeciente que de pronto desaparecía bajo un nubarrón. El «hombre verde» levantó los brazos dos veces seguidas, hizo señales que yo no comprendía; luego, alejándose de la ventana, recogió el bulto y, siguiendo la galería, se dirigió hacia el descansillo.

Rouletabille me había dicho: «Cuando vea algo, desate el alzapazo». Yo veía algo. ¿Era lo que esperaba Rouletabille? Eso no era asunto mío y yo sólo tenía que cumplir la consigna que se me había dado. Desaté el alzapazo. Mi corazón latía aceleradamente. El hombre alcanzó el descansillo, pero ante mi gran estupefacción, cuando esperaba verlo seguir su camino por la galería del ala derecha, lo vi bajar la escalera que llevaba al vestíbulo.

¿Qué hacer? Estúpidamente, miré la pesada cortina que había caído sobre la ventana. Yo había hecho la señal, pero no veía aparecer a Rouletabille en la esquina

del recodo de la galería. Nadie vino; nada apareció. Yo estaba perplejo. Transcurrió una media hora que me pareció un siglo. «¿Qué hacer ahora, aun cuando viera algo?» Había hecho la señal y ya no podía hacerla por segunda vez... Por otra parte, aventurarme por la galería en aquel momento podía alterar todos los planes de Rouletabille. Después de todo, yo no tenía nada que reprocharme y, si había sucedido algo que mi amigo no se esperaba, él era el único responsable. Como ya no podía serle realmente de ninguna utilidad para avisarle, arriesgué el todo por el todo: salí del cuartito y, siempre en calcetines, midiendo mis pasos y escuchando el silencio, me fui hacia el recodo de la galería.

Nadie en el recodo de la galería. Me dirigí a la puerta de la habitación de Rouletabille. Escuché. Nada. Llamé muy suavemente. Nada. Giré el puño, se abrió la puerta. Estaba ya en la habitación. Rouletabille estaba tendido cuán largo era en el parquet.

Capítulo 22

El cadáver increíble

Con una ansiedad inexpresable, me incliné sobre el cuerpo del reportero, ¡y tuve la alegría de comprobar que dormía! Dormía con el mismo sueño profundo y enfermizo con que había visto dormirse a Frédéric Larsan. También él era víctima del narcótico que habían echado en nuestros alimentos. ¿Cómo no había sufrido yo la misma suerte? Pensé entonces que debían de haber echado el narcótico en el vino o en el agua; pues así todo se explicaba: «Yo no bebo comiendo». Dotado por la naturaleza de una gordura prematura, sigo un régimen seco, como dicen. Sacudí con fuerza a Rouletabille, pero no conseguía hacerle abrir los ojos. Aquel sueño, no cabía duda, tenía que ser obra de la señorita Stangerson.

Ella debió de pensar seguramente que, más aún que su padre, era de temer la vigilancia de aquel joven que lo preveía todo, que lo sabía todo. Recordé que el mayordomo nos recomendó, al servirnos, un excelente Chablis que, sin duda, había pasado antes por la mesa del profesor y de su hija.

Así transcurrió más de cuarto de hora. Ante aquellas extrañas circunstancias, en que tanto necesitábamos estar despiertos, resolví emplear medidas enérgicas. Eché un jarro de agua en la cabeza de Rouletabille. ¡Por fin, abrió los ojos, unos pobres ojos apagados, sin vida ni mirada! ¿Pero no era la primera victoria? Quise completarla; administré un par de bofetadas en las mejillas de Rouletabille, y lo levanté. ¡Suerte! Noté que se enderezaba entre mis brazos y lo oí murmurar:

—¡Siga, pero no haga tanto ruido!...

Seguir dándole bofetadas sin meter ruido me pareció una empresa imposible. Me puse a pellizcarlo y a sacudirlo, y pudo mantenerse en pie. ¡Estábamos salvados!

—Me han dormido... —dijo—. ¡Ah! He pasado un cuarto de hora abominable antes de ceder al sueño... ¡Pero ahora ha pasado! ¡No me deje!...

No había terminado aún la frase, cuando un horrible grito que resonó en todo el castillo, un verdadero grito de muerte, nos desgarró los oídos...

—¡Maldición! —aulló Rouletabille—. ¡Llegamos demasiado tarde!...

Y quiso precipitarse a la puerta; pero estaba completamente aturdido y rodó contra la pared. Yo estaba ya en la galería empuñando el revólver, corriendo como un loco por la parte de la habitación de la señorita Stangerson. En el momento en que llegaba a la intersección del recodo de la galería con la galería recta, vi a un individuo que huía de los aposentos de la señorita Stangerson y que de unos saltos alcanzó el descansillo.

No fui dueño de mi acto: disparé...

El tiro resonó en la galería con un estrépito ensordecedor, pero el hombre prosiguiendo sus saltos insensatos bajó como una tromba la escalera. Corrí tras él gritando: «¡Detente! ¡Detente o te mato...!» Cuando me precipitaba a mi vez a la escalera, vi frente a mí a Arthur Ranee, que venía del fondo de la galería del ala izquierda del castillo gritando: «¿Qué pasa?... ¿Qué pasa?...» Arthur Ranee y yo llegamos casi al mismo tiempo al pie de la escalera; la ventana del vestíbulo estaba abierta; vimos claramente la forma del hombre que huía; instintivamente, descargamos nuestros revólveres en su dirección; el hombre estaba a más de diez metros delante de nosotros; tropezó y creímos que iba a caer; saltamos por la ventana; pero el hombre prosiguió su carrera con nuevo rigor; yo estaba en calcetines, el americano estaba con los pies desnudos. ¡No podíamos esperar alcanzarlo «si no lo alcanzaban nuestros revólveres»! Disparamos las últimas balas; él seguía huyendo..., pero huía por la parte derecha del patio hacia el extremo del ala derecha del castillo, un rincón rodeado de fosos y altas rejas de donde le sería imposible escapar, rincón que no tenía más salida «ante nosotros» que la puerta del cuartito en voladizo habitado actualmente por el guarda.

El hombre, aunque inevitablemente herido por nuestras balas, nos llevaba unos veinte metros de ventaja. De pronto, detrás de nosotros, encima de nuestras cabezas, se abrió una ventana de la galería y oímos la voz de Rouletabille, que, desesperado, clamaba:

—¡Dispare, Bernier, dispare!

Y la noche, clara en aquel momento, la noche lunar, fue de nuevo estriada por un relámpago.

A la luz del relámpago, vimos al tío Bernier de pie con su escopeta a la puerta de la torre.

Había apuntado bien. «La sombra cayó». Pero como había llegado al extremo del ala derecha del castillo, cayó al otro lado del ángulo del edificio; es decir, vimos que caía, pero donde quedó definitivamente tendida en el suelo fue al otro lado de la pared que no podíamos ver. Bernier, Arthur Ranee y yo llegamos a ese otro lado de la pared veinte segundos más tarde. «La sombra estaba muerta a nuestros pies».

Despertado evidentemente de su sueño letárgico por los clamores y las detonaciones, Larsan acababa de abrir la ventana de su habitación y nos gritaba, como había gritado Arthur Ranee:

—¿Qué pasa?... ¿Qué pasa?...

Y nosotros, nosotros estábamos inclinados sobre la sombra, sobre la misteriosa sombra muerta del asesino. Rouletabille, completamente despierto ahora, se reunió con nosotros en ese mismo momento, y le grité:

—¡Está muerto! ¡Está muerto!...

—Tanto mejor —dijo—. Llévenlo al vestíbulo del castillo...

Pero rectificó:

—¡No! ¡No! Depositémoslo en el cuarto del guarda...

Rouletabille llamó a la puerta del cuarto del guarda... No respondió nadie del interior, cosa que, naturalmente, no me extrañó.

—Evidentemente no está —dijo el reportero—, o si no ya habría salido... Llevemos, pues, el cuerpo al vestíbulo...

Desde que llegamos a «la sombra muerta», la noche se hizo tan oscura, a consecuencia del paso de un nubarrón ante la luna, que sólo podíamos tocar la sombra sin distinguir sus líneas. ¡Y, sin embargo, nuestros ojos tenían prisa por saber! El tío Jacques, que llegaba entonces, nos ayudó a transportar el cadáver hasta el vestíbulo del castillo... Allí lo depositamos en el primer peldaño de la escalinata. Durante el trayecto sentí en mis manos la sangre caliente que corría de sus heridas... El tío Jacques corrió a las cocinas y volvió con una linterna. Se inclinó sobre el rostro de la «sombra muerta», y reconocimos al guarda, aquél a quien el patrón de la venta «La Torre del Homenaje» llamaba el «hombre verde» y al que, hacía una hora, yo había visto salir de la habitación de Arthur Raneé cargado con un bulto. Pero lo que yo había visto sólo se lo podía contar a Rouletabille, cosa que por lo demás hice unos instantes más tarde.

No puedo pasar en silencio la inmensa estupefacción —incluso yo diría la cruel decepción— que mostraron Joseph Rouletabille y Frédéric Larsan, el cual se había reunido con nosotros en el vestíbulo. Tocaban el cadáver..., miraban aquella cara muerta, aquel traje verde del guarda... y se repetían el uno al otro:

—¡Imposible!... ¡Es imposible!

Rouletabille llegó a exclamar:

—¡Es como para pegarse un tiro!

El tío Jacques mostraba un dolor estúpido, acompañado de lamentos ridículos. Afirmaba que nos habíamos equivocado y que el guarda no podía ser el asesino de su ama. Tuvimos que mandarlo callar. No hubiera gemido más si hubieran asesinado a su hijo, y me expliqué esa exageración de buenos sentimientos por el miedo que lo obsesionaba de que creyéramos que se alegraba de la dramática muerte; todos sabíamos, en efecto, que el tío Jacques detestaba al guarda. Comprobé que de todos nosotros, que íbamos muy desaliñados o con los pies desnudos, o en calcetines, el tío Jacques era el único que estaba enteramente vestido.

Pero Rouletabille no había soltado el cadáver; de rodillas sobre las losas del vestíbulo, alumbrado por la linterna del tío Jacques, se puso a desnudar el cuerpo del guarda... Dejó su pecho al desnudo. Estaba sangriento.

Y, de pronto, cogiendo la linterna de las manos del tío Jacques, dirigió los rayos muy cerca de la herida abierta. Entonces se incorporó y en un tono extraordinario, un tono de salvaje ironía, dijo:

—Este hombre, a quien ustedes creen haber matado a tiros, ¡ha muerto de una

cuchillada en el corazón!

Una vez más, creí que Rouletabille se había vuelto loco y me incliné a mi vez sobre el cadáver. Entonces pude comprobar que, efectivamente, el cuerpo del guarda no llevaba ninguna herida procedente de un proyectil y que únicamente la región cardíaca había sido atravesada por una afilada hoja de cuchillo.

Capítulo 23

La doble pista

No me había repuesto aún del estupor que me causó tal descubrimiento cuando mi joven amigo me tocó en el hombro y me dijo:

—¡Sígame!

—¿Adónde? —le pregunté.

—A mi habitación.

—¿Qué vamos a hacer allí?

—Reflexionar.

Confieso que me hallaba totalmente imposibilitado no ya para reflexionar, pero ni siquiera para pensar, y en aquella noche trágica, después de los acontecimientos cuyo horror sólo era igualable con su incoherencia, apenas lograba explicarme cómo Joseph Rouletabille podía tener la pretensión de «reflexionar» entre el cadáver del guarda y la señorita Stangerson acaso en agonía. Y, sin embargo, lo hizo, con la sangre fría de los capitanes en medio de las batallas. Cerró la puerta de la habitación, me señaló un sillón, se sentó pausadamente frente a mí y, naturalmente, encendió la pipa. Yo le miraba reflexionar... y me dormí. Cuando me desperté era de día. Mi reloj marcaba las ocho. Rouletabille ya no estaba allí. Su sillón, frente a mí, estaba vacío. Me levanté y comencé a estirarme, cuando se abrió la puerta y entró mi amigo. En seguida vi en su fisonomía que, mientras yo dormía, él no había perdido el tiempo.

—¿La señorita Stangerson? —pregunté en seguida.

—Su estado es muy alarmante, pero no desesperado.

—¿Hace mucho que salió usted de la habitación?

—Al rayar el alba.

—¿Ha trabajado?

—Mucho.

—¿Ha descubierto algo?

—Una doble huella de pasos muy marcada «y que hubiera podido engañarme...»

—¿Ya no lo engaña?

—No.

—¿Explica alguna cosa?

—Sí.

—¿Respecto al «cadáver increíble» del guarda?

—Sí; ahora ese cadáver es totalmente «creíble». Esta mañana, mientras me paseaba alrededor del castillo, he descubierto dos clases de pasos distintos, que habían dejado sus huellas esta noche al mismo tiempo, unas al lado de otras. Digo:

«Al mismo tiempo». Y es que, verdaderamente, no podía ser de otro modo, pues si una de las huellas hubiera marchado tras la otra, siguiendo el mismo camino, con frecuencia se habría «montado sobre la otra», cosa que no sucedía nunca. Los pasos del uno no pisaban los pasos del otro. No; eran pasos «que parecían charlar entre sí». Hacia el centro del patio esta doble huella abandonaba todas las otras huellas, para salir del patio y dirigirse hacia el encinar. Iba a abandonar yo también el patio, con los ojos clavados en la pista, cuando me encontré con Frédéric Larsan. Inmediatamente se interesó mucho por mi trabajo, pues la doble huella merecía de verdad nuestra atención. Volvíamos a encontrarnos allí con la doble huella de pasos del caso del «Cuarto Amarillo»: los pasos toscos y los pasos elegantes; pero, mientras que, cuando el caso del «Cuarto Amarillo», los pasos toscos sólo acompañaban a los pasos elegantes hasta la orilla del estanque, para desaparecer a continuación —por lo que Larsan y yo dedujimos que las dos clases de pasos pertenecían al mismo individuo, que no había hecho más que cambiar de calzado—, aquí pasos toscos y pasos elegantes viajaban en compañía. Semejante comprobación era lo propio para hacerme dudar de mis convicciones anteriores. Larsan parecía pensar lo mismo que yo; así que nos quedamos inclinados sobre las huellas, husmeando los pasos como perros al acecho.

»Saqué de mi cartera las suelas de papel. La primera suela, que era la que yo había recortado sobre la huella de los zapatos del tío Jacques que encontró Larsan, es decir, sobre la huella de los pasos toscos, esta primera suela, digo, coincidía perfectamente con una de las huellas que teníamos ante los ojos, y la segunda suela, que era el dibujo de los «pasos elegantes», coincidía igualmente con la huella correspondiente, pero con una ligera diferencia en la punta. En suma, esta nueva marca del paso elegante no difería de la marca de la orilla del estanque más que en la punta del botín. De ahí no podíamos sacar la conclusión de que esta marca pertenecía al mismo personaje, pero tampoco podíamos afirmar que no le pertenecía. El desconocido podía no llevar los mismos botines.

»Siempre siguiendo la doble huella, Larsan y yo fuimos a parar a la salida del encinar, y nos encontramos ante las mismas orillas del estanque que nos vieron cuando nuestra primera investigación. Pero esta vez ninguna de las marcas se detenía allí y las dos, tomando el sendero, iban a dar a la gran carretera de Epinay. Allí nos topamos con un macadán reciente donde no podía verse nada; y nos volvimos al castillo sin decirnos una palabra.

»Al llegar al patio nos separamos; pero, siguiendo el mismo camino que había tomado nuestro pensamiento, volvimos a encontrarnos otra vez ante la puerta del cuarto del tío Jacques. Encontramos al viejo criado en la cama y comprobamos en seguida que las prendas que había arrojado sobre una silla se hallaban en un estado lamentable, y su calzado, unos zapatos completamente iguales a los que conocíamos, estaban extraordinariamente llenos de barro. Desde luego no había sido al ayudar a transportar el cadáver del guarda desde el extremo del patio hasta el vestíbulo, ni al ir

a la cocina a buscar una linterna, cuando el tío Jacques había puesto de ese modo su calzado y empapado sus ropas, puesto que entonces no llovía. Pero había llovido antes de ese momento y había llovido después.

»En cuanto a la cara de nuestro hombre, no era bonita que digamos. Parecía reflejar una extrema fatiga, y sus ojos parpadeantes nos miraron desde el principio con espanto.

»Lo interrogamos. Al principio, nos respondió que se había acostado inmediatamente después de que llegara al castillo el médico que había ido a buscar el mayordomo; pero lo apretamos tan bien, le demostramos tan bien que mentía, que acabó por confesarnos que, en efecto, había salido del castillo. Naturalmente, le preguntamos el motivo; nos respondió que le había dolido la cabeza y que había tenido necesidad de tomar el aire, pero que no había ido más allá del encinar. Entonces le describimos todo el camino que había hecho, *tan bien como si lo hubiéramos visto andar*. El viejo se incorporó y se puso a temblar.

»—¡No iba usted solo! —gritó Larsan.

»Y el tío Jacques:

»—¿Entonces lo ha visto usted?

»—¿A quién? —pregunté.

»—¡Pues al fantasma negro!

»Y luego el tío Jacques nos contó que hacía unas cuantas noches que veía al fantasma negro. Aparecía en el parque al filo de media noche y se deslizaba contra los árboles con una agilidad increíble. Parecía «atravesar» el tronco de los árboles; dos veces el tío Jacques, que había divisado al fantasma a través de su ventana a la claridad de la luna, se había levantado y, resueltamente, había salido a dar caza a aquella extraña aparición. La antevíspera había conseguido alcanzarla, pero se desvaneció en la esquina de la torre; finalmente esta noche, habiendo salido efectivamente del castillo, acosado por la idea del nuevo crimen que acababa de cometerse, vio al fantasma negro surgir de pronto en medio del patio. Lo siguió, al principio con prudencia, luego más de cerca... y así había dado la vuelta al encinar y al estanque, y había llegado hasta la orilla de la carretera de Epinay. «Allí, el fantasma desapareció súbitamente».

»—¿No ha visto usted su cara? —preguntó Larsan.

»—No, no he visto más que velos negros...

»—¿Y después de lo que ha pasado en la galería no se ha lanzado usted a él?

»—¡No podía! Estaba aterrorizado... Apenas tuve fuerzas para seguirlo...

»—Usted no lo ha seguido, tío Jacques —dije yo con voz amenazante—. ¡Usted ha ido con el fantasma hasta la carretera de Epinay y han caminado «cogidos del brazo»!

»—¡No! —gritó—. ¡Se ha puesto a llover a cántaros... y me he vuelto!... Yo no sé lo que ha sido del fantasma negro...

»Pero sus ojos se desviaron de mí.

»Lo dejamos.

»Cuando estuvimos fuera:

»—¿Cómplice? —pregunté a Larsan con un tono singular, mirándolo bien de frente para sorprender el fondo de su pensamiento.

»Larsan levantó los brazos al cielo.

»—¿Quién puede saberlo?... ¿Quién puede saberlo en un caso como éste? ¡Hace veinticuatro horas habría jurado que no había cómplices!

»Y me dejó, anunciándome que abandonaría el castillo inmediatamente para ir a Epinay.

Rouletabille había terminado su relato. Le pregunté:

—Bueno, ¿y qué concluir de todo ello?... La verdad, yo no veo nada..., no entiendo nada... En fin, ¿qué sabe usted?

—¡*Todo!* —exclamó—. ¡*Todo!*

Nunca había visto su cara tan radiante. Se levantó y me estrechó la mano con fuerza...

—Entonces, explíqueme... —le rogué.

—Vamos a ver cómo está la señorita Stangerson —me respondió bruscamente.

Capítulo 24

Rouletabille conoce las dos mitades del asesino

La señorita Stangerson había estado a punto de ser asesinada por segunda vez. Por desgracia, la segunda fue mucho peor que la primera. Las tres cuchilladas que el hombre le dio en el pecho aquella noche trágica la pusieron durante mucho tiempo entre la vida y la muerte, y cuando por fin prevaleció la vida y cupo esperar que una vez más la desgraciada mujer escaparía a su sangriento destino, nos dimos cuenta de que, si recobraba cada día el uso de los sentidos, no recuperaba el de la razón. La menor alusión a la horrible tragedia la hacía delirar, y creo que no es exagerado decir que la detención de Robert Darzac, que tuvo lugar en el castillo del Glandier al día siguiente del descubrimiento del cadáver del guarda, ahondó aún más el abismo en que vimos desaparecer aquella hermosa inteligencia.

Robert Darzac llegó al castillo hacia las nueve y media. Lo vi correr a través del parque, con el pelo y las ropas en desorden, lleno de barro, en un estado lamentable. Su rostro estaba mortalmente pálido. Rouletabille y yo estábamos acodados en una ventana de la galería. Nos vio y lanzó hacia nosotros un grito desesperado:

—¡Llego demasiado tarde!...

Rouletabille le gritó:

—¡Está viva!...

Un minuto después el señor Darzac entraba en la habitación de la señorita Stangerson, y a través de la puerta oímos sus sollozos.

—¡Qué fatalidad! —gemía Rouletabille a mi lado—. ¿Pero qué dioses infernales velan por la desgracia de esta familia? ¡Si yo no me hubiera dormido habría salvado a la señorita Stangerson del hombre, y lo habría dejado mudo para siempre... y *el guarda no estaría muerto!*

El señor Darzac vino a reunirse con nosotros. Estaba anegado en lágrimas. Rouletabille le contó todo: cómo él lo había preparado todo para salvarlos a la señorita Stangerson y a él, y cómo lo habría conseguido, alejando al hombre para

siempre «después de haber visto su cara», y cómo su plan se había venido abajo envuelto en sangre a causa del narcótico.

—¡Ah! —dijo en voz baja el joven—. ¡Si usted hubiera tenido realmente confianza en mí, si hubiera dicho a la señorita Stangerson que tuviera confianza en mí!... Pero aquí todos desconfían de todos... La hija desconfía del padre... y la novia desconfía del novio... Mientras usted me decía que hiciera todo lo posible por impedir la llegada del asesino, *¡ella lo preparaba todo para que la asesinaran!*... Y yo llegué demasiado tarde..., medio dormido..., arrastrándome casi a esta habitación, donde la vista de la desgraciada bañada en su sangre me despertó del todo...

Rouletabille contó la escena a petición del señor Darzac. Apoyándose en las paredes para no caer mientras nosotros perseguíamos al asesino por el vestíbulo y el patio, se había dirigido hacia la habitación de la víctima... Las puertas de la antecámara están abiertas; entra; la señorita Stangerson yace inanimada, medio caída sobre la mesa, con los ojos cerrados; su bata está roja de la sangre que corre a mares de su pecho. A Rouletabille, aún bajo la influencia del narcótico, le parece estarse paseando por alguna espantosa pesadilla. Automáticamente vuelve a la galería, abre una ventana, nos anuncia el crimen, nos ordena matar y vuelve a la habitación. Al instante atraviesa el gabinete desierto, entra en el salón, cuya puerta ha quedado entreabierta, sacude al señor Stangerson sobre el canapé en que está tendido y lo despierta como yo lo he despertado a él hace un momento... El señor Stangerson se yergue con ojos extraviados, se deja arrastrar por Rouletabille hasta la habitación, ve a su hija, lanza un grito desgarrador... ¡Ah! ¡Está despierto, está despierto!... Ahora los dos, uniendo sus fuerzas vacilantes, transportan a la víctima a su lecho...

Luego Rouletabille quiere reunirse con nosotros para saber..., «para saber...», pero, antes de dejar la habitación, se detiene cerca de la mesa... Allí, en el suelo, hay un paquete enorme..., un fardo... ¿Qué hace ahí ese paquete al lado de la mesa?... La envoltura de sarga que lo cubre está desatada... Rouletabille se inclina... Papeles..., papeles..., fotografías... Lee: «Nuevo electroscopio condensador diferencial... Propiedades fundamentales de la sustancia intermediaria entre la materia ponderable y el éter imponderable...» Verdaderamente, verdaderamente, ¿qué misterio, qué formidable ironía de la suerte quieren que a la hora en que «alguien» le asesina a su hija, «alguien» venga a restituir al profesor Stangerson todos esos papelotes inútiles, «¡que a la mañana siguiente él arrojará al fuego..., al fuego..., al fuego!»?

Durante la mañana que siguió a aquella horrible noche vimos aparecer otra vez al señor Marquet, su secretario y los gendarmes. Todos fuimos interrogados excepto la señorita Stangerson, naturalmente, la cual se hallaba en un estado próximo al coma. Rouletabille y yo, después de ponernos de acuerdo, no dijimos más que lo que nos

pareció bien decir. Yo me guardé de contar nada acerca de mi estancia en el cuartito oscuro ni de historias de narcóticos. En una palabra, callamos todo lo que podía hacer sospechar que nosotros esperábamos algo, y también todo lo que podía hacer creer que la señorita Stangerson «esperaba al asesino». La desgraciada quizá iba a pagar con su vida el misterio de que rodeaba a su asesino... No nos correspondía a nosotros hacer inútil tamaño sacrificio... Arthur Ranee contó a todo el mundo con mucha puntualidad —con tanta naturalidad que yo estaba estupefacto— que había visto al guarda por última vez hacia las once de la noche. Éste había venido a su habitación, dijo, para hacerse cargo de su maleta, que debía llevar a primera hora de la mañana siguiente a la estación de Saint-Michel, «¡y se había entretenido un buen rato charlando con él de caza y de cazadores furtivos!». Arthur William Ranee, en efecto, iba a dejar el Glandier por la mañana y dirigirse a pie, como de costumbre, a Saint-Michel; también había aprovechado un viaje matinal del guarda al pueblo para librarse de su equipaje. Era este equipaje el que llevaba el hombre verde cuando lo vi salir de la habitación de Arthur Ranee.

Al menos me vi inclinado a pensarlo cuando el señor Stangerson confirmó sus palabras; añadió que la víspera no había tenido el placer de tener a la mesa a su amigo Arthur Ranee porque éste se había despedido ya de su hija y de él hacia las cinco. Arthur Ranee había pedido que le sirvieran simplemente un té en su habitación, alegando estar ligeramente indispuerto.

Bernier, el portero, siguiendo las indicaciones de Rouletabille, informó que aquella noche había sido requerido por el mismo guarda para perseguir a los cazadores furtivos (al fin y al cabo, el guarda no podía contradecirle), que habían quedado citados los dos no lejos del encinar y que, viendo que el guarda no venía, él, Bernier, había salido a su encuentro... Llegaba ya a la altura de la torre, tras haber pasado el portón del patio, cuando vio a un individuo que huía a todo correr por el lado opuesto, hacia el extremo del ala derecha del castillo; en ese mismo momento unos tiros de revólver resonaron detrás del fugitivo; Rouletabille apareció en la ventana de la galería; divisó a Bernier, lo reconoció, le vio la escopeta y le gritó que tirase. Entonces Bernier disparó su escopeta, que ya tenía preparada, y... estaba convencido de que había malherido al fugitivo; incluso llegó a creer que lo había matado, creencia que le había durado hasta el momento en que Rouletabille, al examinar el cuerpo que había caído bajo el tiro de la escopeta, le mostró que ese cuerpo «había sido muerto de una cuchillada»; por lo demás, él seguía sin entender nada de semejante fantasmagoría, teniendo en cuenta que, si el cadáver hallado no era el del fugitivo sobre el que todos habíamos tirado, el fugitivo tenía que estar forzosamente en algún sitio. Ahora bien, en aquel pequeño rincón del patio donde todos nos habíamos reunido en torno al cadáver ¡«no había sitio para otro muerto ni para un vivo» sin que nosotros lo viéramos!

Así habló el tío Bernier. Pero el juez de instrucción le respondió que, mientras estábamos en aquel pequeño espacio de patio, la noche era muy oscura, puesto que no

habíamos podido distinguir el rostro del guarda y, para reconocerlo, tuvimos que transportarlo al vestíbulo... A lo que el tío Bernier replicó que, si no habíamos visto «al otro cuerpo muerto o vivo», al menos tendríamos que haber andado por encima de él, dada la suma estrechez de ese extremo del patio. En fin, sin contar el cadáver, éramos cinco en ese extremo del patio y hubiera sido verdaderamente raro que el otro cuerpo se nos escapara... La única puerta que daba a ese extremo del patio era la de la habitación del guarda y estaba cerrada. Encontramos su llave en el bolso del guarda...

De todos modos, como el razonamiento de Bernier, que a primera vista parecía lógico, conducía a decir que habíamos matado a tiros a un hombre muerto de una cuchillada, el juez de instrucción no perdió más tiempo en ello. Desde el mediodía era evidente para todos que el magistrado estaba convencido de que habíamos dejado escapar «al fugitivo» y que nos habíamos encontrado allí un cadáver que no tenía nada que ver con «nuestro caso». Para él, el cadáver del guarda era un caso distinto. Quiso probarlo sin más dilación, y es probable que «este nuevo caso» respondiera a las ideas que desde hacía unos días se había hecho acerca de las costumbres del guarda, sus amistades y la reciente intriga que mantenía con la mujer del propietario de la venta «La Torre del Homenaje», y corroborase igualmente la información que había debido de recibir en relación con las amenazas de muerte que el tío Mathieu había proferido contra el guarda, pues a la una el tío Mathieu, pese a sus gemidos de reumático y a las protestas de su mujer, fue detenido y conducido a Corbeil debidamente escoltado. Sin embargo, en su casa no descubrieron nada comprometedor; pero una conversación mantenida la misma víspera con unos carreteros, que luego la repitieron, lo comprometía más que si hubieran encontrado en su jergón el cuchillo que había matado al «hombre verde».

Estábamos allí, atontados por tantos acontecimientos tan terribles como inexplicables, cuando, para colmo de la estupefacción de todos, vimos llegar al castillo a Frédéric Larsan, que había salido nada más ver al juez de instrucción y que volvía acompañado de un empleado del ferrocarril.

Estábamos entonces en el vestíbulo con Arthur Ranee, hablando de la culpabilidad o inocencia del tío Mathieu (a decir verdad, sólo Arthur Ranee y yo hablábamos, pues Rouletabille parecía perdido en algún sueño lejano y no se ocupaba en absoluto de lo que decíamos). El juez de instrucción y su secretario se encontraban en el saloncito verde, donde Robert Darzac nos había introducido cuando llegamos al Glandier por primera vez. El tío Jacques, que había sido llamado por el juez, acababa de entrar en el saloncito; Robert Darzac estaba arriba, en la habitación de la señorita Stangerson, con el señor Stangerson y los médicos. Frédéric Larsan entró en el vestíbulo con el empleado del ferrocarril. Rouletabille y yo reconocimos inmediatamente al empleado de la perilla rubia:

—¡Ahí va! ¡El empleado de Epinay-sur-Orge! —grité y mire a Frédéric Larsan, que replicó, sonriendo:

—Sí, sí, tiene usted razón: es el empleado de Epinay-sur-Orge.

Tras esto, Fred mandó al gendarme que estaba a la puerta del salón que lo anunciara al juez de instrucción. En seguida salió el tío Jacques y fueron introducidos Frédéric Larsan y el empleado. Pasaron unos instantes, quizá diez minutos. Rouletabille estaba muy impaciente. Volvió a abrirse la puerta del salón; el gendarme, llamado por el juez de instrucción, entró en el salón, volvió a salir, subió la escalera y volvió a bajarla. Abrió entonces la puerta del salón y, sin cerrarla, dijo al juez de instrucción:

—¡Señor juez, el señor Robert Darzac no quiere bajar!

—¡Cómo que no quiere! —gritó el señor Marquet.

—No. Dice que no puede dejar a la señorita Stangerson en el estado en que se halla...

—Está bien —dijo el señor Marquet—. Pues si no quiere venir, iremos nosotros.

El señor Marquet y el gendarme subieron; el juez de instrucción indicó a Frédéric Larsan y al empleado del ferrocarril que los siguieran. Rouletabille y yo cerrábamos la marcha.

Así llegamos a la galería, ante la puerta de la antecámara de la señorita Stangerson. El señor Marquet llamó a la puerta. Apareció una doncella. Era Sylvie, una criada cuyos cabellos de un rubio sosote le caían desordenadamente sobre un rostro consternado.

—¿Está ahí el señor Stangerson? —preguntó el juez de instrucción.

—Sí, señor.

—Dígale que deseo hablar con él.

Sylvie fue a buscar al señor Stangerson.

El sabio llegó hasta donde estábamos; lloraba; daba pena verlo.

—¿Qué me quiere otra vez? —preguntó al juez—. ¿No podrían dejarme tranquilo en un momento como éste?

—Señor —dijo el juez—, es absolutamente preciso que tenga inmediatamente una entrevista con el señor Robert Darzac. ¿No podría usted convencerlo de que abandonara la habitación de la señorita Stangerson? De lo contrario, me veré obligado a franquear el umbral con todo el aparato de la justicia.

El profesor no respondió; miró al juez, al gendarme y a todos los que los acompañaban como mira una víctima a sus verdugos, y volvió a entrar en la habitación.

En seguida salió Robert Darzac. Estaba muy pálido y descompuesto; pero, cuando el desgraciado vio detrás de Frédéric Larsan al empleado del ferrocarril, su rostro se descompuso más aún; miró con ojos extraviados y no pudo contener un sordo gemido.

Todos captamos el trágico movimiento de aquella fisonomía dolorosa. No pudimos impedir que se nos escapara una exclamación de piedad. Sentimos que estaba pasando entonces algo definitivo que decidía la perdición de Robert Darzac.

Sólo Frédéric Larsan tenía una cara radiante y mostraba la alegría de un perro de caza que, por fin, se ha apoderado de su presa.

El señor Marquet, dirigiéndose al señor Darzac y señalando al joven empleado de la perilla rubia, dijo:

—¿Conoce usted a este señor?

—Lo conozco —dijo Robert Darzac con una voz que en vano intentaba hacer que pareciera firme—. Es un empleado de la Orléans, en la estación de Epinay-sur-Orge.

—Este joven —continuó el señor Marquet— afirma que lo ha visto a usted bajar del tren en Epinay...

—Anoche —terminó el señor Darzac—, a las diez y media... ¡Es verdad!...

Hubo un silencio...

—Señor Darzac... —prosiguió el juez de instrucción con un tono impregnado de dolorosa emoción—. Señor Darzac, ¿qué venía a hacer usted anoche a Epinay-sur-Orge, a unos kilómetros del lugar donde intentaban asesinar a la señorita Stangerson?

El señor Darzac calló. No bajó la cabeza, pero cerró los ojos, ya porque quisiera disimular su dolor, ya porque temiese que se pudiera leer en su mirada algo de su secreto.

—Señor Darzac —insistió el señor Marquet—, ¿puede usted indicarme cómo empleó el tiempo anoche?

El señor Darzac volvió a abrir los ojos. Parecía haber recuperado todo el dominio de sí mismo.

—No, señor...

—Reflexione usted, porque si persiste en su extraña negativa, me verá obligado a retenerlo a mi disposición.

—Me niego...

—¡Señor Darzac! ¡Queda usted detenido en nombre de la ley!...

Apenas había pronunciado el juez estas palabras cuando vi a Rouletabille hacer un movimiento brusco hacia el señor Darzac. Iba ciertamente a hablar, pero éste con un gesto le cerró la boca... Por lo demás, ya el gendarme se acercaba a su prisionero... En ese momento resonó una llamada desesperada:

—¡Robert!... ¡Robert!...

Reconocimos la voz de la señorita Stangerson y, ante aquel acento de dolor, no hubo nadie que no se estremeciera. Hasta Larsan palideció esta vez. En cuanto al señor Darzac, respondiendo a la llamada, se había precipitado ya a la habitación...

El juez, el gendarme y Larsan entraron detrás de él; Rouletabille y yo nos quedamos en el umbral de la puerta. Espectáculo desgarrador: la señorita Stangerson, cuyo rostro tenía la palidez de la muerte, se había incorporado en la cama a pesar de los dos médicos y de su padre... Tendía los brazos temblorosos hacia Robert Darzac, a quien Larsan y el gendarme habían echado mano... Sus ojos estaban enormemente abiertos..., veía..., comprendía... Pareció que su boca iba a murmurar una palabra..., una palabra que expiró en sus labios exangües..., una palabra que nadie oyó..., y

volvió a caer desvanecida... Llevaron rápidamente a Darzac fuera de la habitación... Mientras esperábamos un coche que Larsan había ido a buscar, nos detuvimos en el vestíbulo. Todos estábamos extremadamente emocionados. Al señor Marquet se le saltaban las lágrimas. Rouletabille aprovechó ese momento de enternecimiento general para decir al señor Darzac:

—¿No va a defenderse usted?

—¡No! —replicó el prisionero.

—Entonces lo defenderé yo...

—No puede usted... —afirmó el desgraciado con una pobre sonrisa—. Lo que no hemos podido hacer la señorita Stangerson y yo no lo hará usted.

—Sí, yo lo haré.

Y la voz de Rouletabille era extrañamente tranquila y confiada. Continuó:

—Yo lo haré, señor Robert Darzac, porque *¡yo sé mucho más que usted!*

—¡Vamos, ande! —murmuró Darzac casi con cólera.

—¡Oh, esté usted tranquilo! No sabré más que lo que sea necesario saber *para salvarlo*.

—*No hay nada que saber, joven...*, si es que quiere tener derecho a mi agradecimiento.

Rouletabille movió la cabeza. Se aproximó hasta estar al lado, al lado de Darzac:

—¡Escuche lo que voy a decirle... —dijo en voz baja—, y que ello le dé confianza! Usted no sabe más que el nombre del asesino; la señorita Stangerson *sólo conoce la mitad del asesino; ¡pero yo, yo conozco las dos mitades; yo conozco al asesino entero!*...

Robert Darzac abrió unos ojos que atestiguaban que no comprendía una palabra de lo que acababa de decirle Rouletabille. Entre tanto, llegó el coche, conducido por Frédéric Larsan. Hicieron subir a Darzac y al gendarme. Larsan se quedó en el pescante. Llevaron al prisionero a Corbeil.

Capítulo 25

Rouletabille se va de viaje

Aquella misma tarde Rouletabille y yo abandonamos el Glandier. Estábamos muy contentos: aquel lugar ya no tenía nada que pudiera retenernos. Yo declaré que renunciaba a penetrar en tal cantidad de misterios, y Rouletabille, dándome una palmada amistosa en el hombro, me dijo que ya no tenía nada que hacer en el Glandier, porque el Glandier le había enseñado todo lo que había que saber. Llegamos a París hacia las ocho. Cenamos rápidamente, y luego, cansados, nos separamos, quedando citados en mi casa para la mañana siguiente.

A la hora convenida entró Rouletabille en mi habitación. Iba vestido con un traje a cuadros de paño inglés, llevaba un abrigo al brazo, una visera en la cabeza y un bolso en la mano. Me dijo que se iba de viaje.

—¿Cuánto tiempo estará usted fuera? —le pregunté.

—Un mes o dos —dijo—. Depende...

Yo no me atrevía a interrogarlo...

—¿Sabe usted —me dijo— cuál es la palabra que la señorita Stangerson pronunció ayer antes de desvanecerse..., mirando al señor Robert Darzac?...

—No, nadie la oyó...

—¡Sí, yo! —replicó Rouletabille—. Ella le decía: «¡Habla!»

—¿Y hablará el señor Darzac?

—¡Jamás!

Yo hubiera querido prolongar la entrevista, pero él me estrechó fuertemente la mano, deseándome que lo pasara bien, y sólo tuve tiempo de preguntarle:

—¿No teme usted que, durante su ausencia, se cometan nuevos atentados?

—Desde que el señor Darzac está en la cárcel —dijo—, ya no temo ninguna cosa de esa clase.

Tras esta frase extraña, me dejó. Ya no iba a volver a verlo hasta el momento del proceso Darzac, en la sala de audiencias, cuando compareció ante el Tribunal para «explicar lo inexplicable».

Capítulo 26

Donde Joseph Rouletabille es esperado con impaciencia

El 15 de enero siguiente, es decir, dos meses y medio después de los trágicos acontecimientos que acabo de referir, *L'Epoque* publicaba en primera página el sensacional artículo siguiente:

El jurado de Seine-et-Oise ha sido llamado hoy para juzgar uno de los casos más misteriosos que se hayan dado en los anales judiciales. Jamás proceso alguno ha presentado tantos puntos oscuros, incomprensibles, inexplicables. Y, sin embargo, la acusación no ha dudado en hacer sentar en el banquillo de los acusados a un hombre respetado, estimado, amado por todos los que lo conocen, un joven sabio, esperanza de la ciencia francesa, cuya existencia entera ha sido un modelo de trabajo y probidad. Cuando París se enteró de la detención de Robert Darzac, en todas partes se elevó un grito unánime de protesta. La Sorbona en pleno, deshonrada por el gesto inaudito del juez de instrucción, proclamó su fe en la inocencia del novio de la señorita Stangerson. El mismo señor Stangerson atestiguó abiertamente el error en que se había extraviado la justicia, y nadie duda que si la víctima pudiera hablar vendría a reclamar a los doce miembros del jurado de Seine-et-Oise al hombre que ella quería hacer su esposo y que la acusación quiere enviar al cadalso. Esperemos que un día no lejano la señorita Stangerson recobre la razón, que ha naufragado momentáneamente en el horrible misterio del Glandier. ¿Quieren ustedes que vuelva a perderla cuando se entere de que el hombre que amaba ha muerto a manos del verdugo? Esta pregunta va dirigida al jurado, «con el que nos proponemos hablar hoy mismo».

Estamos decididos, en efecto, a no permitir que doce hombres honrados cometan un abominable error judicial. Ciertamente, unas coincidencias terribles, unas huellas acusadoras, un silencio inexplicable por parte del acusado, un empleo enigmático del tiempo y la ausencia de toda coartada han podido acarrear la convicción del ministerio fiscal, que, «habiendo buscado en vano la verdad en otras partes», ha resuelto encontrarla ahí. Los cargos son en apariencia tan abrumadores para Robert Darzac, que es preciso excusar que incluso un policía tan sagaz, tan inteligente y generalmente tan afortunado como Frédéric Larsan se haya dejado cegar por ellos. Hasta el momento, todo

A la cabecera del artículo habían colocado el retrato de Rouletabille.

* * *

Los parisinos que se dirigieron aquel día a Versalles para asistir al proceso llamado del «Misterio del Cuarto Amarillo» ciertamente no habrán olvidado la increíble muchedumbre que se atropellaba en la estación de Saint-Lazare. No había sitio en los trenes y tuvieron que improvisar convoyes suplementarios. El artículo de *L'Epoque* había soliviantado a todo el mundo, excitado todas las curiosidades, llevado hasta la exasperación la pasión por las discusiones. Entre los partidarios de Joseph Rouletabille y los fanáticos de Frédéric Larsan se intercambiaron puñetazos, pues, cosa extraña, la fiebre de la gente procedía no tanto del hecho de que quizá se fuera a condenar a un inocente cuanto del interés que ponían en la propia comprensión del «Misterio del Cuarto Amarillo». Cada uno tenía su explicación y la daba por buena. Todos los que explicaban el crimen como Frédéric Larsan no admitían que se pudiera poner en duda la perspicacia del popular policía, y todos los otros, los que tenían una explicación diferente a la de Frédéric Larsan, naturalmente pretendían que debía de ser la de Joseph Rouletabille, que no conocían aún. Con el número de *L'Epoque* en la mano, los «Larsan» y los «Rouletabille» disputaron y se pelearon hasta en los escalones del palacio de justicia de Versalles, hasta dentro de la sala de audiencias. La innumerable muchedumbre que no pudo entrar en el palacio se quedó toda la tarde en los alrededores del edificio, contenida a duras penas por la tropa y la policía, ávida de noticias, acogiendo los rumores más fantásticos. Por un momento, circuló la voz de que acababan de detener en plena audiencia al mismo señor Stangerson, que había confesado ser el asesino de su hija... Era de locura. El nerviosismo había llegado al colmo. Y seguían esperando a Rouletabille. Ciertas gentes pretendían conocerlo y reconocerlo, y, cuando un joven provisto de un pase atravesaba el sitio libre que separaba a la muchedumbre del palacio de justicia, se producían empujones. Se aplastaban. Gritaban: «¡Rouletabille! ¡Ahí está Rouletabille!» Unos testigos que se parecían más o menos vagamente al retrato publicado por *L'Epoque* fueron también aclamados. La llegada del director de *L'Epoque* fue asimismo la señal de algunas manifestaciones. Unos aplaudieron. Otros silbaron. Había muchas mujeres entre la muchedumbre.

* * *

En la sala de audiencias el proceso se desarrollaba bajo la presidencia del señor de Rocoux, un magistrado imbuido de todos los prejuicios de la gente de toga, pero en el fondo honrado.

Habían llamado a los testigos. Yo estaba entre ellos, naturalmente, así como todos

los que, de cerca o de lejos, habían tocado los misterios del Glandier: el señor Stangerson, envejecido diez años, desconocido; Larsan; Arthur W. Ranee, con la cara siempre colorada; el tío Jacques; el tío Mathieu, que fue llevado con las esposas en las manos, entre dos gendarmes; la señora Mathieu, bañada en lágrimas; los Bernier; las dos enfermeras; el mayordomo; todos los criados del castillo; el empleado de correos de la oficina número 40; el empleado del ferrocarril de Epinay; algunos amigos del señor y de la señorita Stangerson, y todos los testigos de descargo de Robert Darzac. Yo tuve la suerte de ser oído entre los primeros testigos, lo que me permitió asistir a casi todo el proceso.

No necesito decirles lo apretujados que estábamos en la sala. Había abogados sentados hasta en los peldaños del «tribunal» y, detrás de los magistrados de toga roja, estaban representadas todas las autoridades judiciales de los alrededores. Robert Darzac apareció en el banco de los acusados, entre los gendarmes, tan tranquilo, alto y tan hermoso, que un murmullo de admiración más que de compasión lo acogió. En seguida se inclinó hacia su abogado, el letrado Henri-Robert, que, asistido por su primer secretario, el letrado André Hesse, entonces principiante, había comenzado ya a hojear su expediente.

Muchos esperaban que el señor Stangerson fuera a estrechar la mano del acusado; pero tuvo lugar la llamada de los testigos y todos abandonaron la sala sin que se produjera aquella demostración sensacional. En el momento en que los miembros del jurado ocuparon su sitio, notamos que parecían sumamente interesados por una rápida entrevista que el letrado Henri-Robert había tenido con el director de *L'Epoque*. Éste fue en seguida a colocarse en la primera fila del público. Algunos se extrañaron de que no acompañara a los testigos a la sala reservada para ellos.

La lectura del acta de acusación concluyó como casi siempre, sin incidentes. No voy a relatar aquí el largo interrogatorio que sufrió el señor Darzac. Él respondió de la forma más natural y más misteriosa a la vez. «Todo lo que podía decir» pareció natural, todo lo que calló pareció terrible para él, incluso a los ojos de los que «presentían» su inocencia. Su silencio acerca de los puntos que ya conocemos se volvió contra él y parecía indudable que ese silencio iba fatalmente a aplastarlo. Resistió a las amonestaciones del presidente y del ministerio público. Le dijeron que, en tal circunstancia, callarse equivalía a la muerte.

—Está bien —dijo—. Pues la sufriré. ¡Pero soy inocente!

Con esa habilidad prodigiosa que le ha dado fama, y aprovechando el incidente, el letrado Henri-Robert intentó engrandecer el carácter de su cliente por el hecho mismo de su silencio, haciendo alusión a ciertos deberes morales que sólo las almas heroicas son capaces de imponerse. El eminente abogado sólo consiguió convencer por completo a los que conocían al señor Darzac, pero los otros permanecieron indecisos. Se suspendió la audiencia, luego comenzó el desfile de los testigos y Rouletabille seguía sin aparecer. Cada vez que se abría una puerta, todos los ojos se dirigían hacia esa puerta, luego se volvían hacia el director de *L'Epoque*, que permanecía impassible

en su sitio. Finalmente vimos que se metía la mano en el bolsillo y «sacaba una carta». Un gran rumor acompañó ese gesto.

No es mi intención recordar aquí todos los incidentes del proceso. Ya he hablado largo y tendido de todas las etapas del caso para no imponer a los lectores un nuevo desfile de los acontecimientos rodeados de su misterio. Tengo prisa por llegar al momento verdaderamente dramático de aquella jornada inolvidable. Este sobrevino cuando el letrado Henri-Robert hacía algunas preguntas al tío Mathieu, que, en la barra de los testigos, entre sus dos gendarmes, negaba haber asesinado al «hombre verde». Llamaron a su mujer y fue careada con él. Ella confesó, estallando en sollozos, que había sido «la amiga» del guarda y que su marido lo había sospechado; pero afirmó también que su marido no tenía nada que ver con el asesinato de «su amigo». El letrado Henri-Robert solicitó entonces del Tribunal que permitiera oír inmediatamente a Frédéric Larsan sobre este punto.

—En una breve conversación que acabo de tener con Frédéric Larsan durante la suspensión de la audiencia —declaró el abogado—, me ha dado a entender que la muerte del guarda podía explicarse de modo distinto sin la intervención del tío Mathieu. Sería interesante conocer la hipótesis de Frédéric Larsan.

Frédéric Larsan fue introducido. Se explicó con mucha claridad:

—Yo no veo —dijo— la necesidad de hacer intervenir al tío Mathieu en todo esto. Ya se lo he dicho al señor Marquet, pero los propósitos asesinos de ese hombre evidentemente lo han perjudicado en el ánimo del señor juez de instrucción. Para mí, el asesinato de la señorita Stangerson y el asesinato del guarda «son el mismo caso». Disparamos contra el asesino de la señorita Stangerson cuando huía por el patio; puede que creyéramos haberlo dado, puede que creyéramos haberlo matado; la verdad es que no hizo más que tropezar en el momento en que desaparecía tras el ala derecha del castillo. Allí el asesino se encontró con el guarda, que, sin duda, quiso oponerse a su fuga. El asesino tenía aún en la mano el cuchillo con el que acababa de herir a la señorita Stangerson; hirió al guarda en el corazón, y el guarda murió.

Esta explicación tan sencilla pareció tanto más plausible cuanto que ya habían dado con ella muchos de los que se interesaban por los misterios del Glandier. Se dejó oír un murmullo de aprobación.

—Y, en ese caso, ¿qué fue del asesino? —preguntó el presidente.

—Evidentemente, se escondió en un rincón oscuro de ese extremo del patio, señor presidente, y, en cuanto se marcharon las gentes del castillo que llevaban el cuerpo, pudo huir tranquilamente.

En ese momento, del fondo del «público de pie», se elevó una voz juvenil. En medio del estupor de todos, dijo:

—Estoy de acuerdo con Frédéric Larsan en lo que respecta a la cuchillada en el corazón. ¡Pero no estoy de acuerdo con él «en la manera como el asesino huyó del extremo del patio»!

Todo el mundo se volvió; los ujieres se precipitaron ordenando silencio. El

presidente preguntó con irritación quién había levantado la voz y ordenó la expulsión inmediata del intruso; pero volvió a oírse la misma voz clara que gritaba:

—¡Soy yo, señor presidente, soy yo, Joseph Rouletabille!

Capítulo 27

Donde Joseph Rouletabille aparece en toda su gloria

Hubo un alboroto terrible. Se oyeron gritos de mujeres que no se encontraban bien. No hubo ninguna consideración para con «la majestad de la justicia». Fue un revuelo insensato. Todo el mundo quería ver a Joseph Rouletabille. El presidente gritó que iba a mandar despejar la sala, pero nadie lo oyó. Entre tanto, Rouletabille saltó por encima de la balaustrada que lo separaba del público sentado, se abrió camino a fuerza de codazos, llegó al lado de su director, al que abrazó con efusión, le quitó «su» carta de las manos, la deslizó en su bolsillo, penetró en la parte reservada de la sala y llegó así hasta la barra de los testigos, empujado, empujando, el rostro sonriente, feliz, bola escarlata iluminada aún más por la chispa inteligente de sus dos grandes ojos redondos. Traía aquel traje inglés que le había visto la mañana de su partida —¡pero en qué estado, Dios mío!—, el abrigo al brazo y la visera de viaje en la mano. Y dijo:

—Le pido perdón, señor presidente: el transatlántico ha llegado con retraso. Vengo de América. ¡Soy Joseph Rouletabille!...

Rompimos a reír. Todo el mundo estaba contento con la llegada del muchacho. Parecía que a todas las conciencias se les había quitado de encima un peso inmenso. Respiramos. Teníamos la certeza de que realmente traía la verdad..., de que iba a dar a conocer la verdad...

Pero el presidente estaba furioso:

—Así que es usted Joseph Rouletabille, ¿eh?... —replicó el presidente—. Muy bien, jovencito, ya le enseñaré yo a burlarse de la justicia... En virtud de mi poder discrecional, y mientras el Tribunal delibera sobre su caso, queda usted a disposición de la justicia...

—Pero si yo no pido más que eso, señor presidente: estar a disposición de la justicia..., he venido a ponerme a disposición de la justicia... Si mi entrada ha armado un poco de jaleo, pido perdón al Tribunal... Créame, señor presidente, que nadie respeta a la justicia más que yo... Pero he entrado como he podido...

Y se echó a reír. Y todo el mundo rió.

—¡Llévenselo! —ordenó el presidente.

Pero intervino el letrado Henri-Robert. Comenzó excusando al joven, lo presentó animado de los mejores sentimientos, hizo comprender al presidente que difícilmente podían pasarse sin la declaración de un testigo que había dormido en el Glandier durante toda la misteriosa semana, un testigo, sobre todo, que pretendía probar la

inocencia del acusado y aportar el nombre del asesino.

—¿Va a decirnos usted el nombre del asesino? —preguntó el presidente, agitado pero escéptico.

—¡Pero si no he venido más que a eso, señor presidente! —dijo Rouletabille.

Estuvieron a punto de aplaudir en la sala, pero los ¡chist! enérgicos de los ujieres restablecieron el silencio.

—Joseph Rouletabille —dijo el letrado Henri-Robert— no ha sido oficialmente citado como testigo, pero espero que, en virtud de su poder discrecional, el señor presidente tendrá a bien interrogarlo.

—¡Está bien! —dijo el presidente—. Lo interrogaremos. Pero acabemos de una vez...

El fiscal se levantó:

—Quizá valdría más —advirtió el representante del ministerio público— que este joven nos dijera en seguida el nombre del que él denuncia como asesino.

El presidente asintió con una irónica reserva:

—Si el señor fiscal concede alguna importancia a la declaración de Joseph Rouletabille, no veo inconveniente en que el testigo nos diga en seguida el nombre de «su» asesino.

Se hubiera podido oír volar una mosca.

Rouletabille callaba, mirando con simpatía a Robert Darzac, que, por primera vez desde el comienzo del debate, mostraba un rostro agitado y lleno de angustia.

—Bueno —repitió el presidente—, le escuchamos, señor Joseph Rouletabille. Estamos esperando el nombre del asesino.

Rouletabille buscó tranquilamente en el bolsillo de su chaleco, sacó un enorme reloj de bolsillo y, mirando la hora, dijo:

—Señor presidente, no podré decirle el nombre del asesino hasta las seis y media. ¡Tenemos todavía cuatro buenas horas por delante!

Se oyeron en la sala murmullos de sorpresa y contrariedad. Algunos abogados dijeron en voz alta:

—¡Está tomándonos el pelo!

El presidente parecía encantado; los letrados Henri-Robert y André Hesse estaban molestos.

El presidente dijo:

—Ya ha durado bastante la broma. Señor, puede usted retirarse a la sala de los testigos. Queda usted a nuestra disposición.

Rouletabille protestó:

—¡Le aseguro, señor presidente —gritó con su voz aguda y chillona—, le aseguro que, cuando le haya dicho el nombre del asesino, *comprenderá que no podía decirselo antes de las seis y media!* ¡Palabra de honor, palabra de Rouletabille!... Pero, entre tanto, siempre puedo darle algunas explicaciones acerca del asesinato del guarda... El señor Frédéric Larsan, que me vio «trabajar» en el Glandier, podría decirle con cuánto cuidado estudié todo este caso. Por más que mi parecer sea contrario al suyo y aun pretendiendo que al detener al señor Robert Darzac hizo detener a un inocente, él no duda de mi buena fe ni de la importancia que hay que conceder a mis descubrimientos, que frecuentemente han corroborado los suyos.

Frédéric Larsan dijo:

—Señor presidente, sería interesante oír al señor Joseph Rouletabille; tanto más interesante cuanto que no opina como yo.

Un murmullo de aprobación acogió las palabras del policía. Él aceptaba el reto como buen jugador. Prometía ser curioso el torneo entre aquellas dos inteligencias que se habían cebado en el mismo trágico problema y que habían llegado a dos soluciones diferentes.

Como el presidente se callaba, Frédéric Larsan continuó:

—Así que estamos de acuerdo en lo que respecta a la cuchillada en el corazón que dio al guarda el asesino de la señorita Stangerson; pero, puesto que no estamos de acuerdo en la cuestión de la huida del asesino «en el extremo del patio», sería curioso saber cómo explica el señor Rouletabille esa huida.

—¡Evidentemente —dijo mi amigo— sería curioso!

Toda la sala rompió a reír otra vez. El presidente declaró en seguida que, si volvía a repetirse un hecho semejante, no dudaría en cumplir su amenaza de hacer despejar la sala.

—Realmente —terminó el presidente—, no veo lo que puede hacer reír en un caso como éste.

—¡Yo tampoco! —dijo Rouletabille.

Delante de mí hubo quien se hundió el pañuelo en la boca para no prorrumpir en carcajadas...

—Vamos, joven —dijo el presidente—, ya ha oído usted lo que acaba de decir el señor Frédéric Larsan. Según usted, ¿cómo huyó el asesino del «extremo del patio»?

* * *

Rouletabille miró a la señora Mathieu, que le sonrió tristemente.

—Puesto que la señora Mathieu —dijo— ha tenido a bien confesar todo el interés que sentía por el guarda...

—¡La muy zorra! —gritó el tío Mathieu.

—¡Llévense al tío Mathieu! —ordenó el presidente.

Se llevaron al tío Mathieu.

Rouletabille prosiguió:

—... Puesto que ha hecho esa confesión, ya puedo decirle que ella tenía con frecuencia conversaciones con el guarda por la noche, en el primer piso de la torre, en una habitación que fue oratorio en otras épocas. Estas conversaciones fueron frecuentes sobre todo en los últimos tiempos, cuando el tío Mathieu estaba clavado en el lecho por sus reumas.

»Una inyección de morfina administrada a tiempo daba al tío Mathieu calma y reposo, y tranquilizaba a su esposa durante las horas en que se veía obligada a ausentarse. La señora Mathieu iba al castillo por la noche, envuelta en un gran chal

negro, que le servía dentro de lo posible para disimular su personalidad y la hacía parecer un sombrío fantasma, que a veces turbó las noches del tío Jacques. Para avisar a su amigo de su presencia, la señora Mathieu se sirvió del maullido siniestro del gato de la tía Agenoux, una vieja bruja de Sainte-Geneviève-des-Bois; el guarda bajaba en seguida de la torre e iba a abrir la pequeña poterna a su amante. Cuando hace poco se emprendieron las reparaciones de la torre, las citas siguieron sucediéndose en la antigua habitación del guarda, en la misma torre, dado que la nueva habitación que momentáneamente habían asignado al desgraciado servidor en la extremidad del ala derecha del castillo no estaba separada de la pareja del mayordomo y la cocinera más que por un tabique excesivamente delgado.

»La señora Mathieu acababa de dejar al guarda perfectamente sano, cuando ocurrió el drama del «pequeño extremo del patio». La señora Mathieu y el guarda, no teniendo ya nada que decirse, habían salido juntos de la torre... Yo, señor presidente, no supe estos detalles más que por el examen de las huellas de pasos en el patio a que me dediqué a la mañana siguiente... Bernier, el portero, a quien yo había dejado vigilando con su escopeta detrás de la torre, *como le permitiré que le explique a usted él mismo*, no podía ver lo que pasaba en el patio. No llegó hasta un poco más tarde, atraído por los tiros, y disparó a su vez. Tenemos, pues, al guarda y a la señora Mathieu en medio de la noche y el silencio del patio. Se dan las buenas noches; la señora Mathieu se dirige hacia la verja abierta del patio y él vuelve a acostarse a su cuartito en voladizo, en el extremo del ala derecha del castillo.

»Va a llegar a su puerta, cuando resuenan unos tiros; se vuelve; inquieto, vuelve sobre sus pasos; va a llegar al ángulo del ala derecha del castillo, cuando una sombra cae sobre él y lo hiere. Muere. Su cadáver es recogido en seguida por unas gentes que creen tener al asesino y que no llevan más que al asesinado. ¿Qué hace entre tanto la señora Mathieu? Sorprendida por las detonaciones y por la invasión del patio, se encoge todo lo que puede en la oscuridad y en el patio. El patio es vasto, y, encontrándose cerca de la verja, la señora Mathieu podía pasar desapercibida. Pero no «pasó». Se quedó y vio transportar el cadáver. Con el corazón oprimido por una angustia muy comprensible y empujada por un trágico presentimiento, llegó hasta el vestíbulo del castillo, echó una ojeada a la escalera iluminada por el cabo de vela del tío Jacques, la escalera donde habían tendido el cuerpo de su amigo; «vio» y huyó. ¿Había despertado la atención del tío Jacques? El caso es que éste se encontró con el fantasma negro, que ya le había hecho pasar varias noches en blanco.

»Esa misma noche, antes del crimen, lo habían despertado los gritos del «Animalito de Dios» y había visto, a través de su ventana, al fantasma negro... Se vistió a toda prisa, y así se explica que pudiera llegar al vestíbulo completamente vestido cuando llevamos el cadáver del guarda. Aquella noche, pues, en el patio, de una vez por todas, sin duda quiso ver de cerca la cara del fantasma. La reconoció. El tío Jacques es un viejo amigo de la señora Mathieu. ¡Ella debió de confesarle sus entrevistas nocturnas y suplicarle que la sacara de aquel momento difícil! La señora

Mathieu, que acababa de ver a su amigo muerto, debía de estar en un estado lastimoso. El tío Jacques tuvo piedad y acompañó a la señora Mathieu a través del encinar y fuera del parque, incluso más allá de las orillas del estanque, hasta la carretera de Epinay. Ya allí, ella no tenía que andar más que unos pocos metros para llegar a su casa. El tío Jacques volvió al castillo y, dándose cuenta de la importancia judicial que tendría para la amante del guarda el hecho de que se ignorase su presencia en el castillo aquella noche, hizo todo lo que pudo por ocultar ese episodio dramático de una noche que ya tenía tantos. No tengo necesidad —añadió Rouletabille— de pedir a la señora Mathieu y al tío Jacques que corroboren este relato. ¡«Sé» que las cosas pasaron así! Simplemente haré una llamada a los recuerdos del señor Larsan, que ya comprende cómo me enteré de todo, pues él me vio a la mañana siguiente inclinado sobre una doble pista, donde encontramos, viajando en compañía, las huellas de los pasos del tío Jacques y de la señora.

Al llegar aquí, Rouletabille se volvió hacia la señora Mathieu, que seguía en la barra, y le hizo un saludo galante.

—Las huellas de los pies de la señora —explicó Rouletabille— tienen una extraña semejanza con las marcas de los «pies elegantes» del asesino...

La señora Mathieu se estremeció y miró fijamente al joven reportero con una curiosidad feroz. ¿Qué osaría decir? ¿Qué quería decir?

—La señora tiene el pie elegante, largo y más bien un poco grande para una mujer. Excepto en la punta del botín, es el pie del asesino...

Hubo algunos movimientos entre el auditorio. Rouletabille, con un gesto, los hizo cesar. Verdaderamente, se hubiera dicho que era él quien mandaba ahora la policía de la audiencia.

—Me apresuro a decir que esto no significa gran cosa y que un policía que edificase un sistema sobre señales exteriores semejantes, *sin rodearlo de una idea general*, iría a parar de rondón al error judicial! También el señor Robert Darzac tiene los pies del asesino, ¡y, sin embargo, *no es el asesino!*

Nuevos movimientos.

El presidente preguntó a la señora Mathieu:

—Señora, ¿es así como pasaron las cosas aquella noche?

—Sí, señor presidente —respondió ella—. Es como para creer que el señor Rouletabille estaba detrás de nosotros.

—¿Así que vio usted huir al asesino hasta el extremo del ala derecha?

—Sí, como también vi llevar, un minuto más tarde, el cadáver del guarda.

—¿Y qué fue del asesino? Usted se quedó sola en el patio, y es natural que usted lo hubiera visto entonces... Él ignoraba su presencia, y para él era el momento de escaparse...

—No vi nada, señor presidente —gimió la señora Mathieu—. En ese momento la noche se había puesto muy oscura.

—Entonces —dijo el presidente— será el señor Rouletabille quien nos explicará

cómo huyó el asesino.

—¡Evidentemente! —replicó en seguida el joven con tal seguridad, que el presidente mismo no pudo evitar una sonrisa...

Y Rouletabille prosiguió:

—¡Era imposible que el asesino pudiera huir normalmente del extremo del patio en que había entrado sin que nosotros lo viéramos! ¡Si no lo hubiéramos visto, lo habríamos tocado! Es un cachito de patio de nada y menos, un cuadrado rodeado de fosos y de altas verjas. ¡El asesino habría tenido que andar por encima de nosotros o nosotros por encima de él! ¡Ese cuadrado estaba materialmente cerrado por los fosos, las verjas y *por nosotros mismos*, casi tanto como el «Cuarto Amarillo»!

—¡Pues díganos entonces, ya que el hombre entró en ese cuadrado, díganos entonces cómo es que no lo encontraron!... ¡Hace ya media hora que no estoy preguntándole más que eso!...

Rouletabille sacó otra vez el reloj que rellenaba el bolsillo de su chaleco, le echó una mirada tranquila y dijo:

—Señor presidente, todavía puede usted preguntármelo durante tres horas y media; sobre ese punto no podré responderle hasta las seis y media.

Esta vez los murmullos no fueron hostiles ni decepcionados. La gente empezaba a tener confianza en Rouletabille. «Se fiaban de él». Y se divertían con esa pretensión de fijar una hora al presidente como si fijara una cita a un compañero.

El presidente, después de haberse preguntado si debía enfadarse, decidió divertirse con el muchacho como todo el mundo. Rouletabille derramaba simpatía y el presidente estaba ya completamente impregnado. Por último, había definido con tanta claridad el papel de la señora Mathieu en el caso y había explicado tan bien cada uno de sus pasos «aquella noche», que el señor Rocoux se veía obligado a tomarlo casi en serio.

—Bueno, señor Rouletabille —dijo—, ¡sea como usted quiera! ¡Pero no quiero volver a verlo antes de las seis y media!

Rouletabille saludó al presidente y, meneando su gorda cabeza, se dirigió a la puerta de los testigos.

* * *

Su mirada me buscaba. No me vio. Entonces yo me desprendí suavemente de la muchedumbre que me apretaba, y salí de la sala de la audiencia casi al mismo tiempo que Rouletabille. Este excelente amigo me acogió con efusión. Estaba contento y locuaz. Me zarandeaba las manos con júbilo. Le dije:

—No voy a preguntarle, mi querido amigo, qué ha ido a hacer a América. Sin duda me replicaría, como al presidente, que no puede responderme hasta las seis y media...

—¡No, querido Sainclair, no, querido Sainclair! Voy a decirle en seguida lo que

he ido a hacer a América, porque usted es un amigo: ¡he ido a buscar *el nombre de la segunda mitad del asesino!*

—Verdaderamente, verdaderamente, el nombre de la segunda mitad...

Exactamente. Cuando dejamos el Glandier por última vez, conocía las dos mitades del asesino y el nombre de una de las mitades. He ido a América a buscar el nombre de la otra mitad...

En ese momento entramos en la sala de los testigos. Todos se acercaron a Rouletabille con grandes demostraciones. El reportero fue muy amable, excepto con Arthur Ranee, al que manifestó una frialdad notable. Frédéric Larsan entró entonces en la sala, y Rouletabille fue hacia él, administrándole uno de esos apretones de mano cuyo doloroso secreto poseía y de los que sale uno con las falanges trituradas. Para mostrarle tanta simpatía, Rouletabille debía de estar muy seguro de habérsela jugado. Larsan sonreía, seguro de sí mismo, y le preguntaba a su vez qué había ido a hacer a América. Entonces Rouletabille, muy amable, lo tomó del brazo y le contó diez anécdotas de su viaje. En cierto momento se alejaron hablando de cosas más serias y, por discreción, los dejé. Además, yo tenía mucha curiosidad por volver a la sala de audiencia, donde continuaba el interrogatorio de los testigos. Volví a mi sitio y en seguida pude comprobar que el público concedía sólo una importancia relativa a lo que pasaba entonces en la sala, y que esperaba impacientemente las seis y media.

* * *

Dieron las seis y media y Joseph Rouletabille fue introducido de nuevo. Sería imposible describir la emoción con que la muchedumbre lo siguió con los ojos hasta la barra. Nadie respiraba. Robert Darzac se había levantado en su banco. Estaba «pálido como un muerto».

El presidente dijo con gravedad:

—No voy a hacerle prestar juramento. Usted no ha sido citado oficialmente. Pero supongo que no hay necesidad de explicarle toda la importancia que tienen las palabras que va a pronunciar usted aquí...

Y añadió, amenazante:

—Toda la importancia que tienen esas palabras... ¡para usted, si no para los demás!...

Rouletabille lo miraba sin mostrarse emocionado en absoluto. Dijo:

—¡Sí, señor!

—Veamos —dijo el presidente—. Hablábamos hace un rato de ese pequeño extremo del patio que sirvió de refugio al asesino, y usted nos prometió decirnos a las seis y media cómo huyó el asesino de ese extremo del patio y también el nombre del asesino. ¡Son las seis y treinta y cinco, señor Rouletabille, y todavía no sabemos nada!

—¡Vamos allá, señor! —comenzó mi amigo en medio de un silencio tan solemne

que no recuerdo haber «visto» otro parecido—. Ya le he dicho que ese extremo del patio estaba cerrado y que era imposible que el asesino se escapara de ese cuadrado sin que los que lo buscaban se dieran cuenta. Ésa es la verdad exacta. *Cuando estábamos allí, en el cuadrado del extremo del patio, ¡el asesino estaba todavía con nosotros!*

—¡Y ustedes no lo vieron!... Eso es lo que pretende la acusación...

—¡Y todos lo vimos, señor presidente! —gritó Rouletabille.

—¡Y no lo detuvieron!...

—Sólo yo sabía que él era el asesino. ¡Y yo necesitaba que el asesino no fuera detenido inmediatamente! Y además ¡en ese momento no tenía más pruebas que «la razón»! ¡Sí, sólo la razón me probaba que el asesino estaba allí y que estábamos viéndolo! Me he tomado mi tiempo para aportar hoy, en este Tribunal, *una prueba irrefutable, y doy mi palabra de que satisfará a todo el mundo.*

—¡Pero hable, hombre, hable! Díganos el nombre del asesino... —dijo el presidente.

—Lo encontrará usted entre los nombres de los que estaban en el extremo del patio —replicó Rouletabille, el cual no parecía tener ninguna prisa...

La gente comenzaba a impacientarse en la sala...

—¡El nombre, el nombre! —murmuraban...

Rouletabille, con un tono que merecía bofetadas, dijo:

—Señor presidente, si estoy dando largas a mi declaración es porque tengo razones para ello...

—¡El nombre, el nombre! —repetía la muchedumbre.

—¡Silencio! —chilló el ujier.

El presidente dijo:

—¡Es preciso que nos diga inmediatamente el nombre! Los que se encontraban en el extremo del patio eran: el guarda, muerto. ¿Es él el asesino?

—No, señor.

—¿El tío Jacques?...

—No, señor.

—¿Bernier, el portero?

—No, señor...

—¿El señor Sainclair?

—No, señor...

—¿Entonces el señor Arthur William Ranee? ¡Ya no quedan más que el señor Arthur William Ranee y usted! Usted no es el asesino, ¿no?

—¡No, señor!

—Entonces ¿acusa usted al señor Arthur Ranee?

—¡No, señor!

—¡No entiendo nada!... ¿Dónde quiere usted ir a parar?... No había nadie más en el extremo del patio.

—¡Sí, señor!... *No había nadie en el extremo del patio, ni tampoco debajo, pero había alguien encima, alguien asomado a la ventana que da al extremo del patio...*

—¡Frédéric Larsan! —gritó el presidente.

—¡Frédéric Larsan! —respondió con clamorosa voz Rouletabille.

Y, volviéndose hacia el público, que ya manifestaba sus protestas, les lanzó estas palabras con una fuerza de que no le creía capaz:

—¡Frédéric Larsan, el asesino!

* * *

Un clamor en que se expresaban el asombro, la consternación, la indignación, la incredulidad y en algunos el entusiasmo por aquel jovencito tan audaz como para atreverse a tamaña acusación, llenó la sala. El presidente ni siquiera intentó calmarlo; cuando decayó por sí mismo bajo los enérgicos ¡chist! de los que querían saber más en seguida, se oyó claramente a Robert Darzac, que, dejándose caer en el banco, decía:

—¡Es imposible! ¡Está loco!

El presidente:

—¡Se atreve usted a acusar a Frédéric Larsan! Vea el efecto de tamaña acusación... ¡Hasta el señor Robert Darzac le trata de loco!... Si no lo está, debe usted de tener pruebas...

—¡Pruebas, señor! ¡Quiere usted pruebas! —dijo la voz aguda de Rouletabille—. ¡Ah! Voy a darle una prueba... ¡Que hagan venir a Frédéric Larsan!...

El presidente:

—Ujier, llame a Frédéric Larsan.

El ujier corrió hacia la puerta, la abrió, desapareció... La puerta había quedado abierta... Todos los ojos estaban fijos en la puerta. El ujier reapareció. Avanzó hasta el centro de la sala y dijo:

—Señor presidente, Frédéric Larsan no está ahí. Se ha marchado hacia las cuatro y no se lo ha vuelto a ver.

Rouletabille clamó triunfante:

—¡Ahí tiene mi prueba!

—Explíquese... ¿Qué prueba? —preguntó el presidente.

—¿No ve usted —dijo el joven reportero— que la huida de Larsan es mi prueba irrefutable? ¡Le juro que no volverá, créame!... No volverá usted a ver a Frédéric Larsan...

Rumores en el fondo de la sala.

—Si es que no está usted burlándose de la justicia, ¿por qué no ha aprovechado cuando Larsan estaba con usted en la barra para acusarlo cara a cara? ¡Al menos

hubiera podido responder!...

—¿Quiere usted una respuesta más completa que ésta, señor presidente?... ¡No me responde! ¡No me responderá nunca! Acuso a Larsan de ser el asesino, ¡y él huye! ¿Le parece que no es eso una respuesta?...

—No podemos creer, no creemos que Larsan, como usted dice, «haya huido»... ¿Por qué habría huido? No sabía que iba usted a acusarlo.

—Sí que lo sabía, señor, porque se lo dije yo mismo hace un rato...

—¡Ha hecho usted eso!... ¡Cree usted que Larsan es el asesino y le proporciona los medios para huir!...

—Sí, señor presidente, yo he hecho eso —replicó Rouletabille con orgullo—. Yo no soy de la «justicia»; yo no soy de la «policía»; ¡yo soy un humilde periodista, y mi oficio no es detener a la gente! Sirvo a la verdad como quiero..., eso es asunto mío... Preserven ustedes a la sociedad como puedan, eso es cosa suya... ¡Pero no seré yo quien ponga una cabeza en manos del verdugo! ¡Si es usted justo, señor presidente (y lo es), verá que tengo razón!... ¿No le he dicho hace un rato «que comprendería usted que yo no podía pronunciar el nombre del asesino antes de las seis y media»? Había calculado que ese tiempo sería necesario para advertir a Frédéric Larsan y permitirle tomar el tren de las cuatro diecisiete para París, donde él sabría ponerse a salvo... Una hora para llegar a París, una hora y cuarto para que pudiera hacer desaparecer toda huella de su paso... Ello nos ponía en las seis y media... Le aseguro que no encontrará a Frédéric Larsan... —declaró Rouletabille, fijando la mirada en Robert Darzac—. Es muy listo... *Es un hombre que se les ha estado escapando continuamente...* y al que durante mucho tiempo han perseguido en vano... Si no es tan hábil como yo —añadió Rouletabille, riendo con todas sus ganas, y riendo solo, porque nadie tenía ganas de reír—, es más hábil que todos los policías de la tierra. Ese hombre, que hace cuatro años se introdujo en la Seguridad y que se ha hecho célebre bajo el nombre de Frédéric Larsan, es también célebre bajo otro nombre que conoce usted muy bien. ¡Frédéric Larsan, señor presidente, *es Ballmeyer!*

—¡Ballmeyer! —gritó el presidente.

—¡Ballmeyer! —dijo Robert Darzac, incorporándose—. ¡Ballmeyer!... ¡Así que era verdad!

—¡Ah, ah, señor Darzac, ahora ya no cree que estoy loco!...

¡Ballmeyer! ¡Ballmeyer! ¡Ballmeyer! No se oía más que ese nombre en la sala. El presidente suspendió la audiencia.

* * *

Imagínense si fue movida esta suspensión de la audiencia. El público tenía en qué entretenerse. ¡Ballmeyer! ¡Decididamente, ese muchacho era «morrocotudo»! ¡Ballmeyer! ¿Pero no había corrido el rumor de su muerte, hacía de esto unas semanas? Así que Ballmeyer se había escapado de la muerte, como toda su vida se

había escapado de los gendarmes. ¿Es necesario que recuerde aquí las hazañas de Ballmeyer? Durante veinte años alimentaron la crónica judicial y la sección de sucesos, y si algunos de mis lectores han podido olvidar el caso del «Cuarto Amarillo», el nombre de Ballmeyer ciertamente no ha salido de su memoria. Ballmeyer fue el tipo perfecto de estafador del gran mundo; no había *gentleman* más *gentleman* que él; no había prestidigitador más hábil con sus dedos que él; no había «apache», como se dice hoy, más audaz y terrible que él. Recibido en la mejor sociedad, inscrito en los círculos más cerrados, había robado el honor de las familias y el dinero de los puntos con una maestría nunca superada. En ciertas ocasiones difíciles no había dudado en recurrir al cuchillo o al hueso de cordero. Por lo demás, nunca dudaba, y no había empresa por encima de sus fuerzas. Habiendo caído una vez en manos de la justicia, se escapó la mañana del proceso arrojando pimienta en los ojos de los guardias que lo conducían al Tribunal. Más tarde se supo que, el día de su fuga, mientras los más finos sabuesos de la Seguridad iban pisándole los talones, él asistía tranquilamente, y sin ningún tipo de maquillaje, a un «estreno» en el Teatro Francés. Abandonó Francia en seguida para trabajar en América, hasta que un buen día la policía del Estado de Ohio logró echar mano al excepcional bandido, pero al día siguiente volvía a escaparse... Ballmeyer: haría falta un volumen para hablar aquí de Ballmeyer. ¡Y este hombre se convirtió en Frédéric Larsan!... ¡Y Rouletabille, ese muchachito, lo había descubierto!... ¡Y ese mismo crío, que conocía el pasado de un Ballmeyer, le permitió una vez más burlar a la sociedad, proporcionándole los medios de escapar! En cuanto a este último punto de vista, yo no podía por menos de admirar a Rouletabille, pues yo sabía que su designio era servir hasta el final al señor Robert Darzac y a la señorita Stangerson, librándolos del bandido *sin que hablara*.

No nos habíamos repuesto aún de tamaña revelación, y ya oía yo gritar a los más impacientes: «Pero, aun admitiendo que el asesino sea Frédéric Larsan, ¿eso no explica cómo salió del “Cuarto Amarillo”!», cuando se reanudó la audiencia.

* * *

Rouletabille fue llamado inmediatamente a la barra, y su interrogatorio, pues se trataba más de un interrogatorio que de una declaración, prosiguió:

El presidente:

—Nos ha dicho usted hace un poco que era imposible huir del extremo del patio. Admito con usted, quiero admitir que, puesto que Frédéric Larsan se hallaba asomado a la ventana por encima de ustedes, estaba aún dentro de ese extremo del patio; pero, para hallarse a la ventana, había tenido que abandonar ese extremo del patio. ¡Luego había huido! ¿Y cómo?

Rouletabille:

—Ya he dicho que no había podido huir «normalmente». Así pues, ¡huyó «anormalmente»! El extremo del patio, ya lo he dicho, sólo estaba «casi» cerrado,

mientras que el «Cuarto Amarillo» lo estaba completamente. Se podía trepar al muro, cosa imposible en el «Cuarto Amarillo», arrojar a la terraza y desde allí, mientras nosotros estábamos inclinados sobre el cadáver del guarda, penetrar de la terraza a la galería por la ventana que daba justo encima de nosotros. Larsan no tenía más que dar un paso para estar en su habitación, abrir la ventana y hablarnos desde allí. No era más que un juego de niños para un acróbata de la fuerza de Ballmeyer. Y, señor presidente, aquí está la prueba de lo que digo.

Al llegar aquí, Rouletabille sacó del bolso de su chaqueta un paquetito que abrió y del que sacó una escarpia.

—Tenga, señor presidente, aquí tiene una escarpia que se adapta perfectamente a un agujero que aún se encuentra en el modillón derecho que sostiene la terraza en voladizo. Larsan, que lo preveía todo y que pensaba en todos los medios de huida en torno a su habitación (cosa necesaria cuando se juega a su juego), había clavado previamente la escarpia en el modillón. Un pie en el guardacantón que hay en la esquina del castillo, otro pie en la escarpia, una mano en la cornisa de la puerta del guarda, la otra mano en la terraza, y Frédéric Larsan desaparece en el aire..., tanto mejor cuanto que es muy ágil de piernas y que aquella noche no estaba dormido por ningún narcótico, como había querido hacernos creer. Nosotros habíamos cenado con él, señor presidente, y a los postres nos hizo la comedia del señor que se cae de sueño, pues él también tenía necesidad de estar dormido, para que al día siguiente nadie se extrañara de que yo, Joseph Rouletabille, hubiera sido víctima de un narcótico cenando con Larsan. Desde el momento en que habíamos sufrido la misma suerte, las sospechas no lo alcanzarían y se perderían por otros caminos. ¡Yo, señor presidente, yo sí que fui bonitamente dormido, y por el mismo Larsan, y de qué modo!... Si yo no hubiera estado en ese triste estado, ¡jamás Larsan se hubiera introducido aquella noche en la habitación de la señorita Stangerson, y no habría sucedido la desgracia!...

Se oyó un gemido. Era el señor Darzac, que no había podido contener su dolorida queja...

—Como usted puede comprender —añadió Rouletabille—, durmiendo a su lado como dormía, yo estorbaba a Larsan particularmente aquella noche, ¡pues él sabía o al menos podía prever «que aquella noche yo vigilaría»! ¡Naturalmente, él no podía creer ni por un segundo que yo sospechaba de él! Pero podía descubrirlo en el momento en que saliera de su habitación para dirigirse a la de la señorita Stangerson. Aquella noche, para penetrar donde la señorita Stangerson, esperó a que yo estuviera dormido y a que mi amigo Sainclair estuviera en mi propia habitación ocupado en despertarme. ¡Diez minutos más tarde se oían los gritos de la señorita Stangerson!

—Entonces ¿cómo llegó usted a sospechar de Frédéric Larsan? —preguntó el presidente.

—«El lado bueno de mi razón» me lo había indicado, señor presidente; también lo estaba vigilando; pero es un hombre terriblemente hábil, y no pude prever el golpe

del narcótico. ¡Sí, sí, el lado bueno de mi razón me lo había mostrado! Pero me hacía falta una prueba palpable; como quien dice: «¡Verlo ante mis ojos después de haberlo visto ante mi razón!»

—¿Qué es lo que entiende usted por «el lado bueno de su razón»?

—Ah, señor presidente, la razón tiene dos lados: el bueno y el malo. No hay más que uno sobre el que poder apoyarse con solidez: ¡el bueno! Se lo reconoce en que, hagas lo que hagas, digas lo que digas, nada puede hacer que ese lado se resquebraje. Al día siguiente de la «galería inexplicable», cuando estaba como el último de los últimos hombres miserables que no saben servirse de su razón porque no saben por dónde cogerla, cuando estaba inclinado sobre la tierra y sobre las engañosas marcas sensibles, de pronto me levanté, apoyándome en el lado bueno de mi razón, y subí a la galería.

»Ya allí, me di cuenta de que el asesino que habíamos perseguido esta vez no había podido abandonar la galería «ni normalmente ni anormalmente». Entonces, con el lado bueno de mi razón, tracé un círculo en el que encerré el problema, y mentalmente deposité alrededor del círculo estas letras flameantes: «Puesto que el asesino no puede estar fuera del círculo, ¡está dentro!» ¿Y qué veo en ese círculo? El lado bueno de mi razón me muestra, además del asesino, que necesariamente debe encontrarse allí, al tío Jacques, al señor Stangerson, a Frédéric Larsan y a mí. Lo cual debería sumar, con el asesino, cinco personajes. Ahora bien, cuando busco en el círculo, o, si usted prefiere, en la galería, para hablar «materialmente», no encuentro más que cuatro personajes. ¡Está demostrado que el quinto no ha podido huir, no ha podido salir del círculo! ¡*Luego dentro del círculo tengo un personaje que es dos, es decir, que, además de su personaje, es el personaje del asesino!*... ¿Por qué no me había dado cuenta antes? Sencillamente, porque el fenómeno de la duplicidad del personaje no había pasado ante mis ojos. De los cuatro personajes encerrados en el círculo, ¿con quién pudo duplicarse el asesino sin que yo me diera cuenta? Ciertamente no con las personas que vi en un momento *desdobladas del asesino*. Así, yo vi en la galería, *al mismo tiempo*, al señor Stangerson y al asesino, al tío Jacques y al asesino, a mí y al asesino. ¡El asesino, pues, no podía ser ni el señor Stangerson ni el tío Jacques ni yo! Y además, si fuera yo el asesino, lo sabría bien, ¿no, señor presidente?... ¿Pero vi, al mismo tiempo, a Frédéric Larsan y al asesino? ¡No!... ¡No! Pasaron *dos segundos* durante los cuales perdí de vista al asesino, porque éste había llegado, como por lo demás ya he dejado anotado en mis papeles, dos segundos antes que el señor Stangerson, el tío Jacques y yo al cruce de las dos galerías. ¡Esto había bastado a Larsan para enfilarse el recodo de la galería, quitarse la barba postiza en un santiamén, volverse y chocar con nosotros como si persiguiera al asesino!... ¡Ballmeyer ha hecho tantas otras como ésta!... Piense que para él era un juego maquillarse de tal suerte que tan pronto se presentaba con su barba roja a la señorita Stangerson como a un empleado de correos con una sotabarba castaña que lo hacía parecerse al señor Darzac, cuya perdición había jurado. Sí, el lado bueno de mi razón

me acercaba a estos dos personajes, o más bien a estas dos mitades de personaje que no había visto *al mismo tiempo*: Frédéric Larsan y el desconocido a quien yo perseguía... para reducirlo al ser misterioso y formidable que buscaba: «el asesino».

»Esta revelación me trastornó. Intentaba dominarme ocupándome un poco de las marcas sensibles, de los signos exteriores que hasta entonces me habían despistado ¡y que normalmente había que «hacer entrar en el círculo trazado por el lado bueno de la razón»!

»En primer lugar, ¿cuáles eran los principales signos exteriores que aquella noche me habían alejado de la idea de un Frédéric Larsan asesino?

»1.º Yo había visto al desconocido en la habitación de la señorita Stangerson y, cuando corrí a la habitación de Frédéric Larsan, encontré a Frédéric Larsan hinchado de sueño.

»2.º La escalera.

»3.º Yo había colocado a Frédéric Larsan al final del recodo de la galería, diciéndole que iba a saltar a la habitación de la señorita Stangerson para intentar prender al asesino. Ahora bien, cuando volví a la habitación de la señorita Stangerson, allí encontré de nuevo a mi desconocido.

»El primer signo exterior no me preocupó. Es probable que, cuando bajé de la escalera, después de haber visto al desconocido en la habitación de la señorita Stangerson, éste hubiera terminado ya lo que había ido a hacer allí. Entonces, mientras yo volvía al castillo, él entraba en la habitación de Frédéric Larsan, se desnudaba en un abrir y cerrar de ojos, y, cuando yo fui a golpear a su puerta, mostraba el rostro de un Frédéric Larsan que había dormido a pierna suelta...

»El segundo signo, la escalera, tampoco me preocupó. Era evidente que, si el asesino era Larsan, no tenía necesidad de escalera para introducirse en el castillo, puesto que Larsan dormía junto a mí; pero la escalera debía hacer creer en la venida del asesino «del exterior», cosa necesaria para el sistema de Larsan, puesto que aquella noche el señor Darzac no estaba en el castillo. Por último, la escalera podía en todo caso facilitar la huida de Larsan.

»Pero el tercer signo me desorientaba por completo. Habiendo colocado a Larsan al final del recodo de la galería, ¡no podía explicarme que hubiera aprovechado el momento en que yo iba al ala izquierda del castillo a buscar al señor Stangerson y al tío Jacques, *para volver a la habitación de la señorita Stangerson!* ¡Era una acción muy peligrosa! Se arriesgaba a dejarse prender... ¡Y él lo sabía!... Y de hecho estuvo a punto de dejarse prender..., al no tener tiempo para volver a su puesto, como ciertamente había esperado... ¡Era preciso que, para volver a la habitación, hubiera tenido un motivo muy imperioso, que se le ocurrió de repente, después de mi partida, pues de otro modo no me hubiera prestado su revólver! Por lo que a mí respecta, cuando «envié» al tío Jacques al final de la galería recta, creía naturalmente que Larsan seguía en su puesto al final del recodo de la galería, y el tío Jacques, a quien por lo demás yo no había dado detalles, cuando se dirigió a su puesto no miró, al

pasar por la intersección de las dos galerías, si Larsan estaba en el suyo. El tío Jacques entonces no pensaba más que en ejecutar mis órdenes rápidamente. ¿Cuál podía ser ese motivo imprevisto que lo había llevado por segunda vez a la habitación? ¿Cuál podía ser?... ¡Pensé que sólo podía ser una marca sensible que denunciaba su paso por allí! ¡Había olvidado algo muy importante en la habitación! ¿Qué?... ¿Lo había encontrado?... Me acordé de la vela en el parquet y del hombre agachado... Rogué a la señora Bernier, que arreglaba la habitación, que buscara... y encontró unos quevedos... ¡Estos quevedos, señor presidente!

Y Rouletabille sacó de su paquetito los quevedos que ya conocemos...

—Cuando vi estos quevedos, quedé horrorizado... Yo nunca le había visto quevedos a Larsan... Si no se los ponía, es que no los necesitaba... Y menos que nunca los necesitaba en un momento en que la libertad de movimientos era algo tan precioso para él... ¿Qué significaban esos quevedos?... No entraban en mi círculo. ¡A *no ser que fueran los de un prósbita*, exclamé de repente!... En efecto, yo nunca había visto a Larsan escribir, nunca lo había visto leer. ¡«Podía», pues, ser prósbita! En la Seguridad sabrían ciertamente que era prósbita, y «si lo era», conocían sin duda sus quevedos... ¡Encontrar los quevedos del «prósbita Larsan» en la habitación de la señorita Stangerson, después del misterio de la galería inexplicable, era terrible para Larsan! ¡Así se explicaba la vuelta de Larsan a la habitación!... Y, en efecto, Larsan-Bellmeyer es prósbita, y estos quevedos, que «quizá» reconocerán en la Seguridad, son los suyos...

»Ya ve usted, señor, cuál es mi sistema —continuó Rouletabille—. Yo no pido a los signos exteriores que me enseñen la verdad; ¡simplemente les pido que no vayan contra la verdad que me ha señalado el lado bueno de mi razón!...

»Para estar completamente seguro de la verdad sobre Larsan, pues Larsan asesino era una excepción que merecía rodearse de alguna garantía, cometí el error de querer ver su «cara». ¡Bien castigado fui por ello! Creo que el lado bueno de mi razón se vengó de que, a raíz de la galería inexplicable, no me apoyara sólidamente, definitivamente y con toda confianza en él..., ¡despreciando olímpicamente otras pruebas de la culpabilidad de Larsan distintas de la de mi razón! Entonces fue herida la señorita Stangerson...

Rouletabille se detiene..., se suena..., intensamente emocionado.

* * *

—¿Pero qué iba a hacer Larsan a esa habitación? —preguntó el presidente—. ¿Por qué intentó asesinar por dos veces a la señorita Stangerson?

—Porque la adoraba, señor presidente...

—Es evidentemente una razón...

—Sí, señor, una razón perentoria. Estaba locamente enamorado..., y por ello, y también por otras muchas cosas, era capaz de todos los crímenes.

—¿Lo sabía la señorita Stangerson?

—Sí, señor, pero naturalmente ella ignoraba que el individuo que la perseguía de

tal modo fuera Frédéric Larsan..., sin lo cual Frédéric Larsan no habría ido a instalarse en el castillo ni la noche de la galería inexplicable habría penetrado con nosotros donde la señorita Stangerson, «después de lo sucedido». Por lo demás, ya he señalado que se mantuvo siempre en la sombra y que tenía continuamente el semblante inclinado hacia el suelo... Sus ojos debían de estar buscando los quevedos perdidos... La señorita Stangerson tuvo que sufrir la persecución y los ataques de Larsan bajo un nombre y un disfraz que nosotros ignorábamos, pero que ella podía conocer ya.

—¿Y usted, señor Darzac? —preguntó el presidente—. Usted quizá recibiera a este respecto las confidencias de la señorita Stangerson... ¿Cómo es que la señorita Stangerson no habló con nadie de esto?... Ello hubiera podido poner a la justicia sobre las huellas del asesino... y, si usted es inocente, ¡le habría evitado el dolor de ser acusado!

—La señorita Stangerson no me dijo nada —respondió el señor Darzac.

—¿Le parece posible lo que dice este joven? —volvió a preguntar el presidente.

Imperturbablemente, Robert Darzac respondió:

—La señorita Stangerson no me dijo nada...

—¿Cómo explica usted —prosiguió el presidente, volviéndose hacia Rouletabille— que la noche del asesinato del guarda el asesino devolviera los papeles robados al señor Stangerson?... ¿Cómo explica usted que el asesino se introdujera en la habitación cerrada de la señorita Stangerson?

—¡Oh! En cuanto a esta última pregunta, creo que es fácil responder. Un hombre como Larsan-Ballmeyer debía de procurarse fácilmente o mandar hacer las llaves que le fueran necesarias... En cuanto al robo de los documentos, «creo» que Larsan no había pensado en ello al principio. Espiando por todas partes a la señorita Stangerson, completamente decidido a impedir su boda con el señor Robert Darzac, un día sigue a la señorita Stangerson y al señor Robert Darzac a los grandes almacenes de la Louve, y se apodera del bolso de la señorita Stangerson, que ella pierde o se deja quitar. En el bolso hay una llave con cabeza de cobre. El no sabe la importancia que tiene esa llave. El anuncio que la señorita Stangerson pone en los periódicos se lo revela. Escribe a la señorita Stangerson a la lista de correos como pide el anuncio. Pide, sin duda, una cita, haciendo saber que el que tiene el bolso y la llave es el que la persigue desde hace cierto tiempo con su amor. No recibe respuesta. Va a cerciorarse de que la carta ya no está en la oficina 40. Y va allí habiendo tomado ya el aspecto y en lo posible la indumentaria del señor Darzac, pues, decidido a todo para obtener a la señorita Stangerson, lo ha preparado todo para que, *suceda lo que suceda, el señor Darzac, amado por la señorita Stangerson, el señor Darzac, a quién él detesta y cuya pérdida desea, pase por el culpable.*

»He dicho: «suceda lo que suceda», pero pienso que Larsan no pensaba todavía que se vería empujado al asesinato. En todo caso, ha tomado sus precauciones para comprometer a la señorita Stangerson bajo el disfraz de Darzac. Por lo demás, Larsan

tiene poco más o menos la estatura de Darzac y casi el mismo pie. No le sería difícil, si fuera necesario, dibujar la huella del pie del señor Darzac y mandar hacer el calzado que se ponga siguiendo las medidas del dibujo. Éstos son trucos infantiles para Larsan-Ballmeyer.

»Así pues, no hay respuesta a su carta, no hay cita, y él sigue con la preciosa llavecita en el bolsillo. ¡Bueno, puesto que la señorita Stangerson no va a él, él irá a ella! Tiene hecho el plan desde hace mucho tiempo. Se ha informado acerca del Glandier y del pabellón. Una tarde, cuando el señor y la señorita Stangerson acaban de salir a pasear y el mismo tío Jacques se ha marchado, se introduce en el pabellón por la ventana del vestíbulo. Está sólo por el momento, le queda tiempo... Mira los muebles... Uno de ellos, muy curioso y parecido a una caja fuerte, tiene una cerradura pequeña... ¡Vaya, vaya! Eso le interesa... Como lleva la llavecita de cobre..., piensa en ella..., asociación de ideas. Prueba la llave en la cerradura; la puerta se abre... ¡Papeles! Muy valiosos tienen que ser esos papeles para que los hayan encerrado en un mueble tan particular..., para que tengan tanto interés por la llave que abre ese mueble... ¡Eh! ¡Eh! Esto siempre puede servir... para un pequeño chantaje..., tal vez lo ayudará en sus designios amorosos... Rápidamente hace un paquete con esos papelotes y va a depositarlo en el servicio del vestíbulo. Entre la expedición del pabellón y la noche del asesinato del guarda, Larsan tuvo tiempo de ver lo que eran los papeles. ¿Qué haría con ellos? Son más bien comprometedores... Aquella noche volvió a llevarlos al castillo... Quizá esperó a cambio de esos papeles, que representaban veinte años de trabajo, cualquier tipo de gratitud por parte de la señorita Stangerson... ¡Todo es posible en un cerebro como ése!... En fin, cualquiera que fuese la razón, volvió a llevar los papeles, *¡que le quitaban un buen peso de encima!*

Rouletabille tosió y yo comprendí lo que esa tos significaba. Al llegar a este punto de las explicaciones, evidentemente se hallaba en un aprieto, por su determinación de no dar el verdadero motivo de la terrible actitud de Larsan frente a la señorita Stangerson. Su razonamiento era demasiado incompleto para satisfacer a todo el mundo, y el presidente le hubiera hecho ciertamente tal observación si, astuto como un mono, Rouletabille no hubiera gritado:

—¡Y ahora llegamos a la explicación del misterio del «Cuarto Amarillo»!

* * *

Hubo en la sala movimientos de sillas, ligeros empujones, enérgicos ¡chist! La curiosidad había llegado al colmo.

—Pero, señor Rouletabille —dijo el presidente—, me parece que, según su hipótesis, el misterio del «Cuarto Amarillo» ya está completamente explicado. El mismo Frédéric Larsan nos lo explicó, contentándose con engañarnos acerca del personaje al poner al señor Robert Darzac en su propio lugar. ¡Es evidente que la

puerta del «Cuarto Amarillo» se abrió cuando el señor Stangerson estaba solo y que el profesor dejó pasar al hombre que salía del cuarto de su hija sin detenerlo, quizá incluso *a petición de su hija*, para evitar todo escándalo!...

—No, señor presidente —protestó con fuerza el joven—. Olvida usted que la señorita Stangerson, medio muerta como estaba, no podía hacer ninguna petición, que no podía volver a cerrar con llave ni echar el cerrojo... ¡Olvida usted que el señor Stangerson ha jurado por su hija agonizante *que la puerta no se abrió!*

—¡Sin embargo, es la única manera de explicar las cosas! *El «Cuarto Amarillo» estaba cerrado como una caja fuerte.* Era imposible que el asesino se escapara «normalmente o anormalmente», para utilizar sus mismas expresiones. ¡Cuando entran en el cuarto, no lo encuentran! ¡Y, sin embargo, tiene que escaparse!...

—Es absolutamente inútil, señor presidente...

—¿Cómo es eso?

—¡No tenía necesidad de escaparse, *si no estaba allí!*

Rumores en la sala...

—¿Cómo que no estaba allí?

—¡Evidentemente, no! *¡Si no podía estar, es que no estaba!* ¡Señor presidente, hay que apoyarse siempre en el lado bueno de la razón!

—¡Y qué me dice de todas las huellas de su paso! —protestó el presidente.

—¡Ése, señor presidente, es el lado malo de la razón!... El lado bueno nos indica lo siguiente: desde el momento en que la señorita Stangerson se encerró en su cuarto hasta el momento en que derribaron la puerta es imposible que el asesino se escapara del cuarto; y, como no lo encontraron allí, es que desde el momento en que se cerró la puerta hasta el momento en que la derribaron, *¡el asesino no estaba en el cuarto!*

—¿Y las huellas?

—¡Ah, señor presidente!... ¡Otra vez las marcas sensibles..., las marcas sensibles, con las que se cometen tantos errores judiciales, *porque nos hacen decir lo que quieren!* ¡Repito que no hay que servirse de ellas para razonar! ¡Hay que razonar primero! Y luego ver si las marcas sensibles pueden entrar en el círculo de nuestro razonamiento... Yo tengo un circulito de verdad incontestable: *¡el asesino no estaba en el «Cuarto Amarillo»!* ¿Por qué se ha creído que estaba allí? ¡Por las marcas de su paso! ¡Pero puede haber pasado antes! Qué digo: «debe» haber pasado antes. ¡La razón me dice que tiene que haber pasado *antes!* Examinemos las marcas y lo que sabemos del caso, ¡y veamos si esas marcas van en contra de su *paso antes...*, *antes de que la señorita Stangerson se encerrase en su cuarto delante de su padre y del tío Jacques!*

«Después de la publicación del artículo de *Le Matin* y de una conversación que mantuve con el juez de instrucción en el trayecto de París a Epinay-sur-Orge, me pareció demostrado que el «Cuarto Amarillo» estaba matemáticamente cerrado y que, en consecuencia, el asesino había desaparecido antes de la entrada de la señorita Stangerson en el cuarto a las doce de la noche.

que el asesino se escapara, después de que ella volviese con rapidez al laboratorio, donde su padre la encontró trabajando, si hubiera podido entrar de nuevo un instante en el cuarto, al menos hubiera hecho desaparecer en seguida el hueso de cordero, la boina y el pañuelo que estaban en el suelo. Pero, como su padre no la dejó sola ni un momento, ella no lo intentó. Así pues, después de la primera fase no entró en el cuarto hasta las doce. A las diez entró alguien: el tío Jacques, que hizo lo de todas las noches: cerrar las contraventanas y encender la mariposa. ¡En su abatimiento sobre la mesa del laboratorio, donde fingía trabajar, la señorita Stangerson había olvidado, sin duda, que el tío Jacques iba a entrar en su cuarto! ¡Y así tuvo el impulso de rogar al tío Jacques que no se molestara! Que no entrara en el cuarto. Esto está con todas sus letras en el artículo de *Le Matin*. A pesar de todo, el tío Jacques entró y no se dio cuenta de nada, ¡tan oscuro es el «Cuarto Amarillo»!... ¡La señorita Stangerson debió de vivir entonces dos minutos horrorosos! De todos modos, yo creo que ella ignoraba que había en su cuarto tantas marcas del paso del asesino. ¡Sin duda, no tuvo tiempo después de la primera fase más que para disimular las huellas de los dedos del hombre en su cuello y salir del cuarto!... Si hubiera sabido que el hueso, la boina y el pañuelo estaban sobre el parquet, los hubiera recogido igualmente cuando entró a las doce en su cuarto... No los vio, se desnudó a la dudosa claridad de la mariposa... Se acostó, destrozada por tantas emociones y por el terror, un terror que la había hecho volver a la habitación lo más tarde posible...

»Así, me veía *obligado* a llegar de esta suerte a la segunda fase del drama, *con la señorita Stangerson sola dentro del cuarto, toda vez que no se había encontrado al asesino dentro del cuarto...* Así, naturalmente, debía hacer entrar en el círculo de mi razonamiento las marcas exteriores.

»Pero había que explicar otras marcas exteriores. Durante la segunda fase se habían disparado tiros de revólver. Se habían proferido gritos de «¡Socorro! ¡Al asesino!»... ¿Qué podía indicarme en tal coyuntura el lado bueno de mi razón? En primer lugar, en cuanto a los gritos: toda vez que no había asesino en el cuarto, *¡forzosamente había habido pesadilla en el cuarto!*

»Se oye un gran ruido de muebles volcados. Imagino..., aquí me veo obligado a imaginar. La señorita Stangerson se ha dormido obsesionada con la abominable escena de la tarde..., sueña..., la pesadilla precisa sus imágenes rojas..., vuelve a ver al asesino que se precipita sobre ella, grita: «¡Al asesino! ¡Socorro!», y con un movimiento desordenado va a buscar el revólver que ha colocado en la mesilla antes de acostarse. Pero su mano choca con la mesilla con tal fuerza que se vuelca. Cae el revólver al suelo, sale un tiro y va a alojarse en el techo... Esta bala en el techo me pareció desde el principio que debía ser la bala del accidente... Ella revelaba la posibilidad del accidente y venía tan bien con mi hipótesis de la pesadilla, que fue una de las razones por las que comencé a no dudar de que el crimen había tenido lugar *antes*, y que la señorita Stangerson, dotada de un carácter y una energía poco comunes, lo había ocultado... Pesadilla, disparo... La señorita Stangerson se

despierta en un estado moral horrible; intenta levantarse; cae al suelo, sin fuerzas, volcando los muebles, llegando a gritar entrecortadamente: «¡Al asesino! ¡Socorro!» y se desvanece...

»Sin embargo, se hablaba de dos tiros por la noche, en el momento de la segunda fase. También a mí me hacían falta dos tiros para mi tesis (porque ya no era un hipótesis); pero «uno» en cada una de las fases y no los dos en la última... ¡Un tiro para herir al asesino, *antes*, y un tiro en el momento de la pesadilla, *después*! Ahora bien, ¿era completamente seguro que se hubieran disparado dos tiros por la noche? El revólver se había oído en medio del estrépito de los muebles al volcarse. En uno de los interrogatorios el señor Stangerson habla de un tiro sordo primero y de un tiro estridente a continuación. ¿Y si el tiro sordo hubiera sido producido por la caída al suelo de la mesilla de mármol? Es *necesario* que esta explicación sea la buena. Estuve seguro de que era la buena cuando supe que los porteros, Bernier y su mujer, no habían oído *más que un solo tiro*, estando como estaban tan cerca del pabellón. Así lo declararon al juez de instrucción.

»De modo que había casi reconstruido las dos fases del drama cuando penetré por primera vez en el «Cuarto Amarillo». Sin embargo, la gravedad de la herida en la sien no entraba en el círculo de mi razonamiento. ¡Esa herida, pues, no había sido causada por el asesino con el hueso de cordero durante la primera fase, porque era tan grave, que la señorita Stangerson no hubiera podido disimularla y de hecho no la había disimulado bajo un peinado en bandos! ¿Se había hecho entonces esa herida «necesariamente» durante la segunda fase, en el momento de la pesadilla? ¡Eso es lo que fui a preguntar al «Cuarto Amarillo» y el «Cuarto Amarillo» me respondió!

Rouletabile sacó del mismo paquetito un trozo de papel blanco doblado en cuatro, y del trozo de papel blanco sacó un objeto invisible, que mantuvo entre el pulgar y el índice y que llevó al presidente:

—Esto, señor presidente, es un cabello, un cabello rubio manchado de sangre, un cabello de la señorita Stangerson... Lo encontré pegado a una de las esquinas de mármol de la mesilla volcada... También esa esquina de mármol estaba manchada de sangre. ¡Oh, era un cuadradito rojo de nada y menos! ¡Pero sumamente importante! Porque ese cuadradito de sangre venía a decirme que, al levantarse enloquecida de su lecho, la señorita Stangerson había caído brutalmente todo lo larga que era sobre esa esquina de mármol, que la había herido en la sien y que había retenido este cabello, este cabello que la señorita Stangerson debía de tener sobre la frente, ¡aunque no llevara el peinado en bandos! Los médicos declararon que la señorita Stangerson había sido golpeada con un objeto *contundente* y, como estaba allí el hueso de cordero, el juez de instrucción acusó inmediatamente al hueso de cordero, *pero la esquina de una mesilla de mármol es también un objeto contundente, en el que ni los médicos ni el juez de instrucción habían pensado, y que tal vez ni yo mismo habría descubierto si el lado bueno de mi razón no me lo hubiera indicado, no me lo hubiera hecho presentir.*

Una vez más estuvo la sala a punto de romper en aplausos; pero, como Rouletabille reemprendió en seguida su declaración, el silencio se restableció inmediatamente.

—Me faltaba por saber, aparte del nombre del asesino, que no conocería hasta unos días más tarde, en qué momento había tenido lugar la primera fase del drama. El interrogatorio de la señorita Stangerson, aunque arreglado para engañar al juez de instrucción, y el del señor Stangerson iban a revelármelo. La señorita Stangerson refirió exactamente cómo empleó el tiempo aquel día. Establecimos que el asesino se introdujo entre las cinco y las seis en el pabellón; pongamos que fueran las seis y cuarto cuando el profesor y su hija volvieron a ponerse a trabajar. Hay que buscar, pues, entre las cinco y las seis y cuarto. ¡Qué digo las cinco! El profesor está entonces con su hija... ¡El drama sólo podrá ocurrir lejos del profesor! ¡Tengo, pues, que buscar en ese corto espacio de tiempo el momento en que el profesor y su hija se hayan separado!... Y bien, ese momento lo encuentro en el interrogatorio que tuvo lugar en la habitación de la señorita Stangerson, en presencia del señor Stangerson. Allí se indica que el profesor y su hija vuelven hacia las seis al laboratorio. Dice el señor Stangerson: «En ese momento se me acercó el guarda, que *me retuvo un instante*». Tenemos, pues, conversación con el guarda. El guarda habla con el señor Stangerson de tala de madera o de caza furtiva; la señorita Stangerson ya no está allí; ella ha vuelto ya al laboratorio, puesto que el profesor sigue diciendo: «Dejé al guarda y me reuní con mi hija, que estaba ya trabajando».

»El drama, pues, se desarrolló en esos cortos minutos. ¡Es necesario! Estoy viendo perfectamente a la señorita Stangerson dirigirse al pabellón, entrar en su cuarto para dejar el sombrero y encontrarse frente al bandido que la persigue. El bandido llevaba ya en el pabellón bastante tiempo. Debía de haber calculado las cosas para que todo pasara de noche. Entonces se quitó los zapatos del tío Jacques, que le estorbaban, en las circunstancias que expuse al juez de instrucción, procedió al robo de los papeles, como le dije hace un rato, y luego se deslizó bajo la cama cuando el tío Jacques volvió para fregar el vestíbulo y el laboratorio... El tiempo se le hizo largo... Después de marcharse el tío Jacques, volvió a levantarse, anduvo otra vez por el laboratorio, fue al vestíbulo, miró al jardín y vio que se dirigía hacia el pabellón (pues en aquel momento la tarde, que comenzaba a caer, era muy clara) ¡*la señorita Stangerson sola!* ¡Nunca se hubiera atrevido a atacarla a aquella hora de no haber creído con seguridad que la señorita Stangerson estaba sola! Y, para que le pareciera que estaba sola, era preciso que la conversación entre el señor Stangerson y el guarda que estaba entreteniéndolo tuviera lugar en un rincón apartado del sendero, *un rincón donde hay un bosquecillo de árboles que los ocultaba a los ojos del miserable*. Entonces ya tiene su plan. El solo con la señorita Stangerson en el pabellón va a estar más tranquilo de lo que lo hubiera estado en plena noche, con el tío Jacques durmiendo en el desván. ¡*Y debió de cerrar la ventana del vestíbulo!* Ello explica también que ni el señor Stangerson ni el guarda, bastante alejados aún del pabellón,

oyeran el disparo.

»Luego volvió al «Cuarto Amarillo». Llega la señorita Stangerson. ¡Lo que ha pasado ha debido de ser rápido como el relámpago!... La señorita Stangerson ha debido de gritar... o más bien ha querido gritar su espanto; el hombre la agarra de la garganta... Quizá va a ahogarla, estrangularla... Pero la mano de la señorita Stangerson, a tientas, ha cogido del cajón de la mesilla el revólver que tiene oculto allí desde que teme las amenazas del hombre. El asesino blande ya sobre la cabeza de la infeliz esa arma que en las manos de un Larsan-Ballmeyer resulta terrible: un hueso de cordero... Pero ella dispara..., sale el tiro, hiere la mano, que abandona el arma. Rueda por el suelo el hueso de cordero, *ensangrentado por la herida del asesino*... El asesino se tambalea, va a apoyarse en la pared, deja impresos en ella sus dedos rojos, teme otra bala y huye...

»Ella lo ve atravesar el laboratorio... Escucha... ¿Qué hace en el vestíbulo?

Cuánto tarda en saltar por la ventana... ¡Por fin, salta! ¡Ella corre a la ventana y vuelve a cerrarla!... Y ahora ¿ha visto, ha oído algo su padre? Ahora que el peligro ha desaparecido, todo su pensamiento se dirige hacia su padre... Dotada de una energía sobrehumana, ella se lo esconderá todo, ¡si es que le queda tiempo todavía!... Y cuando vuelva el señor Stangerson encontrará cerrada la puerta del «Cuarto Amarillo», y a su hija en el laboratorio, inclinada sobre su mesa, atenta, *trabajando ya*.

Rouletabille se vuelve entonces hacia el señor Darzac:

—Usted sabe la verdad —exclamó—. Díganos, ¿no pasaron así las cosas?

—Yo no sé nada —responde el señor Darzac.

—¡Es usted un héroe! —dice Rouletabille, cruzándose de brazos—. Pero si la señorita Stangerson, ¡ay!, supiera que ha sido usted acusado, ella lo desligaría a usted de su palabra..., le rogaría que dijera todo lo que le ha confiado..., qué digo, ¡ella misma vendría a defenderlo!

El señor Darzac no hizo un movimiento, no pronunció una palabra. Miró tristemente a Rouletabille.

—En fin —dijo éste—, puesto que la señorita Stangerson no está aquí, ¡es preciso que esté yo! ¡Pero créame, señor Darzac, el mejor, el único medio de salvar a la señorita Stangerson y de devolverle la razón sigue siendo la absolución de usted!

Una salva de aplausos acogió esta última frase. El presidente ni siquiera intentó refrenar el entusiasmo de la sala. Robert Darzac estaba salvado. ¡No había más que mirar a los miembros del jurado para estar seguro de ello! Su actitud manifestaba abiertamente su convicción.

El presidente exclamó entonces:

—Pero bueno, ¿qué misterio es ese que hace que la señorita Stangerson, a quien intentan asesinar, encubra semejante crimen a su padre?

—Eso señor —dijo Rouletabille—, yo no lo sé..., eso no es cosa mía...

El presidente volvió a intentarlo con Robert Darzac:

—¿Sigue usted negándose a decirnos cómo empleó su tiempo mientras «alguien» atentaba contra la vida de la señorita Stangerson?

—No puedo decirle nada, señor...

El presidente imploró con la mirada una explicación de Rouletabille.

—Podemos pensar, señor presidente, que las ausencias del señor Robert Darzac estaban estrechamente ligadas con el secreto de la señorita Stangerson... ¡También el señor Darzac se cree obligado a guardar silencio!... Imagínese que Larsan, que en el momento de sus tres tentativas lo ha puesto todo en marcha para desviar las sospechas hacia el señor Darzac, citase al señor Darzac, justamente esas tres veces, en un lugar comprometedor, y lo citase para tratar del misterio... El señor Darzac se dejará condenar antes que confesar nada, antes que explicar nada que roce el misterio de la señorita Stangerson. ¡Larsan es lo suficientemente listo para haber hecho también esa «combinación»!

El presidente, vacilante ya, pero curioso, siguió preguntando:

—¿Pero qué misterio puede ser ése?

—¡Ah, señor, no podría decírselo! —dijo Rouletabille, saludando al presidente—. Unicamente creo que ahora sabe usted lo suficiente como para absolver al señor Robert Darzac... ¡A menos que vuelva Larsan! ¡Pero no creo! —dijo riendo con una franca risa jovial.

Todo el mundo rió con él.

—Una pregunta más —dijo el presidente—. Siempre admitiendo su tesis, comprendemos que Larsan quisiera desviar las sospechas hacia el señor Robert Darzac, pero ¿qué interés tenía en desviarlas también hacia el tío Jacques?...

—¡«El interés del policía», señor! El interés de mostrarse espabilado aniquilando las pruebas que él mismo había acumulado. ¡Eso es muy hábil! ¡Es un truco que le ha servido con frecuencia para desviar las sospechas que hubieran podido caer sobre él mismo! Probaba la inocencia del uno antes de acusar al otro. Piense, señor presidente, que un caso como éste Larsan debió de «cocerlo» con mucho tiempo de antelación. Ya le he dicho que lo tenía todo estudiado, y que se conocía los rincones y todo. Si tiene usted curiosidad por saber cómo se documentó, se enterará usted de que por un momento se hizo el intermediario entre «el laboratorio de la Seguridad» y el señor Stangerson, a quien solicitaban «experimentos». Así, antes del crimen, pudo penetrar dos veces en el pabellón. Iba maquillado de tal suerte, que después el tío Jacques no lo reconoció; pero Larsan sí que encontró la ocasión de birlar al tío Jacques un viejo par de zapatones y una boina desechada, que el viejo servidor del señor Stangerson había atado en un pañuelo para llevárselos sin duda a uno de sus amigos, un carbonero de la carretera de Epinay. Cuando el crimen fue descubierto, el tío Jacques, que reconoció interiormente los objetos, ¡tuvo buen cuidado de no reconocerlos en seguida! Eran demasiado comprometedores, y eso explica su turbación en aquella época cuando le hablábamos de ello. Todo esto es claro como el día. Y yo he obligado a Larsan a confesármelo. Por lo demás, lo ha hecho con gusto, pues si es un bandido (cosa que, me atrevo a esperar, ya no ofrecerá duda para nadie), ¡es también un artista!... Es la manera de hacer de ese hombre, su propia manera... ¡Ya actuó del mismo modo cuando el caso del «Crédito universal» y de los «Lingotes de la Casa de la Moneda»! Casos que habrá que revisar, señor presidente, porque hay varios inocentes en la cárcel desde que Ballmeyer-Larsan pertenece a la Seguridad.

Capítulo 28

Donde se prueba que no siempre se piensa en todo

¡Gran conmoción, murmullos, bravos! El letrado Henri-Robert presentó sus conclusiones tendentes a que se aplazara el caso para otra sesión complementaria de la instrucción; el mismo ministerio público se sumó a ello. Se aplazó el caso. Al día siguiente, Robert Darzac era puesto en libertad provisional, el tío Mathieu se beneficiaba de un inmediato «no ha lugar». Se buscó en vano a Frédéric Larsan. La prueba de la inocencia estaba dada. El señor Darzac escapó, por fin, a la horrible calamidad que lo amenazó un instante, y pudo esperar, después de una visita a la señorita Stangerson, que, a fuerza de asiduos cuidados, algún día ella recobraría la razón.

En cuanto a ese crío de Rouletabille, fue naturalmente «el hombre del día». Al salir del palacio de Versalles la muchedumbre lo llevó en triunfo. Los periódicos del mundo entero publicaron sus hazañas y su fotografía, y él, que había entrevistado a tantos ilustres personajes, fue ilustre y entrevistado a su vez. ¡Debo decir que no por eso se mostró más orgulloso!

Volvimos juntos de Versalles, después de cenar con gran alegría en «El perro que fuma». En el tren empecé a hacerle un montón de preguntas que, durante la cena, se acumularon en mis labios y que, sin embargo, callé, pues sabía que a Rouletabille no le gustaba trabajar comiendo.

—Amigo mío —dije—, este caso de Larsan es completamente sublime y digno de su heroico cerebro.

Aquí me cortó, invitándome a hablar más sencillamente y pretendiendo que nunca se consolaría de ver que una inteligencia tan bella como la mía estaba a punto de caer en el horrible abismo de la estupidez, y sólo por la admiración que yo le profesaba.

—Voy al grano —dije algo humillado—. Todo cuanto acaba de suceder no me dice en absoluto lo que ha ido a hacer a América... Si he entendido bien, cuando se fue definitivamente del Glandier, ¿ya lo había adivinado todo sobre Frédéric Larsan? ... ¿Sabía que Larsan era el asesino y no ignoraba nada de cómo había intentado asesinar?

—Exactamente. Y usted —dijo, desviando la conversación— ¿no sospechaba nada?

—¡Nada!

—Es increíble.

—Pero, amigo mío, usted tuvo mucho cuidado de encubrirme su pensamiento y

no veo yo cómo habría podido penetrarlo... Cuando llegué al Glandier con los revólveres, «en ese preciso momento» ¿sospechaba ya de Larsan?

—¡Sí! Acababa de hacer el razonamiento de la «galería inexplicable», pero la vuelta de Larsan a la habitación de la señorita Stangerson no había podido explicármela todavía por el descubrimiento de los quevedos de présbita... En fin, mi sospecha sólo era matemática, y la idea de Larsan asesino me parecía tan formidable que estaba decidido a esperar «huellas sensibles» antes de osar detenerme más en ella. A pesar de todo, aquella idea me inquietaba y, a veces, le hablé a usted del policía de una forma que hubiera debido ponerle sobre aviso. Para empezar, ya no daba como evidente «su buena fe» ni le decía «que se equivocaba». Yo hablaba de su sistema como de un miserable sistema, y el desprecio que le mostraba, que en la mente de usted iba dirigido al policía, en la mía iba dirigido en realidad no tanto al policía cuanto al bandido que sospechaba que era... Recuerde que cuando le enumeraba todas las pruebas que se acumulaban contra el señor Darzac, le decía: «Todo esto parece dar cierto peso a la hipótesis del gran Fred. Por lo demás, esa hipótesis, que yo creo falsa, lo extraviará...», y añadía en un tono que hubiera debido dejarle estupefacto: «¿Ahora esa hipótesis extravía realmente a Frédéric Larsan? ¡Ésa es la cosa! ¡Ésa es la cosa! ¡Ésa es la cosa!...»

»Aquellos «¡Ésa es la cosa!» hubieran debido darle que pensar; toda mi sospecha estaba en aquellos «¡Ésa es la cosa!». Y ¿qué significaba: «¿extravía realmente?» sino que podía no extraviarlo a él y estaba *destinada a extraviarnos a nosotros*? En aquel momento lo miré y se estremeció, no había entendido usted... Me alegré de ello, pues, hasta el descubrimiento de los quevedos, no podía considerar el crimen de Larsan más que como una absurda hipótesis... Pero después del descubrimiento de los quevedos, que me explicaban la vuelta de Larsan a la habitación de la señorita Stangerson..., imagine mi alegría, mis arrebatos... ¡Oh! ¡Lo recuerdo muy bien! Corría como un loco por mi habitación y le gritaba: «¡Se la voy a jugar de una forma resonante!» Estas palabras se dirigían entonces al bandido. Y, aquella misma noche, cuando encargado por el señor Darzac de vigilar la habitación de la señorita Stangerson, hasta las diez de la noche me limité a cenar con Larsan sin tomar ninguna medida, ¡*tranquilo porque él estaba allí*, frente a mí!, también en aquel momento hubiera usted podido sospechar, querido amigo, que al único hombre que temía era a él. Y cuando, en el momento en que hablábamos de la próxima llegada del asesino, yo le decía: «¡Oh! ¡Estoy completamente seguro de que Frédéric Larsan estará aquí esta noche!...»

»Pero hay algo capital que hubiera podido, que hubiera debido iluminarnos del todo y en seguida sobre el criminal, algo que nos denunciaba a Frédéric Larsan, y que dejamos escapar ¡*usted y yo!*...

»¡No habrá olvidado usted la historia del bastón!...

»Sí, aparte del razonamiento que, para cualquier «mente lógica», denunciaba a Larsan, teníamos la «historia del bastón», que lo denunciaba a cualquier «mente

observadora».

»Me sorprendió muy mucho, para que lo sepa, que durante la instrucción Larsan no se sirviera del bastón contra el señor Darzac. ¿No había comprado ese bastón la noche del crimen un hombre cuyas señas respondían a las del señor Darzac? Pues bien, esta tarde pregunté al mismo Larsan, antes de que cogiera el tren para desaparecer, le pregunté por qué no se había servido del bastón. Me respondió que nunca había sido su intención; que, en su pensamiento, nunca imaginó nada contra el señor Darzac con ese bastón, que la noche de la taberna de Epinay lo habíamos puesto en una situación bastante embarazosa *¡al probarle que nos mentía!* Usted sabe que decía que había conseguido ese bastón en Londres; ahora bien, ¡la marca atestiguaba que era de París! ¿Por qué, en aquel momento, en vez de pensar: «Fred miente; estaba en Londres; no pudo conseguir ese bastón de París en Londres», por qué no nos dijimos: «Fred miente; ¡no estaba en Londres, puesto que compró ese bastón en París!»? ¡Fred mentiroso, Fred en París en el momento del crimen! ¡Es ese un punto de partida para sospechar! Y cuando, después de su investigación en la tienda de Cassette, usted nos informa que el bastón ha sido comprado por un hombre que va vestido como el señor Darzac; cuando estamos seguros, según la misma palabra del señor Darzac, de que él no ha comprado ese bastón; cuando estamos seguros, gracias a la historia de la oficina de correos 40, de *que hay en París un hombre que adopta la silueta de Darzac*; cuando nos preguntamos quién es entonces el hombre que, disfrazado de Darzac, se presenta la noche del crimen en la tienda de Cassette para comprar un bastón que encontramos en las manos de Fred, ¿cómo, cómo, cómo no nos dijimos un instante: «Pero..., pero..., y si ese desconocido disfrazado de Darzac que compra un bastón que Fred lleva en las manos..., fuera..., fuera... el mismo Fred...»? Ciertamente, en su calidad de agente de la Seguridad no era propicio a semejante hipótesis; pero, cuando comprobamos el encarnizamiento con que Fred acumulaba las pruebas contra Darzac, la rabia con que perseguía al infeliz..., hubiera podido chocarnos una mentira de Fred tan importante como la que lo hacía entrar en posesión en París de un bastón *que no podía haber conseguido en Londres*. Aunque lo hubiera encontrado en París, no por eso dejaba de existir la mentira de Londres. ¡Todo el mundo lo creía en Londres, hasta sus jefes, y él compraba un bastón en París! Ahora, ¿cómo podía ser que ni por un segundo lo usara como un bastón encontrado *en torno al señor Darzac!* ¡Es muy sencillo! Es tan sencillo que ni se nos ocurrió... Larsan lo compró, después de ser ligeramente herido en la mano por la bala de la señorita Stangerson, *¡únicamente para procurarse cierta compostura, para tener siempre la mano cerrada, para no verse tentado a abrir la mano y enseñar su herida interior!* ¿Comprende ahora?... Eso fue lo que me dijo Larsan, y recuerdo haber repetido a menudo cuánto me extrañaba «que su mano no soltara ese bastón». En la mesa, cuando cenaba con él, no había soltado apenas el bastón, cuando se apoderaba de un cuchillo que su mano derecha ya no abandonaba. Todos esos detalles me volvieron a la memoria cuando mi idea se detuvo sobre

Capítulo 29

El misterio de la señorita Stangerson

Los días siguientes tuve ocasión de preguntarle de nuevo qué había ido a hacer a América. No me contestó de una forma más precisa de lo que lo había hecho en el tren de Versalles, y desvió la conversación sobre otros puntos del caso.

Un día acabó por decirme:

—Pero ¡comprenda usted que necesitaba conocer la verdadera personalidad de Larsan!

—Sin duda —dije—, pero ¿por qué ir a buscarla a América?...

Fumó su pipa y me dio la espalda. Evidentemente yo tocaba el «misterio de la señorita Stangerson». Rouletabille pensó que aquel misterio, que unía de una forma tan terrible a Larsan con la señorita Stangerson, misterio para el que él, Rouletabille, no encontraba explicación alguna en la vida de la señorita Stangerson «en Francia», pensó, repito, que ese misterio «debía tener su origen en la vida de la señorita Stangerson en América». ¡Y cogió el barco! Allí se enteraría de quién* era Larsan, adquiriría los materiales necesarios para cerrarle la boca... ¡Y marchó a Filadelfia!

Y ahora, ¿cuál era ese misterio que había «exigido el silencio» a la señorita Stangerson y a Robert Darzac? Después de tantos años, después de ciertas publicaciones de la prensa sensacionalista, ahora que el señor Stangerson lo sabe todo y lo ha perdonado todo, se puede decir todo. Es, además, muy corto, y esto pondrá las cosas en su sitio, pues no ha faltado alguna triste mente para acusar a la señorita Stangerson, quien, en todo este siniestro caso, fue siempre víctima «desde el comienzo».

El comienzo se remontaba a una época lejana en que, jovencita, vivía con su padre en Filadelfia. Allí, durante una fiesta en casa de un amigo de su padre, conoció a un compatriota, un francés que supo seducirla por sus modales, su inteligencia, su dulzura y su amor. Lo tenían por rico. Pidió la mano de la señorita Stangerson al célebre profesor. Éste obtuvo informaciones sobre Jean Roussel, y desde el primer momento comprendió que tenía que vérselas con un caballero de industria. Ahora bien, Jean Roussel, ya lo han adivinado ustedes, no era otro que una transformación más del famoso Ballmeyer, perseguido en Francia y refugiado en América. Pero el señor Stangerson no sabía nada de todo esto; su hija tampoco. Ésta sólo se enteraría de ello en las circunstancias siguientes: No sólo el señor Stangerson negó la mano de su hija al señor Roussel, sino que le prohibió el acceso a su casa. La joven Mathilde, cuyo corazón se abría entonces al amor y que no veía en el mundo nada más bello ni mejor que su Jean, se indignó. No ocultó su descontento a su padre, quien la envió a

calmarse a orillas del Ohio, en casa de una vieja tía que vivía en Cincinnati. Jean se reunió con Mathilde allí, y, a pesar de la gran veneración que ella sentía por su padre, la señorita Stangerson decidió burlar la vigilancia de la vieja tía y huir con Jean Roussel, muy decididos los dos a aprovechar las facilidades de las leyes americanas para casarse cuanto antes. Así se hizo. Huyeron, pues, no muy lejos, hasta Louisville. Allí, una mañana llamaron a su puerta. Era la policía, que deseaba detener a Jean Roussel, cosa que hizo, a pesar de las protestas y de los gritos de la hija del profesor Stangerson. Al mismo tiempo, la policía comunicaba a Mathilde que «su marido» no era otro que el archifamoso Ballmeyer...

Desesperada, después de una vana tentativa de suicidio, Mathilde se reunió con su tía en Cincinnati. Ésta por poco se muere de alegría al volver a verla. Desde hacía ocho días no había dejado de hacer buscar a Mathilde por todas partes y no se había atrevido aún a avisar al padre. Mathilde hizo jurar a su tía que el señor Stangerson nunca sabría nada. Así también lo entendía la tía, que se sentía culpable de ligereza en tan grave circunstancia. Un mes más tarde, la señorita Mathilde Stangerson volvía al lado de su padre, arrepentida, el corazón muerto al amor, y no pidiendo más que una cosa: no oír nunca más hablar de su marido, el terrible Ballmeyer, conseguir perdonarse su falta a sí misma y levantarse ante su propia conciencia mediante una vida de trabajo sin límite y de devoción hacia su padre.

Mantuvo su palabra. Sin embargo, en el momento en que, después de habérselo confesado todo a Robert Darzac, cuando creía a Ballmeyer muerto, pues había corrido el rumor de su muerte, se había concedido, después de haber expiado tanto, la suprema alegría de unirse a un amigo seguro, ¡el destino le resucitaba a Jean Roussel, el Ballmeyer de su juventud! Éste le hizo saber que nunca permitiría su boda con Robert Darzac y que «la seguía queriendo», cosa que, por desgracia, era cierta.

La señorita Stangerson no dudó en confiarse a Robert Darzac; le enseñó la carta en la que Jean Roussel-Frédéric Larsan-Ballmeyer le recordaba las primeras horas de su unión en aquella pequeña y encantadora rectoral que habían alquilado en Louisville: «... La rectoral no ha perdido nada de su encanto ni el jardín de su esplendor». ¡El miserable se decía rico y expresaba la pretensión «de llevársela allá»! La señorita Stangerson declaró al señor Darzac que, si su padre llegaba a sospechar semejante deshonor, «¡se mataría!» El señor Darzac se juró que haría callar a ese americano, por el terror o por la fuerza, ¡aunque tuviese que cometer un crimen! Pero el señor Darzac no era lo suficientemente fuerte, y hubiera sucumbido sin ese buen muchacho de Rouletabille.

En cuanto a la señorita Stangerson, ¿qué podía hacer frente al monstruo? La primera vez, cuando, después de previas amenazas que la habían hecho estar sobre aviso, se presentó a ella en el «Cuarto Amarillo», intentó matarlo. Para desgracia suya, no lo consiguió. Desde ese momento era la víctima segura de ese ser invisible «que podía chantajearla hasta la muerte», que vivía en su casa, a su lado, sin que ella lo supiera, que exigía citas «en nombre de su amor». La primera vez le había

«negado» esa cita, «solicitada en la carta de la oficina 40»; de ello resultó el drama del «Cuarto Amarillo». La segunda vez, avisada por una nueva carta suya, carta que llegó por correo, y que encontró con toda normalidad en su habitación de convaleciente, «rehuyó la cita», encerrándose en el gabinete con sus mujeres. En aquella carta el miserable le había avisado que, puesto que ella no podía desplazarse, «visto su estado», él iría hasta ella, y estaría en su habitación tal noche, a tal hora..., que se encargara de tomar todas las medidas para evitar el escándalo... Mathilde Stangerson, que sabía que tenía que temerle todo de la audacia de Ballmeyer, «le dejó su habitación...». Fue el episodio de la «galería inexplicable». La tercera vez ella había «preparado la cita». Es que antes de abandonar la habitación vacía de la señorita Stangerson, la noche de la «galería inexplicable», Larsan, como recordaremos, le había escrito una última carta en su misma habitación, y la había dejado en la mesa de su víctima; la carta exigía una cita «efectiva», cuya fecha y hora fijó él después, «prometiéndole llevarle los papeles de su padre, y amenazándola con que los quemaría si lo esquivaba otra vez». Ella no dudaba de que el miserable tuviera en su poder aquellos preciosos papeles; con ello no hacía más que repetir un famoso robo, ¡pues ella sospechaba desde hacía mucho tiempo que había sido él mismo el que antaño había robado, «con su complicidad inconsciente», los famosos papeles de Filadelfia en los cajones de su padre!... ¡Y lo conocía bastante para imaginar que, si no se doblegaba a su voluntad, tantos trabajos, tantos esfuerzos y tantas científicas esperanzas no serían pronto más que ceniza!... Decidió volver a ver una vez más, cara a cara, a aquel hombre que había sido su esposo..., e intentar conmoverlo... Podemos adivinar lo que pasó... Las súplicas de Mathilde, la brutalidad de Larsan... El exige que renuncie a Darzac..., ella proclama su amor... Y la hiere..., «¡con el pensamiento fijo en hacer subir al otro al cadalso!», pues él es hábil, y la máscara Larsan que se pondrá sobre el rostro lo salvará..., piensa él..., mientras que el otro... tampoco esta vez podrá decir cómo ha empleado su tiempo... Por ese lado Ballmeyer ha tomado sus precauciones... y la inspiración fue de las más sencillas, tal como adivinó el joven Rouletabille...

Larsan chantajea a Darzac como chantajea a Mathilde..., con las mismas armas, con el mismo misterio... En cartas apremiantes como órdenes, se declara dispuesto a negociar, a entregar toda la correspondencia amorosa de antaño, y sobre todo «a desaparecer»..., si quieren poner el precio para ello... Darzac tiene que ir a las citas que le fija bajo amenaza de divulgación desde el mismo día siguiente, como Mathilde tiene que sufrir las citas que le da... Y, en el mismo momento en que Ballmeyer actúa como asesino de Mathilde, Robert Darzac desembarca en Epinay, donde un cómplice de Larsan, un ser extraño, «una criatura de otro mundo», que volveremos a encontrar algún día, lo retiene a la fuerza y «le hace perder el tiempo, en espera de que esa coincidencia, de la que el acusado de mañana no podrá resolverse a dar razón, lo haga perder la cabeza...».

¡Sólo que Ballmeyer no había contado con nuestro Joseph Rouletabille!

* * *

Ahora que ya está explicado el misterio del «Cuarto Amarillo», no vamos a seguir paso a paso a Rouletabille en América. Conocemos al joven reportero, sabemos de qué poderosos medios de información, alojados entre los dos bollos de su frente, disponía «para remontar toda la aventura de la señorita Stangerson y de Jean Roussel». En Filadelfia lo informaron en seguida de lo que se refería a Arthur William Ranee; se enteró de su acto de abnegación, pero también del precio con que había pretendido hacérselo pagar. El rumor de su boda con la señorita Stangerson había corrido antaño en los salones de Filadelfia... La poca discreción del joven sabio, la persecución incansable a que no había dejado de someter a la señorita Stangerson, incluso en Europa, la vida desordenada que llevaba so pretexto de «ahogar sus penas», todo esto no estaba hecho para que Arthur Ranee le cayera simpático a Rouletabille, y así se explica la frialdad con que lo acogió en la sala de testigos. En seguida juzgó que el caso Ranee no entraba en el caso Larsan-Stangerson. Y descubrió el formidable *flirt* Roussel-señorita Stangerson. ¿Quién era ese Jean Roussel? Fue de Filadelfia a Cincinnati, haciendo a la inversa el viaje de Mathilde. En Cincinnati encontró a la vieja tía y supo hacerla hablar: la historia de la detención de Ballmeyer fue para él una luz que lo iluminó todo. Pudo visitar en Louisville la «rectoral» —una modesta y bonita vivienda del viejo estilo colonial—, que, efectivamente, no había «perdido nada de su encanto». Luego, abandonando la pista de la señorita Stangerson, remontó la pista Ballmeyer, de cárcel en cárcel, de presidio en presidio, de crimen en crimen; en fin, cuando volvía a coger el barco para Europa en los muelles de Nueva York, Rouletabille sabía ya que en esos mismos muelles había embarcado Ballmeyer, cinco años antes, llevando en el bolsillo los papeles de un tal Larsan, honorable comerciante de Nueva Orleans, al que acababa de asesinar...

Y ahora ¿conocen todo el misterio de la señorita Stangerson? No, todavía no. *La señorita Stangerson tuvo de su marido Jean Roussel un hijo, un niño*. El niño nació en casa de la vieja tía, que se las arregló para que en América nadie supiera nunca nada. ¿Qué había sido de ese niño? Ésa es otra historia que les contaré algún día.

* * * *

Dos meses más o menos después de estos acontecimientos encontré a Rouletabille sentado melancólicamente en un banco del palacio de Justicia.

—Y bien —le dije—, ¿en qué piensa usted, querido amigo? Parece usted bastante triste. ¿Cómo están sus amigos?

—Aparte de usted —dijo—, ¿tengo realmente amigos?

—Pero espero que el señor Darzac...

—Sin duda...

—Y que la señorita Stangerson... ¿Cómo está la señorita Stangerson?...

—Mucho mejor..., mejor..., mucho mejor...

—Entonces no tiene por qué estar triste...

—Estoy triste —dijo— porque pienso en *el perfume de la dama de negro*...

—*¡El perfume de la dama de negro!* ¡No hago más que oírle hablar de él! ¿Me explicará de una vez por qué un perfume lo persigue con tal asiduidad?

—Quizá algún día..., algún día quizá... —dijo Rouletabille.

Y dio un profundo suspiro.

Apéndice

Aquellos autores que han cultivado de forma exclusiva el género policíaco están fuera de la historia, o ésa es al menos la sensación que producen. Sus nombres no suelen figurar en los manuales de literatura y algunos ni siquiera han conocido el honor de entrar en las enciclopedias.

Podríamos decir que este género ha caminado de forma paralela y secreta junto a la gran historia, sobresaliendo a veces gracias a numerosas individualidades que han conseguido romper la difícil barrera de la crítica oficial.

Por eso, antes de hablar directamente de Gastón Leroux (Francia, 1868), que es una de las cumbres del género, será conveniente dar algunos puntos de referencia que lo sitúen en un contexto comprensible.

La época

Cuando Leroux viene al mundo en 1868, Edgar A. Poe, El impacto cuyos cuentos analíticos se desarrollaban en un París de Poe imaginario, ya ha sido traducido al francés y es de sobra conocido en Inglaterra. El impacto que produce en ambos países es enorme, y está pronta a manifestarse la influencia que su Dupin ha de ejercer en todos los detectives de ficción que le sucedan.

La corriente inglesa, encabezada por Conan Doyle y su La corriente archifamoso Holmes, llega también a Francia cuando inglesa Leroux comienza a interesarse por la novela. Y, por si fuera poco, la corriente francesa ya tiene su propio personaje de ficción en el inspector Lecoq, nacido de la imaginación del novelista Émile Gaboriau (1832-1873).

Así pues, cuando Gastón Leroux decide escribir su primera novela (hacia 1907) tiene sobre su propia historia personal dos influencias entre las que, a la fuerza, deberá moverse su instinto de joven escritor:

- Por un lado, el conocimiento de una tradición detectivesca poco sistematizada aún, pero cuya presencia es fuerte y tiende a crecer. Esto le hará entrar inevitablemente en competencia con los autores más conocidos al objeto de intentar superarlos. Por eso no es raro que en su gran novela, *El misterio del Cuarto Amarillo*, aparezcan numerosas referencias a Poe y a Conan Doyle, siempre para hacer ver al lector que los problemas con los que se enfrenta Rouletabille, su detective de ficción, son más fuertes que los que hubo de descifrar Dupin o los que ha de resolver su contemporáneo Sherlock Holmes.

- Por otro lado, y si tenemos en cuenta que Gastón Leroux era un hombre culto, poseedor de una biblioteca importante, no es imposible ignorar lo que debió pesar

sobre él el conocimiento de los autores franceses del siglo XIX. Este siglo, conocido como el siglo de oro de la novela, había alumbrado autores de la talla de Zola, Balzac, Maupassant, Flaubert, etc. Muchos de ellos habían cultivado además la novela por entregas o folletines, género especialmente apto para incluir en él tramas cercanas a lo policíaco. El mismo Balzac había creado un personaje, Vautrin, directamente inspirado en Vidocq, aventurero francés de principios de siglo que llegó a ser jefe de la policía y cuyas memorias aparecieron en 1828.

Gastón Leroux vivió los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX. En 1900 tenía treinta y dos años, y no moriría hasta 1927. Asistió, pues, a las grandes transformaciones sociales y a los movimientos políticos correspondientes a ese lapso de tiempo tan conflictivo. Conoció la primera guerra mundial (1914-1918), llamada la gran guerra, y a lo largo de toda su vida ocuparon la presidencia de la tercera república francesa 12 presidentes distintos.

La formación de las nacionalidades y la revolución industrial, nacida en Inglaterra y extendida luego por casi toda Europa, hará que a finales de siglo la ciudad, en su concepción moderna, se halle plenamente configurada. Este hecho trae consigo también el asentamiento y la puesta al día de instituciones como la de la policía, punto de referencia inevitable en toda novela policíaca. En este sentido hay que afirmar que la policía de principios de siglo es más profesional que la de los tiempos del novelista Gaboriau y se encuentra capacitada para actuar en las grandes urbes, cuyos bajos fondos constituyen el escondite preferido de toda clase de delincuentes.

Pero de todas las transformaciones sociales operadas en esta época no hay duda de que las que más van a influir en la personalidad de Leroux son las relacionadas con el progreso de las comunicaciones.

El ferrocarril, por un lado, ya conoce un grado de desarrollo considerable, pero tiende a crecer, posibilitando la realización de largos viajes y el intercambio cultural que éstos generan. Gastón Leroux cubrió como periodista la información de la primera revolución rusa, estuvo presente en la masacre de los armenios en el Cáucaso, hizo diversas expediciones a Marruecos, etc.

Y dentro del terreno de las comunicaciones, aunque ya en otro ámbito distinto, es preciso hablar del desarrollo de la prensa, que conoció un gran auge en esta época y que influyó de manera vital en la formación de Leroux como escritor.

Los primeros periódicos europeos habían hecho su aparición en el siglo XVII. El primero de ellos fue el *Frankfurter Journal*, en Alemania, 1615. En Francia tardaría aún algunos años en imprimirse *Gazette de France*, pero en todo caso el movimiento es ya incontenible. Los sistemas de impresión se modernizan progresivamente y se van creando las primeras redes de distribución. La creación de las grandes ciudades dará el impulso definitivo a este primer medio de comunicación de masas. En 1894, cuando Gastón Leroux tiene veintiséis años, ocupa un puesto de responsabilidad en el

parisino *Matin*, y habría de hacerse famoso, además de como cronista de tribunales, como autor de grandes reportajes sobre Rusia, Italia y Marruecos.

El hombre

Gaston Leroux nació en París el 6 de mayo de 1868. Hijo de padre francés y madre normanda, pasará sus primeros años en esta región del noroeste de Francia, en donde su padre, contratista de obras públicas, trabaja en la restauración del castillo Viollet-le-Duc.

En el colegio, y según sus propias confesiones, estaba atormentado por el demonio de la literatura. Concilia los estudios, siempre como primero de la clase, con las lecturas y la composición de sus propios poemas. Finalizado el bachillerato, viaja a París, en cuya facultad de derecho estudiará la carrera de leyes.

Resulta peor como estudiante universitario que como colegial. «El demonio de la literatura», que ya le había tentado en el colegio, le invade en esta época, y Leroux consigue ir aprobando los cursos de la carrera a base de estudiar dos meses antes de los exámenes. Su inteligencia y su fortaleza física le permiten tales excesos. Su primera publicación es un soneto sobre Lamartine aparecido en la *Lyre Universelle*. Da su primera conferencia a los dieciocho años, provocando un escándalo de risas: en vez de hablar sobre el tema anunciado, lo hizo sobre Juana de Arco y otras mujeres ilustres.

Finalizada la carrera de leyes, trabajó algún tiempo como abogado de oficio y más tarde como pasante en el despacho de un renombrado jurista.

Esta época es especialmente importante para su formación personal y profesional:

- En lo personal, su contacto cotidiano con la administración de justicia y con la interpretación de las leyes conforma su propia visión de los hechos sociales. La relación que Leroux establece con su trabajo es una relación crítica, en la que con frecuencia se pone en cuestión la fiabilidad de los hombres para manejar el aparato legal que ellos mismos han creado. Más adelante, en su teatro y sus novelas, veremos cómo Gastón Leroux, a través de sus personajes de ficción, pone frecuentemente en entredicho la actuación de la policía y de los jueces.

- En lo profesional, estos años le otorgan el conocimiento de los recovecos administrativos que es preciso conocer para moverse con comodidad en los tribunales de justicia y dependencias policiales. Gracias a este conocimiento y a su fino instinto periodístico se convertirá en uno de los reporteros más cotizados en la crónica de tribunales.

En 1890, cuando tiene veintidós años, Gastón Leroux hereda un millón de francos que le habrían permitido retirarse a escribir. Había trabajado ya varios años en la abogacía y apenas había hecho sus primeras incursiones en el periodismo, cuando cayó en sus manos esta considerable fortuna.

Consiguió perderla, sin embargo, después de una esforzada noche de jugar al póker. Por la mañana no le quedaba ni un céntimo, aunque como compensación sabía algunas cosas nuevas de ese juego que ha arruinado a muchos para enriquecer a unos pocos. Así pues, el joven Leroux, con un pasado efímero de millonario, regresa al trabajo, al periodismo en esta ocasión.

Ingresa en 1892 en *L'écho de París*. Se encarga sucesivamente de la crónica de tribunales y de la crítica de teatro. Después es contratado por el periódico *Matin*, también como cronista judicial.

Se hace famoso por su habilidad para conseguir exclusivas que ninguno de sus colegas logra obtener. En cierta ocasión consiguió entrevistar a un preso, rodeado de fuertes medidas de seguridad, haciéndose pasar por un antropólogo que necesitaba visitar la prisión. De algún modo obtuvo de la policía un permiso sellado y, bajo esta falsa identidad, entrevistó al sujeto sometido a proceso. La entrevista apareció en *Matin* al día siguiente; el director de la prisión fue destituido y el jefe de policía amonestado. Leroux asentó su fama como reportero sagaz e intrépido.

En los primeros años del siglo hace diversos viajes (Francia, Italia, Marruecos) y escribe sobre estos países grandes reportajes que han de proporcionarle un justo renombre. Fue, sin duda, un buen periodista, y supo sacar de esta experiencia un partido de incalculable importancia para su futuro como novelista.

Al margen de su actividad como periodista, Gastón Leroux consiguió estrenar en 1904 una obra de teatro, género que siempre le gustó. La obra no tuvo éxito, pero es un precedente digno de ser anotado, pues fija una fecha precisa para localizar a Leroux como autor de ficción.

En 1907 abandona definitivamente el periodismo, decidido a escribir novelas populares y de aventuras. La primera de ellas, y la que mayor fama le ha dado, es *El misterio del Cuarto Amarillo*, contenida en este volumen. Apareció primero por entregas en *L'illustration* bajo el título de *Las aventuras de Joseph Boitabille, periodista*.

Posteriormente, el periodista Boitabille pasaría a llamarse Rouletabille (Rueda-tubola) y con este nombre aparecería en las ocho novelas de la serie.

Rouletabille es un joven periodista que consigue combinar la audacia y cierta resistencia física con unas dotes de análisis y de deducción poco comunes. Tres son los modelos que confluyen en la creación de este personaje: uno de ellos, real; los otros, de ficción.

- El modelo real es el propio Leroux, cuya notoriedad como reportero ya hemos anotado.

- Los modelos de ficción son el Dupin, de Poe, y el Sherlock Holmes, de Conan Doyle. Sin embargo, la relación con estos modelos no es puramente mecánica ni especular. Actúan como modelos en la medida en que son dos puntos de referencia inevitables en la novela policíaca. Pero Rouletabille tiene su propia personalidad y su

relación con los dos detectives citados es de competencia: intenta sobrepasarlos y con frecuencia lo consigue.

En 1914 Gastón Leroux tiene cuarenta y seis años y es un hombre tan famoso como el periodista-detective que su imaginación ha creado. Vive en una bonita casa con su mujer y sus hijos, y posee una biblioteca importante tanto por el número de volúmenes como por su calidad literaria. Se dedica de manera exclusiva a escribir novelas. Su sentido del humor y sus rarezas son harto conocidas por los lectores franceses. Entre éstas, es digna de destacar aquella que se refiere al rito familiar consecuente a la finalización de una novela: parece ser que, cuando ponía el punto final a uno de sus relatos, se asomaba a la ventana de su estudio, que daba al jardín, y disparaba al aire con una pistola. Al oír los disparos, su familia entraba en la cocina de la casa y rompía toda la vajilla procurando hacer la mayor cantidad de ruido que le era posible.

En esta época (1914), y a una distancia de trece años de su muerte (moriría en 1929, a los cincuenta y nueve años), comienza el ciclo de novelas protagonizadas por Chéri-Bibi, que ocupan cinco volúmenes de su obra total.

Chéri-Bibi es un personaje que ha sido condenado a prisión por un crimen que nunca cometió. A partir de este momento, su vida se convierte en una huida permanente marcada por la fatalidad. Para mostrar su inocencia, y para evitar caer en manos de la justicia, este personaje de tragedia ha de acumular crimen sobre crimen a través de escenarios exóticos y sobrecogedores.

Con este ciclo Gastón Leroux se inicia propiamente en la novela de aventuras, ya que en las novelas de Rouletabille primaba siempre la reflexión y el análisis sobre la acción. Es preciso apuntar también que en esta serie aparecen bastantes elementos folletinescos que eran muy del gusto de la época y que Leroux había procurado evitar en su obra anterior.

Gastón Leroux cultivó también la novela de anticipación y la novela de horror.

La muñeca ensangrentada, *La máquina de asesinar* y *El fantasma de la ópera* son tres buenas muestras de los géneros citados y han conocido numerosas traducciones a casi todos los idiomas.

Es preciso citar finalmente la relación que la obra de Leroux ha tenido con el cine por cuanto ha sido un autor especialmente afortunado en las adaptaciones cinematográficas de sus novelas. Así, *El fantasma de la ópera*, film americano protagonizado por Lon Chaney, tuvo un notable y merecido éxito, y aún hoy se repone con cierta frecuencia en algunos cines comerciales. Entre otras películas de importancia basadas en su obra, debemos citar *Mister Flow*, *El hombre que viene de lejos* y *Chéri-Bibi*.

La obra

Nos encontramos ante una novela cuya claridad expresiva y riqueza conceptual hacen sencillo y grato el análisis de las partes que la componen. Para proceder con cierto método, haremos una primera división que nos permita estudiar por separado las cuestiones formales y las temáticas. Este trabajo habrá de contribuir a la mayor comprensión del texto, que es una unidad entre cuyas partes debe existir la armonía precisa que justifique el placer de leer.

El misterio del Cuarto Amarillo tiene como punto de partida una idea cultivada en algunos relatos de terror ingleses, y temáticos: llevada a la máxima perfección y exactitud por Poe en *Los crímenes de la Rue Morgue*. Esta idea no es otra que la del «recinto cerrado», consistente en situar un crimen en una cámara o habitación cerrada herméticamente. El problema para el investigador consistirá en averiguar cómo pudo escapar el criminal de un lugar cuyas aberturas aparecían selladas por dentro en el momento de descubrirse el crimen.

En torno a esta idea Gastón Leroux desarrolla un argumento cuya máxima originalidad estriba en lo inusitado de su extensión. Se ha dicho con frecuencia que la medida adecuada para un relato policíaco es la del relato corto; sobre todo si, como en el caso que nos ocupa, el tema central se reduce casi a un problema de orden matemático. La práctica, por otra parte, ha confirmado la validez de esta tesis.

Sin embargo, Leroux consigue en *El misterio...* violar esta «ley» saliendo airoso de la prueba.

En torno al tema central, ya señalado, se desarrolla un argumento cuya materia está constituida por los sucesivos descubrimientos de Rouletabille, el periodista-detective encargado del caso. Sólo que aquí, a la precisión matemática que el asunto requiere, el lector asiste a la exposición de las coordenadas sentimentales, temporales y sociales que sirven para determinar la posición del crimen.

Se trata, pues, de una novela rica en contenidos; de su inteligente graduación y disposición formal dependerá en gran medida su interés.

La novela está escrita inicialmente en primera persona por un tal Sainclair, abogado amigo de Rouletabille y testigo presencial de la mayor parte de los hechos que narra. Sin embargo, este «punto de vista» centrado en un solo sujeto se desdobra en seguida para que al lector le sea posible conocer los hechos desde lugares distintos a los del narrador. Al final, cuando cerramos la última página, advertimos que la función de Sainclair no consistía tanto en narrar los acontecimientos, como en disponer adecuadamente el material que éstos produjeron. Este material está constituido por recortes de prensa, documentos policiales y judiciales, y el propio diario de Rouletabille.

La formación periodística de Gastón Leroux y cierta tradición melodramática

muy del gusto de esta época determinan el tono de esta obra. Leroux combina a la perfección la claridad expositiva con ciertas calidades nostálgicas y afectivas que suavizan y valoran las zonas de un texto que, de otro modo, no habría pasado de ser un reportaje periodístico. El cuidado en la expresión y la riqueza plástica de sus imágenes son factores a tener en cuenta a la hora de subrayar estos efectos.

Hay que mencionar por último en este breve análisis la sabia utilización que se hace en esta obra del «presente histórico». Es éste un recurso literario consistente en narrar en presente una acción pasada. El peligro de este recurso estriba en que, cuando se utiliza mal o a destiempo, no sólo no consigue producir los efectos buscados, sino que arruina aquella parte de la acción que se intentaba hacer destacar.

El presente histórico ha de estar construido con frases breves, pues su objeto no es otro que alcanzar la rapidez precisa para producir un ascenso controlado en el interés de la acción.

En *El misterio del Cuarto Amarillo* aparece utilizado este procedimiento en aquella zona en la que se transcribe el diario de Rouletabille. El lector calculará, por las descargas suplementarias de adrenalina que su lectura le produzca, hasta qué punto su utilización es pertinente y eficaz en la novela de Gastón Leroux que hoy presentamos.

Juan José MILLÁS